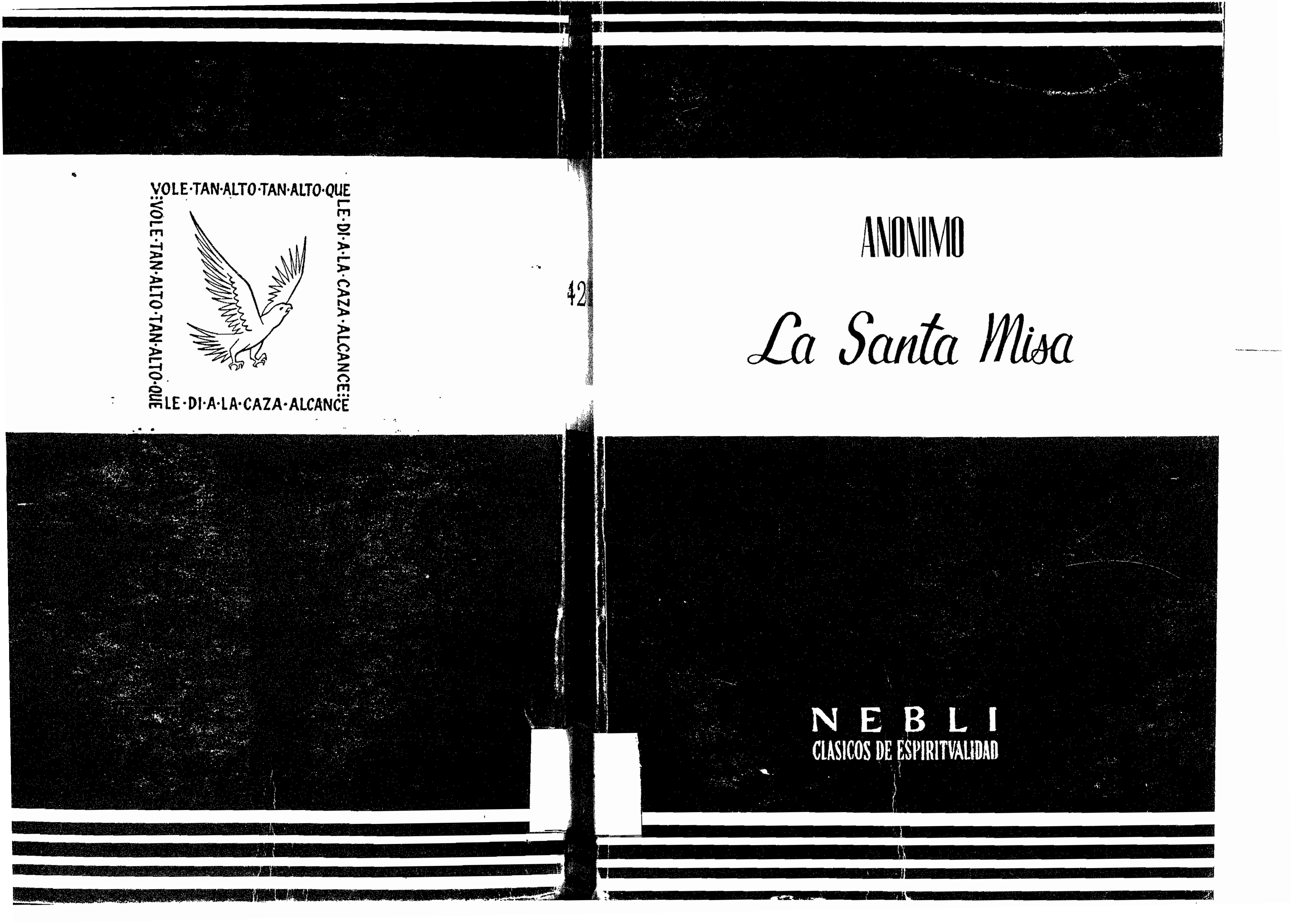

VOLE·TAN·ALTO·TAN·ALTO·QUE
LE·DI·A·LA·CAZA·ALCANCE
VOLE·TAN·ALTO·TAN·ALTO·QUE
LE·DI·A·LA·CAZA·ALCANCE
42
ANONIMO
La Santa Misa
NEBLI
CLASICOS DE ESPIRITVALIDAD

LA SANTA MISA

Presentación de

ANGEL GARCIA Y GARCIA

EDICIONES RIALP, S. A.
MADRID

ISBN 84-321-1838-9
Depósito legal: M. 35.039 - 1975
Impreso en España. Printed in Spain

AGESA. Miguel Solas, 2. Madrid - 21

P R E S E N T A C I O N

Entre las más gratas sorpresas que me ha deparado la investigación como encargado de la cátedra de Liturgia en el Seminario Diocesano de Segovia, considero el haberme encontrado un día con el precioso libro que tienes en tus manos. Me pareció que superaba a otros muchos en doctrina sólida, precisión histórica y sencillez y claridad de exposición. Cualidades que le hacen acreedor a un puesto entre los clásicos de la pastoral catequético-litúrgica.

Es un tratado dogmático sobre la Santa Misa de doctrina clara, de gran precisión y rigor histórico, y penetrado de unción sobrenatural, equilibrio pastoral y piedad doctrinal singulares.

Sabe además el autor unir con maravillosa habilidad el rigor histórico, al tratar del origen de las ceremonias y ritos, con el significado teológico de los mismos, y

engarzar la doctrina en un estilo sobrio no exento de belleza, que da un brillo especial de galanura y amenidad a su lectura. Se le pudieran aplicar unas palabras que Menéndez Pelayo dijo de un Catecismo del siglo XVI: «El estilo del autor es firme, sencillo, y de una tersura y limpieza notables, sin grandes arrebatos ni movimientos, pero con una elegancia modesta y contenida; cumplido modelo en el género didáctico.»

Difícilmente se encuentra en la literatura catequética de su época un libro o escrito que se le pueda comparar por la doctrina y por el estilo.

Entre los méritos más notables que se le pueden asignar al autor está el de contribuir eficazmente a la participación de los fieles en el Santo Sacrificio de la Misa. Desde las primeras páginas del libro es consciente el autor de la importancia pastoral de tal participación. «Un acto de religión como la Santa Misa —dice—, tan precioso en sus gracias, tan consolador en sus frutos, es de desear que se conozca profundamente, que sean explicados los misterios de sus dogmas y de la moral que encierran y comprendido hasta en los menores detalles de sus ceremonias y oraciones para que la Misa, que es centro del culto católico, despierte los más vivos sentimientos de religión y de piedad.»

Pero se pudiera preguntar: ¿qué sentido tiene esta obra en el marco histórico de su tiempo y cuál es la razón de una nueva edición en nuestros días? ¿Por qué en 1844 y también en 1975?

La Historia de la Iglesia nos informa de los deseos del Concilio de Trento de que se expongan a los fieles algunos misterios del Santo Sacrificio de la Misa. El periodo postridentino es testigo de una verdadera floración de pastoral litúrgica en la Iglesia, según autorizada opinión de autores competentes. Muchos teólogos han expuesto en esta época los misterios de la Fe y en especial de la Santa Misa al pueblo de Dios, con gran sentido teológico y pastoral.

Diversos catecismos de sólida y probada doctrina, varias obras de pastoral litúrgica y obras ascéticas de notable valor teológico y literario son prueba fehaciente de que en España se llega hasta el pueblo en auténtica pastoral litúrgica, ayudando a los fieles a vivir la Santa Misa.

Historiadores de la Liturgia han afirmado y probado que en este periodo postridentino hay realidades maravillosas en este campo de la catequética litúrgica. Como representante del siglo XIX podemos señalar al autor anónimo de esta obra, aunque su humildad tan discreta nos obligue a no saber a quién tributar una alabanza tan bien merecida.

El siglo XIX, época de profundos cambios sociales en España, estaba, sin duda, necesitado de doctrina teológica sana y segura que ayude a vivir la fe en profundidad en torno a la Santa Misa. Puestos por el Concilio de Trento los pilares de la formación litúrgica de los fieles y de los pastores de almas, sabemos por el autor de la obra que presentamos que «la Iglesia nunca ha pretendido ocultar absolutamente los misterios a los fieles..., solo ha temido que su poco discernimiento diese una mala interpretación a las palabras en que ellos se contienen y por eso ha querido que no se pusieran a su alcance sin explicárselas».

El fin que pretende esta «explicación» no es otro que contribuir positivamente a la participación de los fieles en el Santo Sacrificio de la Misa, y llevar al pueblo al conocimiento de los misterios, al ejercicio de las virtudes y a la práctica de la oración litúrgica.

Sobre este tema de la participación litúrgica es obligado recordar la doctrina del Concilio Vaticano II en la Constitución Sacrosanctum Concilium *al referirse al Sacrosanto Misterio de la Eucaristía:*

«La Iglesia —dice—, con solícito cuidado, procura que los fieles no asistan a este misterio de fe como extraños y mudos espectadores, sino que, comprendiéndolo bien a través de los ritos y oraciones, participen consciente, piadosa y activamente en la acción sagrada, sean instruidos en la Palabra de Dios, se fortalezcan en la Mesa del Señor, den gracias a Dios, aprendan a ofrecerse a sí mismos al ofrecer la hostia inmaculada no solo por manos del sacerdote, sino juntamente con él, se perfeccionen día a día por Cristo Mediador en la unión con Dios y entre sí para que, finalmente, Dios sea todo en todos» (n. 68).

Podemos afirmar con fundamento que el autor de esta obra, identificado con la doctrina de la Iglesia y con el espíritu de la misma expresado en el Concilio Vaticano II, aunque, como es lógico, sin los términos de formulación del Concilio, lleva a los lectores como de la mano a la participación interna, de mente y espíritu, en el misterio de fe y de amor de la Sagrada Eucaristía; a la participación consciente en los misterios a través de conocimientos teológicos y litúrgicos y a una participación acomodada a las diversas condiciones de vida y de formación religiosa de los participantes en la Santa Misa. Esta participación adecuada a las distintas circunstancias de los fieles acaso sea la razón de una página de vocabulario litúrgico que explica palabras «que no todos entienden» utilizadas en el libro.

El Concilio Vaticano II alude también a los aspectos que se deben tratar en la enseñanza de la Sagrada Liturgia y señala el teológico, histórico espiritual, pastoral y jurídico. Una mirada al índice de la obra nos advierte de que todos esos aspectos son considerados en ella al tratar de la Santa Misa. La doctrina teológica expuesta a través de todas las páginas de esta obra, de manera especial al tratar del Sacrificio, y su gran sentido pastoral, son garantía del valor excepcional de este libro, desconocido hasta ahora para muchos lectores, deseosos de buena doctrina.

Como es evidente, algunas rúbricas que comenta el autor han sido modificadas por la Institutio Generalis Missalis Romani, *de 1970. El carácter histórico de esta obra me excusa de cualquier adaptación por mi parte.*

No quiero retardar por más tiempo tu lectura del libro ante el que me he colocado sin otro título que el de haberme encontrado, providencialmente, con él.

Al autor anónimo de este libro —singular— tu agradecimiento y el mío.

Angel GARCÍA Y GARCÍA

INTRODUCCION

EN QUE SE EXPONE EL USO FRECUENTE QUE TIENE ENTRE LOS FIELES EL SANTO SACRIFICIO, LA NECESIDAD DE EXPLICAR SUS ORACIONES Y CEREMONIAS, LAS REGLAS QUE PARA ELLO SE HAN ADOPTADO Y EL DISEÑO DE LA OBRA

La Misa es el acto público y solemne de la Religión más en uso entre los fieles cristianos, pues, además de los domingos y fiestas de precepto que imponen la obligación rigurosa de asistir al santo sacrificio, conduce la piedad al pie de los altares al cristiano celoso, siempre que tiene la dicha de participar del manjar divino, en las solemnidades de devoción, en los días aniversarios de las gracias más señaladas que ha recibido del Señor, en toda la cuaresma y en la quincena pascual. Además, todo cristiano que anhela arreglar sabia y piadosamente su conducta encuentra el medio de consagrar por la oblación del cuerpo y sangre de Jesucristo los trabajos y fatigas de cada día, sin olvidar en lo más mínimo las obligaciones de su estado; y si se halla en una posición más libre de cuidados y de inquietudes, más colmada con las bendiciones del cielo y con los favores de la

tierra, debe comprender que sería una ingratitud no ofrecer a Dios diariamente la gran víctima *de acción de gracias*. Esta piadosa costumbre de asistir a la Misa no dimana solamente de la piedad y del fervor; los cristianos se estrechan con placer en torno del altar del sacrificio en otras mil circunstancias; así sucede al principio del año para secundar y renovar los votos de esta época; en ciertas fiestas religiosas, para estrechar los lazos de familia y de la piedad filial; en la solemnidad de los difuntos, para rescatar los pesares de lo pasado con las esperanzas de mejor porvenir; para conseguir el éxito de una empresa, para la prosperidad de un establecimiento, para la salud de una persona que nos es querida; para que se difunda la gracia de Dios en la unión de los esposos; para ofrecer al Señor el niño que acaba de nacer y la madre que le ha dado a luz; para acompañar a los altares los despojos mortales de nuestros hermanos antes de depositarlos en el sepulcro; la Misa, en fin, es la consagración y la santificación de todos los momentos graves, solemnes e importantes de la vida.

De desear es, pues, que un acto de religión practicado con tanta frecuencia, tan precioso en sus gracias, tan consolador en sus frutos, se conozca profundamente, que sean explicados los misterios de sus dogmas y de la moral que encierra, y comprendido hasta en los menores detalles de sus ceremonias y oraciones, para que la Misa, que es el centro del culto católico, despierte los más vivos sentimientos de religión y de piedad, para que en sus palabras sagradas se encuentre todo el gusto y la unción de que van llenas, para que cada acción y cada movimiento del sacerdote, cada palabra que pro-

nuncie recuerden al espíritu y al corazón que se inmola un Dios por nosotros, que nosotros debemos inmolarnos también con Él y por Él, y que, desterradas fuera del santuario la indiferencia y el tedio, la disipación y el escándalo, solo vemos en el templo adoradores *en espíritu y en verdad*[1].

Es cierto que el Señor no exige de todos estos adoradores una instrucción profunda y minuciosa; a sus ojos suple la sencillez de la fe a la ciencia que no se ha podido adquirir, y jamás será desechado ante Dios el sacrificio *de un corazón contrito y humillado*[2]. Las almas que, penetradas de dolor de sus faltas, se acerquen confiadamente a este trono de la gracia, uniéndose a Jesucristo víctima y a la intención de la Iglesia, en la persona del sacerdote y por su ministerio, habrán llevado al sacrificio las disposiciones esenciales y suficientes para aprovecharse de él. Pero nadie habrá que no conozca las grandes ventajas espirituales que reportarán los fieles con un conocimiento íntimo de la Santa Misa, con la explicación literal de sus oracionees y ceremonias. La Iglesia nunca ha pretendido ocultar absolutamente los misterios a los fieles, como demostraremos extensamente en el discurso de esta obra; solo ha temido que su poco discernimiento diese una mala interpretación a las palabras en que aquellos se contienen, y por eso ha querido que no se pusieran a su alcance sin explicárselas. Así lo mandan los Concilios de Maguncia, de Colonia y de Trento que más adelante expondremos, y cuando

---

1 Ioh 4.
2 Ps 50.

el ordinario de la Misa se ha esparcido por las manos de todos los fieles, deber es nuestro presentarles una explicación de las oraciones y ceremonias del Santo Sacrificio; poniendo a contribución las infinitas y luminosas obras que en el espacio de tantos siglos se han publicado con este objeto. Felices si con mano poco segura podemos poner algunas piedras en los muros de Jerusalén, mientras que nuestros hermanos manejan con mano hábil la espada de la palabra santa para velar en su defensa.

Desde que formamos este proyecto conocimos que no se podía comprender exactamente el verdadero sentido de las oraciones de la Misa si no se explicaban todas palabra por palabra, que la principal falta de los tratados que se han escrito con este objeto consistía en que no hacían una explicación completa; que era preciso indicar las miras que al establecerlas había tenido la Iglesia, que era necesario deducir en cuanto fuese posible, de los santos padres, de los antiguos escritos eclesiásticos y de la tradición, la inteligencia de los términos, de los dogmas y de los misterios que en ellas se contienen; y que para esto había que hacer una explicación histórica, literal y dogmática de todo lo que compone la Misa. Al intentar poner en práctica esta idea no nos proponemos otras miras que las que se propone la Iglesia, ni excitar otros sentimientos que los que ella quiere que formemos en nuestros corazones, para tener la ventaja de orar y de ofrecer con ella y no perder el fruto que produce la acertada inteligencia de las palabras llenas de sentimiento y de misterios que nos pone en los labios.

No es menos necesaria la explicación de las acciones y ceremonias, pues que por su medio pueden expresarse los pensamientos más vivamente que por las palabras; puesto que se han establecido para edificarnos, instruirnos y despertar nuestra atención, y que Dios les ha atribuido gracias particulares. La Escritura nos dice que Moisés rogó con las manos elevadas al cielo y que en esta ceremonia fundó el Señor la victoria de los judíos [3].

Las ceremonias de la Misa se fundan unas veces en la necesidad, otras en la comodidad y otras en razones simbólicas y misteriosas. En la investigación de todas ellas hemos tenido que recurrir a infinidad de escritos donde se hallan esparcidas, y hemos buscado siempre el origen de las ceremonias y no el de las cosas que la Iglesia emplea en ellas, como han hecho algunos. Por ejemplo: todo el mundo sabe que por lo común nos lavamos las manos y el cuerpo por causa del aseo; pero si se pregunta por qué se usa el agua en el bautismo, por qué se derrama en la cabeza del bautizado o es este sumergido en el agua, se responderá desacertadamente diciendo que para lavar su cuerpo; pues, como dice San Pablo, esto no se hace para quitar sus manchas corporales: *Non carnis depositio sordium* (1 Pet 3, 21), y según San Agustín los que iban a ser bautizados el sábado víspera de Pascua se lavaban el Jueves Santo para presentarse limpios en las fuentes bautismales. El bautismo no tiene, pues, por origen ni la necesidad de lavar el cuerpo, ni, como quieren varios autores, el uso

3 Ex 17, 11.

de algunos pueblos que por superstición lavaban a los niños en el río: el origen del bautismo es puramente simbólico, es decir, que en él se emplea el agua, este elemento tan propio para lavar todas las cosas, con el objeto de mostrar que por medio de su tacto en el cuerpo purifica Dios el alma de todas sus manchas.

Para investigar debidamente el origen de las ceremonias es necesario también indagar los tiempos y lugares en que han principiado a usarse, inquirir en los autores contemporáneos y en las oraciones de los libros más antiguos eclesiásticos las miras que ha tenido la Iglesia en sus ceremonias, porque muchas veces descubren las oraciones su verdadero sentido; y finalmente proponerse por modelo del discernimiento que se debe hacer de las verdaderas razones de la Iglesia aquellas ceremonias en que se hacen sensibles, por decirlo así, estas razones. Sirvan de aclaración los siguientes ejemplos:

1.º Hay usos que no tienen otra causa que la conveniencia o la comodidad. La razón porque se cubre el cáliz después de la oblación es por precaución y, sin que en esto haya ningún misterio, para que no caiga nada en él, y si el Micrólogo que reconoce esta razón añade otras misteriosas, es de su cuenta más bien que de la Iglesia [4].

2.º Otras se fundan en dos causas: una de comodidad y otra misteriosa. La primera razón del cíngulo que se pone al alba es para impedir que ésta cuelgue y arrastre por el suelo; y esta razón física no impide que la

[4] *Huc usque calix pro cautela coopertus videbatur, deinceps autem magis pro misterio cooperitur.*, etc. Mycrol., c. 17.

Iglesia determine a los sacerdotes a ceñírselo como en símbolo de pureza, pues que San Pedro nos recomienda que nos ciñamos espiritualmente (1 Pet 1, 13). *Succinti lumbos mentis vestrae.* La fracción de la Hostia se hace también, naturalmente, para imitar a Jesucristo, que partió el pan, y porque es preciso distribuirla; mas algunas Iglesias han dado a esta fracción un sentido espiritual, dividiendo la Hostia en tres [5], en cuatro [6] y en nueve partes [7].

3.º Algunas veces una causa física de comodidad ha sido sustituida por una razón simbólica. El manípulo era en un principio un pañuelo de que se servían los que operaban en la iglesia y que necesitaban enjugarse las manos. Seis o siete siglos hace que no puede ya servir para tal uso, y, no obstante, la Iglesia continúa haciéndolo tomar para recordar a sus ministros que deben trabajar y sufrir para merecer la debida recompensa [8].

4.º Algunas veces se ha cambiado por una razón misteriosa un uso establecido por una razón de conveniencia. Hasta fines del siglo IX, cuando el diácono cantaba el Evangelio, se volvía hacia el Mediodía, que era donde estaban los hombres, porque convenía anunciarles la palabra santa con preferencia a las mujeres, que estaban al lado opuesto. Pero desde fines de aquel siglo, en algunas Iglesias el diácono se vuelve al Septentrión por una razón puramente espiritual que se expone en su lugar.

[5] Las iglesias de Italia y Francia.
[6] Los griegos.
[7] Según el rito mozárabe.
[8] *Ut recipiant mercedem laboris.*

5.º A veces una razón fundada en el aseo ha hecho desaparecer una costumbre que se había introducido como un símbolo de la pureza interior. En la Iglesia griega se lava el sacerdote las manos al principio de la Misa y en la Iglesia latina se las lavaba también antes de la oblación. «Este uso se había establecido, dice San Cirilo de Jerusalén, no por necesidad, puesto que los sacerdotes se lavan antes de entrar en la iglesia, sino para denotar la pureza interior que conviene a los santos misterios.» Posteriormente, según San Amalarico y el Sexto Orden Romano [9], el obispo o el sacerdote se lavan las manos entre la ofrenda de los fieles y la oblación del altar porque pudieran habérselas empañado distribuyendo el pan común a los legos; y como según este orden se incensaban las oblaciones, se ha puesto en fin la ablución de los dedos después de esta operación [10] para mayor aseo, pero sin abandonar la razón espiritual primitiva.

6.º Hay usos que siempre han tenido razones simbólicas y misteriosas. Algunos dudan que las hayan tenido desde su principio; pero fácil será persuadirse de esto si se considera que los primeros cristianos tenían siempre por objeto elevar sus almas y su mente a los cielos, que en ellos todo era simbólico, y que como los sacramentos se han instituido bajo símbolos, se acostumbraron a espiritualizar todas las cosas, como vemos en las epístolas de San Pablo, en los escritos de San Bernardo, de San Clemente, de Justino, de Tertuliano, de Orígenes, etc. El antiguo autor de la *Jerarquía eclesiástica* [11], bajo el nombre de San Dionisio, nos dice que se conservaban en secreto las razones simbólicas de las ceremonias y que solamente las sabían los pastores de la Iglesia para descubrirlas al pueblo en ciertas ocasiones.

San Pablo da razones misteriosas del uso observado por los hombres en las iglesias, de orar con la cabeza descubierta, y lo mismo los padres de la Iglesia explicando las palabras de San Pablo. Por misterio también se ha revestido durante muchos siglos a los nuevos bautizados con un traje blanco, y por una razón misteriosa hizo también Constantino, el primer emperador cristiano, cubrir de blanco su lecho y aposento después de haber recibido el bautismo en la enfermedad de que murió. Si los primeros cristianos se volvían hacia el Oriente para orar, era porque miraban el Oriente como la figura de Jesucristo; y si iban a orar a lugares elevados y bien esclarecidos cuando les era posible, era porque la luz exterior les representaba la del Espíritu Santo, como nos lo dice Tertuliano [12]. Todas las ceremonias que preceden al bautismo son otros tantos símbolos misteriosos. San Ambrosio, que las explica en el libro de los iniciados o de los misterios, dice [13] que se hace a los catecúmenos volverse hacia el Occidente para indicar que renuncian las obras de Satanás y que le resisten de frente, y que en seguida se vuelven hacia el Oriente, como para mirar a Jesucristo, la verdadera luz.

9 Orden Romano VI, n. 9.

10 *Pontifex vero postquam thuribulum diacono reddiderit, potest ad majoren munditiam abluere digitos suos.* Ord. rom. XIV, p. 303.

11 Cap. 3.

12 TERTULIANO, *Lib. adv. Valent.*, c. 3.

13 Cap. 2.

Nada hay más recomendado en los cuatro primeros siglos que el orar en pie los domingos y todo el tiempo pascual, y Tertuliano dice que era una especie de crimen orar de rodillas y ayunar en tales días [14]. El primer Concilio general hizo sobre esto una ley en el canon 25, y San Jerónimo y San Agustín, a pesar de que ignoraban este canon, han hablado del uso a que se refiere siempre con mucha veneración. Según el primero era una tradición que tenía fuerza de ley [15] y el segundo solamente dudaba si se observaba en todo el mundo [16]. San Hilario y muchos otros doctores [17] han creído que venía de los apóstoles, y lo mismo San Basilio y San Ambrosio [18], pero los cánones y los Concilios y todos los monumentos antiguos que encontramos sobre esto solo dan razones misteriosas. ¿Y qué otra razón podrá darse sino que los fieles han querido honrar la resurrección de Jesucristo y dar a entender con la elevación de sus cuerpos la esperanza que tienen de participar en su resurrección y ascensión? [19].

Es, pues, alejarse del espíritu y de las miras de la Iglesia desechar los orígenes misteriosos, como han hecho algunos autores. La Iglesia, al contrario, quiere que

14 *Die dominico jejunium nefas ducimos vel de geniculis adorare.* TERTULIANO, *Lib. de Cor.*, c. 3.

15 *Multa quae per traditionem in ecclesia observantur, auctoritatem sibi scriptoe legis usurpaverunt, velut die dominica et per omnem Pentecostem non de geniculis adorare.* Contr. Lucif. et Prol. in Epist. ad Efes.

16 *Ep. ad Januar.*

17 SAN HILARIO, *Prolog. in Psal.* SAN ISIDORO, *Hisp. Cap. reg. Franc.*

18 SAN BASILIO, *De Spir. S.*, cap. 27. SAN AMBROSIO, *De Offic.*, libro 1, cap. 31.

19 *Nec curvamur, sed cum Domino coelorum alta sustullimur.* SAN JERÓNIMO, *Prol. in Ep. ad Ephes.*

sus hijos se apliquen a penetrar los misterios que encierran las ceremonias. Así la prueba una oración que se lee en los antiguos sacramentales, y que se dice todos los años en la bendición de las palmas. «Haced, Señor, que los corazones piadosos de vuestros fieles comprendan con fruto lo que significa misteriosamente esta ceremonia.»

Hemos expuesto las reglas que hemos seguido para la redacción de esta obra. Nuestro objeto es formar un libro que conserve el texto de la liturgia, que desenvuelva su sentido literal, que explique sus ceremonias y que auxilie a los fieles a gustar por sí mismos el sentido de la oración pública, a amar su majestuosa sencillez, a hacer brotar de ella todos los sentimientos que encierra, objeto que nos hemos propuesto con temor y desconfianza. He aquí el plan que para mejor conseguirlo hemos seguido. Primeramente, damos instrucciones generales sobre la Misa, las oraciones y los ritos que la acompañan: exponemos en pocas palabras la sublimidad y excelencia del sacrificio de la ley nueva y sus relaciones con todo el culto público, su necesidad, su valor y sus frutos. Una rápida ojeada por la tradición de todos los siglos enseña cómo se ha celebrado la santa liturgia desde Jesucristo hasta nuestros días; y finalmente damos una idea de todo lo material empleado en este servicio divino, de las inmensas preparaciones que le preceden y de los sentimientos que la Iglesia exige en el sacerdote que lo celebra y en los fieles que le acompañan con su asistencia.

En seguida exponemos palabra por palabra y rito por rito cuanto se contiene en el Ordinario de la Misa; tra-

tando de dar una explicación propia para instruir a los fieles al mismo tiempo que para nutrir su piedad, y esforzándonos en hacer palpable la relación que existe entre las oraciones y ceremonias del altar del mundo con lo que pasó en el Cenáculo y en el Calvario, y con lo que se verifica en el altar sublime del Cielo.

Solo nos resta exponer nuestros deseos en el buen éxito de esta obra. Estos se reducen a que llegue a ser útil a los cristianos; y si tenemos la felicidad de excitar en algunos párroco el deseo de dar a sus feligreses una serie de explicaciones sobre la Misa, si nuestro pobre trabajo sirve para aliviar algún tanto el tiempo que emplean tan útilmente en la conducción del rebaño de Jesucristo, la bendición divina habrá hecho rebosar el colmo de nuestras esperanzas, y nuestra gloria será haber presentado materiales a más hábiles operarios evangélicos cuyo talento y virtudes admiramos.

EXPLICACION

DE ALGUNAS PALABRAS QUE SE MENCIONAN EN ESTA OBRA, Y QUE NO TODOS ENTIENDEN

LITURGIA es una palabra griega compuesta de *leiton*, que significa público, y de *ergon*, que significa obra, es decir, *obra* o *acción pública*, lo que en castellano llamamos *servicio divino*. Los libros que contienen el modo de celebrar los santos misterios se llaman las *liturgias;* todo lo perteneciente a las liturgias se llama *litúrgico*, y los autores que han escrito sobre esta materia, *liturgistas*.

RITO, en latín *ritus*, significa un uso o una ceremonia según el orden prescrito. Se dice también *rite* o *recte* para expresar lo que está bien hecho, con orden, según costumbre; así se dice rito romano y milanés según que se prescribe en Roma o en Milán. Este término solo se usa hablando de religión. Festo llama *rituales* los libros que enseñaban las ceremonias de la consagración de las ciudades, altares y templos; y en la actualidad llamamos *ritual* el libro que prescribe el modo de administrar los sacramentos.

RITO MOZÁRABE. Llámase así el rito de las iglesias de España desde principios del siglo VIII hasta fines del XI. La palabra mozárabe se aplica a los españoles que subsistieron bajo la dominación de los árabes cuando estos se apoderaron de España en 712, y quiere decir árabes externos, a diferencia de los árabes de origen. Este rito se llamaba comúnmente el rito gótico, por haberse seguido

por los godos que se hicieron cristianos. En Toledo hay una capilla, donde se observa, según el misal que nuestro célebre cardenal Jiménez de Cisneros hizo imprimir en 1500.

Sacramental. Llamábase así el libro que contiene las oraciones y las palabras que los obispos o sacerdotes recitan celebrando la Misa y administrando los sacramentos. Posteriormente se ha llamado pontifical el libro que contiene lo perteneciente a los obispos. El que comprende lo que se dice por los sacerdotes se llama sacerdotal, ritual o manual.

Misal. Todos saben que es el libro que contiene todo lo que se dice en la misa durante el año; pero la mayor parte de los misales manuscritos de que se habla en esta obra solo contenían lo que el celebrante decía en el altar, es decir, el canon y las demás oraciones de la Misa. Llamábase misal plenario el que contenía no solamente lo que decía el sacerdote, sino también lo que se decía por el diácono y subdiácono y por el coro. Estos misales eran necesarios para las misas rezadas; en la actualidad todos los misales que se imprimen son misales plenarios.

Antifonario. Llamábase así antiguamente el libro que contenía todo lo que se debe cantar en el coro durante la Misa a causa de los introitos que tenían por título *Antiphona ad introitum;* pero hace mucho tiempo que solo se da este nombre al libro que contiene las antífonas de maitines, y laudes y demás horas canónicas.

Orden romano. Era el libro que contenía la manera de celebrar las misas y los oficios de los principales días del año, sobre todo los de los cuatro días de Semana Santa y de la octava de Pascua. Este orden se ha aumentado posteriormente y se llama ceremonial.

Ordinario. Llámase así hace 500 ó 600 años el libro que marca lo que se dice y hace cada día en el altar y en el coro.

Ordinario de la Misa. Se llama así lo que se dice en la Misa común para distinguirlo de lo que es propio de las fiestas y demás días del año.

Micrólogo. Es una palabra griega, compuesta de *micros* y de *logos* que significan breve discurso. Un autor del siglo XI compuso un tratado de la misa y de los demás oficios divinos con este título: *Micrologus de ecclessiasticis observationibus,* y como se ignora quién sea, se cita con el nombre de Micrólogo o el Micrólogo. Fue contemporáneo del Papa Gregorio VII; pero escribió después de la muerte de este Pontífice, razón por la que se cita y coloca esta obra en el año de 1090.

INSTRUCCIONES PRELIMINARES

SOBRE

EL SANTO SACRIFICIO DE LA MISA

Y SOBRE LAS PREPARACIONES PRESCRITAS PARA OFRECERLO

CAPITULO PRIMERO

De la excelencia del sacrificio de la Misa, y de sus relaciones con toda la Religión y con el culto

Nada hay más grande y más central en el culto de la Iglesia católica que la oblación del cuerpo y sangre de Jesucristo, bajo las especies de pan y vino, que constituye el sacrificio de la Misa. Porque no solamente inmolamos al Dios eterno, vivo y verdadero que la revelación nos ha dado a conocer y adorar perfectamente, sino que tenemos en este sacrificio a un Dios por sacerdote y a un Dios por víctima. Todas las grandezas de la persona de Jesucristo se encuentran en él reunidas; su poder como Dios, su estado de inmolación como hombre; representándonoslo vivo para interceder por nosotros; y al mismo tiempo bajo los símbolos de la muerte para aplicarnos el precio de sus padecimientos; pontífice santo y sin mancha, más elevado que los cielos; cordero degollado desde el principio del mundo, cuya sangre correrá hasta la consumación de los siglos para borrar

todos los pecados; sacerdote según el orden de Melquisedec con un sacerdocio eterno, oblación pura ofrecida en todas las naciones desde el ocaso hasta la aurora; he aquí el pontífice y la víctima que convenían a la verdad y a la santidad de Dios.

Este sacrificio, ya tan grande por el que lo ofrece y por quien es ofrecido, renueva todos los prodigios de la vida del Salvador y viene a ser cada día como la historia solemne de sus misterios y de su doctrina. La fe contempla al Hijo de Dios en el altar, engendrado en el secreto del santuario por la misma potestad que en los esplendores de la eternidad; encarnado por su fecunda palabra en las manos del sacerdote como en el seno de María, renovando la obediencia y las virtudes de su vida oculta, su misericordia y toda la bondad de su ministerio público, aplicando a los fieles el precio de su muerte y de su sangre derramada, la gloria y la vida nueva de su resurrección por medio de la ofrenda de su cuerpo inmortal y la bendición de su ascensión; elevándose del altar sublime de la tierra hasta el altar sublime del cielo; esparciendo las gracias de la efusión de su espíritu en nuestros corazones, la luz, la fuerza y la santidad, trazando ya las primeras palabras de la sentencia del día final por la separación anticipada del fiel y del infiel; presentando un pan que da la vida eterna al justo, y que hace comer al pecador su juicio y su condenación. En la Misa ha dejado, pues, el Señor a los que le temen *lleno de misericordia y de bondad un recuerdo de todas sus maravillas*[1].

[1] Ps 110.

En este santo sacrificio contemplamos, con el sacerdote más santo y la víctima más digna, con la renovación de todos los misterios y la continua predicación de la doctrina de Jesucristo, el compendio más perfecto de la moral evangélica y la lección más sublime de la santidad conveniente a un cristiano. En la Misa vemos a un Dios infinitamente adorable a quien se le debe el sacrificio, y nos formamos del Señor la idea más justa que se puede concebir, por la excelencia del don que se le presenta. El secreto de 4.000 años de promesas, de figuras y de profecías se revela a nuestros ojos; la verdad sucede a la sombra, la plenitud de los tiempos se desarrolla con la abundancia de la gracia, un manantial puro que surte de la cruz hasta la vida eterna, da nacimiento y resurrección, fuerza y aliento, salud y santidad a los cristianos de todas las edades; esta fuente refluye de la cruz hasta los primeros días del mundo para santificar a todos los escogidos, y corre de la cruz hasta la consumación de los siglos para salvar a todos los hijos de Dios. Este sacrificio, que, como dice Tertuliano, no tanto es un banquete *de religión como una escuela de todas las virtudes,* presenta a los fieles el gran ejemplo de la inmolación continua de un Dios, para animarles a todos los deberes y alentarles a todos los sacrificios; y la participación de la víctima a que ellos se incorporan por la comunión para hacérsela practicar. Hallamos, pues, en esta mesa donde todos podemos comer[2] la unión más íntima con Dios en la tierra, porque nos alimentamos en ella con el mismo Dios, y la unión

[2] Heb 13.

más deseada de los hombres entre sí, puesto que todos sin distinción pueden sentarse en la misma mesa, como hijos de un mismo padre.

¡Qué sacrificio hay más grande que aquel en que con Dios se ofrece a un Dios por un sacerdote Dios; en que cada acto de la oblación recuerda la doctrina de un Dios, la santidad que exige y la religión de este Dios en toda su extensión y en todos los medios de santificación! La Misa es, pues, en realidad aquella escala misteriosa que vio Jacob en sueños [3], uno de cuyos extremos tocaba en la tierra y el otro se apoyaba en el cielo, y por la que subían y bajaban los ángeles y sobre todo el santo de Dios, el ángel de Dios por excelencia, el Mediador Supremo, para llevar al Señor nuestros votos y sacrificios y para traernos su gracia y su bendición. La Misa es una imagen anticipada del cielo; en ella se adora al mismo Dios; en su santuario se estrechan sus hijos: en él vemos lo mismo que en el cielo, las oraciones, los cánticos y los perfumes; ángeles que circuyen el altar, santos que lo sostienen, toda la Iglesia, toda la ciudad de Dios ofrecida por Jesucristo y uniéndose a su jefe, en una palabra, Dios presente aunque cubierto con velos, el mismo Dios que hemos de ver cara a cara, Dios convertido en manjar bajo la apariencia de un pan que no existe, el mismo que nos confortará eternamente con su gloria por la verdad y la bienaventuranza.

Sí, el santo sacrificio de la Misa transforma nuestras iglesias en un cielo. El divino cordero es inmolado y adorado en el templo como nos lo representa San Juan

3 Gen 28.

en medio del santuario celestial. Los espíritus bienaventurados, instruidos de lo que se opera en nuestros altares, bajan a asistir a ellos con el temor que inspira el más profundo respeto; y esta verdad de la presencia de los ángeles ha ido siempre tan admitida que San Crisóstomo no duda en decir: ¿Qué fiel podrá dudar que a la voz del sacerdote, y en la hora misma de la inmolación se abre el cielo, los coros de los ángeles descienden a asistir al misterio de Jesucristo y las criaturas celestes y terrestres, visibles e invisibles, se reúnen en tan solemne momento? En nuestros templos hacemos lo mismo que los santos hacen continuamente en el cielo. Nosotros adoramos la víctima santa e inmolada en las manos del sacerdote, y todos los santos adoran en el cielo esta misma víctima, el cordero sin mancha representado en pie, pero como degollado [4], en señal de su inmolación y de su vida gloriosa. Todas las oraciones y todos los méritos de los santos se elevan como un dulce perfume ante el trono de Dios; así lo ha expresado San Juan por un ángel con un incensario en la mano y por el altar de donde se elevan a Dios las oraciones de los santos [5]. La iglesia de la tierra ofrece también en el altar incienso al Señor como una muestra de las adoraciones y súplicas de todos los santos que están en la tierra o en la gloria.

No nos admiremos, pues, de que la Misa, que abraza todo lo relativo a la religión, haya llegado a ser el centro de su culto, el punto de descanso en que se replega

4 *Agnum stantem quasi occisum.* Apc 5, 6.
5 Apc 8, 3-4.

como en la cruz el hombre con sus destinos gloriosos; el punto de partida de donde nos viene, como de la cruz, la gracia con todos los medios de salvación. ¿Veis esos templos que ha fundado el cristianismo? Son para ofrecer su sacrificio: esa cruz que les corona es el signo de la inmolación que se perpetúa en ellos, los altares que eleva son para depositar en ellos su víctima. Todo tiene en las iglesias la misma relación y el mismo objeto. La reunión solemne de sus hijos es una cita alrededor del altar; y de toda la observancia del día del Señor, la Misa es el único acto de religión especial y rigurosamente determinado. El agua bendita, las fuentes del bautismo, los tribunales de la penitencia recuerdan que debemos lavar *nuestras manos con los justos*[6] para penetrar en el santuario; la cátedra sagrada instruye y exhorta al sacrificio del espíritu y del corazón, la mesa santa se dispone para participar en la hostia de salvación, los velos del altar, los vestidos de los ministros, las luces que brillan, el incienso que se exhala, el cántico que acompaña a la acción, los ritos que la expresan más vivamente a la debilidad de nuestros sentidos, todo habla del sacrificio, todo es para el sacrificio.

El *Bautismo* da derecho para asistir a la santa congregación y para sentarse a la mesa del Señor, la *Penitencia* repara este derecho perdido o debilitado, la *Eucaristía* se consagra y se distribuye en la Misa, la *Confirmación* fortifica para esta unión misteriosa y para la inmolación moral y continua del cristiano: en medio de la solemnidad de los divinos misterios se bendice el *Oleo Santo*

6 Ps 20.

para el enfermo y para las diversas unciones; el sacramento del *Orden* perpetúa el sacerdocio, y el *Matrimonio* de los cristianos recibe en la Misa su ratificación y su bendición particular.

La instrucción evangélica es una parte preparatoria de la Misa: el pastor suspende la oblación para anunciar la palabra santa, y el símbolo de la fe se profesa en ella solemnemente: el espíritu de la oración atrae en la concurrencia el espíritu de gracia, y viene a concentrar todos los sentimientos religiosos en la grave y pública lectura de la oración domínica; el oficio de la noche es la preparación remota para el sacrificio, el de la mañana sirve de preparación inmediata, y el de la tarde de conclusión y de acción de gracias; todo, en fin, se refiere a esta grande oblación, y así como reúne las maravillas y las gracias de Dios, así la Iglesia resume en este centro común todo el objeto y el fruto de sus asambleas de religión.

Digna es, pues, de la más alta sabiduría la decisión del Santo Concilio de Trento[7], que manda a los pastores espirituales explicar con frecuencia los misterios de la Misa y lo que en ella se lee, para que los fieles no solamente se instruyen de la verdad del misterio, sino también del sentido de las oraciones y ceremonias. Merezca nuestra obediencia a esta orden importante atraer a nuestro trabajo la bendición de Dios, inspirar a los

7 *Ut frecuenter inter missarum celebrationem vel per se, vel per alios ex iis quæ in missa leguntur, aliquid exponant, atque inter cætera sanctisimi hujus sacrificii misterium aliquod declarent, diebus præsertim dominicis et festis.* Conc. Trident. Sess. 22, c. 8.

fieles gusto y placer a las cosas santas y dirigirnos felizmente en los pormenores que van a servir de exposición a lo que no hemos hecho más que indicar al hacer el bosquejo de la excelencia del sacrificio de la Misa.

CAPITULO II

Del sacrificio en general y de su necesidad

La religión es el segundo lazo que une libremente el corazón del hombre a su Dios; el primer lazo es necesario y sin mérito; es el que refiere el efecto a la causa, el Creador a su obra: los animales, los astros, el cielo y la tierra están unidos a Dios de esta manera y publican necesariamente su sabiduría, su bondad y poderío. El hombre tiene además que todas las criaturas un corazón libre que debe ofrecer a Dios por medio de la oblación voluntaria de sus pensamientos y de su voluntad; esos sentimientos de fe y de obediencia, de adoración y de amor, de reconocimiento por los beneficios y de arrepentimiento por el pecado, que se elevan libremente del corazón del hombre; he aquí la religión en sí misma; la expresión de todos estos sentimientos forma el culto, y si es necesario a una criatura inteligente experimentar estos sentimientos de religión por su

Dios, su padre y señor; no lo es menos expresarlos en el culto divino por medio de los órganos de que se halla dotada. La expresión religiosa se manifiesta especialmente por el *sacrificio,* cuya esencia consiste en ser *interior,* porque Dios es espíritu y quiere ser adorado en espíritu, de suerte que el corazón se ofrezca y se inmole a un mismo tiempo; que sea el sacerdote y la víctima. Pero el sacrificio debe ser también exterior, porque componiéndose el hombre de un cuerpo y de un alma, debe rendir igualmente homenaje de este cuerpo que ha recibido de manos de su Creador, y dar pruebas evidentes de sus disposiciones interiores hacia la Divina Majestad. Además, el sacrificio exterior del cuerpo, o de los bienes que ha puesto la providencia a nuestra disposición, no es más que un signo sensible de la oblación íntima de nosotros mismos; es un sacrificio vacío e inútil sin los sentimientos del alma que le son tan esenciales, y aun es casi imposible, atendida la íntima unión del alma y el cuerpo, que se penetre el espíritu de adoración y el corazón de reconocimiento sin que experimente el cuerpo cierto anonadamiento ante Dios, y sin que ofrezca alguna señal visible de su gratitud y dependencia. En fin, en el estado de sociedad, jamás ha existido la religión sin este sacrificio interior y exterior unidos en una misma *acción pública,* porque su objeto es reunir a los hombres en los testimonios que dan a Dios de su servidumbre y de su amor en nombre de la sociedad.

Considerado, pues, el sacrificio rigurosamente puede definirse: la oblación exterior de una cosa sensible, hecha a Dios solo, por un ministro legítimo, con destrucción, consumación o cambio de la misma, en reconocimiento de su soberano dominio, y para los demás fines del sacrificio. Es decir, que un ministro legítimo, autorizado por el pueblo para con Dios y por Dios para con los hombres y que sirve de persona intermedia, *hace a Dios,* a quien se debe la adoración de toda dependencia, *la oblación,* o el acto de renuncia al dominio del goce de tal o cual cosa creada para nuestro uso, con *destrucción, consumación o cambio* de la materia ofrecida, como la inmolación de un animal, la efusión de un licor, la evaporación de un perfume; para *reconocer,* atestiguar y publicar por medio de esta renuncia exterior del dominio de uso *el dominio soberano de Dios,* a quien pertenece la propiedad real. Por esta destrucción o este cambio de la víctima reconocemos el derecho de vida y muerte que tiene el Señor en nosotros, la muerte que hemos merecido por el pecado y la obligación de inmolarnos y dedicarnos enteramente a su amor y a su servicio. Este homenaje de perfecta dependencia es el fin primero de toda oblación, que bajo esta relación se llama sacrificio de adoración o de *latría.* Pero la oblación se ofrece también para otros fines secundarios y de grande utilidad: ofrécese para dar gracias a Dios por sus beneficios; para pedir el perdón de nuestras culpas; para implorar las gracias de que necesitamos, y bajo estos respectos diversos puede ser el sacrificio *eucarístico* o de acción de gracias, *propiciatorio e impetratorio.*

Hemos expuesto la idea exacta del sacrificio; dase también por extensión este nombre a las oraciones, a las limosnas, a la obediencia, a las buenas obras, al dolor de corazón por los pecados, porque en cierto sentido hacemos una oblación a Dios por todos estos actos de reli-

gión, y tal es el sentido en que debemos entender estas expresiones de la Escritura: *sacrificad al Señor un sacrificio de justicia*[1]. *Inmolad a Dios un sacrificio de alabanza y rendidle vuestros votos*[2]. *Un corazón destrozado por el arrepentimiento es el sacrificio que agrada a Dios y que jamás desechará*[3]. *Es un sacrificio saludable observar los mandamientos*[4]. *La obediencia es mejor que las víctimas de los insensatos*[5]. *No olvidéis la limosna y la beneficencia porque Dios se aplaca con estas hostias*[6].

1 Ps 4.
2 Ps 49.
3 Ps 50.
4 Eccl 35.
5 Eccl 4.
6 Heb 13

CAPITULO III

De los sacrificios antiguos en tiempo de los patriarcas, en la ley mosaica y de los sacrificios paganos

El deber religioso del hombre al salir de las manos del Creador consistía: 1.º En rendirle homenaje de adoración, como al ser soberano, y en cuanto sea posible, el homenaje de adoración eterna e infinita, como al ser infinito y eterno. 2.º En rendirle tributo de reconocimiento como a su Creador y al autor absoluto de todos sus bienes; pues para que Dios se los conserve y aumente cada día con nuevos beneficios debe ser su vida una perpetua acción de gracias. 3.º En implorar gracias y auxilios con oración humilde, ferviente y perseverante. Tales eran los ejercicios ordinarios del hombre en el estado de inocencia, y si nuestro primer padre hubiese conservado para sí y sus descendientes la justicia original, *los hombres*, dice San Agustín, *que hubiesen sido sin mancha de pecado, se hubieran ofrecido a Dios como*

víctimas sin tacha[1]; el corazón del hombre hubiese sido el templo, el altar, la víctima y el sacerdote de un sacrificio agradable al Señor. Pero desde que nos despojó el pecado de nuestros privilegios fue necesario aumentar a estas grandes obligaciones religiosas la de apaciguar la justicia divina irritada por nuestro orgullo y nuestra ingratitud, la de conocer nuestra miseria más profundamente y la continua dependencia de los socorros del cielo en todas nuestras necesidades morales y temporales. Estos son los cuatro fines del sacrificio después de la caída del hombre: la adoración, la acción de gracias, la remisión de las ofensas y la oración que solicita la bendición de Dios. En este estado de degradación y de miseria ya no podía el corazón humano servir de altar y de víctima; incapaz de reparar el pecado a pesar de su penitencia, era preciso pedir a la naturaleza un templo, o fundarlo, cuando hubiese orden para ello; una piedra fría y sin adornos era menos indigna que este corazón de sostener la hostia de propiciación; los débiles elementos de una vida material, la sangre de animales salvajes debía reemplazar exteriormente en el holocausto a los pensamientos y los afectos del hombre culpable, y sacar su mérito de la gran víctima del mundo a quien representaban, y de la fe de los sacrificadores elevada hasta la esperanza del cordero de Dios. Holocausto intermedio de hostias ineficaces por sí mismas, recuerdo perpetuo de la impotencia y de la nulidad de los hombres, impuesto, dice San Pablo, hasta el tiempo fijado para el gran restablecimiento y abolido en la

1 *Ciudad de Dios*, l. I, c. 26.

plenitud de los siglos, cuando apareció Jesucristo ofreciéndose a sí mismo en sacrificio, dando al hombre el derecho de unirse a Dios, no solamente por un corazón puro como en el día de la inocencia, sino por un corazón redimido que presenta un Dios para víctima de adoración, de expiación y de acción de gracias.

En consecuencia de esta degradación del hombre que no puede ofrecer su corazón en el altar sino uniéndolo a símbolos groseros e impotentes, hasta que venga el cordero de Dios, *inmolado en promesa y en figura*[2] *desde el origen del mundo,* Abel ofrece lo más florido de su ganado, Caín los frutos de la tierra que cultiva; Noé, a la salida del arca, pájaros y animales; Melquisedec, sacerdote y rey de justicia y de paz, presenta al Señor pan y vino en el altar del Dios de los combates para distribuirlo a los soldados victoriosos; Abraham y los patriarcas inmolan hostias solemnes en nombre de las familias y de las tribus; y para mostrar de una vez hasta dónde va el derecho de Dios en los sacrificios que exige de sus criaturas, y hasta dónde llegará un día la misericordia divina, el Señor manda al padre de los creyentes inmolar a su único hijo, bien que se contente con la obediencia del santo patriarca y acepte la inmolación de un carnero en lugar de Isaac.

Las generaciones que olvidaron el conocimiento de Dios, de su fe y de su culto, para prostituir sus corazones a la idolatría, conservaron siempre y por todas partes como un dogma primitivo la oblación de los sacrificios. Si los hijos de los hombres pudieron engañarse

2 Apc 13.

sobre la unidad y la naturaleza de Dios, no se engañaron sobre este punto de la religión; si sus falsas divinidades exigían con orgullo y profusión víctimas, era, dice San Agustín, porque el demonio sabía que se debían ofrecer al verdadero Dios; y si las inmolaciones de los gentiles fueron ridículas y bárbaras fue porque era necesario acomodarlas a las extravagancias y a los desórdenes de la teogonía pagana. En la religión verdadera el sacrificio del hombre *físico,* tan frecuentemente reclamado por el paganismo, hubiera sido una consecuencia rigurosa de los derechos de un Dios ofendido, cuya justicia no podía aplacarse aun por este medio; y la idolatría, que había perdido la fe y la esperanza de su Redentor, tenía razón en entender así los derechos del Ser Supremo; pero en virtud de la muerte del hombre Dios, cordero inmolado, como canta la Iglesia, para rescatar a las ovejas, se contenta Dios con la inmolación del hombre *moral* y de sus pasiones, y aun la acepta con misericordia cuando va unida al sacrificio de su Dios.

Cuando el Señor eligió para su pueblo a los hijos de Israel y los separó de las naciones idólatras para conservar su alianza y sus promesas, arregló en sus mandamientos dictados a Moisés la sucesión y la perpetuidad del sacerdocio de Aarón, la forma de su tabernáculo y el lugar de su templo, el número de víctimas y los ritos de cada oblación. En cuanto el pueblo judío sacudió el yugo de Egipto y marchó por el desierto a la conquista de la tierra de Canaán, prometida a la posteridad de Abraham, recibió orden para que inmolase un cordero cada familia y se lo comiese observando varias ceremonias misteriosas, y para que señalase sus moradas con

la sangre del cordero pascual y renovase de edad en edad esta inmolación solemne; rito que debía durar hasta la última pascua en que cenó Jesucristo con sus discípulos, y en la que sustituyó el verdadero cordero pascual, es decir su cuerpo y sangre, cuya aplicación por nuestras almas nos preserva del ángel exterminador, nos libra de la esclavitud del pecado y nos hace obtener el cielo, verdadera tierra prometida a los hijos de Dios. Desde este sacrificio general de toda la nación comienza el ejercicio del sacerdocio en la tribu de Leví, habiendo mandado Dios que se multiplicasen las víctimas, a causa de su imperfección, para llenar en cuanto fuese posible los fines del sacrificio y para representar los méritos superabundantes de la hostia única que debía reemplazarlas.

En esta gran variedad de sacrificios de la ley mosaica, los sacrificios sangrientos eran: 1.º *El holocausto;* en esta inmolación la víctima se consumía enteramente por el fuego, reconociéndose de este modo el soberano dominio de Dios, y rindiéndosele el culto de latría o de adoración y dependencia. 2.º *Las hostias pacíficas;* por esta última palabra se entendía la vida, la salud, la paz, toda especie de bienes y de perfecciones; esta hostia era eucarística o impetratoria, es decir, que se ofrecía a Dios en reconocimiento de los beneficios o para demandarle gracias. 3.º *El sacrificio por el pecado* instituido para la expiación de las faltas y para obtener su perdón. Se ofrecía o por los particulares, o por los sacerdotes, o por todo el pueblo; y en el sacrificio único que se hacía por toda la nación no solamente se llevaba la sangre de las víctimas en el *Santo* sobre el altar de los perfumes y

hasta el *Sancta Sanctorum,* para
:ía hasta en el cielo la sangre de
›riría sus puertas. Por lo demás,
:iones tenía sus ceremonias par-
terios y de esperanzas. Los sa-
ı: 1.º *La ofrenda* de flor de ha-
e e incienso que se quemaba en
stos. 2.º *El sacrificio del macho*
l día de la expiación solemne
los machos cabríos, uno de los
e el Señor y el otro se le ofrecía
imponía ambas manos en la ca-
ıfesaba las iniquidades de la na-
al animal inmundo y le hacía en
erto. 3.º El sacrificio del *gorrión*
a purificar una casa infestada de
ıtre otras ceremonias dos gorrio-
inmolábase el uno en un vaso
el cual se vertía su sangre, y el
hasta la cabeza en el agua mez-
un hacecillo de cedro, hisopo y
hacer aspersiones con esta agua
ave pura libremente.

renderá que todos estos sacrifi-
e la ley mosaica eran vivas figu-
: del sacrificio de Jesucristo y de
procurar a los hombres para su
iversas oblaciones eran muy im-
érito se fundaba en la obediencia
as había prescrito, en la fe de los
sus disposiciones interiores, y so-

bre todo en la esperanza de la hostia mejor qu
los pecados del mundo [3]. El Señor sostenía esta f
esperanza del sacrificio futuro de su hijo por m
las figuras fuertes y expresivas del sacrificio d
de Melquisedec, del cordero pascual, del ma
brío emisario sobre el cual se descargaban las ir
des de todos y del ave pura cuya sangre daba la
a la otra; por la serie de profetas que anunciaba
glo en siglo la gran víctima, con voz solemne y
maban sin cesar contra la impotencia de las
representativas. Nuestros sacerdotes, decía Dav
según el orden de Aarón; sucédense y reemp
cuando los arrebata la muerte; pero vendrá otr
fice que es mi Señor, a quien ha dicho Dios:
sacerdote eterno según el orden de Melquised
cucha Israel y comprende lo que dice este celest
fice por boca de uno de sus enviados: los holc
aunque mandados por vos, Señor, no os son agr
pero vos me habéis dado un cuerpo que poder o
y yo he dicho: vedme aquí [5]. *A la cabeza,* y com
principal del *libro* de vuestra ley, *se ha escrit*
que yo solo puedo cumplir vuestra voluntad y
cerla completamente [6]. Así, *la gloria del segund*
borrará el esplendor del que edificó Salomón, p
pareceré en él para comenzar mi sacrificio [7]. En
no recibiré más víctimas de vuestras manos; mi

3 Ioh 1.
4 Ps 111.
5 Ps 39.
6 Agg. n.
7 Mal 1.

no solo será conocido en Judea, sino que será grande entre todos los pueblos de la tierra, porque he aquí que desde el *ocaso hasta la aurora, y en todo lugar se sacrifica y se ofrece en mi nombre una oblación pura.* Ya me parece ver esta oblación, dice Malaquías, y los tiempos en que se ofrezca no están lejanos.

CAPITULO IV

DEL SACRIFICIO DE LA LEY NUEVA, INSTITUIDO Y OFRECIDO POR JESUCRISTO

En la plenitud de los tiempos, es decir, cuando se llenase la medida de expectación y de preparación fijada por Dios para obrar la salvación de los hombres; después de 4.000 años de promesas y de figuras y profecías, oyó la tierra esta dichosa palabra: *He aquí el cordero de Dios que borra los pecados del mundo*[1].

Puede decirse que el sacrificio de la ley nueva comenzó desde el primer momento de la Encarnación; según piensa San Pablo[2], Jesucristo al salir al mundo le aplicó las palabras del Salmo 39 y dijo a Dios su Padre: Los holocaustos no os han sido agradables, pero habéis unido a mi naturaleza divina un cuerpo en el cual puedo padecer e inmolarme a vuestra santa voluntad que

[1] Ioh 1.
[2] Heb 10.

pide semejante víctima; y yo he dicho: he aquí que vengo a cumplir esta gran voluntad, que no solamente está escrita al frente del libro de vuestra alianza, sino que desde este momento se ha grabado en medio de mi corazón.

Al nacimiento del Hombre Dios, hostia ya ofrecida por nuestra salvación, el anonadamiento a que se reduce, las privaciones que experimenta, las lágrimas que derrama son los preludios del sacrificio; ¿qué digo?, el establo de Belén hubiera podido servir de templo; el pesebre, de altar, y las lágrimas de este Dios Niño hubieran sido oblación suficiente para salvar al universo si lo que bastaba para nuestro rescate hubiera bastado a la caridad y a la misericordia de nuestro Dios. Ocho días después de este venturoso nacimiento recibe Jesucristo el nombre de Salvador: comienza a ejercer sus funciones a los ojos de los hombres, y derramando las primeras gotas de su sangre, se obliga por estas sagradas primicias a derramarla abundantemente en el altar de la Cruz. Vedle conducido al templo en los brazos de María; allí se coloca en el altar del Dios verdadero y renueva el solemne empeño de morir por la salvación del mundo; he aquí la *ofrenda* del sacrificio cuya *inmolación* ha de hacerse en el Calvario, y su *participación en el Cenáculo y en la Misa.*

Toda la vida del Salvador, ya se considere en la oscuridad de Nazaret, ya en el esplendor de su ministerio, ha sido una serie de esta oblación; los suspiros de su corazón llamaban sin cesar la consagración de la víctima, y se sentían oprimidos y sofocados hasta que se cumpliese el bautismo de dolor y de sangre en que debía ser sumergido; sus deseos invocaban con ardor el fuego sagrado que llevará consigo y que había de caer sobre la tierra para consumir el holocausto y abrasar las almas que se unieran a su sacrificio; y cuando llega la hora tan ansiada de pasar de este mundo a la mansión de su Padre celestial, Jesucristo parece respirar y declara a sus apóstoles que *Él ha deseado con un deseo ardiente comer esta Pascua con ellos, antes de la pasión,* porque aquella Pascua debía ser la última de Israel según la carne, y porque el verdadero cordero pascual iba a ser sustituido por los verdaderos hijos de Abraham.

Llegó, pues, por fin este día por siempre bendecido, en que fue entregado Jesucristo por nuestro amor, y en que nos amó hasta el fin y hasta el exceso. La noche que precedió a este memorable día, hallándose a la mesa con sus discípulos, observa completamente la comida legal mandada por Moisés, y luego que se ha cumplido todo lo concerniente a la antigua alianza se levanta el Señor; pero prestemos nuestra mayor atención, y penetrémonos del temor más respetuoso; porque algo grande y misterioso se prepara..., ¡va a ser instituido el sacrificio de la ley nueva! El lavatorio de pies es su preparación próxima y pública; las palabras de Jesucristo, llenas de ternura y de efusión, son la instrucción que le precede: Jesucristo toma en sus santas y venerables manos el pan y el vino: he aquí la ofrenda. Bendice este pan y este vino, rinde gracias, y en medio de sus bendiciones eucarísticas, óyense estas palabras emanadas de los labios del que ha creado el cielo y la tierra: *Este es mi cuerpo,* mi cuerpo dado, entregado y destrozado por vosotros; *esta es mi sangre,* la sangre de la nueva alian-

za vertida para la remisión de los pecados: he aquí la regla de la consagración. Tomad y comed; tomad y bebed: Jesucristo parte el pan de la vida eterna y lo distribuye; presenta el cáliz de salvación y hace participar de él a los apóstoles: he aquí la comunión en el sacrificio. *Haced esto en memoria mía*[3]; por estas palabras transmite su misma potestad, y funda y establece el orden del nuevo sacerdocio. Y después de tantas maravillas y beneficios entona Jesucristo el himno de acción de gracias. ¡Admirable providencia de mi Dios! Vos habéis querido, para sostener la fe de vuestros hijos deslumbrados con los prodigios de vuestro amor, que el sacrificio del Cenáculo bajo las especies de pan y vino precediese a la oblación sangrienta de la cruz, así como el sacrificio de la Misa debía seguir y perpetuar la inmolación del Calvario, en señal de que así antes como después era este vuestro mismo y único sacrificio, *instituido* en el Cenáculo, *consumado* en el Calvario y *continuado* en nuestros altares.

Algunas horas después de esta divina institución comienza la oblación de la cruz, cuyos pormenores expondremos más adelante. Aquí todo es sensible y patente, la elección de la víctima, su ofrenda a Dios por manos del sacerdote eterno y su inmolación sangrienta. Aquí se encuentran comprendidos el holocausto de adoración, la hostia de los pacíficos y la expiación por el pecado; vemos la verdad de las figuras antiguas, el gorrión o ave pura muerta para libertar a la otra ave teñida en su sangre; el macho cabrío emisario lanzado fuera de

3 Lc 22.

Jerusalén con las prevaricaciones de todo el pueblo; la sangre de la hostia llevada hasta el cielo, verdadero Santo de los Santos que no ha sido hecho por mano de los hombres; y en lugar de las víctimas legales, que solo podían significar la salvación sin darla nunca, tenemos en la cruz la oblación única de un Dios *que consuma para siempre la santificación de los hombres*[4] por el precioso manantial que de ella mana hasta el fin de los siglos. Así pues, debemos concluir con el apóstol que no es ya necesario que Jesucristo reitere su sacrificio sangriento para la remisión de los pecados, como se reiteraban los sacrificios de la ley mosaica, sino que basta que los actos repetidos de esta sola oblación, continuada en la Misa, apliquen su valor y sus méritos a cada fiel en particular. Así nos lo enseña claramente el Concilio de Trento, apoyado en la doctrina de San Pablo[5]: «Aunque Nuestro Señor debiera ofrecerse una sola vez a »su Padre, uniéndose en el altar de la cruz para obrar »la redención eterna, quiso dejar a su Iglesia un sacri»ficio visible, tal como lo requería la naturaleza de los »hombres, por el cual se aplicase de edad en edad por »la remisión de los pecados la virtud de este sangriento »sacrificio que debía cumplirse una vez en la cruz; en »la última cena, en la misma noche en que fue entrega»do, declarándose sacerdote eterno, según el orden de »Melquisedec, ofreció a Dios Padre su cuerpo y su san»gre bajo las especies de pan y vino, los dio a sus após»toles, a quienes hizo entonces sacerdotes del Nuevo

4 Heb 10.
5 Ses. XXII, I.

»Testamento, y por estas palabras: Haced esto en me»moria mía, les mandó a ellos y a sus sucesores en el »sacerdocio que ofreciesen la misma hostia.»

El sacrificio de la Misa se instituyó, pues, para aplicarnos el precio de la sangre derramada en la cruz, para hacer eficaz y provechosa a cada uno de nosotros la oblación única de Jesucristo, y para comunicarnos por su propia virtud el mérito general y superabundante de la fe y de la penitencia que conducen a los sacramentos donde se perfecciona la justificación que la gracia del altar ha principiado.

CAPITULO V

De la celebración de la Misa desde su institución hasta nuestros días

Aunque el Hijo de Dios sea sacerdote eterno por el decreto a que suscribió de ofrecerse un día como víctima por los hombres, y haciéndose para siempre pontífice de la nueva y eterna alianza; aunque propiamente hablando haya comenzado su sacrificio con el primer latido de su corazón en la encarnación, para cumplirse en la Cena y en el Calvario y recibir su perfección de los misterios de la resurrección, de la ascensión y de la efusión del Espíritu Santo, se puede y se debe creer que la primera Misa se celebró en el Cenáculo la víspera de la muerte del Salvador, como lo dice la Iglesia en el prefacio del Jueves Santo: «Jesucristo, el pontífice verdadero y eterno, el único sacerdote puro y sin mancha, al establecer en la última cena con sus discípulos su sacrificio verdadero y permanente, se ofreció el primero como víctima, enseñando a sus apóstoles el modo de

ofrecerle.» He aquí, pues, la idea que se puede formar de esta primera Misa.

Jesucristo, acompañado de sus discípulos, viene al Cenáculo, donde se halla preparada la mesa del sacrificio y de la comunión, así como el sacerdote se dirige precedido de sus ministros al altar donde todo se halla dispuesto. Jesucristo desciende de la mesa después de la cena legal, y se humilla hasta lavar los pies a sus apóstoles, les manda que se los laven mutuamente y vuelve a subir al lugar que ocupaba, así como el sacerdote desciende al pie del altar, y aunque purificado de las faltas graves, para lavarse y purificarse de las más leves hace la confesión mutua con los asistentes y después vuelve a subir al altar. Jesucristo, sentándose a la mesa eucarística, instruye a sus apóstoles y les da el compendio de su doctrina, diciendo: *Os he dado el ejemplo para que hagáis como yo he hecho* (Ioh 13): el sacerdote hace en el altar la instrucción pública y preparatoria, con el objeto de explanar esta palabra profunda de San Justino (*Apol.* 2). «Aquel solo puede participar de la eucaristía que cree nuestra doctrina verdadera, que ha recibido la remisión de los pecados y que vive como Jesucristo enseña.» El Salvador tomó el pan y el vino en una copa, y los bendijo; he aquí la oblación y las oraciones y bendiciones que la acompañan. Jesucristo dio gracias elevando los ojos al cielo, y aunque los evangelistas no nos han conservado las palabras de que se sirvió Jesucristo en esta acción de gracias, parece, si hemos de juzgar por la tradición, que el Señor enumeró los beneficios de la creación, de la providencia y de la redención que iban a concentrarse en esta víctima adorable; el Señor partió después el pan y lo dio a sus discípulos diciendo: «este es mi cuerpo»; después les dio también el cáliz diciendo: «esta es mi sangre»; he aquí el canon de la Misa o la fórmula de la consagración. «Tomad y comed, tomad y bebed», esta es la comunión del Cenáculo y del altar. En fin, Jesucristo pronunció al fin de esta cena misteriosa el himno de reconocimiento, como el sacerdote termina el sacrificio con la acción de gracias.

Los apóstoles salieron del Cenáculo con su maestro, para ser testigos de la renovación y de la consumación de este gran sacrificio de la cruz. Jesucristo se dirigió con ellos al Huerto de los Olivos, así como el sacerdote se dirige al santuario; el Señor oró con la faz prosternada en tierra, el sacerdote al pie del altar dice el *Confiteor* en una postura humilde. Jesucristo cargado de ligaduras subió a Jerusalén, el sacerdote ligado con todas las sagradas vestiduras sube al altar. Jesucristo fue de tribunal en tribunal instruyendo al pueblo, a sus acusadores y a sus jueces; el sacerdote pasa de uno al otro lado del altar para multiplicar y difundir la instrucción preparatoria. Jesucristo, luego que es sentenciado y despojado de sus vestiduras, ofrece su cuerpo a la flagelación, que era el preludio de la ejecución de muerte; el sacerdote descubre las oblaciones y hace la ofrenda del pan y del vino que van a ser consagrados y cuya sustancia va a ser destruida; el Señor es clavado en la cruz, así como se fija en el altar por las palabras de la consagración; es suspendido entre el cielo y la tierra, como en la elevación de la Misa; expira y el sacerdote indica exteriormente esta muerte con la fracción de la hostia; es pues-

to en el sepulcro, así como es depositado en el corazón del sacrificador y de los cristianos; resucita glorioso y el sacerdote pide el efecto de esta vida nueva por las oraciones de la postcomunión; sube al cielo bendiciendo a su Iglesia, y el sacerdote despide a los fieles y los bendice; finalmente envía su espíritu al corazón de los discípulos y el final del Evangelio de San Juan proclamado al fin de la Misa nos exhorta a hacernos hijos de Dios (Ioh 1), a ser dirigidos y movidos por su espíritu según estas palabras del apóstol: *los que son conducidos por el Espíritu de Dios son hijos de Dios* (Rom 8). He aquí las dos primeras Misas celebradas por el Salvador y cuya oblación renovó con sus discípulos en los 40 días que precedieron a su ascensión a los cielos, como puede inferirse de la historia de los discípulos de Emaús y de las divinas apariciones en que el Señor era reconocido *en la fracción del pan* [1]. Así pues, Jesucristo ha instituido y reglado como se ve lo esencial de las oraciones y ceremonias de la Misa; los apóstoles, los hombres apostólicos y la Iglesia han añadido lo conveniente a lo accesorio y a la dignidad del sacrificio, sin alterar nada de lo sustancial de la Institución Divina; y aun en las oraciones y en los ritos accesorios se han copiado en lo posible circunstancias ocurridas en el Cenáculo y el Calvario, observándose cuidadosamente lo que los felices testigos de estas dos escenas vieron y conservaron por tradición. Y en esto han obrado los apóstoles y la Iglesia como en los sacramentos; en el bautismo, por ejemplo, ha mandado el Señor simplemente que se bautice con

1 Lc 24.

agua en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; las oraciones accesorias para su preparación y las ceremonias explicatorias que expresan sus efectos y las obligaciones que de él emanan nos vienen de la tradición y de la piedad de todos los siglos.

Después de la ascensión continuaron celebrando los apóstoles los santos misterios, como se puede juzgar por muchos pasajes de sus Actos escritos por San Lucas. Los cristianos, se dice en ellos, perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión *de la fracción del pan* y en la oración [2] mientras que hacían *el servicio público* del Señor [3]. La palabra griega es más fuerte aún que la palabra latina e indica positivamente la liturgia sagrada. El primer día después del sábado, que corresponde al domingo, nombre que ya le dio San Juan [4], estando reunidos, dice San Pablo, para *partir el pan* [5]... He aquí, pues, la idea que se puede formar de la Misa y de la liturgia en los tiempos apostólicos: 1.º El primer día de la semana en especial, y lo más frecuentemente que se podía, se reunían los fieles, dirigidos por los apóstoles o por los pastores que habían elegido, ya en casa de algún cristiano, ya en parajes muy ocultos, a causa de la persecución de los judíos y de los gentiles. 2.º Principiábase la oblación con la lectura de los profetas, de las epístolas de los apóstoles, de las cartas que dirigían a estos las iglesias, y aun de las que estas se dirigían mutuamente. 3.º Es muy probable que desde

2 Act 2.
3 Act 13.
4 Apc 1.
5 Act 20.

que se escribió el Evangelio se leyese en las reuniones cristianas, sobre todo para precaverse contra la multitud de Evangelios apócrifos que cada uno se apresuraba a escribir. Estas lecturas eran en seguida explicadas, según se lee de San Juan, el cual siendo conducido en edad muy avanzada a la iglesia de Éfeso y no pudiendo decir ya discursos a los fieles, se limitó a esta corta exhortación digna del discípulo muy amado: «Hijos míos, amaos unos a otros.» 4.º Se bendecía el pan y el vino; esta ofrenda iba seguida de oraciones y súplicas por todos los hombres por las necesidades públicas y particulares y de acciones de gracias. 5.º En el momento más solemne de estas acciones de gracias se consagraban el pan y el vino con las mismas palabras de que usó Jesucristo. 6.º Seguía después la oración dominica y el ósculo de paz que todos se daban mutuamente, partíanse los dones sagrados para la comunión, después de la cual se obligaban bajo juramento a evitar todo crimen, a huir de todo pecado y a morir con Jesucristo y por la fe de Jesucristo; en fin, los fieles eran despedidos por la salud de la paz de Dios y de la gracia de nuestro Señor.

Los evangelistas no han expresado en la relación tan sencilla como sublime que hacen de la institución del sacrificio eucarístico el modo como Jesucristo hizo la bendición y la acción de gracias, y ni los apóstoles, que, según San Epifanio, han sido los que han ordenado los santos misterios, ni el mismo San Pablo, que debía reglar todo lo accesorio de la oblación cuando fue a la iglesia de Corinto, han dejado escrito nada sobre este punto. Las oraciones, bendiciones y acciones de gracias que, juntamente con las palabras sacramentales, forman

el canon o la regla de la consagración, solo se han conservado por tradición y no se han escrito como el símbolo hasta el principio del siglo V: hasta entonces es necesario recoger los rasgos de la santa liturgia que se hallan esparcidos en las cartas de los hombres apostólicos, en los apologistas cristianos y en los escritos de los primeros padres.

San Ignacio, tercer obispo de Antioquía, sucesor en esta cátedra de San Pedro y de Evodio, contemporáneo de los apóstoles y que declara haber visto a Jesucristo con sus propios ojos después de la resurrección, da algunos pormenores sobre la oblación de la Eucaristía en su primera carta dirigida a los cristianos de Esmirna. A mediados del segundo siglo, y pocos años después de la muerte del último apóstol, San Justino, célebre filósofo pagano que se convirtió a la edad de treinta años, sacerdote y mártir, contemporáneo de Simeón, que había oído al Señor; de Ignacio, que le había visto resucitado; de Clemente, compañero de San Pablo en la predicación; de Potino y de Ireneo, discípulos de Policarpo, dirigió a Antonino el Piadoso una apología para justificar las reuniones cristianas. He aquí los términos en que se explica este antiguo y precioso monumento de la tradición de los primeros siglos (*Apol* 2):

«El día llamado día del Sol[6] todos los fieles de las »villas y del campo se reúnen en un mismo lugar: en

6 El primer día de la semana, que corresponde a nuestro domingo, es decir, el día del Señor, *Dies dominica,* se llamaba entre los antiguos el día del Sol, *Dies solis;* así como el segundo día, el lunes, se llamaba el día de la Luna, *Dies lunæ.*

»todas las oblaciones que hacemos bendecimos y alaba»mos al Creador de todas las cosas por Jesucristo su »Hijo y por el Espíritu Santo. Se leen los escritos de los »profetas y los comentarios de los apóstoles, y conclui»da la lectura, el presidente de la asamblea hace un dis»curso en el que instruye al pueblo y le exhorta a la »imitación de tan buenos ejemplos. Después nos levan»tamos, decimos varias oraciones y terminadas ofrece»mos pan, vino y agua. El jefe de la reunión pronuncia »esforzadamente varias oraciones y *acciones de gracias,* »que acompaña el pueblo con la aclamación *Amén.* Se »distribuyen los dones ofrecidos, se comulga de esta »ofrenda sobre la que se ha pronunciado la acción de »gracias y los diáconos llevan esta comunión a los ausen»tes. Los que tienen bienes de fortuna dan una limosna »a su voluntad, la que se recoge y entrega al presidente, »quien socorre con ella a los huérfanos, a las viudas, a »los encarcelados y a los forasteros, porque él es el en»cargado de aliviar todas las necesidades. Celebramos »nuestras reuniones el día del Sol, porque es el pri»mer día de la creación en que Dios separó la luz de »las tinieblas, y en que Jesucristo resucitó de entre los »muertos.»

Fácil es de ver en esta relación, que cuenta cerca de 17 siglos de antigüedad, los principales rasgos del servicio divino, tal como se conserva en el día y como lo practicamos en las iglesias. Y si añadimos a este centro ya tan luminoso los rayos esparcidos en los escritos de San Ireneo, de los Clementes, de los Tertulianos, de los Orígenes, de los Cirilos, de los Ciprianos y Agustinos, el orden de la liturgia resplandece con bastante brillo

para juzgar acerca de ella clara y distintamente, a pesar de las expresiones misteriosas que había consagrado la ley del secreto para hablar de la Eucaristía, a causa de las persecuciones y del peligro de exponer los santos misterios a las calumnias y a los insultos de los paganos.

Hasta la paz dada a la Iglesia por el emperador Constantino hubo pocas oraciones y ceremonias en el sacrificio de la Misa, porque así lo exigía el peligro que ofrecían aquellos tiempos, pero estas debían observarse religiosamente y con tanto más cuidado cuanto que, no obstante ser ceremonias y oraciones sagradas, no eran más que tradiciones orales confiadas a la memoria y a una práctica rigurosa y solemne. Las oraciones y la majestad del culto se aumentaron en cuanto se pudo fundar vastas basílicas y oficiar públicamente con gran concurso de pueblo. Así es que a fines del siglo IV y a principios del V se redactó el cuerpo de las tradiciones litúrgicas; viose aparecer con el nombre del apóstol Santiago la liturgia de Jerusalén que esta Iglesia había aprendido y conservado de su primer obispo; con el nombre de San Marcos la liturgia de Alejandría, cuya tradición había dejado este santo obispo en la sede de esta ciudad; se escribieron las *Constituciones apostólicas,* que se atribuyen al Papa San Clemente I, si bien los autores de estas diferentes obras compuestas en el siglo V han tenido que ser testigos y redactores de los usos venerables de las iglesias más antiguas. En Oriente se redactó la liturgia por San Basilio y con el nombre de San Juan Crisóstomo; y los griegos se sirven aún de ella en el día. En Occidente se puso en orden por San Ambrosio y otros escritores; pero entre los latinos hubo

mucha variedad en las oraciones accesorias y en las ceremonias no esenciales. En medio de esta diversidad de ritos y de usos se hace notar en el siglo VI el famoso Sacramental de San Gregorio, donde se encuentran ya introitos, el *Kirie eleison* y el *Gloria in excelsis,* que solo podía recitar el obispo; las colectas, fijado el asunto de la epístola y del Evangelio, oraciones para las oblaciones, el prefacio común y el canon hasta el *Agnus Dei,* tal como lo decimos en el día. Como cada provincia tenía santos y sabios obispos que añadían algo a este accesorio del sacrificio, se respetó mucho tiempo esta variedad por la antigüedad de las oraciones y por la santidad de sus autores; y de aquí los diferentes misales y sacramentales de la Iglesia romana y de las Iglesias particulares de Occidente. Pero lo esencial del sacrificio para la oblación, la consagración y la comunión era riguroso e invariable en todo el mundo cristiano, y la regla secundaria de la liturgia perseveró en su respetable variedad hasta el siglo XIII. En esta época se fijó el Ordinario de la Misa tal como existe en el día. En él se han dejado algunas variantes adoptadas por las diferentes diócesis; así, por ejemplo, la antífona y el salmo de introito no es el mismo en el rito romano que en el de otras Iglesias; pero esta diferencia, tolerada, además, por la autoridad eclesiástica, no perjudica en nada a la unidad principal de la liturgia.

Muchas veces se ha creído que era conveniente volver a los antiguos usos y admitir otros nuevos, y por un santo comercio que siempre ha existido entre las Iglesias, se han comunicado cuanto bueno y edificante tenían. Roma misma ha seguido a las demás Iglesias que

todo lo habían recibido de ella; así es que después de haber hecho cesar el antiguo rito galicano, y el gótico de España, no ha dudado en tomar de ellos oraciones y ceremonias, y en insertarlas en el Ordinario de la Misa.

Desde el siglo XIII hasta el XV permaneció aún el Ordinario de la Misa en manos del clero; hasta que la invención de la imprenta permitió difundirlo a los fieles. Es verdad que la Iglesia durante más de 300 años había ocultado al mundo perseguidor el secreto de sus divinos misterios, que en los doce siglos siguientes había velado su santuario para inspirar a sus hijos un respeto más religioso y para enseñarles a estar en el templo como los serafines, que se cubren con sus alas en presencia de la divina majestad, mas era llegado ya el tiempo de hablar y de dar a sus ritos la más augusta publicidad a causa de las herejías de Lutero y de Calvino, que calumniaban el divino sacrificio. Estas herejías obligaron entonces hasta a los legos a leer y a examinar las oraciones de la Misa, porque se disputaba sin cesar acerca de ellas. Los Concilios de Maguncia y de Colonia en 1547 ordenaron que fuesen explicadas al pueblo, lo que se confirmó por el Concilio de Trento, que mandó a los párrocos que explicasen en los domingos y fiestas alguno de los misterios de la Misa y lo que en ella se lee, para que se instruyesen no solamente de la verdad del misterio, sino también del sentido de las oraciones y ceremonias. El Concilio quiere también que los párrocos expliquen las fórmulas de los sacramentos y que los obispos las hagan traducir en lengua vulgar, para facilitar su inteligencia a los fieles. Ya muchos siglos antes del Concilio de Trento se había mandado a los sacer-

dotes explicar en lengua vulgar al pueblo las oraciones de la Misa y del bautismo. Así se les recomendó expresamente en un Concilio nacional de Inglaterra, celebrado el año de 747, a instancia de San Cuthberto, arzobispo de Cantorbery. El rey Ethelbaldo y los grandes del reino asistieron a él, y se leyeron las cartas del Papa Zacarías y de San Bonifacio, quien por mucho tiempo fue el alma de los Concilios de Alemania, Francia e Inglaterra. He aquí cuál fue el decreto de este Concilio: «Que los sacerdotes aprendan a administrar bien según »la forma prescrita todo lo perteneciente a sus funcio»nes; que se apliquen también a interpretar y explicar »en lengua vulgar el símbolo de la fe, la oración domí»nica y las santísimas palabras que se dicen solemne»mente en la Misa y en el bautismo. Que se instruyan »del sentido espiritual que encierran las ceremonias y »los signos sagrados que se hacen en la Misa, en el bau»tismo y en los demás oficios de la Iglesia: no sea que »no pudiendo dar razón de las oraciones que dirigen a »Dios y de todas las ceremonias que hacen para la salud »del pueblo, su ignorancia les haga enmudecer en todas »las funciones de su ministerio.»

A consecuencia, pues, de las causas expuestas se hallaron en manos de los fieles en el siglo XVII las versiones de la Misa en lengua vulgar, y desde entonces hasta el día texto, traducciones y paráfrasis han sido puestos al alcance de los cristianos de todos estados.

He aquí la historia de la tradición del sacrificio de Jesucristo, tal como ha pasado de edad en edad, y que hemos recibido de los apóstoles, de los santos doctores y de nuestros padres en la fe. ¿Hay en este sacrificio y el que se verifica en el día alteraciones esenciales? Jesús tomó el pan y el vino, nosotros tomamos la misma materia de oblación; Jesús la bendijo, nosotros la bendecimos; dio gracias, las damos; consagró por las palabras omnipotentes que el Evangelio ha citado, nosotros repetimos las mismas palabras por su orden, en unión con él y en memoria suya. Lo accesorio que los apóstoles y la Iglesia han añadido y fijado nada altera la acción de Dios. En efecto, porque se haya establecido una preparación pública a esta oración por excelencia; porque para hacer las veces de esta preparación se haya puesto en boca del pueblo un pasaje de los salmos y estas sencillas y enérgicas palabras: *Señor, tened piedad;* porque se entone en el altar el himno de la redención cantado por los ángeles en la cuna de un Dios; porque se haga preceder y seguir las lecturas con oraciones y reflexiones; porque el himno de los serafines resuene en el momento en que la víctima va a abrir el cielo; porque se invoque tres veces el cordero de Dios con su misericordia y su paz; porque acompañen a los acentos sagrados signos exteriores de humildad y de esperanza, de respeto y de amor, ¿puede decirse que se ha alterado la Misa?, ¿no hemos visto ya sus infinitas relaciones con la cena del Cenáculo y del Calvario?, ¿no es el mismo sacrificio de Jesucristo, acompañado de sentimientos y ritos que ha engendrado y que ha hecho expresar la piedad a vista de tan gran maravilla? Y si meditamos que la Iglesia ha recogido estas oraciones y estas ceremonias de la Misa de los recuerdos apostólicos y de la más remota tradición del tiempo, de los usos establecidos por San Juan, testigo de la doble inmolación de la cena y de la cruz; de las or-

denanzas y disposiciones de San Pablo, instruido de este misterio por el mismo Jesucristo; cuando se reflexiona que ha tomado sus acentos del corazón inflamado de un Agustín, de los labios de una *Boca de oro*, de la unción inspirada de un Ambrosio, de un Basilio y de un Gregorio; que ha reunido durante 13 siglos todo cuanto ha producido la ciencia y la piedad de sus pontífices y doctores, y que después de haber dado a esta bella colección la madurez perfecta, ha hecho de todo ello la más feliz elección para reglar definitivamente su liturgia, cuyos términos son casi todos una aplicación maravillosa de la santa Escritura, ¡quién no se sobrecogerá al leerlos de veneración y de respeto! ¿No se nos representa en esto aquella reina que está en pie a la derecha del trono de Dios, cuya vestidura, recamada del oro más fino, se halla realzada por la variedad de los más ricos colores? (Ps 44). ¿Cómo no debía reglar sus templos, sus altares, sus vasos, sus vestiduras y sus lienzos para el sacrificio y cada movimiento del cuerpo, de los ojos y de las manos de su sacrificador? ¿Y cómo no reconocer en la Misa, tal como se celebra en el día, la sencillez sublime de la acción de Jesucristo, rodeada de la piedad, de la ciencia y de la majestad de los siglos cristianos?

Oportuno será al concluir esta reseña histórica de la celebración del sacrificio de nuestros altares decir una palabra acerca de los diversos idiomas empleados en la liturgia. Aunque jamás ha dicho la Iglesia que se debía celebrar el servicio divino en una lengua ininteligible al pueblo, tampoco ha creído conveniente que se celebrasen los oficios en lengua vulgar, ni que sufriesen todas las vicisitudes de esta. Las asambleas cristianas

han observado generalmente y con el mayor cuidado que no debía sujetarse el idioma de los santos misterios a las alteraciones del lenguaje común a causa del grave inconveniente de los errores que podrían deslizarse con motivo de estas alteraciones en la oración pública, donde están consignados la mayor parte de nuestros dogmas. Desde los tiempos apostólicos se celebró en siriaco, idioma que se hablaba entonces en Jerusalén; en griego y en latín, que eran los dos idiomas más divulgados en esta época, pero se conservaron estas tres lenguas litúrgicas cuando cesaron de estar en uso: la Iglesia de Oriente se sirve aún no del griego moderno, sino del antiguo, tal como lo hablaban San Lucas y San Juan Crisóstomo. La Iglesia de Occidente adoptó el latín, que era el lenguaje más usual, y que aun en el día se ha extendido por todo el mundo. Si se sirviese de las lenguas vivas para el sacrificio, ¿quién no comprende que sería necesario multiplicar los libros sagrados, no solamente para cada pueblo, sino para cada idioma de cada nación, para todos los dialectos de cada país; que sería necesario cambiar las palabras conforme se anticuasen o se hicieran ridículas e inconvenientes; que la expresión de la doctrina se alteraría infaliblemente en todas estas correcciones; que aun en esta hipótesis los fieles que marchasen de una provincia a otra caerían en el inconveniente de no entender nada, y que si se empleasen las lenguas modernas sin someterlas a sus alteraciones y a los peligros a ellas consiguientes, volvería a aparecer con el tiempo la dificultad que se pretende destruir, pues el lenguaje patrio llegaría a ser tan ininteligible como el latín, como sucede con el castellano antiguo?

La Iglesia conserva, pues, con suma prudencia en sus oficios su antiguo lenguaje, que ha llegado a ser invariable: y los fieles que tienen en sus manos la traducción, que reciben las explicaciones en lengua vulgar y a quienes el uso viene a familiarizar con el texto sagrado, no podrán quejarse de que no entienden las oraciones. Además el culto divino perdería en ello algo de su misteriosa dignidad, por todas cuyas razones no es conveniente de ninguna manera que la Misa se celebre en el lenguaje general.

CAPITULO VI

De los diferentes nombres y de la división de la Misa

Al instituir Jesucristo este santo sacrificio no le dio ningún nombre especial, pues dijo solamente a sus apóstoles: «Haced esto en memoria mía.» La tradición le ha llamado *sinaxe* o asamblea, *colecta* o reunión, *sacrificio, oblación, suplicación, eucaristía* o acción de gracias, porque en ella tiene lugar la acción solemne de gracias que Jesucristo rinde a Dios su Padre y porque se expresan todos los beneficios que comprende y todas las gracias que de ella emanan. Se ha llamado también este sacrificio *los oficios de los divinos sacramentos, los santos, los venerables, los terribles misterios*[1]; pero hace 1.400 años que la Iglesia griega se ha fijado en el nom-

1 Véase SÓCRAT., *Hist.*, lib. 4 y 5. DIONIS. AR., *De Hier. eccl.*, c. 5. ANAS., *Sin. de Synaxi*. HILAR., *In Psal.* 65. TERTULIANO, lb. 1 *De Anima.* et I. de *Fuga. Sœc.* S. CYPR. EUSEB., *Dem. evan.*, lib. 1. Conc. Laod. can. 19 y 58.

bre de liturgia o servicio público y la Iglesia latina en el de Misa, que vamos a explicar.

Misa viene de la palabra latina *missa* o *missio,* que significa *despedida,* porque en esta divina acción se despedía a los infieles, a los catecúmenos y a los penitentes después de la lectura del Evangelio [2]. En el siglo VI se decía misas en plural y *Missarum solemnia* porque había dos despedidas: una respecto de los catecúmenos y tenía lugar antes de la oblación, y otra que se efectuaba después de consumado el sacrificio, respecto de los fieles. San Agustín y San Isidoro de Sevilla han marcado muy claramente este origen [3].

Difícil era encontrar una palabra que expresase mejor el sacrificio que la Iglesia ofrecía solamente para los fieles, y que dé una idea más elevada de este sacrificio, pues que esta palabra Misa indicaba el oficio en que solo se podía admitir a los que habían conservado la gracia del bautismo o recobrádola por la penitencia. Después de la lectura del Evangelio decía el diácono

---

[2] Cerca de dos siglos hace que sabios hebraístas (Munster, Reuchlib y Genebrad) han querido deducir la palabra Misa de la palabra hebrea *Missack,* que en el Deuteronomio significa oblación voluntaria (c. 16, v. 10); y se creyó que era el antiguo término de que se sirvieron los primeros cristianos. Pero ni los sirios ni los griegos, que han conservado y que nos han transmitido tantas palabras hebreas como *Amén, Allelluia, Hosanna,* nada dicen de la Misa.

[3] San Agustín para decir: se anuncia la despedida a los catecúmenos, los fieles permanecerán, se explica de esta suerte: *Fit missa cathecumenis, manebunt fideles* (*Serm.* 49 al 237), y San Isidoro, hacia el año 600, dice que la palabra Misa viene de esta despedida. *Missa tempore sacrificii est quando cathecumeni foras mittuntur et inde missa* (Isid., *Orig.,* l. 6, c. 19).

en alta voz: Retiraos, las cosas santas son para los santos; y después de la participación de la víctima: Marchad: se ha dicho la Misa; la hostia acaba de subir acompañada con vuestros votos de este altar al trono de la misericordia; marchad, *ite Missa est.* Y el pueblo, que es el que casi siempre da nombre a las cosas, afectado por la impresión que causaba en él esta palabra, llamó al sacrificio del altar la Misa o la despedida. Así pues, la sola palabra Misa debe recordar a muchos de los que asisten a ella que merecen acaso ser despedidos del acto a que solo les permite asistir la indulgencia de la disciplina y excitar en ellos los más vivos sentimientos de humildad y de dolor y la resolución de recurrir a las fuentes de la gracia para que Dios no los arroje de su santuario eterno cuando la Iglesia los admite al altar de la tierra, y para merecer el nombre de fieles con que esta les honra.

Aunque la Misa es en su esencia una sola, diversas circunstancias han dado ocasión a que se le dé diversos nombres. Llámase Misa *solemne* cuando se celebra con toda la pompa de las ceremonias, y esta Misa o *pontifical* u *ordinaria* según se dice solemnemente por un obispo o por un sacerdote. La Misa *cantada* y *mayor* es la que se dice con coro; la Misa *rezada* es la que se dice sin canto. Distínguense también la Misa en parroquial y Misa privada: la primera es acompañada de la bendición del agua y del pan, de las oraciones, de las proclamas o amonestaciones y de la plática; se celebra en la parroquia comúnmente por el propio párroco a intención de sus feligreses. Las preciosas gracias y la edificación que resultan de esta legítima reunión de los fieles

ha hecho que la Iglesia insista en todos tiempos en la obligación de asistir a esta Misa en los domingos y fiestas. La segunda se dice fuera o dentro de la parroquia con intenciones particulares y sin la solemnidad de las bendiciones, amonestaciones ni pláticas.

Antiguamente se dividía la Misa en dos partes: la Misa de los catecúmenos hasta la oblación, la Misa de los fieles desde la oblación hasta el fin; pero en el día, que todos asisten indistintamente al sacrificio, dividimos la Misa en seis partes: 1.º La preparación pública, desde la entrada del sacerdote al altar hasta la colecta. 2.º El introito e instrucción, desde la colecta hasta después del credo. 3.º La oblación, desde el credo hasta el prefacio. 4.º El canon o la regla de la consagración, desde el prefacio hasta la oración domínica. 5.º La consumación, después de su preparación por el *pater* hasta las últimas oraciones. 6.º La acción de gracias, desde la postcomunión hasta el fin del último Evangelio.

CAPITULO VII

DE LA NATURALEZA Y DE LA EXISTENCIA DEL SACRIFICIO DE LA MISA

Tiempo es ya de que fijemos la definición del sacrificio de nuestros altares. La idea que de él vamos a dar es la recapitulación y la explicación de los principios expuestos.

La Misa es, pues, *el sacrificio del cuerpo y de la sangre de Jesucristo,* inmolado desde el principio del mundo por las promesas hechas por Dios y por la fe de los justos que se aplicaban anticipadamente sus frutos; figurado en la ley natural por las ofertas de Abel, de Abraham y de Melquisedec; y en la ley de Moisés por el cordero pascual, por la variedad de tantos sacrificios a que ha sucedido y cuyos diferentes objetos ha concentrado en una sola inmolación de un valor infinito; anunciado por los profetas; comenzado desde la Encarnación y la presentación en el templo, instituido en la víspera de la muerte del Hombre-Dios, consumado en

el Calvario de un modo sangriento, y continuado en nuestros altares para ser hasta el fin de los tiempos el único y verdadero sacrificio, para aplicarnos personalmente el precio de la sangre divina derramada en la cruz y para ofrecer perpetuamente un Dios a un Dios por el ministerio de los sacerdotes legítimos a quienes confió el Señor este poder. Este sacrificio del cuerpo y sangre de Jesucristo es *ofrecido bajo las especies de pan y vino,* bajo las apariencias, como el color, la figura, el sabor, las cuales permanecen y subsisten después que la substancia de pan y vino se ha convertido realmente en el cuerpo y sangre del Salvador. El pan es el fundamento de la vida, dice la Escritura (Ps 103); el vino es el emblema de todo lo que encanta y regocija el corazón del hombre; y Jesucristo al hacer de ellos la materia de su sacrificio ha querido enseñarnos a inmolar con él y en él nuestra vida y cuanto en ella nos es grato y querido. Ningunos otros símbolos eran más propios para darnos una justa idea del Dios que se sacrifica, que es el autor de nuestros bienes, el conservador de nuestro ser, el Señor de la vida y de la muerte, el dispensador de nuestras alegrías y de nuestros pesares, y ningún otro signo podía inspirar mejor el pensamiento elevado de la inmolación del hombre que debe unirse a esta víctima, ser del Señor en la vida y en la muerte y no desear en el cielo y en la tierra más que al Dios de su corazón. Así el instinto moral del hombre en el sacrificio le ha inducido a separar de su alimento ordinario la materia de su ofrenda; porque siendo los alimentos que Dios concede el sostén indispensable de la vida, reconocemos exteriormente al consagrar al Señor las mejores primi-

cias que le pertenece nuestra existencia y que es dueño y señor absoluto de nuestros días. Así hemos visto al piadoso Abel presentar la leche de sus ganados; a Caín los frutos de la tierra; y después del diluvio a Noé y sus descendientes sacrificar animales en cuanto fue permitido alimentarse con ellos; a Melquisedec, tipo vivo del Salvador, ofrecer pan y vino para expresar el reconocimiento de los soldados preservados de los peligros de la guerra; vemos también en medio de las víctimas sangrientas de la ley, la flor de harina, el vino, la sal y el aceite consumirse en el altar judaico, las primicias de la cosecha llevadas al templo con solemnidad, y a Jesucristo, en fin, elegir el pan y el vino para materia preexistente de su sacrificio y conservar estas apariencias, aun después de ejecutado este misterioso cambio. La Eucaristía debía ser a un mismo tiempo sacrificio y alimento sacramental, prenda de unión del hombre con su Dios, y de los hombres entre sí. ¡Qué más dichosa imagen de este alimento espiritual y de esta unión inefable que la participación de la víctima bajo las especies de pan y de vino!

La Misa tal como acabamos de definirla, la celebración y la consagración de la Eucaristía que llamamos vulgarmente *Misa,* es el sacrificio verdadero, real y propiamente dicho de la ley nueva. En él se encuentran todas las condiciones del sacrificio; es la oblación de una cosa sensible, del cuerpo y de la sangre de Jesucristo bajo las especies de pan y vino; especies que caen en nuestros sentidos; hay consagración de la víctima por medio de ritos misteriosos, por estas palabras de la institución: «Este es mi cuerpo, esta es mi sangre.» La cosa

ofrecida se destruye y cambia, puesto que el pan y el vino, que son la materia preexistente del sacrificio, se transforman en el cuerpo y sangre de un Dios. La oblación de la Misa se hace a Dios solo; el dogma católico está terminante sobre este punto; se hace por un ministro legítimo, por Jesucristo pontífice supremo, que habla en ella por sí mismo y en su nombre, y por el sacerdote canónicamente ordenado, que habla en nombre de Jesucristo, que no es más que un órgano suyo que le presta el ministerio que ha recibido de su omnipotencia, ministro legítimo del Salvador, a quien representa, y de toda la Iglesia, de quien es el verdadero diputado y embajador acreditado para ofrecer el sacrificio en nombre de todos. Finalmente, la Misa se celebra para llenar todos los fines de la oblación. Es un *holocausto* que rinde a Dios el culto de latría o de adoración suprema y de entera dependencia por el que adoramos al Señor ofreciéndole las adoraciones de un Dios, por el que publicamos su soberano dominio, presentándole la muerte de un Dios, uniendo el culto de nuestro espíritu y el sacrificio de nuestro corazón a las adoraciones de un Dios sacerdote y a la muerte de un Dios víctima. Es una *Eucaristía* o acción de gracias por la que elevamos a Dios no solamente los dones que hemos recibido de la plenitud de su misericordia, sino al mismo Jesucristo, manantial de esta plenitud de gracias. Es una *hostia de propiciación por el pecado* en la que ofrecemos a Dios, para desarmar su justicia, la inmolación de un Dios que se ha dignado tomar sobre sí todas nuestras iniquidades y reunir nuestro débil e insuficiente dolor a sus satisfacciones infinitas. Es, en fin, un sacrificio de *impetración*

por el que pedimos y obtenemos todos los bienes necesarios a la salvación del cuerpo y alma. Y observamos aquí esta diferencia de la oración de la Misa y de las demás oraciones; a saber: que en ella no oramos ni suplicamos nosotros, sino que es un Dios quien ora y es oído: nosotros no hacemos más que unir nuestra debilidad a sus oraciones; por este divino mediador penetra nuestra oración en los cielos, llega hasta el Padre celestial y es acogida favorablemente, porque ¿cómo no nos ha de dar Dios todos los bienes, dice San Pablo, después de habernos dado a su hijo para ser la ofrenda de nuestro sacrificio?

La Misa es, pues, un verdadero sacrificio, y el sacrificio establecido por Jesucristo en la ley nueva.

El profeta Malaquías anuncia: 1.º La abrogación de los sacrificios antiguos: *Yo no recibiré más oblaciones de vuestras manos,* dijo el Señor al pueblo judío. 2.º La sustitución de un sacrificio nuevo y más excelente: *En todo lugar se ofrece en sacrificio a mi nombre una hostia pura;* es decir, se ofrecerá, porque en estilo profético lo futuro se anuncia como presente. Esta víctima pura ofrecida a Dios en todo lugar es la oblación de la Eucaristía en la Misa: no es ni el sacrificio de los paganos cuyo altar impuro servía de mesa a los demonios, ni las víctimas legales que Dios desecha aquí para sustituirlas con una hostia mejor, ni la inmolación de la cruz, pues que sólo se ha efectuado en el Calvario, mas no en todo lugar, ni el sacrificio espiritual del espíritu y del corazón, de la alabanza y de las buenas obras, porque el texto de la profecía expresa un sacrificio exterior propiamente dicho: su sentido nos indica visiblemente

un sacrificio nuevo, y el sacrificio espiritual e interior había sido siempre practicado. Este nuevo sacrificio, esta víctima pura ofrecida a Dios en todo lugar, es y no puede ser otra que la oblación de la Eucaristía en la Misa, que el sacrificio puro de un Dios víctima ofrecido a la majestad de su nombre en todos los pueblos. Y para el cumplimiento de esta promesa solemne oigamos a los evangelistas y a San Pablo. En la noche en que fue entregado[1], después de concluida con sus discípulos la cena de la antigua pascua que iba a ser abolida con todos los sacrificios de la ley para ser reemplazada por la oblación pura y universal del verdadero cordero pascual, «*tomó Jesús el pan, lo bendijo, dio gracias, lo partió y* »*lo dio a sus discípulos, diciendo: Tomad y comed, este* »*es mi cuerpo, que es entregado y dado por vosotros:* »*haced esto en memoria mía. Tomó también el cáliz y* »*habiendo dado gracias, lo bendijo y lo distribuyó a sus* »*discípulos, diciendo: Tomad y bebed; esta es mi san-* »*gre, el cáliz de mi sangre; la sangre de la nueva alianza* »*que es derramada por vosotros, que es vertida por la* »*remisión de los pecados. Haced esto en memoria mía* »*cuantas veces la bebiereis, porque todas las veces que* »*comiereis este pan y que bebiereis este cáliz anunciaréis* »*réis la muerte del Señor hasta que venga*», y la representaréis así hasta el fin de los tiempos. Jesucristo había dicho a sus discípulos en Cafarnaúm que era preciso comer su carne y beber su sangre para tener vida; y para efectuar este milagro dice aquí simplemente: Tomad y comed, este es mi cuerpo; tomad y bebed, esta es mi

[1] Mt 26; Mc 14; Lc 22; 1 Cor 11.

sangre. He aquí la consumación de este divino sacrificio y el cumplimiento de todos los misterios. En él renueva su muerte, su resurrección, su vida gloriosa, y en él alimenta a su Iglesia con su propia carne para hacerla un cuerpo santo y siempre vivo y darla el germen de la inmortalidad gloriosa. ¿Pueden imaginarse palabras más formales, términos más fuertes, más enérgicos en su sencillez, más expresivos en su sentido que los que aquí se han empleado? *Este es mi cuerpo, esta es mi sangre; haced esto:* Estas palabras de Jesucristo son absolutamente decisivas y cuando es un Dios quien habla, un Dios omnipotente en el cielo y la tierra, quien ha dicho *que la luz sea hecha* (Gen 1) y la luz fue creada, se reconoce al mismo Dios en este lenguaje sencillo a la par que sublime. Los evangelistas San Mateo, San Marcos y San Lucas refieren las palabras de la institución de la Eucaristía; pero bastaba lo que nos dice también el evangelista San Juan para atestiguarnos de este hecho de Jesucristo. San Juan penetra en el corazón del Salvador y nos expone los sentimientos que dirigían la acción exterior de Jesús. *Jesús,* dice el Apóstol, *habiendo amado a los suyos, los amó hasta el fin* (Ioh 13), y se puede añadir que hasta el exceso. ¡Qué profundidad de palabras! ¡Jesús en la Cena ha amado a los suyos hasta el exceso: un Dios todopoderoso les ha dado la prueba más grande de su amor, dejándoles su propio cuerpo y su propia sangre!

Finalmente, Jesucristo ha dado a sus apóstoles, a sus sucesores la potestad de ofrecer el sacrificio que instituyó en el Cenáculo por estas palabras tan claras que les dirigió al terminar: *Haced esto en memoria mía,* es de-

cir, no hagáis solamente la memoria y la simple representación de lo que he hecho, sino *haced esto,* lo que yo mismo he hecho, cuanto he hecho y como lo he hecho. No celebréis un sacrificio nuevo, distinto o aislado de mi oblación, sino haced lo mismo que yo he ofrecido, y bebed el cáliz que yo he bebido. Hacedlo en memoria mía, que soy vuestro Dios y Señor; en memoria de la autoridad y del poder que he conferido a mi Iglesia; en memoria de mis padecimientos y de mi muerte, que renovaréis cuantas veces hagáis esto; en memoria de la nueva alianza que he hecho con los hombres, derramando aquí mi sangre y, por consiguiente, ofreciéndola en sacrificio (porque los licores se sacrifican por la efusión que de ellos se hace); esta oblación o efusión de mi sangre misteriosa sobre esta mesa y luego en la cruz confirma el Nuevo Testamento, asegura a los hombres mi nueva e irrevocable voluntad de ganarles las gracias de la salvación y la herencia del cielo, con la condición de ser fieles a mis preceptos y a mi amor y de hacer uso de los sacramentos que habré establecido para la remisión de los pecados. Haced, pues, lo que yo he hecho en memoria mía, de mi muerte y de mi alianza; yo he tomado el pan y el vino; tomad esta materia y estos símbolos de oblación; yo los he bendecido; bendecidlos; yo he dado gracias; haced lo mismo; he partido el pan; partidlo; yo he dicho: este es mi cuerpo, yo os lo he dado y vosotros lo habés recibido; tomad y dadlo: *hoc facite.* Y haced esto, no por un tiempo determinado, por los años que tenéis que pasar en la tierra, sino renovad también la ofrenda de mi pasión y de mi muerte, de mi cuerpo inmolado y de mi sangre derramada, hasta que yo venga

a juzgar a los vivos y a los muertos; por consiguiente, esta palabra se dirige, este poder pasa a vuestros sucesores, herederos del mismo sacerdocio, y *yo estoy con vosotros* (Mt 28), no solamente enseñando, bautizando, gobernando la Iglesia, sino ofreciendo y consagrando con vosotros *todos los días hasta la consumación de los siglos.*

He aquí el poder real y perpetuo de ofrecer y de consagrar que se ejerce todos los días en la Misa, donde se hace lo que hizo Jesucristo en el Cenáculo y en el Calvario. La Misa es, pues, *la mesa del Señor* (1 Cor 10), *el altar en donde tenemos poder para comer* (Heb 13), *el trono donde está el Cordero en pie y al mismo tiempo como degollado* (Apc 5), y se continúa en nuestros altares el verdadero sacrificio fundado por Jesucristo. Si los Actos de los Apóstoles y los Padres de la Iglesia nombraban el sacrificio con los términos de *liturgia* y de fracción del pan y con otros algo oscuros, era porque los cristianos se veían obligados a guardar secreto respecto del misterio eucarístico, a causa de los paganos y judíos, porque se entendían a media palabra, así como nos entendemos en el día con el nombre de Misa o despedida que tiene aun menos relación con la acción de Jesucristo. Pero en cuanto al dogma del divino sacrificio, la tradición de los hombres apostólicos, de los padres, de los Concilios y de los doctores es expresa, formal y positiva. Lo poco que hemos expuesto de esta tradición en el capítulo quinto puede bastar a la fe de los cristianos e indicarles los manantiales a que la ciencia de la salvación va a tomar su consuelo y su fuerza en la claridad y perpetuidad de los testimonios.

CAPITULO VIII

DEL VALOR Y DE LOS FRUTOS DEL SACRIFICIO DE LA MISA

La Misa no es solamente la conmemoración y la representación de la escena del Calvario, sino que es también la renovación y la continuación del sacrificio de la cruz repetido en nuestros altares. Su precio es, pues, de un infinito valor, porque en ella se ofrece el cuerpo y sangre de un Dios; y entre la Misa y la inmolación del Calvario no hay más diferencia que en la manera de ofrecer [1]: en el Calvario la inmolación era visible y sangrienta; en la Misa la inmolación es incruenta y sacramental, y si bien en la Misa hay algo de menos que en el Calvario supuesto que, como canta la Iglesia, en la cruz *solamente estaba velada a los sentidos la divinidad y aquí lo está también la humanidad* [2]; por otra parte, en la Misa se posee el beneficio de la participación de la víctima que faltaba en el sacrificio del Calvario. La Misa es, pues, absolutamente el mismo sacrificio que el de la cruz, porque en ambos es uno mismo el sacrificador, la víctima y la inmolación.

[1] Así lo dice el Concilio de Trento: *Una cademque est hostia, idem nunc offerens sacerdotum ministerio, qui se ipsum tunc in cruce obtulit, sola offerendi ratione diversa.* Con. Trid. Sess. 22, cap. 2.

El sacrificador es Jesucristo, que habla y obra: el sacerdote no es más que un órgano suyo. A este pontífice supremo se une la Iglesia universal, toda la sociedad de fieles que ofrece al divino mediador, y que se ofrece con *Él* por manos de su representante que es el obispo o el sacerdote, ministros legítimos de esta oblación. La Misa se ofrece, pues, por Jesucristo, por toda la Iglesia, por el sacerdote que celebra y por todos los cristianos, unos que ofrecen de una manera actual, cuando asisten y participan de ella, y otros de un modo aún más precioso, cuando hacen ofrecer esta víctima por ellos y en su nombre; todos, en fin, de una manera habitual, pues que unidos a Jesucristo por la caridad y a la Iglesia por la fe no constituyen más que un solo cuerpo, son todos miembros recíprocamente unos de otros y participan de las ventajas generales del cuerpo entero. Todo el aparato exterior del Calvario que falta al altar no tiene nada que ver con la acción del sacrificador. Lo esencial del sacrificio de la cruz consistía en la oblación que Jesucristo hizo de su cuerpo, el cual continúa ofreciéndose en el altar. Así pues, tanto en el altar como en el Calvario es una misma víctima o materia próxima del sacrificio, el cuerpo y sangre de Jesucristo; las especies de pan y vino, que son la materia remota y preexistente,

[2] Himno del Sant. Sacramento *Adoro te.*

solo sirven para hacer sensible la presencia de la víctima. La inmolación real es una misma; tiene lugar en cada Misa y en todas las Misas sin multiplicar el sacrificio. Lo explicaremos.

Siempre que hay oblación de una víctima inmolada hay sacrificio; aunque la oblación sea de la misma víctima, sin que obste para esto que la inmolación deba seguirse como en la oblación del Cenáculo, que sea actual y presente como en la oblación del Calvario, o que se haya efectuado y cumplido como en la oblación de la Misa. Supongámonos en la ley natural que tomamos un cordero para degollarlo en sacrificio y que lo ofrecemos a Dios con relación de nuestros sentimientos y pensando en esta muerte que le vamos a dar. Si en esta profunda abnegación de nuestro ser, que medita ante el Señor los derechos que como Señor soberano tiene en la criatura ingrata y rebelde, nos olvidásemos piadosamente del sacrificio y nos hallásemos al siguiente día en la misma humilde postura al pie del altar y en presencia de la hostia que aguarda el golpe mortal, ¿podríamos pensar que no habíamos ofrecido en la víspera un verdadero sacrificio? Si al salir de este éxtasis de adoración inmolásemos, en fin, la víctima y ofreciésemos su sangre derramada, habríamos hecho en este segundo acto de oblación un sacrificio. Pero supongamos que el sentimiento religioso nos sugiere esperar a la tarde para poner fuego al holocausto; que llegada esta colocamos en el altar el cordero degollado en aquella mañana y lo elevamos al Señor antes de consumir la hostia, ¿no habrá en este último acto un sacrificio?, ¿y no habremos ofrecido un solo sacrificio no obstante que haya tres ac-

tos distintos de oblación renovada? La inmolación actual no es, pues, necesaria para que la inmolación sea real en el sacrificio; solo es de esencia la oblación de una víctima inmolada con relación y referencia al tiempo en que se inmola. Así, Jesucristo quiso instituir el sacrificio de su cuerpo y de su sangre en la víspera de su muerte y no en el instante mismo en que murió, para establecer bien la verdad y la identidad del mismo sacrificio aun cuando fuese ofrecido después de su pasión y hasta el fin de los tiempos. Pero si en lugar de instituirlo en la víspera de su muerte hubiera sido un año antes de morir, ¿quién se atrevería a decir que no había el mismo sacrificio que en el Calvario a causa de este intervalo? Al reiterar, pues, la oblación de la cruz al día siguiente, un año después, mil años después y hasta el último día del mundo se ofrece absolutamente el mismo sacrificio, y las Misas no son más que actos de oblación repetida de la inmolación única de Jesucristo; ni aun es necesario para la unidad del sacrificio que haya unión física entre la inmolación y la hostia inmolada, sino que basta una unión *moral* entre estas dos acciones, una referencia moral, una relación moral al tiempo de la inmolación. Así Jesucristo ofrece en la Cena su muerte futura, en el Calvario su muerte presente, en el cielo y en el altar su muerte pasada, por el mismo acto de la misma voluntad de ofrecerse: la oblación que hace de ella se multiplica por distintos actos, pero la inmolación es una y el sacrificio es único.

El testimonio de San Pablo apoyará y confirmará estos principios: declara este santo (Heb 10) que Jesucristo expresó desde su entrada en el mundo su voluntad

de ofrecerse a Dios en holocausto; que por esta sola expresión abrogó los sacrificios antiguos para sustituirlos con el suyo, *aufert primum ut sequens statuat;* que por esta sola voluntad que concibió desde la encarnación y que no realizó cumplidamente hasta la muerte en la cruz, hemos sido santificados por la oblación *única* del cuerpo de Jesucristo; que Jesucristo no se contentó con derramar su sangre en la cruz por la remisión de los pecados (Heb 9), sino que en la unidad del mismo sacrificio recogió esta sangre y la llevó al santo de los santos, no al del templo judaico, que solo era un ejemplo y una figura, sino al mismo cielo, para presentarse ante Dios en nuestro favor como mediador y como pontífice (Heb 7). Aún hay más: Jesucristo es mediador de una alianza más excelente que la antigua bajo todos respectos, y especialmente por su duración: inmortal en la naturaleza humana con que se revistió, y haciéndose sacerdote por toda la eternidad, su sacerdocio es sin fin: en la tierra existen para continuar su obra vicarios y ministros que tienen y que tendrán sucesores; mientras que Jesucristo intercede por nosotros en el cielo, y la Iglesia canta el día de su entrada en las mansiones eternas, que se halla sin cesar ofreciendo a su Padre las heridas que sufrió por nuestras iniquidades, y que por esta continua ofrenda nos gana la entrada perpetua en la alianza de su paz. He aquí oblaciones multiplicadas cuya voluntad eficaz se manifiesta desde la Encarnación, se constituye en los símbolos del Cenáculo, se ejecuta en la cruz, se perpetúa en el cielo y, no obstante, solo hay una inmolación de Jesucristo, porque este Dios salvador, dice el apóstol (Heb 9), solo murió una vez para expiar los pe-

cados de todos los hombres y ya no muere más; pues jamás la muerte tendrá imperio sobre él después de la victoria que de ella obtuvo (Rom 6).

Jesucristo ha ofrecido, pues, por una sola voluntad, desde la Encarnación hasta el Calvario, el sacrificio único de la cruz, y por la misma voluntad ofrece este sacrificio desde la cruz hasta el cielo, donde renueva sin cesar por oblaciones mil veces repetidas su inmolación ya consumada y cumplida. Este es el resumen de la admirable doctrina de San Pablo. De suerte que por las palabras de la consagración en la Misa se constituye Jesucristo en el altar, no solamente bajo símbolos de muerte y en un estado de inmolación aparente, sino tal como está a la derecha de Dios su Padre, sacerdote eterno, pontífice supremo mediador de nuestra alianza y prenda de nuestra paz; apareciendo ahora lo mismo que en el instante en que se celebra la Misa, ante la faz del Señor, siempre vivo e intercediendo por nosotros, ofreciendo actualmente sus llagas, que han salvado al mundo y perpetuando su sacrificio sin interrupción. Así que la sola presencia de Jesucristo en la Misa ofreciendo su muerte constituye la oblación verdadera de su inmolación real y la rigurosa continuación de su sacrificio de la cruz; los actos de oblación son actuales, distintos y multiplicados; pero siempre es la oblación de la misma víctima del Calvario y la misma inmolación de esta víctima. Un ejemplo aclarará este principio cuya consecuencia es tan propia para alimentar la piedad y la fe:

Supongamos que Dios hubiese querido establecer un sacrificio muy solemne para la instalación y la entrada en posesión de su pueblo en la tierra prometida, y que

hubiese declarado que este sacrificio, único en su clase, no se ofreciese por los hijos de Aarón en nombre de sus hermanos, sino por cada israelita de cada tribu y familia; que la víctima la constituiría un solo cordero y que esta inmolación se renovaría por cada acto personal e individual. Supongamos que Moisés antes de dar posesión más allá del Jordán a las tribus de Gad y de Rubén, y a la mitad de la tribu de Manasés, hubiera elegido el cordero destinado para el sacrificio: este cordero es conservado vivo con el mayor cuidado y colocado cada día en el altar en estado de hostia y a manera de sacrificio: las tribus cuyas posesiones están ya determinadas pasan por delante del altar y desfilando por su orden presentan por mano de cada individuo este cordero que debe ser inmolado: Moisés, próximo a morir, lo ofrece también, pero de una manera más solemne: Josué, su sucesor en la conducción del pueblo de Dios, degüella el cordero dejándolo en el altar bañado con su sangre: el resto de las tribus de Israel, antes de pasar el Jordán, desfila ante el altar y cada individuo ofrece esta sangre derramada. Terminado el paso y la ofrenda de todo el pueblo, se lleva al tabernáculo la sangre del cordero para conservarla en él: en lo sucesivo la sacan todos los días y muchas veces al día los levitas para ofrecerla a Dios en nombre de todo el pueblo, y este rito se conserva por todas las generaciones. En esta hipótesis gratuita, pero muy sensible, ¿se podrá dudar que, a pesar de que se hayan multiplicado las oblaciones y que hayan durado por tanto tiempo, solamente han efectuado todos un único y solo sacrificio y que su continuación mientras subsistiese el pueblo de Dios no alteraría en

nada su identidad y su unidad? He aquí la imagen patente y la viva figura del sacrificio de la cruz que el Cenáculo vio anticipar y que continúa la Misa hasta la consumación de los siglos: los justos que vivieron antes de Jesucristo y durante más de 4.000 años han pasado ante su altar para ofrecerlo con su fe; y después de la consumación del sacrificio, todas las tribus de la tierra pasan por delante de este mismo altar, ofreciendo en la realidad al mismo Jesucristo inmolado, haciendo presente por la institución de la autoridad divina al mismo Dios del Calvario, con su cuerpo que es ofrecido, con su sangre que es derramada sin cesar por la remisión de los pecados. La Misa es, pues, realmente, respecto del sacerdote, de la víctima y de la inmolación, el mismo sacrificio que el de la cruz; su precio es, pues, de un valor infinito, como el de la muerte del Salvador; y he aquí, entre otras consecuencias, las que se pueden sacar de la práctica de este sentimiento católico que acabamos de expresar y de probar.

Los fieles nos dispensarán habernos extendido tanto sobre esta materia en atención a la claridad que exige tan elevado asunto, y al fruto que la piedad debe deducir de él. Porque aunque comúnmente se oye decir y repetir diariamente que la Misa es el mismo sacrificio de la cruz y que debe asistirse a ella como a la escena del Calvario, sucede frecuentemente que por no haberse penetrado bien de su identidad, no se fijan las consecuencias en el corazón porque no han penetrado en la inteligencia. Mas ahora que podemos entender mejor esta elevada teología de San Pablo, conocemos el profundo respeto, la viva confianza, la plenitud de fe y de

amor que debemos llevar a los altares. Si hubiéramos asistido a la oblación de la inmolación del Calvario, nos hubiéramos unido estrechamente a Jesucristo, hubiéramos recogido con ansia cada gota de su sangre, cada suspiro de su corazón, cada palabra de su boca, hubiéramos dicho mil veces con fervor: Acordaos de mí, Señor; *memento mei, Domine* (Lc 23), e hiriéndonos el pecho de dolor y de arrepentimiento, hubiéramos repetido con el grito de la fe y del reconocimiento: este hombre es verdaderamente el hijo de Dios; *Vere Filius Dei erat iste* (Mt 27) y hubiéramos querido ayudar a preparar los perfumes, a disponer la sepultura de Dios víctima y sobre todo a desear que nuestro corazón le sirviese de tumba. He aquí, pues, los sentimientos que debemos llevar a la Misa. Si transportados en espíritu como el apóstol San Juan (Apc 5) asistimos al altar sublime del cielo donde Jesucristo oficia sin cesar, donde ofrece por sí mismo sin órgano y sin representante, y viéramos en el trono de Dios a este cordero en pie y como degollado, abriendo el libro de la liturgia eterna para leer en él el nombre de los que se aprovechan de su sangre, para hacer que los hombres se inscriban en estas páginas de vida, según las cuales se concluirá al fin de los tiempos la Misa definitiva y la despedida irrevocable; si oyésemos resonar en el cielo estas palabras terribles: Las cosas santas son para los santos; la felicidad, la dicha y la bendición, para los hijos de Dios; la Misa eterna para la inocencia y el arrepentimiento; *sancta sancti;* nos prosternaríamos ante el cordero por la adoración de un corazón contrito y humillado, y llenaríamos los incensarios de oro con la más pura oración.

Pues que la Misa continúa en la tierra el mismo sacrificio que se ha continuado en el cielo y que la misma víctima asciende de un altar a otro llevando consigo nuestros votos, y vuelve a descender cargada de bendiciones, debemos sentir al presentarnos al santo sacrificio los mismos sentimientos que experimentaríamos en el cielo. El valor de la Misa es, pues, infinito respecto de Dios víctima; de la suficiencia del tesoro de sus méritos que ofrecidos por un Dios sacerdote serán siempre aceptados del Señor como dignos de su majestad y de su justicia; y finito en cuanto al ejercicio del sacerdote secundario, que no es más que un hombre revestido de los poderes divinos, y en cuanto a la aplicación que el Señor nos hace de los méritos de su hijo, en proporción de nuestra fe, de nuestra penitencia y de nuestro fervor.

Respecto a los frutos del sacrificio de nuestros altares nos enseña la Iglesia que la Misa opera por sí misma y por su propia virtud el perdón de los pecados; pero lo opera de una manera *mediata,* es decir, que por el acto mismo del sacrificio y sin ningún medio ulterior obtiene para el pecador la gracia de convertirse y de recibir en el sacramento de la Penitencia la remisión de sus faltas. Por ejemplo, una persona que pida a Dios sin asistir al sacrificio la gracia de mudar de vida y de confesarse, la obtendrá solo en virtud de su fervor y de sus instancias, y siempre habrá duda sobre si la ha obtenido; pero si oye misa con este fin es seguro que obtendrá este favor eficazmente con tal de que no oponga obstáculos a ello, independientemente de las disposiciones del que celebra y del fervor del que asiste a la celebración; entendiéndose lo mismo respecto de las demás

gracias de salvación. Pero se preguntará: si la Misa produce la gracia y la aplicación de los méritos de la sangre y de la muerte de Jesucristo, ¿en qué se diferencia de los sacramentos? En que la Misa solo da la gracia mediatamente, pero los sacramentos la dan inmediatamente; en que la Misa es una vía segura que conduce a la vida, y los sacramentos son la vida misma en toda su eficacia; de donde se deduce que la asistencia a la Misa es una excelente disposición para la justificación, supuesto que la Misa es el tribunal de misericordia en primera instancia, si es permitido hablar así, y de ella se pasa al tribunal de reconciliación en último recurso. Aún hay otra diferencia más favorable al sacrificio; y es que los sacramentos solo aplican la sangre de Jesucristo a los que son dignos de ella, y que la Misa la aplica al justo y al pecador, al que la merece y al que no es aún digno de recibirla; porque los sacramentos solo producen sus efectos respecto de los vivos, y la Misa extiende sus frutos de salvación a los vivos y a los muertos. En su consecuencia, vamos, pues, *con confianza al trono de la gracia* (Heb 4) para obtener misericordia y hallar en él los socorros necesarios a nuestras necesidades. Comprendamos cuán preciosa es la práctica de los fieles que hacen celebrar o que oyen la Misa siempre que tienen que pedir al Señor alguna bendición, y cuánto más lo es la santa costumbre de asistir a ella diariamente, para fortalecernos sin cesar con su santa protección. En cuanto a las penas temporales debidas al pecado después que ha sido perdonado por el sacramento, la Misa las perdona de un modo inmediato a los que viven en estado de gracia, y lo mismo a los justos del purgatorio cuyas

penas expía inmediatamente, bien que ellos no puedan merecer más ni recurrir a otros medios. Pero esta remisión de las penas respecto de unos y otros solo tiene lugar en la medida de los designios y de la voluntad de Dios; porque la Iglesia no ha dicho que la Misa operase la redención de las almas del purgatorio, pues solo ha dicho que eran ayudadas por el sacrificio saludable del altar, según se ve en la sesión 25 del Concilio de Trento; y de aquí el uso de los fieles de ofrecer frecuentemente la Misa por los difuntos, a quienes sin esto bastaría una sola oblación. Además de ofrecer la Misa este fruto eficaz del sacrificio, ofrece un fruto secundario que viene de las disposiciones fervientes con que se asiste a ella; la santa oblación, dice el Angel de la escuela, es útil a cada uno *según la cantidad de su devoción;* y en este sentido obra según la santidad del que ofrece y del que asiste a ella. Y así no debe motejarse a los fieles que hallan en una Misa más consuelo que en otra, con tal que el motivo de estas distinciones sea muy puro, y que esta conducta no hiera en nada la caridad particular y la edificación común.

La Misa solo es ofrecida a Dios, a quien solamente se debe la adoración, el culto supremo y el homenaje de nuestra entera dependencia. Estas expresiones, *Misa a la Virgen, Misa de difuntos,* o son erróneas si significan para la ignorancia *sacrificio ofrecido a la Santa Virgen, a los difuntos;* o no son más que modos vulgares de hablar, por los que se entiende que las oraciones y las lecturas que preceden al canon son en memoria de los santos o concernientes a los fieles difuntos. Pues, aunque el sacrificio solamente puede ofrecerse a Dios,

se hace mención en él de los santos; porque la Misa es el sacrificio de toda la Iglesia, y que Jesucristo lo ofrece como cabeza de toda ella. La Iglesia militante se une, pues, a Jesucristo para ofrecerlo, y por la misma razón se une a la Iglesia triunfante, inseparablemente unida a su cabeza; y estas dos grandes fracciones de la sociedad de los hijos de Dios se reúnen para implorar por los méritos de Jesucristo la divina misericordia en favor de la Iglesia que sufre en el purgatorio. Además, esta memoria de los santos en el altar se hace para felicitarles de sus victorias, para dar gracias a Dios por sus triunfos, para excitarnos a la imitación de sus sacrificios consumados, y para fortificarnos, como dice el canon de la Misa, con sus méritos y oraciones para con Dios y Jesucristo, único mediador todopoderoso. En la tercera parte de esta obra tendremos ocasión de volver a ocuparnos de este punto.

La Misa se ofrece por los vivos, justos o pecadores, y en general por todos los que profesan la fe católica. (La Iglesia romana no ruega *expresamente* por los cismáticos, herejes y paganos más que el Viernes Santo.) Se ofrece también el sacrificio por los muertos que descansan en Jesucristo, por todos los fieles del purgatorio, produciendo grandes efectos respecto de ellos, pues que no oponen ningún obstáculo. Pero los ornamentos fúnebres y la liturgia para los muertos no son esenciales para su consuelo; así que los cristianos deben abstenerse de pedir este rito accesorio en los días en que la Iglesia prohíbe su uso, y ni aun deben en los días libres exigir siempre misas de *requiem,* pues su repetición sobrado frecuente podría entibiar la devoción del celebrante.

He aquí lo que concierne al dogma respecto del sacrificio de la Misa. Invitamos a los fieles a leer y meditar con frecuencia estas instrucciones preliminares para nutrirse con una fe plena y una piedad ilustrada. En una materia tan importante y elevada apenas se sacaría fruto de una lectura vaga y superficial, es necesario leer este libro repetidas veces si se quiere adquirir en él la ciencia de nuestro misterio más augusto.

CAPITULO IX

De las disposiciones para ofrecer el santo sacrificio

§ I. *Disposiciones materiales*

Entendemos aquí por *material* las iglesias destinadas al sacrificio y cuanto en ellas se contiene y los altares y todo lo relativo a ellos: más adelante, y según vaya ofreciéndose ocasión, trataremos de los vasos y lienzos sagrados, de los ornamentos, del incienso y de los demás objetos del culto.

El primer templo propiamente hablando del sacrificio de la Misa fue el Cenáculo, lugar *vasto y bien adornado* (Lc 22) que mandó elegir para la celebración de la Eucaristía el Dios que nació en un establo, sin tener donde descansar su cabeza y que murió en la cruz, como para justificar en lo sucesivo la majestad, riqueza y decoración de nuestras iglesias. El lugar elevado del Calvario fuera de los muros de Jerusalén se convirtió algunas horas después en el altar del mundo entero; y posteriormente se celebró el santo sacrificio en el Ce-

náculo, como lugar consagrado por la elección que de él hizo el Señor. En los tiempos de persecución dieron asilo a los misterios sagrados las casas de algunos fieles privilegiados, la soledad de las florestas, las cavernas de las rocas, los calabozos y las catacumbas. Al fin del reinado de los perseguidores, construyéronse algunas iglesias públicas, y al favor de la paz dada a la sociedad cristiana se elevaron de todas partes vastos edificios en honor del verdadero Dios; la piedad de cada siglo y el progreso de las artes contribuyeron a su magnificencia, la arquitectura gótica consagró al santuario del Señor su forma grandiosa y su elegante cúpula, y el campanario de la aldea, que rompe con gracia la uniformidad del paisaje, anuncia por todas partes el tabernáculo de Dios con los hijos de los hombres.

He aquí lo que prescribía la antigua tradición respecto de los templos, según el testimonio del autor de las *Constituciones apostólicas.* La iglesia será de forma larga, semejante a una *nave,* y de aquí el haberle quedado este nombre a la parte principal del templo. La cabeza de la iglesia mirará al Oriente y a cada lado tendrá una sala o sacristía en que se contengan los objetos del culto y en que puedan revestirse los ministros del Señor; la silla del obispo estará en el fondo y en medio, y las de los sacerdotes, a derecha e izquierda. El altar estará en medio del santuario, como se ve en las iglesias *a la romana,* y el santuario estará cerrado por una balaustrada. En medio de la segunda parte del templo destinada a los clérigos menores y a los legos se elevará una tribuna o púlpito para el lector y los sochantres; los hombres se colocarán a un lado y las mujeres al otro por la mejor

conveniencia del ósculo de paz; seguirán a los fieles los catecúmenos y los penitentes públicos por su orden. En estas antiguas iglesias había por lo común tres puertas: la mayor o puerta grande, que cerraba todo el edificio; la puerta menor, que separaba a los fieles de los catecúmenos y penitentes públicos, y la *puerta santa,* que cerraba el santuario y que servía de balaustre y de mesa para la comunión. Fácil es advertir la gran semejanza que existe entre nuestras iglesias modernas y las antiguas, y que los cambios y alteraciones que en ellas se advierten son reclamados por las localidades y por los usos de la disciplina actual. La cruz que corona la portada o el campanario indica el sacrificio que se renueva en el templo cristiano; las campanas, como la voz del pastor llamando a los fieles a la *colecta;* el agua bendita depositada a la puerta del santo lugar recuerda la pureza que se exige para la oblación; los tribunales de la penitencia ofrecen los medios de recobrarla si se ha perdido; la cátedra evangélica y la cruz colocada al frente indican a los fieles que unan el sacrificio de su corazón a la inmolación de la gran víctima del mundo; el cántico del coro, los órganos y los instrumentos introducidos desde el siglo IX celebran la llegada de Dios en medio de sus hijos; aún se observan en el día locales distinguidos para el pastor y los sacerdotes, una balaustrada en el santuario para servir de mesa de comunión, capillas laterales para la multiplicidad de Misas; relicarios, efigies e imágenes que recuerdan la gloria de los que ya han consumado su sacrificio, y finalmente y sobre todo el altar, que es el punto central de nuestras iglesias.

El altar *(altare,* de la palabra latina *altus,* elevado) se llama entre los griegos *thusiasterion,* lugar de inmolación. En los primeros siglos no había altares fijos, sino simplemente una mesa portátil, *mensa Domini* (1 Cor 2); esta mesa servía para la oblación y para el banquete eucarístico. Después de las persecuciones se construyeron altares sólidos, pero siempre se les consideraba como mesas. El altar del sacrificio, dice San Gregorio de Nisa, es de piedra común, semejante a las que usamos para levantar los muros; pero consagrado y bendito es la santa mesa y el altar del Señor. Estos altares se elevaban en las tumbas de los mártires y en ellos se depositaban sus huesos, y su forma exterior era la de un sepulcro: no hemos levantado un altar a San Esteban, primer mártir, decía San Agustín, sino a solo Dios con los restos de este santo diácono; de aquí el uso constante de poner reliquias en los altares, costumbre que no solamente nos ofrece una imagen del cielo donde vio San Juan en el altar las almas de los mártires (Apc 6), sino que por ella ofrece también la tierra un espectáculo digno de los ángeles y de los hombres; a saber: a Jesucristo, víctima universal ofrecida a Dios sobre el cuerpo de sus víctimas en presencia de los cristianos que se animan al sacrificio de su vida, o al menos a la inmolación del *hombre moral.* Cuando toda la tabla del altar está consagrada se llama este altar *fijo,* y cuando se ha consagrado la piedra del medio se llama altar *portátil.* Llámase altar *privilegiado* aquel en que se puede decir Misa de difuntos en los días prohibidos en los demás altares, y también aquellos a que se han concedido indulgencias temporal o perpetuamente. El altar debe hallarse ele-

San Jerónimo, que le responde con mucha fuerza e indignación, dice en términos precisos refiriéndose a los oficios eclesiásticos: «Nosotros no encendemos luces de día sino para mezclar alguna alegría a las tinieblas de la noche; para velar con la luz y evitar dormirnos como vosotros en la ceguedad de las tinieblas» [3]. Nadie podía estar informado mejor de estos usos que este santo doctor que había visitado todas las Gaulas y recorrido casi todo el Occidente y el Oriente en que residía. Podemos decir, pues, fundados en su autoridad, que no se encendían luces durante el día porque se hubiesen usado durante la noche, y que las iglesias de Oriente encendían cirios durante el día por razones misteriosas. «En todas las iglesias de Oriente, dice [4], se encienden cirios de día cuando se lee el Evangelio, no para ver claro, sino como señal de alegría y como un símbolo de la divina luz de que se lee en el salmo: *vuestra palabra es la luz que ilumina mis pasos.*»

Esta misma razón misteriosa que había persuadido a encender cirios durante el Evangelio determinó después a encenderlos durante el sacrificio en que Jesucristo, que es la verdadera luz del hombre, está realmente presente; y en el que el pontífice y el sacerdote en sus augustas funciones representan esta divina y evangélica claridad.

La Iglesia ha aprobado siempre estas especies de símbolos misteriosos, que son otras tantas instrucciones breves y edificantes para el pueblo. Nada más antiguo que la costumbre de poner en manos del nuevo bautizado un cirio, y San Cirilo de Jerusalén dice en el año 550 (*Catech.* 1) que estos cirios que encienden son símbolos de la fe que deben conservar con celo. El uso de encender cirios en el bautismo ha hecho que se llame a la epifanía la fiesta de las santas luminarias. Más de 1.200 años ha que se bendice y enciende solemnemente el cirio pascual para *que la bendición de esta luz nos haga contemplar el sagrado misterio de la resurrección,* es decir, *el brillo luminoso de la nueva vida de Jesucristo,* como dice el cuarto Concilio de Toledo, en 633, al censurar a las iglesias en que no se observaba esta ceremonia y que preguntaban la razón por que se hacía. El uso de llevar cirios en la fiesta de la presentación de Jesucristo en el templo o de la purificación de la santa Virgen denota también que tomamos parte en la alegría que tuvo el santo anciano Simeón al tener al divino niño en sus brazos para expresar más vivamente que era la alegría de las naciones y para indicar que debemos consumirnos ante el Señor y en unión con Jesucristo, como se consume la antorcha que llevamos.

En el siglo IV, los cuerpos de los fieles que habían muerto en la fe eran acompañados a la iglesia con gran séquito de luces. El emperador Constantino, San Pablo, San Simeón Estilita han sido conducidos de esta suerte para indicar por esta solemne luminaria que eran los verdaderos hijos de la luz. Y la multitud de luces que ardían en el cuarto siglo en la tumba de los mártires de día y noche, según nos dicen San Paulino y Prudencio, brillaban en honor de la luz celestial de que gozaban

---

3 SAN JERÓNIMO, *Epist. adv. Vigilant.*
4 Ibídem.

aquellos santos y que hacen la alegría de los cristianos [5]. Así pues, los cirios encendidos durante el día en las iglesias se han considerado siempre como símbolos de la verdadera luz: San Jerónimo y San Isidoro nos lo dicen [6]. Todos vosotros sois, decía San Pedro, hijos de la luz y del día: vosotros erais en otro tiempo, dice San Pablo, tinieblas, pero ahora sois luz en el Señor: marchad como hijos de la luz. Nosotros no celebramos jamás la Misa sin luz, dice el Micrólogo, no para disipar las tinieblas, puesto que es de día, sino para figurar y anunciar esta luz eterna y divina cuyos sacramentos y gloriosos misterios celebramos. La Iglesia acoge también este uso por relación al espectáculo de que fue testigo San Juan en el cielo, cuando vio al Hijo del Hombre en medio de siete candeleros de oro. Los cirios encendidos nos advierten, en fin, que debemos comportarnos como hijos de la luz por acciones de caridad, de justicia y de verdad.

§ II. *Preparaciones interiores.—Preparación particular de los sacerdotes marcada en las rúbricas*

Se ha dado el nombre de rúbrica a las observaciones escritas en caracteres rojos. Esta expresión viene del antiguo derecho romano, cuyos títulos y máximas o decisiones principales estaban escritas de esta suerte. Hanse llamado, pues, rúbricas de la Misa las reglas que prescriben el modo de decirla, porque, en efecto, se han escrito comúnmente en rojo para que se distingan mejor. Antiguamente se escribían estas reglas en libros particulares llamados directorios, rituales, ceremoniales y ordinarios. Burcard, maestro de ceremonias en los pontificados de Inocencio VII y de Alejandro VI, a fines del siglo XV, fue el primero que puso el orden y las ceremonias de la Misa en el pontifical impreso en Roma por primera vez en 1485 y en el sacerdotal impreso algunos años después y reimpreso bajo León X. Estas ceremonias fueron unidas al ordinario de la Misa en algunos misales, y el Papa Pío V, en 1570, las hizo poner en orden y distribuir en los títulos que vemos en el día a la cabeza de los misales [7].

Según la rúbrica, *el sacerdote se confiesa si de ello tuviere necesidad.* Esta regla es una consecuencia del precepto del apóstol que ha dicho: cualquiera que coma el pan de vida o beba el cáliz del Señor indignamente será culpable de la profanación del cuerpo y sangre de Jesucristo. El estado de gracia no abraza solamente la disposición que debe llevar el sacerdote al sacrificio, no subiendo jamás al altar sin haberse examinado y confesado en caso necesario antes de comer este pan y de beber este cáliz, sino que comprende también el discernimiento conveniente entre el cuerpo del Señor y el alimento que la providencia concede indistintamente a justos y a pecadores.

Debe haber rezado a lo menos maitines y laudes que

---

5 Ps 96, 12.
6 *Etym.*, l. 7, c. 12.

7 Tanto las rúbricas o ceremonias como las oraciones de la Misa se insertan con letra cursiva para que se distingan de las ampliaciones que de ellas se hace en esta explicación.

comprenden el oficio de la noche y de la mañana. Siempre se han hecho largas oraciones vocales antes del santo sacrificio para que pudiesen excitar aquellos deseos que, como dice San Agustín [8], producen más efecto cuanto más se animan. Este uso, que es la preparación remota al santo sacrificio, asciende a la más alta antigüedad, pues en el siglo VI se ve que San Atanasio celebraba las vigilias en la iglesia cuando tuvo que huir desterrado, y la razón que se da de la celebración de este oficio público es que el santo obispo debía hacer allí la *Synaxe,* es decir, la asamblea para el sacrificio [9], uso de que aún se conserva algún resto en ciertas iglesias catedrales, donde el que debe celebrar la Misa solemne, y aun el obispo, está obligado a asistir y presidir al oficio de la víspera y de la noche. La rúbrica añade *a lo menos* porque se ha mandado algunas veces que se dijese prima y aun tercia antes de la Misa, y porque, en efecto, deberán rezarse las horas que preceden al tiempo en que se dice, esto es, prima y tercia, si se dice a las nueve, y aun sexta si no se dice hasta mediodía [10].

El sacerdote se aplica algún tiempo a la oración. En efecto, no basta esta oración pública: la oración mental debe ir siempre unida a la vocal. El sacerdote debe considerar la excelencia y majestad de los misterios de que va a ser el ministro y su indignidad profunda; debe dirigir su atención a la ofrenda del santo sacrificio y llevar a este trono de la misericordia la fe más viva, la pureza más escrupulosa y el amor más ardiente a Jesucristo.

8 *Epist. 130 ad Probam.*
9 SÓCRAT., *Hist. Ecles.*, l. 2, c. 8.
10 Sinod. Col. an. 1280. Sinodic., París, p. 7.

Antiguamente en algunas iglesias catedrales, para que el tumulto del mundo no pusiese obstáculos al recogimiento, se seguía la costumbre de que el sacerdote que debía oficiar durante la semana la pasase toda en el retiro, con cuyo objeto le conducía todo el coro en procesión el sábado por la noche al sitio destinado, de donde no salía sino para decir Misa y para los demás oficios.

Dice las oraciones marcadas. Acerca de la designación de estas oraciones hay mucha variedad. El Micrólogo en 1090 señala los cuatro primeros salmos de la preparación que se ve en los misales y en los breviarios. Cien años antes, el sacramental de Tréveris, escrito en el siglo X, solo marca los tres primeros; pero los hace seguir de largas letanías de santos. La Iglesia deja a la devoción del sacerdote que elija las oraciones que juzgue más a propósito para alimentar su fe y su piedad.

§ III. *De las preparaciones exteriores*

El sacerdote prepara lo que ha de leer para entenderlo y decirlo mejor y no cansar ni hacer esperar a los asistentes buscando las oraciones en el misal. Se lava las manos en la sacristía antes del sacrificio, regla que se ha seguido en todas épocas y pueblos. La ley antigua lo mandaba expresamente (Ex 30, 18) y los cristianos jamás han descuidado esta práctica, que recomiendan San Cirilo y San Crisóstomo; San Agustín, o más bien San Cesáreo, dice también que todos los hombres tienen cuidado de lavarse las manos para recibir la Eucaristía. El respeto al santo sacrificio inspira este aseo; pero las principales miras de la Iglesia al prescribir esta ablución

han sido inspirar la pureza interior necesaria para acercarse al santuario, la que se pide en la oración que en este acto se pronuncia: «Señor, dad pureza a mis manos, para que pueda serviros sin mancha alguna corporal ni espiritual.» Entre tanto, se preparan las vinajeras que contienen con separación el agua y el vino para la oblación; se llevan al santuario, a la derecha fuera del altar, y se encienden los cirios que deben arder durante la Misa.

El sacerdote prepara el cáliz o lo hace preparar por otra persona, como observa la rúbrica del misal. Esta preparación consiste en disponer en orden: 1.º, el cáliz, que deberá enjugarse: y que es un vaso o copa de plata dorada montada en su pie, consagrada por el obispo y que sirve para la consagración de la sangre de Nuestro Señor. Este cáliz no puede tocarse por los legos sin profanación; 2.º, el purificatorio, lienzo que se pone en el cáliz y que sirve para enjugar y purificar en el altar los vasos del sacrificio, y es como la servilleta sagrada de esta mesa divina; 3.º, la patena, platena o platina, *patella, patina,* platillo redondo de plata dorada consagrado como el cáliz y que sirve para poner en él el cuerpo de Jesucristo: se coloca sobre el cáliz y el purificatorio; 4.º, el pan llamado hostia o víctima, que es la materia destinada a convertirse en el cuerpo del Salvador; este pan, de pura harina sin levadura, de forma redonda y muy delgada, se pone al principio en la patena y se cubren ambas con la palia o lienzo bendito, cuyo uso es cubrir el cáliz durante la Misa para que no caiga en la copa polvo o algún cuerpo extraño; la palabra *pallia* viene de *pallium,* capa o cobertura, y de aquí el

llamarse los manteles que cubren el altar *pallæ;* 5.º, el paño que cubre todo el cáliz y que es de la misma tela y color que el ornamento; 6.º, en fin, la bolsa que se coloca sobre el altar, un poco a la izquierda del cáliz, y que contiene el lienzo sagrado llamado corporal, de la palabra latina *corpus,* cuerpo, y es el cuarto mantel que se extiende para recibir inmediatamente el cuerpo de Jesucristo y las partículas que podrían desprenderse de la hostia consagrada. Finalmente el sacerdote y sus ministros se preparan a decir Misa revistiéndose con ornamentos particulares.

Si la sociedad civil tiene trajes distintos para las diferentes funciones de la magistratura, de las armas, del foro, de las academias y de las escuelas públicas, si la forma y el color de sus vestidos cambia según sus días de solemnidad, de regocijo o de luto, no es de extrañar que la sociedad cristiana use de ornamentos particulares en el más santo de los misterios; la debilidad de nuestros sentidos exige esta solemnidad que realza el brillo exterior de las funciones divinas. Dios estableció en la ley antigua cuáles debían ser los vestidos sagrados en las funciones del ministerio y aunque no estamos obligados a observar todas las ceremonias de la ley antigua, San Jerónimo infiere, no obstante, de lo que dice Ezequiel respecto al servicio divino: «Que no debemos entrar en el Santo de los Santos, ni celebrar los sacramentos del Señor con los vestidos que nos sirven para los demás usos de la vida... La religión divina, añade, tiene un traje para el ministerio y otro para el uso común.»

No hay duda de que los santos misterios, infinita-

mente grandes por sí mismos, no necesitan de ningún brillo exterior. Así, en los tiempos de persecuciones se ofrecía el santo sacrificio con una conciencia pura, y sin usar vestidos particulares; pero los hombres necesitan a veces signos exteriores y sensibles que les recuerden interiormente la grandeza invisible de los misterios. El aseo pudo bastar en un principio para inspirar este respeto; pero cuando la Iglesia se halló con riquezas, no debió temer celebrar los misterios con alguna magnificencia, porque todo lo grande que existe en el mundo viene de Dios y debe ser consagrado a su gloria. *El oro y la plata me pertenecen, dice el Señor,* en el profeta, representando la gloria del templo del Deseado de las naciones. He aquí lo que hizo elevar y adornar templos tan magníficos desde que los príncipes abrazaron o autorizaron el cristianismo. Según leemos en Teodoreto, el emperador Constantino dio a Macario, obispo de Jerusalén, una túnica tejida con oro para que la usase al dar el bautismo, y en Optato de Mileva vemos que el emperador envió ornamentos a las iglesias. San Gregorio de Nazianzo revela el brillo de los ornamentos del clero; Eusebio, obispo de Cesarea en 313, habla de dos vestidos de los obispos como de traje que les hacía venerables, y el sacerdote Nepociano estimaba en tanto la túnica con que se revestía para ofrecer el santo sacrificio que la dejó por testamento a San Jerónimo.

El uso de traje particular para la Misa se observó al principio por devoción, pero después mandaron los Papas y los Concilios que no se celebrase el santo sacrificio sino con vestidos consagrados a esta santa acción, y se prohibió, bajo las más severas penas, servirse de ellos

en los usos comunes. Por esto quiere la rúbrica que sean *benditos por el obispo,* para que se les destine exclusivamente a los usos sagrados. Según la liturgia de San Jerónimo, los griegos los bendicen cada uno en particular con la señal de la cruz acompañada de una oración, siempre que se los ponen. Así lo hicieron también los latinos antiguamente, y en el día aún dicen oraciones análogas cada vez que se revisten con ellos. En un principio los ornamentos eran semejantes a los vestidos ordinarios, pero como estos sufrieron algunos cambios y aun los vestidos sagrados experimentaron algunas alteraciones, son en el día distintos unos de otros. Vamos, pues, a examinar el origen de estos ornamentos, las alteraciones que han introducido el aseo y la comodidad, las miras que la Iglesia se ha llevado al mandar que se usen por sus ministros y las oraciones que al revestirse con ellos se pronuncian.

El amito, formado de la palabra latina *amicere,* que significa cubrir, es un lienzo introducido en el siglo VIII con el objeto de cubrir el cuello, que los eclesiásticos y los legos llevaban entonces descubierto, y de conservar la voz y consagrarla al Señor para cantar sus alabanzas. Poco tiempo después se miró el amito en muchas iglesias como un ornamento que debía suceder al saco de penitencia. En Roma y en la mayor parte de las iglesias se le consideró en el año 900 como un casco que se ponía en la cabeza hasta que el sacerdote estaba revestido, dejándolo caer en el cuello antes de comenzar la Misa. Hase querido que el sacerdote al ir al altar se contemplara armado contra los ataques del demonio, según lo que dice San Pablo: *Revestíos con las armas de Dios y*

tomad el casco, que es la esperanza *de salvación* (Eph 6, 11 y 17). De aquí se ha formado la oración que se dice al tomar el amito: *Poned, Señor, el casco de salvación en mi cabeza.* Pero como, según el misal romano y los de otras muchas iglesias, inmediatamente que se pone el amito en la cabeza se le deja caer para circundar el cuello, no debe perderse de vista la razón misteriosa más antigua que ha habido para ponerse el amito, la cual es que el amito es una señal de retención de voz, es decir, que los que toman el amito, ya sea para decir Misa o para hacer de diáconos o subdiáconos, deben entrar en el recogimiento más profundo y guardar desde este momento el silencio más riguroso en cuanto no concierna al santo sacrificio: lo que han expresado perfectamente los antiguos misales de Cambrai en la oración que prescriben para el amito: *Reprimid, Señor, y guiad mi voz, para que no peque mi lengua y que pueda merecer pronunciar solo lo que os es agradable.*

El alba. El alba, llamada así por su color blanco, era una túnica larga de lino que usaban en el Imperio romano las personas de distinción. La Iglesia ha creído deber tomarla para la dignidad de la casa de Dios, como dice San Jerónimo (*Adv. Pelag.*, l. 1), y porque su blancura indica la suma pureza de los que siguen al cordero sin mancha en la tierra y en el cielo con los espíritus angélicos, representados también revestidos con túnicas blancas. He aquí por qué la Iglesia quiere que pida el sacerdote al revestirse el alba *ser emblanquecido en la sangre del cordero, y merecer la participación en las alegrías celestiales.*

El cíngulo. Cuantos se han servido de hábitos talares han usado un cordón o ceñidor para sujetarlos y andar más cómodamente: «Toma tu ceñidor», dijo el ángel a San Pedro, despertándole. La Iglesia quiere que al tomar el cíngulo pida el sacerdote a Dios que ponga a sus riñones un cíngulo de pureza para conservar la castidad.

El manípulo. El manípulo se ha llamado en un principio *mappula,* que significa pañuelo o pequeña servilleta. Las iglesias de Alemania le llamaron *fanon,* que en alemán significa pañuelo o toalla. Las de Inglaterra y Francia le llamaron *sudarium,* lienzo para enjugar el sudor. Beda y el antiguo orden romano le llaman lo mismo. De la palabra *mappula* se formó tal vez *manípula,* que se halla en los antiguos pontificales del siglo nono; aunque es también muy verosímil que estas palabras se sacasen de *manus,* mano, porque se llevaba en el brazo o en la mano. El manípulo sustituyó al *orarium* o *estola* cuando esta no sirvió para enjugar el cuello y el semblante; este manípulo era un lienzo blanco y estrecho que se llevaba en el brazo y en la mano izquierda. En el siglo X se usaban ya franjas en sus extremos, que en algunas iglesias eran de oro; sin embargo, en los siglos XI y XII aún servía de pañuelo para enjugarse el rostro y aun los ojos, según Esteban de Autun [11]; pero a fines del siglo XII se adornó tanto el manípulo que ya no tuvo este uso, y quedó como un puro ornamento como la estola. De aquí viene que hacia el año 1195 el cardenal Lotario, conocido después con el nombre de Papa Inocencio III, hable del manípulo como de un pañuelo propio para enjugar, no el cuerpo, sino el espíritu y el corazón; para desterrar el temor de los trabajos, su-

11 ETEPH., *Æduen. de Sacram. Altar,* c. 10.

dores y lágrimas evangélicas y engendrar el amor de las buenas obras. Así nos lo indica la Iglesia en la oración que hace seis o setecientos años que se dice al tomarlo. *Merezca yo, Señor, llevar el manípulo de los dolores y lágrimas para recibir con alegría la recompensa del trabajo.* Según muchos misales antiguos esta oración se ha hecho de los versículos: *Euntes ibant et flebant mittentes semina sua: venientes autem venient cum exultatione portantes manipulos suos* (Ps 125, 6). *Manipulus* significa puñado. Este versículo presenta al espíritu dos clases de manípulos. Una, de los que siembran lo que tomaron en sus manos; otra, de los segadores que recogen la mies. En el mundo se siembra con el trabajo y los sufrimientos; y al otro mundo se lleva con alegría los manípulos o fruto de este trabajo: a lo cual nos exhorta la Iglesia.

La estola. La estola se llamaba durante los ocho primeros siglos *orarium;* era un lienzo largo, fino, de que se servían las personas acomodadas y ricas para enjugarse el rostro. Usaban este lienzo los que se fatigaban en hablar en público *(orare, oratio,* discurso), y por eso se llevan aún por el obispo, por el sacerdote y por el diácono, y no por los ministros menores que no tienen potestad para anunciar la palabra de Dios (Concil. Laodic., c. 8). Pero fue conservado con tanta curiosidad que nadie osaba servirse de él, y vemos en muchas pinturas que desde el siglo VI en la Iglesia griega y en la latina fue hecho de seda en forma de larga y estrecha banderola, que es como se usa en el día. Acaso se llamó al *orarium stola,* nombre que significaba comúnmente túnica talar, porque se tomó por un resto, es decir, por

la guarnición o franja de una larga túnica abierta por delante, cuando solo representaba un largo pañuelo pendiente del cuello. La Iglesia lo ha mirado como un traje de honor y de autoridad espiritual. La oración que se dice es esta: *Dadme, Señor, la túnica de inmortalidad que he perdido por el pecado en la prevaricación de nuestro primer padre.*

La casulla. La casulla *(casula,* casilla) era un gran manto redondo, muy ancho, con una sola abertura para pasar la cabeza, en el que se hallaba el sacerdote como encerrado, y de aquí el llamarse casulla, *casula* o casilla. Durante los siete primeros siglos era el traje común de los hombres que usaban manto: el pueblo lo abandonó, conservándolo solamente las personas consagradas a Dios. Novecientos años hace que la Iglesia da la casulla a los sacerdotes al ordenarlos como un traje propio para ofrecer el santo sacrificio. Los griegos han conservado su antigua forma en toda su extensión y los latinos han suprimido poco a poco, desde hace dos siglos, cuanto impide la libertad de los movimientos. Porque antiguamente era necesario levantar y replegar la casulla por ambos lados cuando el sacerdote incensaba y cuando elevaba la hostia y el cáliz, y de aquí la costumbre de levantarse la casulla aun en el día a estos movimientos del sacrificio. Cuando se replegaba la casulla, colgaba por delante y por detrás, quedando casi en la misma forma que nuestras casullas modernas, de las que se ha cortado todo lo que se plegaba al brazo. Con este manto solo se podía tomar el manípulo en el momento de subir al altar, porque solo entonces se le replegaba para subir las gradas; y de aquí el uso conservado por los

obispos de no recibir el manípulo en el brazo hasta la confesión de los pecados. La casulla representa la caridad que debe cubrir al sacerdote y el yugo amable de Jesucristo que el sacrificador debe llevar con gracia y alegría. El sacerdote que debe fundar su gloria en llevar la cruz de Jesucristo dice tomando la casulla: *Señor, que habéis dicho: mi yugo es suave y mi carga ligera, haced que yo lo lleve de suerte que merezca vuestra gracia.*

La estola de los diáconos. Los diáconos servidores del sacerdote en el altar, además del amito, del alba, del manípulo y del cíngulo, llevan una estola propia suya y la dalmática. La estola de los diáconos era originariamente como la de los sacerdotes: un lienzo fino y largo puesto sobre el hombro izquierdo, así como los principales ministros de las mesas en las fiestas solemnes de los romanos llevaban una servilleta de honor en el hombro izquierdo. Este lienzo blanco volteaba cuando iban y venían a la iglesia para cumplir su ministerio, y San Crisóstomo dice que los dos extremos flotantes imitaban las alas de los ángeles y representaban la actividad (Hom. *De filio prodigo*). El cuarto Concilio de Toledo mandó en 633 a los diáconos que solo llevasen un *orarium* en el hombro izquierdo. Para impedir que volteen los extremos se los suelen pasar al lado derecho; y aun se ponen debajo de la dalmática.

La dalmática. Llámase así porque era un vestido de Dalmacia, provincia de Grecia. Se introdujo en Roma en el siglo II y consistía en una ancha túnica con mangas cortas y propias para los que tenían que maniobrar mucho; por lo que este vestido fue muy cómodo para los

obispos y diáconos. San Isidoro en el siglo VI considera la dalmática como un vestido sagrado, blanco y adornado con bandas de púrpura (Isid., *Orig.*, l. 19, c. 22). He aquí por qué la dalmática se ha hecho un traje de solemnidad, que debe inspirar una santa alegría, según la expresión del pontifical *(De ordin. diac.)*. En cuaresma y en algunos días de penitencia en que no convienen los vestidos de alegría, toman los diáconos la casulla; mas antes, para que no les embarazase, al comenzar el Evangelio se la quitaban, la plegaban y la colocaban en el hombro izquierdo haciéndola pasar con la estola por la espalda por debajo del brazo derecho, donde se la sujetaban con el cíngulo. Después se sustituyó la casulla con una banda ancha que se pone encima de la estola, a lo que la rúbrica de los misales romanos llama *stola latior.*

Traje de los subdiáconos. El subdiácono, subservidor, lleva el manípulo siempre que sirve al altar, como un signo de trabajo al cual están destinados todos los ministros de la Iglesia, y toma la túnica en los días de fiesta como en señal de la alegría que las fiestas inspiran. Los subdiáconos han sido revestidos de albas porque debían servir en la Misa, guardar las puertas de la sacristía en que estaban los vasos y ornamentos sagrados y suministrar lo necesario al altar durante el sacrificio. Diferénciase el traje de los diáconos en que no llevan estola, cuyo uso les prohibió el Concilio de Laodicea.

Hemos expresado los ornamentos que deben llevar el sacerdote y los ministros que ayudan al sacrificio, según los deseos de la Iglesia, para hallarse *revestidos de justicia* (Ps 131), es decir, de la reunión de virtudes con-

venientes a su ministerio. Las disposiciones de los fieles deben también aproximarse en parte a estas virtudes propias del sacrificio que ofrecen con Jesucristo y su representante. El amito debe recordarles la decencia en los vestidos, el recogimiento y el silencio en la casa de Dios; el alba y el cíngulo, la pureza y la modestia; el manípulo, la buena vida y las obras de la fe que deben unir a la santa víctima; la estola, la dignidad de su vocación que les llama a sacrificar en la tierra y a reinar en el cielo; la casulla, el yugo de la fe y de la ley con que deben subir al altar y llevar en medio del mundo en todos los actos de su vida; en fin, este aparato exterior debe hablar a los ojos, pero aún más al alma para revelar la grandeza del sacrificio, la larga serie de su preparación y la abundancia de frutos que de él deben repostarse.

Réstanos decir una palabra sobre los diferentes colores de los ornamentos sagrados. En la paz de la Iglesia a principios del siglo IV el color de las vestiduras era blanco, por las razones que se han dicho al hablar del alba, y algunas veces se usó el rojo, o el color de púrpura, que entre los griegos era señal de luto. El blanco marcaba la pureza del cordero sin mancha y el rojo su sacrificio. El blanco era para las solemnidades y fiestas ordinarias y el rojo para los días de ayuno y para las solemnidades de difuntos. Pero no tardó mucho en usarse para el luto el color negro, pues ya en el siglo V el patriarca Acacio de Constantinopla, para demostrar la gran aflicción que sentía por el edicto que el emperador Basilisco osó publicar contra el Concilio de Calcedonia, se cubrió de negro y revistió el altar y la cátedra

patriarcal de lienzo negro. En la Iglesia latina, además del blanco y del rojo, dice Ivon de Chartres, en un discurso sobre los vestidos sagrados, que los obispos se servían de un color celeste para advertir que pensasen en el cielo [12]; pero a fines del siglo XII vemos en la Iglesia latina los cinco colores empleados en el día y usados casi en la misma forma. El *blanco* sirve para los misterios gozosos y gloriosos de Jesucristo, para las fiestas de la Virgen y de la mayor parte de los santos; este color designa la alegría, el brillo y la pureza. El *rojo,* para el Jueves Santo, Pentecostés, la fiesta de los Apóstoles y de los mártires; indica el espíritu de sacrificio, la efusión de sangre, el ardor de la caridad. El *verde,* para los pontífices, para los domingos desde la Trinidad hasta el Adviento, es el emblema de la fecundidad de los campos y de la riqueza de los trabajos espirituales. El *violeta,* color sombrío, símbolo de penitencia para el tiempo de Adviento, de Sexuagésima y de Cuaresma. El *negro,* para el luto de la Iglesia y de sus hijos, en tiempo de Pasión y en las Misas de difuntos. No obstante, esta designación no se fijó de una manera tan rigurosa que no haya dejado la Iglesia a los obispos alguna latitud sobre este punto. Los ornamentos de oro se usan en todos los días, pues se consideran como figurando toda clase de colores. Mas cualquiera que sea la costumbre establecida en el punto en que nos hallemos, debemos conformarnos con ella y reverenciar a la Iglesia como a la esposa de Jesucristo, de quien se ha escrito: *La reina está a vuestra derecha, adornada con una admirable variedad.*

12 *De rebus, eccles. Serm. in synod.*

CAPITULO X

De la bendición y aspersión del agua, de las procesiones y de la llegada del sacerdote al altar

§ I. *Bendición y aspersión del agua*

La rúbrica del Misal prescribe que todos los domingos antes de la Misa el celebrante, revestido con los ornamentos sagrados, excepto la casulla, debe bendecir el agua para hacer en seguida la aspersión sobre el pueblo. San Basilio enumera esta aspersión entre las tradiciones apostólicas, y los padres más antiguos de la Iglesia nos hablan de esta agua purificada y santificada por el sacerdote, cuyo objeto al derramarla sobre los fieles es purificarlos y prepararlos a la santa oblación. El sacerdote toma sal y agua; agua cuya virtud es lavar, sal cuya propiedad es preservar de la corrupción; y al tomar estos símbolos comunes de pureza y de salubridad la Iglesia los exorciza, esto es, les manda de parte de Dios y por los méritos de la cruz de Jesucristo que no dañen a los hombres por el abuso que el diablo podría hacer de ellos, y que al contrario les sean útiles para su salvación; pues exorcizar es una palabra sacada del griego que significa conjurar y mandar. La Iglesia invoca la potestad divina sobre la sal para que preserve a los hombres de cuanto pueda perjudicar a su salvación, así como el profeta Elías arrojó sal a las aguas de Jericó para hacerlas sanas y útiles a la tierra y dijo al mismo tiempo de parte de Dios que estas aguas no causarían ya la muerte ni la esterilidad. A esto se reducen los exorcismos que se hacen sobre el agua que se bendice para el bautismo, para la dedicatoria de las iglesias y sobre objetos inanimados. Los exorcismos son de la más remota antigüedad; Tertuliano alude a ellos cuando dice que *las aguas son santificadas por la invocación de Dios* (*De Bapt.*, c. 4); y San Cirilo dice más claramente que es preciso que el agua sea purificada y santificada por el sacerdote (*Epístola* 70). El sacerdote bendice y mezcla la sal y el agua para reunir los dos efectos de purificar y preservar de la corrupción diciendo: *Hágase la mezcla de la sal y el agua,* y añade *en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo,* haciendo varios signos de cruz, para indicar que solo esperamos los efectos que estos signos expresan implorando la omnipotencia de la Santa Trinidad por los méritos de la cruz de Jesucristo.

El sacerdote termina esta bendición con oraciones que nos enseñan los efectos que debemos esperar del agua bendita. Después del exorcismo de la sal pide a Dios: «Que sirva esta sal a todos cuantos la tomen para la salud de su cuerpo y alma, y que todo cuanto sea tocado o rociado con ella se preserve de toda impureza y de todo ataque del espíritu de malicia.»

Después del exorcismo del agua dice:

«Derramad, Señor, la virtud de vuestra bendición sobre este elemento preparado para diversas purificaciones; a fin de que reciba vuestra criatura, sirviendo a vuestros misterios, el efecto de vuestra gracia divina para lanzar los demonios y las enfermedades; que todo cuanto sea rociado en las casas y en los demás lugares de los fieles se preserve de toda impureza y de todo mal; que aleje esta agua todo soplo pestilencial, todo aire corrompido, que separe todas las asechanzas del enemigo oculto, y todo cuanto pudiere haber dañoso a la salud y al reposo de los que allí habitan; y, en fin, que se conserve contra toda clase de ataques esta salud que pedimos por la invocación de vuestro santo nombre.»

Lo expuesto es suficiente para animar a los fieles no solamente a tomar agua bendita en la iglesia, sino a conservarla en su casa, para servirse de ella en las tentaciones, y al acostarse y al levantarse para atraerse los socorros de Dios en mil peligros imprevistos que pueden afligir sus cuerpos o sus almas.

Aspersión. Se hace aspersión en el altar y el santuario para alejar todo lo que podría turbar el recogimiento de los ministros. Hace aspersión el sacerdote a sí mismo y al pueblo para disponerse y participar con él de las gracias que ha pedido la Iglesia en la bendición del agua, y dice en voz baja el salmo *Miserere* porque para obtener estas gracias es necesario entrar en los sentimientos de penitencia expresados en este salmo.

Se toma por antífona el versículo del salmo que es más propio para esta ceremonia. El coro canta solamente el primer versículo del *Miserere* con esta antífona antes y después: *Vos me rociaréis, Señor, con el hisopo, y seré purificado: me lavaréis y quedaré más blanco que la nieve.*

El hisopo de que habla la Escritura es el arbusto más pequeño que se conoce (Reg 4, 33). Sus hojas, apretadas y esponjosas, son propias para retener el agua para la aspersión, y su propiedad, que es purificar y secar los malos humores, le hace un signo muy conveniente de la purificación del cuerpo y del alma. La aspersión de la sangre del cordero en las puertas de los israelitas se hizo con hisopo (Ex 12, 22) y lo mismo la de la sangre y cenizas de la vaca roja y la del agua que purificaba de la lepra. A todas estas clases de aspersiones y purificaciones hace alusión el versículo *Asperges.* Pero el profeta rey y la Iglesia han tenido más en vista la aspersión de la sangre de Jesucristo de la que eran una figura las aspersiones de la ley antigua. Así pues, debemos pedir en esta ceremonia la de la sangre de Jesucristo, esto es, la aplicación de los méritos de esta sangre preciosa, única que puede borrar los pecados y preservarnos de todos los males.

El sacerdote concluye con esta oración: «Oídnos, Señor, Padre Omnipotente, Dios eterno; y dignaos enviar de los cielos vuestro santo ángel que conserve, custodie, proteja, visite y defienda a todos los que están en este lugar. Por nuestro Señor.»

Esta oración se halla en los misales y rituales más antiguos y se compuso para decirla en las casas particulares, ya visitando a los enfermos, ya haciendo aspersión con el agua de las fuentes bautismales. El ángel a quien en ella se alude es el que envió Dios a Tobías, que le preservó contra los ataques del espíritu maligno que ha-

bía muerto a los siete maridos de Sara, conduciéndole sano y salvo.

§ II. *Procesión antes de la Misa*

La palabra *procesión* viene del latín *procedere,* que significa marchar o ir adelante. Por procesión se entiende una marcha que hacen el clero y el pueblo orando con algunos fines religiosos, llevando a la cabeza la cruz de Jesucristo, que es la vía y la guía de los fieles. Los domingos y las fiestas solemnes del año se hace una procesión antes de la Misa mayor. El Antiguo Testamento habla de las procesiones que se hacían para transportar el arca santa de un lugar a otro; y en el siglo VI vemos ya el uso de ir a celebrar Misa de estación a la tumba de los santos mártires, o en peregrinación a algunos parajes de devoción; íbase también a bendecir los cementerios y los lugares vecinos a la iglesia, y por esto se lleva siempre el acetre a estas procesiones; y el día de difuntos hace aspersión el celebrante en las sepulturas de los muertos. La procesión se hacía al fin de maitines y al rayar el día para imitar a las santas mujeres que fueron muy de mañana al sepulcro, y a los discípulos a quienes dijeron ellas de parte del ángel que verían a Jesucristo en Galilea. El objeto de las procesiones antes de la Misa es bendecir los caminos y las casas con el agua santificada, y sobre todo por la presencia de Jesucristo, como en las procesiones solemnes de Pascua. El objeto de las demás procesiones es honrar algún misterio, como la entrada de Nuestro Señor en el

templo, su triunfo en Jerusalén en el día de ramos y su ascensión a los cielos; el hacer alguna estación en honor de los santos o como penitencia pública; o atraer la bendición de Dios sobre los bienes de la tierra, como en los días de San Marcos y de las rogaciones; en fin, las procesiones se hacen con el objeto de mostrarnos que el cristiano es un viajero desterrado en la tierra, que el cielo es la verdadera patria adonde camina guiado por Jesucristo, a la sombra de la protección de la santa Virgen y de los santos patronos cuyos estandartes lleva, guiado por la cruz de la fe, por el ejercicio de la oración y de la penitencia, para llegar así al altar visible y de aquí al altar del cielo, donde está el verdadero reposo y la dicha eterna: estos son los piadosos sentimientos con que deben seguir y considerar los fieles las procesiones.

Por lo común asiste el clero a ellas revestido con *capas.* La capa, *cappa,* era un manto largo con una capucha para los tiempos de lluvia; por lo que se suele llamar *pluvial.* En el día, la capa no es más que un ornamento del color conveniente a la fiesta; la forma de la capucha únicamente va indicada a la espalda, y se usa de ella como de una especie de casulla en las procesiones y en las bendiciones solemnes. Usase también por el *sacerdote asistente* que ayuda al celebrante en la Misa, en el incensamiento de maitines, del oficio de tercia, en el día de Pentecostés, del cántico evangélico, de laudes y de vísperas. Durante la procesión se cantan himnos, salmos, antífonas, letanías y más comúnmente responsorios; todo se termina por una oración general que recita el que la preside.

§ III. *Llegada del sacerdote al altar*

Terminado cuanto debe preceder a la oblación del santo sacrificio y revestido el sacerdote con los ornamentos, con las virtudes propias a sus funciones, con las armas de la luz y con la luz misma que le sirve de capa (Ps 102), saluda con respeto la cruz colocada en la sacristía, tomando como embajador las últimas instrucciones del Poderoso Señor que le envía. La casulla le recuerda a Jesucristo subiendo al Calvario cargado con el divino madero; y avanzándose, le sigue en espíritu como al sacrificador principal de que es él indigno representante.

El sacerdote va de la sacristía al altar, según dice la rúbrica, pues precisamente debe revestirse en la sacristía si la hay, y en esta marcha representa al Salvador entrando en este mundo, manifestando la voluntad de ofrecerse y comenzando su sacrificio desde la encarnación. En las Misas solemnes es precedido de los *acólitos*, que llevan los candeleros encendidos, símbolos de la luz que ilumina a todo hombre que viene al mundo y que brilló por los que estaban sentados en las tinieblas y en las sombras de la muerte; del estandarte de la cruz, cuyo sacrificio ha ocupado la vida de un Dios hecho hombre; del incienso, que indica el perfume de la doctrina y de las virtudes que ha venido a enseñar al mundo; de los ministros inferiores, que representan la larga serie de profetas; del subdiácono y del diácono, que son como los apóstoles de la ley nueva y del Evangelio. *Marcha con paso grave* y modesto como conviene al representante de un Dios y al dispensador de los misterios

sagrados, y en las Misas solemnes marcha seguido de un sacerdote con capa que se llama asistente, para que le sustituya en el sacrificio si por algún evento no pudiera acabarlo, y para ayudarle y servirle durante la liturgia. La Iglesia tampoco quiere que en las Misas rezadas marche el sacerdote solo a causa de su dignidad, ni que las celebre solo, porque los fieles que se unen al sacrificio de la Iglesia deben tener un representante. Esta representación se establece para evitar la confusión de voces. La rúbrica exige que le acompañe un ministro revestido de insignias sagradas, más el Concilio de Avignon en 1594 permitió que le ayudara un lego en caso de necesidad, lo que se ha tolerado aun fuera de este caso. Según la rúbrica, el sacerdote debe *marchar con la cabeza cubierta.* Hace unos 800 años que se usaba ir con la cabeza descubierta, pero significando el cubrirse autoridad y preeminencia, el sacerdote que va revestido con la autoridad de Jesucristo solo se descubre en su tránsito de la sacristía al altar cuando pasa por delante de un altar, o está expuesto el Santísimo Sacramento, o se hace elevación o se da la comunión.

CAPITULO XI

De las disposiciones para asistir con fruto a la Misa y de la manera de oírla

Todo cristiano, como miembro de Jesucristo, participa del sacerdocio y ofrece un Dios por mano del sacerdote su diputado, uniendo la ofrenda espiritual de sus buenas obras y de sus virtudes, e incorporándose de esta suerte a la nación santa y al sacerdocio real. El cristiano es, pues, a un mismo tiempo sacerdote y víctima con Jesucristo, debe ofrecerse enteramente y llevar al altar las disposiciones que convienen a su función de sacrificador y a la inmolación de su ser que presenta a Dios como hostia viva, santa y agradable.

Preparemos, pues, nuestra alma antes de esta divina súplica del sacrificio; primeramente por medio de una vida cristiana: *Vivid de tal manera,* han dicho los padres, *que podáis merecer ser admitidos diariamente a la santa mesa.* Debemos excitar en nosotros un ardiente

deseo de ir a la casa del Señor, de contraer el feliz hábito de oír Misa todos los días, siguiendo en esto el ejemplo de la madre de San Agustín, *que ningún día dejó de asistir al altar.* Gimamos de nuestras miserias y confundidos de nuestra indignidad entremos en el templo como el publicano, que no osaba levantar los ojos al cielo hiriéndose el pecho. Nada más respetable que la casa del Señor; y si Dios ha dicho del tabernáculo de la ley: *temblad ante mi santuario* (Lev 26, 2), ¿qué respeto no deben inspirar nuestras iglesias donde se ofrece el sacrificio del cielo y de la tierra, la sangre de un Dios hecho hombre? Un diácono decía en otro tiempo en voz alta estas palabras de San Juan (Apc 22, 15): Lejos de aquí *los perros, los emponzoñadores, los impúdicos y cualquiera que ame la mentira;* palabras que cada fiel debe decirse a sí mismo entrando en los sentimientos de compunción que producen el recogimiento para no oír esta terrible reprensión del Evangelio (Mt 22, 12): *Amigo, ¿cómo habéis entrado en este lugar sin llevar el traje nupcial?,* es decir, sin el respeto, la modestia y pureza que este traje designa y que conviene al lugar santo donde se va a orar y a adorar al cordero sin mancha. Sobre todo la disposición de ofrecernos con el Dios víctima es esencial a la preparación; por ella entramos en el espíritu y en la verdad del sacrificio; pero al mismo tiempo necesitamos ser ofrecidos en el altar, pidiendo a Dios que en el holocausto purifique el fuego sagrado cuantas afecciones culpables y terrestres hay en nosotros. Mas si nuestras disposiciones son inciertas y llenas de fragilidad, no dejemos de esperar en la misericordia de Dios y de ir con dolor y confianza al trono de la gracia,

pues Dios nos confortará si llevamos una voluntad buena y generosa.

Basta sin duda para oír la Misa unirse generosamente a la intención de la Iglesia y a las oraciones del sacerdote; mas hay ceremonias que los asistentes deben practicar, el signo de la cruz por ejemplo, siempre que el sacerdote lo hace sobre sí o sobre el pueblo, haciéndolo en la frente, en la boca o en el pecho en el primero y último evangelio. Debemos también golpearnos el pecho, levantarnos, inclinarnos y prosternarnos en las oraciones que se dirán en el discurso de esta obra. En cuanto a la postura, en la Misa rezada se debe estar de rodillas excepto en los Evangelios y en el credo, y si la debilidad de la salud no lo permitiese, pueden los asistentes levantarse y sentarse, principalmente desde el introito hasta el Evangelio, después del credo hasta el prefacio y después de la comunión hasta la bendición del sacerdote. En la Misa mayor deben seguirse los usos aprobados en las diversas iglesias, pero conviene arrodillarse hasta que el sacerdote haya subido al altar, levantarse a la invocación del *Gloria in excelsis,* a la oración que termina las prosas, al Evangelio, a estas palabras del símbolo: *Et homo factus est,* a la bendición del pan ofrecido en nombre de todos los feligreses y a la última respuesta del prefacio; en fin, deben los fieles arrodillarse desde el *sanctus* hasta el *Pater* y durante la comunión, levantarse al *Ite missa est,* e inclinarse a la bendición.

EXPLICACION

DE LAS ORACIONES Y CEREMONIAS DE LA MISA

CAPITULO PRIMERO

PRIMERA PARTE DE LA MISA.—DE LA PREPARACIÓN PÚBLICA AL SACRIFICIO Y DE LA ENTRADA AL ALTAR

Esta preparación comprende el signo de la cruz, el salmo *Judica,* la confesión mutua de los pecados, las oraciones para obtener su perdón y para pedir la gracia de subir al altar con pureza. La entrada al altar comprende la incensación en las Misas solemnes, el introito, el *Kirie* y el *Gloria in excelsis* cuando tiene lugar.

ARTICULO PRIMERO

DE LA PREPARACIÓN PÚBLICA AL SACRIFICIO

La preparación pública data del siglo IX y aun entonces no se hacía siempre en el altar; por lo común era en la sacristía o en un lugar próximo al santuario. Entretanto, cantaba el coro el salmo de *introito* o de en-

trada, y el pueblo se unía a él por la invocación multiplicada del *Kirie eleison.* Desde el siglo XIII se ha hecho en público y en común, y el celebrante parece reiterar esta preparación recitando el salmo de entrada que luego explicaremos.

Preparado en el altar lo necesario para el sacrificio, llega el sacerdote al santuario precedido del acólito o auxiliar, si la Misa es rezada, y de los ministros, si cantada. La llegada del sacerdote al altar figura la entrada de Jesucristo al mundo por la encarnación, y la humillación del Verbo que se hizo carne y se cargó con nuestras iniquidades se halla representada por el sacerdote, que no es más que un hombre y un pecador.

Sin embargo, debe tenerse presente, para entender las ceremonias en sus menores particularidades, que el sacerdote figura en el altar diversos personajes: 1.º, el de representante de Dios y dispensador de sus misterios; 2.º, el de ministro de la Iglesia y diputado del pueblo cristiano, y 3.º, el de hombre pecador, bajo cuyo aspecto se confunde con los asistentes. Así, el sacerdote, como ministro del Señor, no puede abandonar el santuario, lugar del sacrificador; como hombre se detiene *en la grada primera del altar;* como diputado de los fieles cerca del Señor *ocupa el medio;* como pecador, ceniza y polvo *se inclina profundamente* y se prosterna ante la suprema majestad; como sacerdote *se levanta y permanece en pie;* pero siguiendo el ejemplo del publicano, *a longe stans* (Lc 18), *separado del altar* cuanto lo permite su ministerio. En esta actitud, pues, en la que se hermanan y confunden la dignidad y la miseria, la responsabilidad hacia Dios y la mediación con los hombre, la humanidad y el sacerdocio, la santidad del ministerio y la debilidad de la naturaleza, el sacerdote besa con respeto el libro del Evangelio en las Misas solemnes, que le presenta el subdiácono. En el momento en que el hombre sacerdote se incorpora en presencia de su Dios, en que sus pasos mal seguros deben vacilar de terror y respeto, viene a reanimar el libro sagrado su valor y su confianza para comenzar el sacrificio; porque este es el libro que comprende sus derechos a la oblación, sus títulos al sacerdocio, el origen y fuente de sus poderes, la grandeza de su misión; es el libro donde resplandece la bondad del que ha venido a llamar a justos y pecadores, su misericordia que ha confiado el cargo pastoral al amor arrepentido. En la marcha triunfal de los emperadores romanos, un heraldo les seguía para recordarles que eran hombres; en la marcha del sacerdote al altar, debe uno de sus ministros recordar a este hombre anonadado ante Dios que es sacerdote del Altísimo y mediador de una alianza divina; esto es lo que hace el subdiácono al presentar el libro de los Evangelios al celebrante; estos son los sentimientos de valor modesto y de noble confianza que el sacerdote aspira al imprimir sus labios y al acercar a su corazón el libro sagrado. En la Misa rezada, una mirada a la cruz que se halla colocada a su frente puede dar al sacrificador la misma fuerza e inspirarle los mismos recuerdos. La postración del sacerdote representa, además del abatimiento del Verbo hecho carne, la pobreza del nacimiento del Salvador, la oscuridad de su vida, las humillaciones de su ministerio público y sobre todo el principio de la escena de la Pasión en el Huerto de los Olivos, don-

de Jesús fue acompañado de sus discípulos, donde después de haberse alejado oró, el rostro contra tierra, y aceptó el cáliz de sus padecimientos. En una palabra, en esta postura, con estos sentimientos y recuerdos, comienza el sacerdote la preparación pública al pie del altar.

Porque aunque su alma está preparada al sacrificio por la santidad de su vida, por el recogimiento habitual, por el fervor de la oración y meditación y por el recuerdo de las virtudes que Dios exige de su representante y que le recuerdan los ornamentos sagrados de que está revestido es necesario también una preparación *pública* por la dignidad de la acción que va a pasar en el altar y por los fieles, que no deben tomar parte en ella sin haberse preparado.

El sacerdote comienza la Misa con la *cabeza descubierta,* pues así lo prescribe el uso antiguo de la Iglesia y así lo recomienda San Pablo; y el Concilio de Roma, en que presidía el Papa Zacarías en 743, prohíbe bajo excomunión al obispo, al sacerdote y al diácono asistir a la Misa con la cabeza cubierta, y solo en algunos casos la necesidad ha hecho a los Papas permitir el uso de la peluca. El sacerdote *tiene las manos unidas,* postura que observa mientras no tiene que hacer alguna acción o mientras no las eleva para alguna oración.

§ I. *Del principio de la Misa por el signo de la cruz*

El sacerdote hace sobre sí el signo de la cruz, que los asistentes deben expresar igualmente. El uso del signo de la cruz remonta a los tiempos apostólicos; Tertuliano, San Cipriano y otros muchos santos padres nos hablan de este signo como del símbolo habitual de los cristianos, que lo practicaban al principio y al fin de sus principales acciones, por cuyo medio expresaban el compendio sensible de su fe en los misterios de un Dios en tres personas. Lo hacían en la frente para enseñar a confesar el Evangelio; en la boca, para animarse a profesarlo; en el corazón, para testificar su adhesión inviolable a los preceptos de Jesucristo. Estos diversos signos se contenían en el signo más extenso que se hacía desde la frente hasta el pecho, tal como el sacerdote lo hace aquí y en muchos pasajes de la Misa. El signo de la cruz se ha hecho extendiendo tres dedos, a causa de las tres divinas personas, uso que se halla expresamente recomendado por León IV en 847; más comúnmente se extienden todos los dedos. El sacerdote al hacer el signo de la cruz dice estas palabras, consignadas literalmente en el Evangelio: *En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo* (Mt 28), para indicar que renueva la memoria del sacrificio de Jesucristo en honor de la Santísima Trinidad.

Justo es, pues, que la Iglesia coloque este signo al principio de una acción tan grande como el sacrificio, puesto que conviene a los cristianos principiar todas sus grandes acciones por este signo; justo es que en la Misa, que es la continuación de la escena del Calvario, dedique el sacerdote la oblación a Dios *Padre,* que ha enviado a su Hijo; a Dios *Hijo,* que se ha entregado a la muerte por nosotros, y a Dios *Espíritu Santo,* cuyo amor eterno ha sido el fuego que ha consumido la víctima y cuyo

soplo divino impele las olas de la sangre del Salvador hasta nuestras almas.

Mas el sacrificio no lo hacemos en nuestro nombre, porque sería en nombre de la debilidad y del pecado, sino por la potestad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo: ofrecemos esta oblación santa y asistimos a ella por el derecho que para ello nos han dado la cruz y el bautismo de ser hijos del Padre, hermanos del Hijo y templos del Espíritu Santo. En una palabra, esta invocación de la adorable Trinidad es la dedicatoria de la obra magnífica que va a tener lugar entre Dios y los hombres. Ofrecemos, pues, *en nombre del Padre,* que nos da el más bello derecho; *en nombre del Hijo,* que nos da la prueba más grande de su amor; *en nombre del Espíritu Santo,* que nos aplica el precio de las gracias más preciosas; en nombre del Padre, *a quien* nos dirigimos; en nombre del Hijo, *que* ofrecemos; en nombre del Espíritu Santo, *por quien* ofrecemos, esto es, por el espíritu de caridad y de amor.

El sacerdote concluye diciendo *así sea,* amén. Esta palabra hebrea tiene dos aplicaciones en la liturgia: al fin de las oraciones significa *que sea así* como lo pedimos; es una unión de deseo y de expectativa; al fin de las profesiones de fe, como al fin del *credo* y después del signo de la cruz, significa *esto es así* como lo hemos expresado; es una unión de fe y una ratificación de creencia. La Iglesia en su liturgia latina ha conservado esta palabra, así como algunas otras tomadas de la lengua hebraica y de la lengua griega, para no debilitar su fuerza original y por respeto a la santa antigüedad de las lenguas griega y siriaca, consagradas desde el tiempo de los apóstoles a la celebración de los santos misterios.

§ II. *De la antífona* Introibo

Antífona es una palabra griega que significa recitación recíproca, canto alternativo. No hay duda que por lo menos desde el siglo IV se conserva en la Iglesia griega y latina la costumbre de cantar y recitar salmos a dos coros: por esto los salmos del oficio son siempre precedidos al menos de las primeras palabras de la antífona que sigue, la cual tiene por objeto hacer la aplicación del salmo a un asunto determinado, y para ello se elige comúnmente el versículo del salmo más propio al asunto a que ha de referirse. La antífona, pues, que el sacerdote impone aquí anuncia la recitación alternativa y la aplicación que hace la Iglesia del salmo 42, de donde está sacado este versículo, al sacrificio de la Misa y a su preparación.

El versículo *introibo* se decía en España inmediatamente antes del prefacio, como se ve en el misal mozárabe. Acerca del sentido de la antífona, la antigua Iglesia nos lo ha marcado, según el testimonio de San Ambrosio, poniéndolo en boca de los que acaban de recibir el bautismo y la confirmación y que iban de las fuentes bautismales al altar, para participar de la divina Eucaristía con toda la confianza que da la gracia de la regeneración. Este pueblo purificado, dice San Ambrosio, enriquecido con los ornamentos de la gracia, va al altar de Jesucristo diciendo: «Y yo entraré al altar de Dios,

iré a Dios que regocija mi juventud»[1]. Nada convenía mejor a estos bautizados que estas palabras, ellos iban al altar en que reside Dios persuadidos que entrarían en Dios mismo, es decir, en comunicaciones singulares con Dios por la comunión del cuerpo y sangre de Jesucristo. Estaban ante Dios como la más inocente juventud, como hijos nuevamente nacidos sin pecado, sin malicia y hallándose ocupados del don inestimable que tanto habían apetecido, no podían ir al altar sin ser colmados de alegría.

La Iglesia pone hace muchos siglos en boca del sacerdote y del pueblo que quieren acercarse al altar estas mismas palabras. *Yo me acercaré,* dice el sacerdote, *hasta el altar de Dios,* a quien voy a sacrificar; elevaré la sangre de Jesucristo hasta el cielo, y reportaré del cielo todas las gracias que pueden obtenerse con este precio infinito. Los ministros que representan a los fieles acaban la antífona impuesta por el sacerdote, *hasta Dios, que llena mi juventud de regocijo;* gradación feliz que realza admirablemente la exposición del objeto, y que se desarrolla en toda su extensión. No solamente sacerdote del Señor, entraréis por vuestro ministerio hasta este altar en que Dios se inmola y en que renueva la oblación de su cuerpo y sangre; hasta este altar, que es el puente que Jesucristo, pontífice más elevado que los cielos, ha arrojado sobre el abismo inmenso que el pecado abrió entre el Creador y la criatura, sino que también nosotros lo pasaremos, unidos y participando con vos de este sacrificio, e iremos desde su altar hasta este

---

1 SAN AMBROSIO, *De Sacram.,* l. 1.

Dios que se ha hecho propiciación por nosotros. Por el bautismo y por la penitencia nos hemos despojado del hombre viejo, nuestra juventud espiritual se ha renovado como la del águila, hemos adquirido todo vigor; pero ahora que hemos recobrado nuestras fuerzas, este Dios en cuyo seno podemos penetrar va a colmar de alegría nuestras almas rejuvenecidas y lavadas en las aguas del bautismo y de la penitencia.

Así, esta corta antífona recuerda al sacerdote y a los asistentes la excelencia del sacrificio, sus frutos admirables, sus efectos consoladores; el altar donde Dios se inmola, el punto de partida para llegar seguramente a Dios; el manantial de verdadera vida en el cielo y en la tierra. La Iglesia hace, pues, repetir tres veces esta exposición de una escena tan fecunda en maravillas: 1.º, antes del salmo; 2.º, en el curso de los versículos; 3.º, después del *Gloria Patri.*

§ III. *Del salmo 42,* Judica me Deus

Este salmo ha sido introducido en la preparación pública en el siglo IX; pero ya en el VII se recitaba el versículo *introibo* algunos momentos antes del prefacio, como hemos dicho en el párrafo anterior. Este salmo se omite en las Misas de difuntos y en tiempo de Pasión a causa de estas palabras: *Alma mía, ¿por qué estás triste?,* porque es inconveniente esta pregunta cuando la Iglesia, revestida con los ornamentos de luto, mezcla sus oraciones a las lágrimas de sus hijos, o cuando celebra el doloroso recuerdo de la pasión de su esposo.

No obstante, como siempre hay alguna alegría en subir al altar y como en él se encuentra algún consuelo para el luto y la pena, la Iglesia jamás omite al principio el versículo *introibo* donde se halla consignado este consuelo. El Sábado Santo vuelve a expresar todo el salmo porque se anticipa a la alegría de la resurrección, pero suprime el himno de alabanza *Gloria Patri,* porque entonces sólo celebra la preparación al triunfo de Jesucristo.

Dícese alternativamente, porque el sacerdote y el pueblo van a animarse mutuamente a entrar en la profundidad del misterio y en las disposiciones que exige.

La antífona ha sido un grito de deseo, primera exhalación natural del corazón del hombre que suspira cerca de la felicidad que entrevé; pero es justo que su debilidad recaiga al punto en el temor de no poseer lo que desea; que este deseo, unido a la desconfianza de sí mismo, le haga buscar fuera de sí los medios de obtenerlo, y que estos medios conocidos y abrazados con ardor le inspiren una modesta confianza: tal es el análisis del salmo *Judica.* Entremos en la exposición.

Este salmo puede dividirse en tres partes, que expresan diversos sentimientos.

1.º SENTIMIENTOS DE TEMOR. *Juzgadme, Dios mío,* porque voy a comer y beber la vida o la muerte. Yo estoy a vuestra presencia como un criminal que espera su juicio. Juzgadme, Señor, vos que conocéis todas las cosas y hasta los más ocultos repliegues de nuestros corazones. Que aunque al pensamiento de que vais a entrar en juicio conmigo, todos mis huesos son agitados y mi

alma turbada por vuestra palabra que resuena como el trueno, mi temor se mitiga en el altar con la confianza de que es el Señor y no los hombres quien me juzga, quien lleva aquí a nuestras almas la antorcha de su justicia y de su verdad, y aunque todo debe temerlo mi debilidad, debo tener alguna confianza y consolarme porque es mi juez el Señor, cuyos juicios son justos y llenos de verdad.

Separad mi causa de la de la gente (o nación) que no es santa, y haced que no me encuentre confundido con los que no viven según el Evangelio. Ved, Señor, que yo os pertenezco por la fe y por el bautismo, que soy miembro de la raza escogida y de la nación santa (1 Pet 11, 9), honrado con vuestro sacerdocio real, que soy vuestro hijo, el templo del espíritu santificador: discernidme favorablemente. Pero no basta aquí que mi causa sea separada de la del infiel y del incrédulo; *libradme también del hombre injusto y engañoso;* libradme de la iniquidad y de toda ilusión en la justicia; retiradme del comercio de los hombres injustos y seductores que pueden perder mi alma. En mí mismo hay también dos hombres: el uno que quiere la justicia y la rectitud y el otro que es injusto y engañoso; yo os ruego, pues, Señor, al pie del altar que me libréis de este hombre. *Pues que vos sois, Señor, mi fortaleza,* ¿por qué estoy débil?; pues que soy de vuestra nación santa, ¿por qué esta guerra intestina del pecado y de la ilusión, que me expone a mil peligros y cuyo éxito, siempre incierto, me induce a marchar inclinada la cabeza y el corazón abatido, como un vencido delante de su soberbio vencedor? Pues que vuestros altares son mi asilo,

¿por qué me habéis rechazado por el temor que me inspiran vuestros juicios? *¿Y por qué camino con rostro triste cuando mi enemigo me aflige;* cuando me acerco a vos, que sois la vida? ¿Por qué tanto abatimiento ante un enemigo, como si vos no hubieseis preparado una mesa donde yo pueda tomar fuerzas contra los que me abruman?

2.º SENTIMIENTO DE DESEO. *Iluminadme con vuestra luz,* que disipa las tinieblas y las sombras. Por las luces del Señor entendemos los cristianos los conocimientos que Jesucristo vino a darnos en la tierra; el conocimiento de las tres divinas personas y de sí mismo; *y enseñadme con vuestra verdad.* Por verdad de Dios entendemos aquí a Jesucristo, que es la verdad de todo el Antiguo Testamento anunciaba por signos y figuras y que está aún oculto bajo diversos signos que la religión presenta a nuestros ojos. *Ellas me han conducido y me han introducido en vuestro monte santo,* es decir, a la Iglesia santa, a esta montaña que se eleva hasta los cielos, la ciudad de Dios vivo, según la expresión de San Pablo (Heb 12), al verdadero monte de Sión que nos hace comunicar con millares de ángeles, con los espíritus de los justos, con Dios, juez de todos; con el Mediador del Nuevo Testamento, de la nueva y eterna alianza. *Y en vuestros tabernáculos,* esto es, en vuestros templos donde reside el cuerpo de Jesucristo.

Dícese me han conducido, me han introducido, porque la certidumbre del suceso hace tomar lo pasado por lo futuro. Puede decirse también me conducían, y así traduce San Jerónimo las palabras hebreas correspondientes a *deduxerunt et adduxerunt* por estas otras *ipsa me deducent et introducent;* porque esperamos que estos conocimientos y estas verdades nos sirvan de guía en la tierra y nos introduzcan no solamente al monte santo y al tabernáculo del mundo, sino a la montaña santa por excelencia, que es el cielo, representado por nuestras iglesias, y a los tabernáculos eternos que Dios mismo ha construido.

Investidos con esta luz y esta verdad que nos da el deseo y los medios de elevarnos hasta Dios, repitamos con más confianza comprendiendo mejor los frutos del sacrificio. Sí, *yo entraré hasta el altar de Dios, hasta Dios mismo,* a quien voy a poseer *y que llena mi juventud de alegría.* Mi alma ha perdido sus fuerzas y su alegría, ella se había envejecido por sus infidelidades a las gracias recibidas y por su amor a las criaturas; preciso es que, renovada por la fe, el temor y el arrepentimiento, reciba de Dios la juventud y la alegría perdida, que venga a recobrar fuerzas al árbol de la vida que se conserva en medio de la Iglesia, que participe del festín sagrado y que celebrando la memoria de los misterios de Jesucristo sea colmada de gracias y reciba una prenda de la gloria futura, como canta la Iglesia, de la plena alegría que ha de saborear en el cielo. Así el fiel instruido que es renovado y que halla la verdadera alegría por Jesucristo no tiene a la vista solamente el altar material cuando dice entraré al altar, sino que se eleva hasta el altar sublime en presencia de la majestad divina, hasta la fuente de nuestra santificación, a la persona del Verbo que es el altar verdadero y único que sostiene y santifica la humanidad de Jesucristo, destinada a ser víctima.

3.º Sentimientos de esperanza, que suceden al temor saludable y al deseo generoso. *Cantaré vuestras alabanzas sobre el arpa, oh mi Dios y Señor.* La palabra latina *confiteri* significa alabar y acusarse de sus faltas. Aquí se toma en el primer sentido. Las cuerdas de esta arpa son las fibras de nuestro corazón, las potencias de nuestra alma. Ellas dan el sonido majestuoso de la adoración, el sonido delicioso de la acción de gracias, el agudo sonido de la súplica y el grave del arrepentimiento: todos ellos producen una armonía celeste que se une a los coros de los ángeles, a los acentos de las arpas de oro que oyó resonar San Juan en torno del altar del cielo, y forman una melodía conmovedora que apacigua el enojo de Dios y despierta su misericordia y su bondad.

Mas ahora, *alma mía, ¿por qué estás triste?* ¿Qué puede afligirte cuando vas a acercarte a tu Dios? Recobra aliento. El Señor es contigo como un guerrero fuerte y poderoso.

¿Y *por qué me llenas de turbación* con el recuerdo de mi debilidad? Ten confianza en Dios, que fortifica en el día del combate y que no olvida a los que esperan en Él. Sí, *confía en Dios, porque* después de tantas miserias, *yo le rendiré nuevas acciones de gracias,* porque me ha arrancado de la muerte y me ha dado en esta oblación los remedios de reparar la vida. Él es la salud y la alegría de mi semblante, Él ha disipado las sombras que anublaban mi rostro y ha vuelto la serenidad a mi faz asegurándome el perdón. Él es mi Dios que va a tender un brazo bondadoso a la obra de sus manos para hacerme subir a la mesa divina y darme el pan de vida y salvación.

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. La Iglesia hace decir este versículo de alabanza al fin de los salmos para glorificar a las tres divinas personas, a quienes tenemos el honor de estar consagrados. Cuando pronunciamos este versículo debemos inclinarnos para adorar la Santa Trinidad a ejemplo de los ancianos del Apocalipsis, que se prosternan ante Dios diciendo: Al que está sentado en el trono y al cordero, gloria y alabanza en todos los siglos. Este himno expresa la distinción de las tres divinas personas y la igualdad perfecta de gloria y de poder que poseen en la ciudad de Dios. *Tal como era en el principio, ahora y siempre y por los siglos de los siglos.* Este versículo se introdujo en la Iglesia contra los arrianos, que daban un principio al Hijo, y por él se ha querido hacer declarar en todas las reuniones de los fieles que la gloria del Hijo, que se celebra igualmente como la del Padre y del Espíritu Santo, jamás ha tenido principio como jamás tendrá fin. El *amén* que se dice al fin puede traducirse en estos términos: *así es verdad, así sea.* Ambos sentidos debe dársele aquí; el primero confesando con alegría la igualdad de las tres divinas personas; el segundo con el deseo de que su gloria sea conocida y publicada por todas las criaturas racionales.

Después de tan nobles expresiones se repite por tercera y última vez el versículo *introibo,* que aquí es un grito de completa victoria y de triunfo. *Sí, yo entraré al altar de Dios: de Dios, que llena mi juventud de una santa alegría.* Observemos la feliz gradación de estas palabras: antes del salmo la antífona excitaba sentimientos de desconfianza; en el curso del salmo invita a la

confianza, después del salmo canta la victoria maravillosa del combate y la alegría del vencedor.

Pero la debilidad del hombre tiene mil razones para ser modesta en el triunfo. Admirados el sacerdote y el pueblo del maravilloso cambio que se ha operado en sus corazones abatidos, vuelven en sí para preguntar de dónde ha venido esta fuerza que les ha dado el triunfo, y confiesan que ha venido del Señor. *Nuestro socorro está en el nombre del Señor,* dice el sacerdote, en la potestad de este nombre, en la confianza que nos inspira. Él es, añaden los asistentes por el órgano del auxiliante, *quien ha hecho el cielo y la tierra,* quien ha sacado de la nada la luz, el orden, la riqueza y todos los bienes, y quien puede crear en nosotros un corazón puro, renovar el espíritu de rectitud y de inocencia hasta en el fondo de nuestras entrañas por los méritos del sacrificio de la cruz y por la aplicación de la sangre de un Dios. Al mismo tiempo *se hace el signo de la cruz,* porque la esperanza de este socorro proviene de los méritos de la sangre de Jesucristo. Este versículo, como todos, precede todas las bendiciones solemnes para mostrar la potestad del que bendice y para animar la confianza de los que van a ser colmados de gracias.

§ IV. *Del* Confiteor *o de la confesión mutua de los pecados*

El hombre no solamente es débil y miserable, sino que es también pecador; por esto a los debates de su debilidad expresados en el salmo *Judica* suceden los combates del arrepentimiento por la confesión mutua de los pecados. Uno de los grandes objetos del sacrificio es obtener su remisión, lo que solo se logra por el dolor y propósito de la enmienda unidos a los méritos de la sangre de Jesucristo.

Antes del sacrificio debe, pues, el hombre confesarse culpable; así se practicaba en los sacrificios de la ley antigua ofrecidos por los particulares; y el sabio rabino Maimónides en el tratado de los sacrificios nos dice el modo como se hacía esta confesión: en el sacrificio general por toda la nación, tendiendo el gran sacerdote las manos sobre la cabeza del macho cabrío emisario confesaba sus iniquidades y las de todo el pueblo. Así la confesión hecha de un modo general antes de la Misa es de la más remota antigüedad, aunque haya variado la fórmula y no se haya fijado tal como la decimos hasta el siglo XIII. Esta confesión pública es el medio poderoso de que Dios no deseche un sacrificio ofrecido por corazones contritos y humillados. Pero esta acusación general es distinta de la especial que se hace en el sacramento de penitencia, sacramento al que se debe recurrir antes del sacrificio y de la comunión si la conciencia *privada* se hallase cargada con alguna culpa mortal. Esta confesión hecha al pie del altar sirve para purificar más y más la conciencia pública de la asamblea, y para borrar las fragilidades ligeras si va acompañada de dolor. Puede decirse de la recitación religiosa del *confiteor* lo que decía Jesucristo del lavatorio de pies antes de la cena eucarística: que el sacerdote y los comulgantes deben estar ya puros, que no necesiten sino lavarse los pies, es decir, las manchas inevitables a los

que pisan el polvo de este mundo, y que esta oblación espiritual es útil para tener una parte más abundante en la mesa del Señor.

El sacerdote comienza a cumplir este deber porque su responsabilidad es más grande en el altar y porque, como dice San Pablo, debe ofrecer en primer lugar por sus pecados y en segundo por los del pueblo. Aunque humillado y con el ademán de un acusado ante su juez, permanecía recto durante el salmo; pero en este momento se considera como un reo convicto y se inclina más profundamente para acusarse y obtener su perdón. Los pecados nos han encorvado hacia la tierra. Esta humilde postura es la del hijo pródigo que ha pecado contra el cielo y contra su padre; la del publicano, que, lejos del santuario, se golpeaba el pecho y no osaba levantar los ojos; y la de Jesucristo en el Huerto de los Olivos. El Salvador comenzó su sacrificio como el sacerdote comienza la Misa, experimentando tristeza y temor hasta decir a sus discípulos, como el sacerdote a sus asistentes: «Mi alma está triste hasta la muerte»; después cayó con el semblante prosternado en tierra, acusando no ya el pecado formal que es inconciliable con la santidad de Dios, sino las iniquidades de los hombres, cuyo peso y cuya deuda había tomado sobre sí la bondad divina. El sacerdote y los fieles se prosternan abrumados bajo el peso de la majestad de Dios, de su justicia, de sus beneficios y de sus culpas, y no dejan esta postura de súplica hasta que el Altísimo los mire con ojos propicios.

El sacerdote al decir el confiteor *se hiere el pecho:* manera muy antigua de expresar el dolor de los pecados, como lo vemos en el publicano y en los judíos convertidos que presenciaron el espectáculo del Calvario. Esta acción significa que quisiéramos destrozar nuestro corazón para obtener uno nuevo que pudiese agradar a Dios; y que estamos indignados contra este corazón que le ha ofendido. Los tres golpes que por lo común nos damos pueden mirarse como un número indefinido, y convienen bastante a las tres clases de pecados: de pensamiento, palabra y obra, de que nos acusamos.

Veamos la fórmula de confesión que debemos recitar con los sentimientos que acabamos de indicar.

Confieso, porque este es el único medio de que Dios me perdone mis culpas; *a Dios todopoderoso,* que manifiesta su poder especialmente teniendo piedad de la miseria; a las tres divinas personas en un solo Dios, a Dios, creador, redentor y juez; *a la bienaventurada siempre Virgen María,* bienaventurada porque ha nacido de ella Jesucristo, porque es el refugio de los pecadores penitentes, y la más excelente de las criaturas por ser a un tiempo Madre y Virgen; *al bienaventurado San Miguel Arcángel,* que es el protector del pueblo de Dios y que debe presentar las almas al juicio; *al bienaventurado San Juan Bautista,* que ha sido santificado desde el seno de su madre; *a los santos apóstoles San Pedro y San Pablo,* a la cabeza de la Iglesia San Pedro, a quien principalmente ha dado Dios las llaves del reino de los cielos y el poder de atar y desatar los pecados; a San Pablo, que, como San Pedro, ha consagrado la Iglesia de Roma con su muerte, y que es el que más ha contribuido a la conversión de los gentiles; *a todos los santos,* porque Dios perdona muchas veces los pecados por intercesión de sus siervos, como vemos en estos textos: Abraham roga-

rá por vos y viviréis. Id a mi siervo Job: él rogará por vos; *y a vosotros, hermanos míos,* con quienes debo confundirme como culpable, aunque elevado sobre vosotros por mi ministerio; confieso, pues, ante toda la Iglesia del cielo y la tierra *que pequé gravemente por pensamiento, palabra y obra,* es decir, de los tres modos que hay de pecar; *por mi culpa, por mi culpa.* El sacerdote, como verdadero penitente, no busca excusas como hace el pecador, sino que declara la enormidad de sus pecados y repite voluntariamente que los ha cometido por su culpa; por *mi grandísima culpa,* puesto que las luces de mi conciencia, los conocimientos de la razón y de la fe y las santas inspiraciones que recibía debían desviarme del pecado; *por tanto,* porque soy pecador sin excusa, y necesito poderosos intercesores, *ruego a la bienaventurada siempre Virgen María,* madre de misericordia a quien jamás se invoca en vano; *al bienaventurado San Miguel Arcángel,* encargado de presentar nuestras almas al Señor; *al bienaventurado San Juan Bautista,* que llamaba a penitencia a los mayores pecadores; *a los santos apóstoles San Pedro y San Pablo y a todos los santos* que, asegurados de su felicidad, conservan la solicitud de nuestra salvación; *y a vosotros, hermanos míos,* yo os suplico *que roguéis por mí a Dios nuestro Señor,* que no quiere la muerte del pecador, que ha dado su vida por todos y cuya sangre, más poderosa que la de Abel, no solicita más que indulgencia y perdón.

Mas el sacerdote permanece en la misma postura humillada esperando que se le consuele y fortalezca en esta lucha de su miseria con la fuerza de Dios. Los fieles deben desear vivamente que su representante sea agradable a Dios, que sean llevados sus votos al altar por manos puras; deben pedir que no pierda el trabajo en la obra de su salvación y decir con todo fervor posible: Que *el Señor todopoderoso,* cuyo poder creador acabas de invocar, *tenga misericordia de ti,* que se acuerde que ha confiado su sacerdocio a débiles mortales; *te perdone tus pecados y te conduzca a la vida eterna,* cuyo altar de la tierra es la más segura grada.

El sacerdote responde *así sea:* que Dios os oiga, y se incorpora con alguna confianza, recobrando en parte su dignidad y su estado de mediador entre Dios y los hombres.

El pueblo que está presente debería estar puro para asistir al sacrificio; porque aunque no consagre el cuerpo de Jesucristo lo ofrece por mano de su sacerdote, y debe hacer inclinándose con mucho dolor la misma confesión de sus culpas, en los mismos términos y con los mismos ritos, excepto al dirigirse al sacerdote, que debe decir *y a vos padre que roguéis,* etc., porque el ministro de Dios ha recobrado su carácter de jefe de la asamblea santa. Para responder a este ruego el sacerdote repite la oración *el Señor todopoderoso, etc.,* que el pueblo ratifica por esta conclusión, *así sea.*

§ V. *De las oraciones para obtener la remisión de los pecados y la gracia de subir al altar con pureza*

En este momento hay más confianza en el corazón de los fieles, más autoridad en la voz del sacerdote, así todos se levantan y el signo de la cruz que cada uno ex-

presa va a dar al perdón que se solicita una garantía de mérito y eficacia.

Que el Señor omnipotente y misericordioso, dice el sacerdote; que el Señor que por su potestad va a dar a la libertad del hombre un corazón nuevo; que por su bondad quiere que todos obtengan la salvación, que por estos dos atributos que son la aureola de su cruz cuyo signo sagrado expresamos, *nos conceda* a vosotros y a mí indistintamente (y advirtamos que esta expresión no es una sentencia que absuelve como la palabra sacramental de la penitencia, sino un voto fuerte y eficaz que atrae la gracia), nos conceda *la indulgencia,* esto es, que no exija toda la pena merecida; *la absolución,* que nos mire como si hubiésemos pagado lo que debemos a su justicia, *y la remisión de nuestros pecados,* que los perdone borrándolos enteramente. Así el hombre, en su confianza tímida, pide a Dios por grados. Los asistentes responden con ardor *así sea.*

Mas a pesar de todo esto se halla escrito: no estéis sin temor aun por el pecado que ha sido perdonado; mi pecado está siempre ante mí, y Jesucristo en su agonía en el Huerto de los Olivos continuó su oración, no obstante de los auxilios enviados del cielo, y la renovó hasta dos y tres veces. Así el sacerdote y el pueblo se aplican a solicitar de nuevo el perdón tan deseado e inclinándose ante el Señor pronuncian este diálogo ardiente y apasionado: *Oh Dios, volveos hacia nosotros y nos daréis la vida.* Este lenguaje figurado está tomado de lo que pasa entre los hombres; desviar el semblante es una señal de abandono, de indignación; volverse hacia el que implora es una señal de gracia y benevolencia. En

este sentido metafórico dirigimos a Dios este versículo, porque cuando desvía su semblante no hay más que turbación, desolación y muerte; y cuando mira, al contrario, se verifica una creación nueva y se halla renovada la faz de la tierra. *Y vuestro pueblo se alegrará en vos,* y así cumpliréis lo que prometisteis en Isaías, de inundar de alegría vuestra casa de oración, y de hacer latir de felicidad los corazones que se humillan ante vos. Mas si os volvéis hacia nosotros, *mostradnos, Señor, vuestra misericordia,* mirad la paz de Jesucristo y os conmoveréis de compasión a la vista de sus miembros. Mostradnos, Señor, vuestra misericordia; y dadnos al Salvador que viene de vos, dadnos a Jesucristo nuestro Señor, víctima santa de propiciación que habéis destinado para salvarnos. *Señor, escuchad mis ruegos,* mis deseos, mis temores, mi confianza, mi dolor, mi esperanza de perdón y cuanto he expresado al pie de vuestro santuario. *Y mis clamores lleguen hasta vos;* yo grito, es cierto, del fondo del abismo de la miseria, a una distancia infinita de mi Dios, y mi voz podría perderse en el espacio, pero este grito impotente está robustecido por el que Jesucristo lanzó en la cruz. El pontífice más elevado que los cielos ha ofrecido su sacrificio con lágrimas y con un gran grito que ha sido oído; este grito me pertenece en virtud del cambio que se ha dignado hacer de su fuerza con mi debilidad; que llegue, pues, hasta vos y que penetre hasta vuestro corazón, lleno de misericordia.

Mas el sacerdote y el pueblo ya no van a estar confundidos en un mismo nivel; el sacrificador va a abandonar el lugar que le convenía como hombre. Antes de sepa-

rarse de los fieles les dice un adiós, un saludo, y tal es aquí el sentido de esta graciosa frase, *el señor sea con vosotros.* Que es como si dijera: Yo voy a la montaña santa a elevar las manos para obteneros por Jesucristo la victoria; vosotros vais a permanecer en el llano durante el sacrificio, sed fieles y por vuestro recogimiento y fervor no desmintáis un instante lo que voy a hacer y decir en vuestro nombre. El pueblo responde *y con tu espíritu;* te volvemos esta amable salutación, este tierno adiós; procuraremos atenderlo; nuestros votos te acompañen, que tu espíritu sea durante el sacrificio siempre ferviente, que esté unido a Dios y sea dócil al movimiento del Espíritu Santo.

El sacerdote *no se vuelve al pueblo,* porque solo habla a los ministros que están a sus lados. Estas palabras *Dominus vobiscum* se hallan en muchos pasajes del Antiguo Testamento y la respuesta *et cum spiritu tuo* parece estar sacada de San Pablo, que hace este deseo a Timoteo (Tim 4, 22).

En el momento, según dice la rúbrica, *el sacerdote tiende las manos, las eleva y las vuelve a unir diciendo con voz inteligible: oremos;* las manos tendidas y elevadas son como una advertencia o señal de elevar nuestro espíritu a Dios; cuando el sacerdote las reúne indican la expresión de la oración y el ardor del deseo; el sacerdote dice la oración en voz baja porque la pureza que va a pedir le concierne particularmente, mas los fieles deben unirse a ella. La advertencia oremos precede siempre en la Misa a las oraciones colectivas.

El sacerdote conforme se acerca al altar se halla cercado de espanto, y exclama: *quitad, Señor, de nosotros*

y borrad nuestras iniquidades, y que un peso enorme no nos arrastre al abismo. (Adviértase que aquí habla en plural el sacerdote porque en las Misas solemnes debe subir el diácono con él al altar.) Por iniquidad se entiende aquí lo que es opuesto a la justicia. El sacerdote no se contenta con haber pedido con el pueblo el perdón de los pecados; sabe que para subir al altar es necesaria mayor pureza, y no pide simplemente que Dios le perdone sus pecados, sino que se los quite y borre para que no quede ninguna impresión en el espíritu, en la imaginación, ni en los sentidos, para poder tener la pureza de una nueva criatura: *para que podamos entrar con un corazón y alma puros en vuestro santuario.* El santo de los santos donde el gran sacerdote de la ley antigua entraba una vez al año después de mil purificaciones, marcadas en el Levítico, no era más que una sombra de nuestro santuario y del cielo, y los ministros de la ley nueva jamás pedirán suficientemente a Dios que les purifique de sus manchas para entrar con mayor pureza de corazón y de espíritu en el verdadero santo de los santos. Concedednos, pues, esta gracia de pureza, dice el sacerdote, *por nuestro señor Jesucristo; así sea.*

En la Misa solemne es el sacerdote detenido aquí en su marcha; el subdiácono le presenta en las gradas a besar y adorar la cruz; es como el ángel del Huerto de los Olivos que viene a fortificar su debilidad y a enseñarle que solo puede subir al altar con Jesucristo y por Jesucristo. En las Misas rezadas puede excitar el sacerdote en su alma los mismos sentimientos de temor y de confianza con una mirada a la cruz.

§ VI. *De la súplica* oremus *y del ósculo del altar*

El sacerdote ha subido las gradas del altar, pero conforme se acerca al santo de los santos vacilan sus pasos: colocado en esta altura se turba su espíritu, las fuerzas le faltan e intenta apoyarse en Jesucristo y en la mediación de los santos, cuyos sufragios va a reclamar. *Besa el altar,* como en señal de respeto y de amor, por ser el lugar donde el Señor se inmola, y en señal de respeto a las reliquias de los santos contenidos en él; mas *no hace ningún signo de cruz,* como se hacía antiguamente, pues besando el altar se juzga que se besa la cruz, por la que ha sido consagrado el altar, y que permanece impresa en él. *Os pedimos, Señor, por los méritos de vuestros santos, cuyas reliquias están en el altar,* depositadas en la piedra sagrada, bajo este altar que conserva por tradición antigua la forma de tumba; *y por los méritos de todos los demás bienaventurados,* a los que uno mi debilidad y mi insuficiencia; *que os dignéis perdonar mis pecados,* en atención a la protección e intercesores de que me rodeo y al valor y santa voluntad que vengo a tomar en sus ejemplos e intercesión, *así sea.*

Artículo II

DE LA ENTRADA AL ALTAR

La preparación pública y la entrada al altar tienen las mismas relaciones, y si se han dividido en dos artículos es para seguir paso a paso los ritos de la Misa sin canto y sin aparato.

En efecto, cuando el sacerdote decía fuera del santuario las oraciones y la preparación pública, la asamblea se unía a ella y respondía por el *introito* que suple todos los deseos expresados en el salmo *Judica,* y por la repetición multiplicada del *Kirie eleison,* que reemplaza la confesión de las culpas y la súplica del perdón. Aun en el día, en las Misas solemnes, cantan los fieles el *introito* y el *Kirie,* mientras que el ministro del Señor se reviste con los ornamentos y hace la preparación al pie del altar; y ya no se vuelven a encontrar en la misma oración hasta el *Gloria in excelsis* o hasta la colecta. Estas dos partes preparatorias son, pues, correlativas; de otra suerte no podría explicarse la vuelta del sacerdote al salmo de entrada, después que el sacrificio ha sido precedido de numerosas súplicas, ni el signo de la cruz que expresa al principio del salmo y que parece indicar un principio de acción.

He aquí, pues, el orden y el espíritu de esta entrada al altar. Mientras el sacerdote y los ministros se disponen a venir al santuario, la asamblea canta un salmo que expresa siempre los deseos ardientes de ver parecer la víctima del mundo. Cuando se indica el fin del salmo por el *Gloria Patri,* aparece el sacerdote como Jesucristo en la plenitud de los tiempos. A esta vista repite la asamblea otra vez el salmo de entrada, para marcar su doble fervor al acercarse su salud. Durante el salmo *Judica,* la confesión de los pecados y las oraciones que siguen, el pueblo, una gran parte del cual no podría seguir el detalle minucioso de estas oraciones, se une a todo can-

tando nueve veces esta invocación sencilla: *Señor, tened piedad.* El sacerdote eleva a Dios el incienso que ha bendecido, para mostrar por este símbolo que todo se reúne, lo que ha recitado en particular y lo que el pueblo ha cantado en público, que es la misma expresión, el mismo perfume de oración. Después se apresura a recitar el salmo cantado, y todo se termina por la entonación del *Gloria in excelsis Deo,* o por la salutación que da a la asamblea, en el caso en que deba omitirse el himno de los ángeles.

§ I. *De la incensación del altar en las Misas solemnes*

Desde que el sacerdote ha entrado en el altar, el primer cuidado de la Iglesia en las fiestas solemnes es marcar la unión de todos los votos y hacerlos ascender en presencia del Señor por una imagen viva y sensible que es la incensación. Porque así como las diversas exhalaciones de la tierra se elevan de todas partes, se agrupan y forman nubes, se condensan y se purifican en la atmósfera para recaer en lluvia fecunda, así todas las oraciones de la santa asamblea se reúnen y concentran en el símbolo del incienso que se evapora, se elevan como una nube ante Dios y vuelven a caer sobre nosotros como rocío de bendición.

Según marca la rúbrica del misal, el diácono presenta al sacerdote el incienso para que lo bendiga, y lo presenta en nombre de todos los asistentes diciendo: *Bendecid, reverente padre;* el ángel del altar de la tierra ejecuta con alegría lo que se le pide y dice: *Sed bendito,*

por la virtud de la cruz, y aceptado *por aquel en cuyo honor vais a ser quemado.* En este momento el humo del incienso sube como una nube al trono de Dios; y el sacerdote parece darle la dirección conveniente: primeramente inciensa a Jesucristo que reside en nuestros tabernáculos, o más bien la cruz que hay sobre ellos; después el altar con los candeleros y las partes del santuario. Esta ceremonia es muy antigua en la Iglesia griega; de ella se habla en las liturgias del cuarto y del quinto siglo; en la Iglesia latina no data más que de setecientos años.

El uso de servirse de incienso en las reuniones cristianas no proviene de la razón natural de purificar el aire y de la necesidad que había de hacerlo en los tiempos en que se celebraban los santos misterios en las catacumbas; porque no vemos establecido este uso en los tres primeros siglos, tiempo en que era más indispensable practicarlo. Al contrario, Tertuliano dice claramente que no se usaba la incensación, y los mercaderes de Arabia se quejaban ya de la poca salida de su comercio de incienso por los progresos inmensos del cristianismo. En el cuarto siglo se quemaba este perfume en las iglesias griegas, que eran espaciosas, sin vidrieras y de madera de cedro. Además, según nos dice San Dionisio en su *Jerarquía eclesiástica,* c. 4, en la ceremonia solemne de la consagración del santo crisma el pontífice incensaba el altar, y toda la iglesia quedaba embalsamada; porque entre los griegos desde tiempo inmemorial el santo crisma no se componía solo de aceite y bálsamo, como en el día en la Iglesia latina, sino que lo mezclaban con cuanto tenían más odorífero. La

mezcla de estos agradables perfumes, más exquisitos que el incienso, se preparaba en el fuego en la iglesia desde el lunes santo, es decir, tres días antes de la consagración, de suerte que quedaba perfectamente embalsamada la iglesia, la cual con tan suaves olores quería representar la dulzura y el placer que produce la gracia de Jesucristo y las operaciones del Espíritu Santo en las facultades del alma. Por consiguiente, no podía ser para disipar el mal olor que no podía haber. En tal caso hubiese sido mejor colocar braserillos, y no vemos la necesidad de bendecir estos perfumes y de hacer interrumpir al sacerdote la marcha del sacrificio para esparcirlos en la asamblea. Es también probable que la Iglesia no quisiese en un principio usar del incienso por no presentar a los ojos sensibles las ceremonias paganas; y aguardó a que hubieran pasado los tiempos profanos para entrar en plena y pacífica posesión del incienso que solo es debido al verdadero Dios, y que ella bendice para darle su destino legítimo y su misteriosa significación.

El incienso arde ante el Señor: 1.º En señal de sacrificio, significando así que las criaturas deben ser empleadas en su servicio y consumidas por la gloria, como se destruye el incienso y se consume por la evaporación; en efecto, Dios había mandado a Moisés que se le ofreciese incienso en el altar de oro (Ex 40, 24). 2.º En señal del buen olor de Jesucristo, olor que se esparce del altar en el alma y en el corazón de los fieles a todo lugar. El incienso, dice San Agustín, representa el cuerpo de Jesucristo, ofrecido en holocausto, el vapor del perfume, su gracia y sus méritos; por esto se inciensa

en la iglesia el santo tabernáculo, la cruz, el altar, el Evangelio y el templo; las reliquias y las imágenes de los santos que son los miembros gloriosos del Salvador; los obispos, el celebrante y los sacerdotes que representan a Dios más vivamente, los príncipes y los grandes que son los instrumentos más especiales de la Providencia. Mas respecto de los hombres, por elevados que se hallen, el incienso no es una adulación, es una lección respetuosa y severa que les enseña que su dignidad en el orden espiritual o temporal les obliga a esparcir más abundantemente y de más alto el buen olor de las virtudes del cristianismo. 3.º El incienso se quema en señal de la oración que se eleva hacia Dios, que debe ser producida por un alma llena de ardor, que debe consumir en el corazón cuanto hay de terrestre, y derramar en todas nuestras acciones un perfume de gracia y de suavidad. No es posible encontrar un símbolo más propio. El incienso se eleva por la actividad que el fuego le da, y nuestras oraciones, que no son más que los deseos de nuestro corazón, no pueden ir a Dios sino animadas por el fuego del amor divino: el incienso difunde buen olor, y nosotros debemos pedir a Dios que prepare nuestro corazón de tal manera que no se eleve de él nada que no le sea agradable: el incienso se consume enteramente y todos los deseos de nuestro corazón deben dirigirse a Dios, sin que ninguno se fije en la tierra.

Este perfume espiritual indica también las oraciones de los santos, pues que se nos representan en la Escritura como un perfume que es ofrecido a Dios. «Los ancianos estaban prosternados ante el cordero, dice el

texto sagrado, teniendo cada uno copas de oro llenas de perfumes que son las oraciones de los santos.»

Por todas estas razones lo ofrece la Iglesia en sus asambleas de oración, y sobre todo en la oración por excelencia, disponiendo esta ofrenda en los momentos más preciosos de su liturgia antes de la colecta que reúne todos los votos, en la oblación que comienza el sacrificio, en el prefacio después de advertir la elevación de los corazones, en el momento en que la víctima desciende sobre el altar, antes de la comunión para excitar el fervor, y en las demás partes de sus oficios públicos, cuando se levanta el pueblo para cantar con más celo los cánticos tomados del Evangelio.

§ II. *Del* introito *o del salmo de entrada*

El sacerdote, después de haber besado la piedra sagrada y después de haber hecho la incensación y recibido el incienso, se adelanta al lado de la epístola, que es el derecho. Distínguense en el altar tres lados: el de la derecha, al Mediodía; el de la izquierda, al Norte, y el del medio, al Oriente; el celebrante va frecuentemente del medio a la derecha y de la derecha al medio, y solo pasa a la izquierda para leer los Evangelios; más adelante daremos la razón de esto. En cuanto a las transiciones reiterada del medio a la derecha se da una explicación misteriosa que es arbitraria; la razón natural es sencilla, y es porque en las iglesias bien orientadas, hallándose a la derecha la sacristía para la conservación del lienzo y de los ornamentos, el sacerdote se halla

colocado más cómodamente para dar las órdenes para que no falte nada en la oblación, y más cerca de los clérigos menores. Por esto el sacerdote se sienta en este lado en la Misa solemne mientras el coro canta lo que ha leído.

Al comenzar el introito, *el sacerdote hace la señal de la cruz,* que los fieles deben expresar también: en algunas diócesis se dice *en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo,* como al principio del ordinario de la Misa, porque el introito era, y aún es para el pueblo, la primera oración pública del sacrificio. En las Misas de difuntos el signo de la cruz se hace sobre el misal, sin tocar el libro, y esta diferencia viene sin duda del objeto general de la Iglesia en los ritos por los difuntos, que es de quitar toda solemnidad y mostrar que las almas del purgatorio no están ya en estado de ser benditas en la tierra.

El introito se dice con voz inteligible como todo lo que se canta y debe ser oído por el pueblo: en las Misas rezadas es bueno seguir la recitación; en las cantadas se instituye el canto en parte para dar tiempo de entrar en el sentido de las palabras.

La palabra introito significa entrada o antífona para la entrada, porque se canta cuando el sacerdote entra al altar. Antes era un salmo entero aplicado a la circunstancia, y que se terminaba por lo común con el *Gloria Patri* y una antífona. Pero más de 800 años hace que se toman algunos versículos de un salmo o de otro pasaje de la Escritura que corresponde al asunto que la Iglesia se propone; es decir, se abrevia el salmo, pero sin suprimir el gloria, repítese el primer versículo del salmo,

cuya aplicación ha determinado la antífona con *Gloria Patri;* y después se vuelve a la antífona que ya se ha cantado.

El introito, compuesto de palabras del Antiguo Testamento, era como una expresión de los gritos y deseos de los antiguos patriarcas que esperaban al Mesías; el objeto general de la Iglesia es una expresión de deseo de vernos aplicar los frutos de la redención.

§ III. *Del* Kirie eleison

El sacerdote, volviendo al medio del altar en la Misa rezada (o permaneciendo al lado derecho en la cantada), dice nueve veces alternativamente con sus ministros: *Señor, tened piedad de nosotros.* El coro canta con el pueblo todas estas invocaciones si la Misa va acompañada de canto. No siempre se ha dicho el *Kirie* en medio del altar; antes se decía al lado de la epístola, lo que se observa aún en la Misa mayor; la razón de haber mudado de lugar viene de que se ha creído conveniente recitar esta oración al frente de la cruz.

Kirie eleison son dos palabras de la lengua griega que la Iglesia latina ha querido conservar en su liturgia, así como ciertas palabras hebreas por la razón que hemos dicho en el § I del artículo 1.º Por este tributo de homenaje rendido a las lenguas de las liturgias apostólicas parece proclamar la Iglesia la identidad del sacrificio que ofrece hoy con el que se ofreció en las ilustres Iglesias fundadas por los apóstoles en Jerusalén, en Alejandría, en Antioquía, en Roma, en Efeso y en Corinto.

También puede decirse que la consagración de las tres lenguas de la Misa remonta al título célebre de la cruz de Jesucristo, escrito en hebreo, en griego y en latín.

Esta expresión *Señor, tened piedad,* se halla repetida en la Santa Escritura; se encuentra en el Evangelio, en los labios del ciego de Jericó, de la Cananea y de los diez leprosos. Es una oración corta pero expresiva, sencilla pero enérgica. Así, es la más antigua de los antiguos ritos: cuantas veces los fieles eran invitados por el diácono a orar por tal o tal fin indicado, respondían siempre con estas palabras: *Señor, tened piedad.*

El número de estas invocaciones no siempre ha sido determinado; antiguamente se repetían mientras duraban las oraciones preparatorias y la incensación; después se ha calculado el tiempo necesario para esto y se han reducido a nueve, para indicar el canto de los ángeles que componen nueve coros. Las tres primeras invocaciones se dirigen al Padre, las tres segundas al Hijo y las tres terceras al Espíritu Santo. La oración que se hace a las tres personas es, pues, idéntica para profesar la unidad de naturaleza en Dios; su número es distinto para profesar la distinción de las tres divinas personas e igual para publicar su igualdad perfecta en las perfecciones infinitas. *Señor,* que me habéis criado, *tened piedad* de la obra de vuestras manos; *Señor,* que me conserváis la vida, *tened piedad* de mi salvación, de mis trabajos; *Señor,* que me juzgaréis, *tened piedad* de mi fragilidad. *Cristo,* que me habéis rescatado, *tened piedad* de la oveja que perece a pesar de una salvación tan abundante. *Cristo,* que sois el sacerdote del sacrificio, *tened piedad* de mi corazón, que debe sacrificar con el vuestro. *Cristo,*

que sois mi víctima, *tened piedad de mí,* que debo unirme a vuestra oblación. *Señor,* espíritu de luz, *tened piedad* de mis tinieblas; *Señor,* espíritu de fuerza, *tened piedad* de mi debilidad; *Señor,* espíritu de santidad, *tened piedad* del poco fruto que he sacado de vuestras gracias. He aquí tres gritos de perdón por lo pasado, tres gritos de auxilio para lo presente y tres gritos de misericordia para el porvenir de nuestra salvación.

§ IV. *Del* Gloria in excelsis

Los acentos de perdón que acabamos de analizar recuerdan los deseos de la venida del libertador; pero como los tiempos se han cumplido y la salvación se ha consumado, la Iglesia los hace seguir en todos tiempos del himno de alabanza, excepto en los días consagrados a la penitencia, o a celebrar el advenimiento del Salvador, y en los oficios despojados de toda solemnidad.

Antiguamente solo el obispo podía decir este himno en la Misa; porque el saludo de gloria y de paz que enuncia no debía darse a la asamblea cristiana sino por el pontífice, cuya dignidad representa más vivamente la persona de Jesucristo. Así, a causa de la expresión del *Gloria in excelsis,* que publica la *paz* a los hombres de buena voluntad, los obispos, a quienes estaba reservada en los primeros tiempos la celebración de los santos misterios, saludaban al pueblo por el deseo de la paz en lugar de decir *que el Señor sea con vosotros,* cuya salutación han conservado siempre que recitan el *Gloria* en la Misa. Después se permitió a los sacerdotes decir

este himno en el día de Navidad, después en el día de Pascua y en la fiestas, y, en fin, todo sacerdote lo recita en el día, excepto en los casos en que las rúbricas prescriben su omisión. Mas para conservar algún vestigio del uso antiguo, el sacerdote termina siempre el saludo de la asamblea con estas palabras: *Que el Señor sea con vosotros,* y el obispo con estas: *La paz sea con vosotros.*

Este himno es, pues, un saludo lleno de alegría cuya conclusión y sumario es la salutación directa del pueblo. Esta oración de alabanza es de la más remota antigüedad; antes de decirla en la Misa se recitaba en las oraciones particulares de los fieles; después en el oficio de maitines; se halla toda entera en las *Constituciones apostólicas* con el título de *oración de la mañana,* y era el despertador de los fieles como fue el de los pastores para ir a Jesucristo. Las primeras palabras del Gloria han sido bajadas del cielo por los ángeles, como dicen sabiamente los padres del IV Concilio de Toledo, porque jamás la tierra pudo proferirlas semejantes; lo demás es como la explanación de esta gran introducción, y esta paráfrasis se ha compuesto por los doctores eclesiásticos. Los griegos llaman este himno la gran *Doxología,* o palabra de gloria, para distinguirla del *Gloria Patri* que termina los salmos.

El Gloria se entona *en medio del altar,* como el cielo ha cantado su principio y el coro con la Iglesia de la tierra continúa su explanación. En la Misa rezada se recita todo seguido. *Elévanse las manos* para indicar que elevemos los corazones hasta lo más alto de los cielos. La rúbrica quiere que solo se eleven *hasta los hombros* para evitar movimientos irregulares; cuando *el sacerdote*

dice Deo, esto es, cuando la súplica adora, *se inclina ante la cruz,* en señal de respeto al santo nombre de Dios; *y une las manos:* la asamblea se levanta y se prosterna a estas palabras: *Recibid vuestra deprecación;* y se *termina por el signo de la cruz.*

El himno comienza por un pomposo y solemne exordio que expone el asunto e indica su división con nobleza y sencillez. *Gloria a Dios en las alturas, y paz a los hombres de buena voluntad.* El pecado había arrebatado al Señor el tributo de la gloria que la criatura debe rendirle por su obediencia y su amor; el hombre hundido en el abismo no podía unir por sí el dulce lazo de dependencia que le une al Creador; la sangre de las víctimas y la suya propia eran impotentes para vengar esta gloria despreciada; mas por la redención Dios ha encontrado un adorador digno de él y una expiación suficiente; y por el sacrificio de la Misa, que contiene la obra de la redención, el hombre halla la paz del cielo y todos los bienes que a ella conducen.

En consecuencia, la Iglesia grita *os alabamos,* Señor, como el objeto inagotable de nuestra admiración por vuestras infinitas grandezas; *os bendecimos,* como la fuente de toda gracia, con un corazón lleno de reconocimiento; *os adoramos* llenos de respeto y de amor a nuestro soberano bien; *os glorificamos,* deseando que todo lo que hay en nosotros y fuera de nosotros se emplee en vuestro servicio; *os damos gracias por vuestra gran gloria,* por la augusta víctima de que sacáis una gloria infinita y nosotros una paz superabundante; ¿dónde hallar raptos más vivos y más ardientes en presencia del Señor? ¡Y qué enlace admirable en estas expresiones! La *alabanza* es el acto del espíritu oprimido de admiración; la *bendición* es la efusión del corazón colmado de beneficios; la *adoración* es el homenaje del espíritu y del corazón penetrados de respeto y de reconocimiento. Pero el hombre, no pudiendo hallar en sí mismo todo lo que siente para *glorificar* a su Dios, se esfuerza en suplir su falta, llamando en su auxilio a todas las criaturas, y rinde gracias del medio inefable que la encarnación le ha ofrecido para cumplir con sus deberes. Jesucristo, continúa, es por quien os damos alabanza, bendición, adoración, gloria y reconocimiento; *Señor Dios rey del cielo,* ante quien no somos más que polvo; *Dios omnipotente,* ante quien nos anonadamos de respeto y de amor.

Viene en seguida la explanación de esta paz dada a los hombres de buena voluntad, esto es, a los hombres que son amados y queridos de Dios, según dice el texto griego y que aman a Dios y están sometidos a Él por amor: *Señor Jesucristo, hijo unigénito; Señor Dios, cordero de Dios hijo del Padre;* he aquí los títulos del que, igual a Dios, le ha rendido una gloria digna de su majestad y que, cordero de Dios y de los hombres, nos ha dado la paz; *que quitáis los pecados del mundo,* como sacerdote y como víctima *tened misericordia de nosotros,* de nuestra miseria e impotencia; *vos que quitáis los pecados del mundo,* por la efusión y aplicación de vuestra sangre, *recibid nuestra deprecación* en el santo sacrificio y obtenednos la paz más perfecta. Ahora *que estáis sentado a la diestra del Padre,* continuando ofreciendo vuestra sangre e intercediendo por nosotros como mediador, *tened misericordia de nosotros* y aplicad a nuestra bue-

na voluntad los frutos de vuestra muerte. Sí, de vuestro trono deben emanar todas las gracias; *porque vos solo, oh Jesucristo, sois el solo santo,* el pontífice inocente y sin mancha; *vos sois el solo Señor* a quien el Señor ha dicho: sentaos a mi derecha; *vos sois el solo altísimo,* igual a Dios *con el Espíritu Santo en la gloria del Padre; así sea.* La Iglesia, al fin de esta primera parte del sacrificio, no podía llevarnos más felizmente a esta salutación de paz que va a abrir, por una efusión de votos mutuos, la instrucción litúrgica que da a sus hijos.

CAPITULO II

SEGUNDA PARTE DE LA MISA.—DE LA INSTRUCCIÓN PREPARATORIA AL SANTO SACRIFICIO

Esta instrucción comprende la colecta, la epístola, el gradual, la *aleluya,* el tracto, el Evangelio, la plática y el *credo.* Su origen es de la más remota antigüedad. San Justino, que escribía a principios del segundo siglo, habla como de una costumbre muy generalmente establecida de las oraciones que se hacían antes de la oblación, de la epístola, del Evangelio y de la plática. La preparación pública se introdujo sucesivamente, pero siempre precedió y comenzó la instrucción al sacrificio. Esta dispone al sacerdote y a los fieles a unirse *moralmente* a la oblación; ella debe inmolar en el corazón del hombre lo que debe ser destruido para que se una más dignamente a la víctima adorable.

na voluntad los frutos de vuestra muerte. Sí, de vuestro trono deben emanar todas las gracias; *porque vos solo, oh Jesucristo, sois el solo santo,* el pontífice inocente y sin mancha; *vos sois el solo Señor* a quien el Señor ha dicho: sentaos a mi derecha; *vos sois el solo altísimo,* igual a Dios *con el Espíritu Santo en la gloria del Padre; así sea.* La Iglesia, al fin de esta primera parte del sacrificio, no podía llevarnos más felizmente a esta salutación de paz que va a abrir, por una efusión de votos mutuos, la instrucción litúrgica que da a sus hijos.

CAPITULO II

Segunda parte de la Misa.—De la instrucción preparatoria al santo sacrificio

Esta instrucción comprende la colecta, la epístola, el gradual, la *aleluya,* el tracto, el Evangelio, la plática y el *credo.* Su origen es de la más remota antigüedad. San Justino, que escribía a principios del segundo siglo, habla como de una costumbre muy generalmente establecida de las oraciones que se hacían antes de la oblación, de la epístola, del Evangelio y de la plática. La preparación pública se introdujo sucesivamente, pero siempre precedió y comenzó la instrucción al sacrificio. Esta dispone al sacerdote y a los fieles a unirse *moralmente* a la oblación; ella debe inmolar en el corazón del hombre lo que debe ser destruido para que se una más dignamente a la víctima adorable.

§ I. *De la colecta precedida de la salutación al pueblo*

Bien se diga el *Gloria in excelsis,* o prescriba la Iglesia suprimir esta magnífica exposición, concéntrase siempre su viva expresión en el saludo que hace el sacerdote al pueblo, concebido en estos términos: *El Señor sea con vosotros.* Esta salutación de honor y de afecto es el gracioso principio de todas las colectas y exhortaciones. *El Señor sea con vosotros* es toda la gloria del Señor elevándose de nuestras almas hasta lo más alto de los cielos; es toda la paz de Dios descendiendo del empíreo hasta el fondo de nuestros corazones; y María en el momento en que fue elegida para ser madre del Redentor no recibió de los cielos más grandes y más bellas felicitaciones.

Consideremos esta salutación en las ceremonias que la acompañan. Va precedida del ósculo de paz tomado en el altar, recogido, por decirlo así, de la boca de Jesucristo: *el sacerdote lo da tendiendo los brazos* hacia los asistentes, como para abrirles el seno de la misericordia, y *volviendo a unir las manos* como para estrecharlos en el seno de la caridad. El pueblo devuelve el saludo con este acento respetuoso: *y con tu espíritu;* que el Señor sea el lazo de unión entre ti y nosotros; que nuestra causa sea común y que nuestra docilidad sea atenta a tu recomendación.

Este saludo es el anuncio de la instrucción, y dispone a ella de una manera perfecta, no mostrando en el que instruye más que una superioridad de ternura y de afecto que templa su superioridad de misión y de enseñanza. Esta fórmula precedía todas las cartas o epístolas de los apóstoles: *Gracias y paz de Nuestro Señor Jesucristo,* como precede en el día las cartas episcopales: *salud y bendición en Nuestro Señor Jesucristo.* Pero la instrucción debe ser preparada y fecundada por la súplica; y por esto el sacerdote dice a continuación *oremos,* reunámonos ante Dios en una sola alma y en un solo corazón.

A esta advertencia solemne, el sacerdote se ha dirigido al lado derecho del altar para recitar la colecta o colectas si el orden del oficio marca que se reciten muchas. Aquí es donde debe leer lo que sigue hasta el Evangelio, porque esta parte de la liturgia era leída o escuchada antes fuera del altar.

La palabra *colecta* significa asamblea, y esta oración de la Misa se llama así porque se hace sobre los fieles reunidos, para los fieles reunidos y en su nombre. En este sentido se llama la Misa por los antiguos padres *colecta* o *sinaxe,* como si la Iglesia nos indicase por esta palabra su deseo de ver a sus hijos siempre reunidos en el culto público, y el feliz efecto de su sacrificio que es ofrecido por todos los cristianos. La colecta es el compendio, el sumario de todas las oraciones particulares que se purifican, por decirlo así, en este crisol, y se prestan mutuamente toda la fuerza de unión. Lo que vamos a decir de la colecta se aplica a la secreta y a la postcomunión, y solo indicaremos en su lugar respectivo lo peculiar de estas oraciones.

Si solo consideramos las colectas respecto a su antigüedad y a los autores eclesiásticos que las redactaron, se nos presentan rodeadas de respeto y del fervor de los tiempos apostólicos. Las más antiguas son las numero-

sas que se recitan en Viernes Santo; las de la mayor parte de los domingos del año están sacadas de los sacramentales de San Ambrosio y de San Gregorio; y aun estas dos grandes lumbreras de la Iglesia de Occidente nos advierten que ellos han encendido la llama de la oración pública en las lámparas de las catacumbas, y que sus misales son la redacción de las tradiciones más venerables. Añádese que el estilo de las colectas es rico en su sencillez, preciso en su abundancia, admirable en su referencia a la doctrina y la moral, su giro sentencioso se retiene fácilmente en la memoria, y el acento de la voz de la Iglesia está aquí tan marcado que no ha podido imitarse en las oraciones más conmovedoras de los fieles.

En las colectas que preceden a la epístola dice el sacerdote *oremos, haciendo la elevación y la reunión de manos,* como símbolo de oración y de fervor. El sacerdote tiene las manos elevadas al recitar la oración para indicar la dirección perseverante que el espíritu y el corazón deben tomar hacia el cielo; y para copiar la actitud de Jesucristo al orar en la Cruz. Al concluir la colecta con la invocación del nombre del Señor, une el sacerdote las manos, indicio natural de que redobla sus instancias, y de su modesta seguridad de conseguir los bienes que pide por tan poderosa mediación.

Los bienes que se solicitan en la Misa son los del cielo en general, la gracia de un misterio o la virtud de un santo particular; los favores temporales solo se piden accesoriamente y en cuanto pueden conducirnos a las alegrías eternas. Seis cosas hay que advertir en las colectas, que expondremos aplicándolas a un ejemplo tomado de la oración del undécimo domingo después de Pascua: 1.ª Aquel a quien se dirigen, que es Dios Padre, de quien proceden todo bien y todo don perfecto, *Dios todopoderoso y eterno;* 2.ª, el motivo que se alega, para obtener lo que pedimos, *que en la abundancia de vuestra bondad excedéis a los méritos y a las oraciones de los que os imploran;* 3.ª, la gracia que se solicita, *derramad sobre nosotros vuestra misericordia;* 4.ª, el objeto a que se dirige la oración, *para que perdonéis lo que turba nuestra conciencia y nos deis lo que nuestra oración no osa pediros;* 5.ª, la conclusión, que es siempre en nombre y por los méritos del Salvador, *por Nuestro Señor Jesucristo vuestro Hijo, que siendo Dios vive y reina con vos en unidad del Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos;* 6.ª, la aclamación del pueblo que ratifica todos los pormenores y todo el espíritu de la oración común, *así sea; amén.*

Este *amén* es, pues, un consentimiento dado solemnemente a lo que expresa la oración; y el corazón y las disposiciones interiores deben ir acordes con esta ratificación.

§ II. *De la epístola*

Los judíos comenzaban la asamblea del sábado en sus sinagogas por lecturas sacadas del libro de Moisés y de los profetas; los primeros cristianos siguieron este ejemplo en la reunión del domingo para el sacrificio. Sin duda que hubieran podido sustituirse con la lectura del Evangelio en cuanto se escribió, pero convenía mostrar a los fieles la relación del Antiguo Testamento con el

Nuevo, importaba hacer preceder la palabra de Dios por los escritos de sus enviados. Así, después de haber hablado Dios de mil maneras por sus profetas, nos habla por su Hijo, que es el esplendor de su gloria.

Al principio del segundo siglo se halla el uso bien establecido de comenzar la reunión cristiana por los escritos de los profetas y por los comentarios de los apóstoles, que se leían mientras la hora lo permitía, pero no se tardó en arreglar estas lecturas con orden y medida en sus menores detalles, como lo vemos en el día, y en establecer la correspondencia de la epístola y del Evangelio con el tiempo del año o fiestas que se celebran.

La primera lectura de la Misa se llamó epístola o carta, porque frecuentemente y casi todos los domingos del año se toma de las epístolas canónicas de los apóstoles. Esta denominación genérica se conserva aún en las Misas en que se toma de los demás libros del Antiguo y del Nuevo Testamento; por lo demás, no se lee nada en la instrucción litúrgica que no se tome de la Santa Escritura; no obstante que en los primeros tiempos permitiesen los apóstoles tomar estas lecturas de las cartas de las iglesias o de los hombres apostólicos.

Las epístolas tienen siempre relación con el misterio, con la fiesta o con el Evangelio que debe seguirse. Así, en el día de la Epifanía hace leer la Iglesia aquel famoso pasaje de Isaías donde se anuncia tan claramente la venida de los Magos y la naturaleza de sus presentes; el día de Santa María Magdalena se lee el pasaje del cántico que pinta de un modo admirable el ardor y el celo para encontrar a Jesucristo.

Además de todas estas relaciones que la piedad debe

esforzarse en comprender, el fondo de la epístola, así como el del Evangelio, tiene por objeto ulterior preparar la inmolación moral del hombre, purificar el corazón de los fieles y hacerlos dignos de ofrecerse en sacrificio con Jesucristo. *El sacerdote lee la epístola en voz inteligible,* apoyadas las manos en el altar o en el libro en prueba de su adhesión inviolable a la palabra santa; se comienza anunciando el autor: *Lección de la epístola del apóstol San Pablo. Lectura del profeta Ezequiel.* Hácese la lectura en medio de la asamblea en un atril elevado; y se termina por esta respuesta: *gracias sean dadas a Dios,* en agradecimiento al Señor por la instrucción que se acaba de recibir.

Moisés, antes de comenzar la alianza representativa y de esparcir por el pueblo la sangre de las víctimas, tomó el libro de la ley, leyó en alta voz los mandamientos de Dios e hizo jurar al pueblo su observancia; así en la Misa, antes de derramar sobre nuestras almas la sangre de la alianza nueva y eterna, lee la Iglesia la ley, la explica y exige una profesión de fe. Que la instrucción solemne de la liturgia nos haga, pues, acercarnos al altar con una fe plena y un corazón recto, dispuesto a lavarse en la sangre del Mediador.

§ III. *Del gradual, de la* alleluia, *del tracto y de la prosa*

Como sería muy difícil al común de los fieles comprender en la lectura lo que conviene a la solemnidad, al tiempo, al sacrificio y expresar de un modo propio los sentimientos que ha debido despertar en ellos, la

Iglesia suple esta falta con la aplicación de algún pasaje de la Escritura. Inspíranos estas reflexiones con el salmo del gradual, la *alleluia* y el tracto; y como comúnmente hay relación entre la epístola y el Evangelio, estas reflexiones parecen destinadas también a hacer reportar el fruto debido de la lectura de la epístola y a prepararnos a la del Evangelio. ¿No es para enseñarnos a reportar esta gracia de la lectura por lo que el subdiácono, después de la epístola en las Misas solemnes, pide la bendición del celebrante y en las Misas pontificales los coristas van después del cántico del gradual a recibir la del obispo?

El salmo o la parte del salmo que sigue a la epístola se llama *gradual* porque se cantaba en las gradas del altar donde se acababa de leer la epístola, como para indicar que era la continuación y el pensamiento principal de la lectura a que se refería, a la manera que la meditación se refiere al asunto propuesto.

Debe advertirse aquí que cada lectura en la iglesia va seguida de un salmo o de un pasaje de la Escritura, que es su resumen y su fruto, y que este salmo toma su nombre del modo como se canta. Así pues, si el salmo que sigue a la lectura debe ser dialogado a dos coros iguales, se llama *antífona;* si se canta parte en solo y parte con el coro interrumpiendo al que canta y repitiendo algún versículo, se llama *responsorio;* si este responsorio se canta en las gradas del atril, se llama *gradual;* si va precedido y seguido de una aclamación de alegría, se llama *alleluia,* y si el salmo debe ser cantado solo y de una tirada *tractim,* se llama *tracto.* Pero cualquiera que sea su nombre y la manera de recitarlo es

siempre una reflexión que debe aplicarnos el fruto de la lectura. Observemos de paso que estas diversas maneras de canto y recitado las ha tomado la Iglesia de la naturaleza: la alegría quiere derramarse, dividirse y excitarse a competencia, y por eso los salmos de alegría se recitan a dos coros, a coro pleno; al contrario, el monólogo, la soledad y el tono lánguido convienen a la tristeza, al arrepentimiento, por lo que la Iglesia hace cantar en solo y en tracto los acentos de luto y de penitencia.

Comúnmente se dice entre la epístola y el Evangelio el salmo gradual y el de la aleluya; en tiempo de Pascua se recitan dos salmos precedidos y seguidos de la aclamación de alegría; desde sexagésima hasta Pascua va seguido el gradual del tracto; y en las principales solemnidades se canta una prosa después de la aleluya.

Así pues, el gradual es una reflexión de piedad que se refiere a la epístola o al Evangelio del día y debe recitarse bajo este sentido. Por ejemplo: en el domingo de quincuagésima, en que la Iglesia lee en la epístola de San Pablo los caracteres del amor de Dios y del prójimo, y en el Evangelio la curación del ciego de Jericó, se halla por gradual estas palabras: *Vosotros que teméis al Señor, esperad en Él y su misericordia vendrá a regocijaros; los que teméis al Señor, amadle y vuestros ojos serán esclarecidos.*

Si el tiempo es de luto y de penitencia, el salmo que prepara a la lectura del Evangelio se canta triste y lúgubremente y las palabras corresponden a esta tristeza; así, en el domingo que acabamos de citar ha elegido la Iglesia estas palabras del tracto: *Señor Dios mío, aclarad mis ojos para que jamás me duerma en la muerte, para*

que el enemigo de mi salvación no pueda decir: Yo le he vencido; los que me afligen se regocijarán si soy derrotado, pero yo espero en vuestra misericordia.

Fuera de este tiempo de penitencia la buena noticia de la salvación imprime la más viva alegría, y el salmo que prepara a recibirla se llama *aleluya.* Esta palabra es hebrea y significa *alabad a Dios;* se ha conservado en el idioma que le es propio porque en ninguna lengua hay palabra que exprese tan bien como ella la alegría y el entusiasmo. San Juan nos dice que esta aclamación resonó mil veces en torno del altar del cielo, y la Iglesia la ha colocado en la Misa como el primero de los transportes en que ella prorrumpe a la vista del santo Evangelio. Las palabras que cortan este grito de alegría tienen una relación más directa con el pasaje del libro sagrado que va a leerse en la asamblea cristiana. La última aleluya va seguida de una tirada de notas sin palabras sobre la última vocal, *a;* esta serie de sonidos inarticulados se llama *neuma,* o respiración prolongada. Llámase también secuencia o serie de la *alleluia* y *jubilus* o júbilo, según San Agustín. Es un vivo deseo de unirse a lo que se expresa; de declarar que esto es inefable y que el corazón quisiera repetirlo sin cesar; es el lenguaje músico en el que la voz abandona el recitado y la expresión para dejarse arrastrar del acento del alma y de sus inexplicables movimientos. En las fiestas principales se omite este neuma y se sustituye con la *prosa,* que por esta razón se llamaba *secuencia de la alleluia.* Esta prosa es la exposición del misterio del día, o de la vida y martirio de un santo: es comúnmente un canto de triunfo con que la Iglesia quiere acompañar la publicación del Evangelio. La prosa es una especie de himno del género de los que se cantan en el oficio divino pero con estas diferencias: El himno está sujeto a un ritmo riguroso y reglado, que se conserva hasta el fin; el estilo de las prosas está medido con menos severidad, su cadencia es más libre y variable en su medida. El himno tiene una marcha grave, pomposa, algunas veces igual a la majestad de la oda; la prosa es más sencilla, se reconoce que es una poesía popular. El cántico del himno tiene cierta gravedad; el canto de las prosas es gozoso, vivo, propio a difundir la alegría. En el misal romano solo hay cuatro prosas: la de Pascua, de Pentecostés, del Santo Sacramento y la de la Misa de difuntos.

§ IV. *Del Evangelio*

Hemos llegado al segundo grado de la instrucción preparatoria del sacrificio, al Evangelio. Si los judíos, atemorizados por los resplandores del Sinaí, decían a Moisés: «Que el Señor no nos hable por sí mismo, no sea que muramos», nosotros, cristianos, decimos a Dios con confianza que Moisés y los profetas callen; que el apóstol haga lugar al que le envía. Sí, hablad, Señor, vuestras palabras son espíritu y vida; dichosos si las ponemos en práctica, porque el que guarda la palabra divina no morirá eternamente.

Evangelio quiere decir *buena y dichosa nueva;* basta abrir este libro precioso para convencerse de que se le ha dado el título más propio.

El sacerdote deja el lado derecho del altar y de la epístola, donde ha permanecido hasta este momento,

para pasar al lado izquierdo, llamado del Evangelio. La razón era, según dicen, para dejar libre el lado derecho, donde iban a llevarse las oblaciones; pero hay otra razón misteriosa. El lado del aquilón, que es la izquierda en las iglesias bien orientadas, significa en la Eucaristía el soplo glacial del demonio que el soplo de Jesucristo ha vencido: y en señal de esta victoria se lleva como en triunfo el misal de este lado y se publica la derrota del enemigo de salvación; así el libro debe colocarse, no de frente, como en la epístola, sino de lado, mirando al Norte en cuanto sea posible. El lado izquierdo significa aun en estilo sagrado el lado de los pecadores que serán colocados un día a la izquierda del soberano juez; y como va a leerse la dichosa nueva de la redención del Salvador, que ha venido a llamar a los pecadores a la penitencia, se recita el Evangelio en este lado para publicar la voluntad de Dios, que quiere que todos obtengan la salvación. Esta razón general y edificante es propia en toda partes, aun en los templos donde el altar no mira al Oriente.

Pero el ministro del sacrificio necesita detenerse en medio del altar; comprendiendo toda la preparación que exige el anuncio de la palabra del Señor, se inclina profundamente frente al tabernáculo y a la cruz, y dice en esta humilde postura: *Purificad mi corazón y mis labios,* mi corazón, porque el pecador no debe publicar vuestros oráculos; mis labios, porque una boca criminal es indigna de contar vuestras maravillas; *Dios todopoderoso,* cuyo apóstol, órgano y embajador voy a ser, *que habéis purificado los labios del profeta Isaías con un carbón ardiente* (Is 6). Vuestro profeta había guardado silencio cuando debía intimar vuestras órdenes, sus labios estaban manchados por una cobardía culpable; pero he aquí que después de la confesión de su debilidad un serafín purificó la boca de vuestro siervo Isaías con un carbón tomado en el altar del cielo, carbón ardiente que era el símbolo del arrepentimiento y del amor divino. Señor, yo me hallo en mayor necesidad. Conmoveos, pues, por mi confesión y mi dolor, que vuestro santo ángel venga a purificarme con una chispa de arrepentimiento y de amor, que, brotando de vuestro altar, pase por mis labios al fondo de mi corazón. *Dignaos purificarme por vuestra pura misericordia,* de que tan indigno soy, *para que pueda anunciar dignamente,* por mí y por mis hermanos, *vuestro santo Evangelio,* esta santa nueva que va a regocijar nuestros espíritus y a cambiar nuestros corazones. *Por Nuestro Señor Jesucristo, así sea.*

El sacerdote continúa siempre en la misma actitud de súplica: Y no me acompañe solamente vuestra gracia, Dios mío, que *el Señor sea en mi corazón y en mis labios,* que yo no haga más que prestarle un corazón dócil y una lengua pura, *para que pueda anunciar dignamente y como conviene su santo Evangelio.* Estas oraciones convienen principalmente al ministro del Evangelio; pero los fieles deben acompañarlas, pidiendo la gracia de oír con docilidad y de aprovecharse de tan santa enseñanza. Corazones distraídos por las agitaciones de la tierra, labios manchados por el comercio del mundo, vosotros no tenéis menos necesidad de buscar en el altar ese fuego divino que ilumina, que consume la iniquidad y que se abraza en la meditación.

Ahora, ¡oh sacerdote!, levántate más digno y más

confiado; y que a esta señal los fieles se pongan de pie, porque la buena nueva va a resonar en todos los corazones. *El Señor sea con vosotros,* dice el sacerdote; fieles, renovad vuestra atención particular; excitad una voluntad más generosa; *y con tu espíritu,* responde el pueblo, ya estamos atentos. El sacerdote prosigue: *Principio o continuación del Evangelio según San...* Aquí se cita el nombre de alguno de los evangelistas: San Mateo, San Marcos, San Lucas y San Juan. A estas palabras el sacerdote y los fieles hacen tres signos de cruz: en la frente, en la boca y en el pecho, para indicar que jamás se ruborizarán de la palabra santa y que la confesarán y seguirán fielmente. Después, volviéndose hacia el altar y hacia Jesucristo, responde: *Gloria a vos, Señor,* por habernos traído de las tinieblas a vuestra admirable luz, gloria a vos que vais a instruirnos y a santificarnos.

Cuando la lectura que se va a hacer del Evangelio es sobre la pasión del Salvador, se dice: *Pasión de Nuestro Señor Jesucristo según San...,* y no se responde nada, quedando todos como abismados en el dolor que inspira esta narración y mudos de reconocimiento a la vista de tan prodigiosa caridad.

Si no está expresa la fecha del pasaje del Evangelio que se va a leer se comienza así: *En aquel tiempo, Jesús...;* si se indica la fecha en el texto, se anuncia con precisión: *el año 15 del imperio de Tiberio César.*

El Evangelio se ha leído en la Misa en cuanto ha sido escrito; en el siglo II no estaba aún reglada la medida de lo que se había de leer, pero sí en tiempo de San Gregorio, Papa, orden que es casi el mismo que conservamos en el día. Por lo demás, la Iglesia ha dispuesto las lecciones del Evangelio, según el orden de los misterios, de las fiestas y de los diversos tiempos del año, haciendo pasar por nuestra vista toda la vida del Salvador.

Además, la Iglesia en la elección del Evangelio tiene el objeto particular que se dirige al sacrificio y que invita a unir una disposición especial a la inmolación de la víctima sagrada; por ejemplo, una oración más ardiente, o una humildad más profunda, o una caridad más activa. Debe, pues, atenderse al leer el Evangelio: 1.º, su asunto en sí mismo; 2.º, su relación con el tiempo o la solemnidad; 3.º, su serie y unión con lo que se lee en el discurso del año cristiano; 4.º, su relación con el sacrificio que debemos ofrecer a Dios. Si la meditación de los fieles no puede llegar hasta aquí, al pastor incumbe, en la explicación que hace del santo texto, revelar estos tesoros ocultos de la ciencia de la sabiduría del cielo; a él pertenece convertir este alimento sólido en una leche pura y nutritiva.

Todo lo que ha precedido hasta aquí no es más que un magnífico preludio que representa los 4.000 años de expectativa antes de Jesucristo. El Evangelio es la plenitud de los tiempos: en él habla el Señor como hablaba en los días de su vida mortal, y habla para todos los siglos. Nada cambia ni se modifica en este texto divino; las vicisitudes del tiempo, los progresos de la civilización no pueden quitar ni añadir nada en él. Es el código más perfecto, la ley inmutable, la alianza eterna; es el libro que encanta al salvaje, que civiliza al bárbaro, que ilustra los siglos más fecundos; todas las naciones de la tierra, cualesquiera que sean sus costumbres y sus formas de gobierno, descansan a la sombra de este árbol,

él es el fruto de la vida; cualquiera que come de él y sabe gustarlo halla sabor, verdad, el reposo del espíritu y la paz del corazón; es el único manantial de toda consolación a las orillas del río de las lágrimas; que toma su origen en la cuna del hombre, que baña el curso de su vida y que no va a perderse sino bajo la piedra de su sepulcro. Amemos, pues, este libro bendito, que sus palabras estén en nuestra memoria, en nuestros labios y en nuestro corazón, y cada vez que lo leamos en la Misa besemos, como el sacerdote, con respeto el texto sagrado, deseando dar a Jesucristo gloria y reconocimiento con estos acentos. *La gloria os sea dada a vos, Señor.* Esta respuesta debe ser un grito del corazón, una necesidad del alma transportada de admiración; gloria a Dios, pues, por una doctrina tan perfecta, por una moral tan consoladora, por nuestros derechos al cielo reconquistados, por el camino de la felicidad nuevamente descubierto. Mas la sola admiración sería estéril. El Evangelio debe operar la conversión del corazón, como operó la conversión del mundo, debe destruir el pecado y traer la justicia eterna; digamos, pues, con fe y con deseo: *Por las palabras del santo Evangelio,* fielmente practicadas, *nos sean perdonados nuestros pecados.*

Desde el principio del capítulo segundo que nos ocupa hemos expuesto el orden que se observa en la Misa rezada; volvamos, pues, aquí sobre lo que es especial de las Misas cantadas y solemnes.

El sacerdote canta el *Dominus vobiscum* y las colectas, y todo el pueblo responde cantando. Hacia el medio del *Gloria in excelsis* o del *Kirie,* si no debe decirse el himno de los ángeles, el subdiácono se levanta

y va a cantar la epístola en el lugar destinado a esta lectura, que era una tribuna entre el coro de los chantres y la nave, a la que se subía por dos lados, por cuatro o cinco gradas. Algunas veces había dos tribunas: una para la epístola y otra más elevada para el Evangelio. En el día existen aún vestigios de estas tribunas, colocadas a derecha e izquierda entre el coro y la nave y elevadas por algunas gradas del suelo, pero se suplen por un atril portátil. El lugar elevado destinado a la predicación es en el día un púlpito colocado en medio de la nave para que oigan mejor los fieles.

Mientras el subdiácono canta la epístola, el celebrante la lee en voz baja, con lo que se sigue hasta el Evangelio, como en la Misa rezada; y sin besar el texto sagrado, lo que hace después, vuelve a su sitio acompañado de los ministros del altar. Después de la epístola el coro canta el gradual, las *aleluyas* o el tracto y la prosa, si debiera cantarse. A mitad de estos fragmentos de salmos, que sirven, como hemos dicho, de reflexión a la primera lectura y de disposiciones a la segunda, se opera en el santuario un gran movimiento, todos los ministros inferiores se levantan, el diácono se adelanta al altar, donde se prepara a cantar solemnemente el Evangelio. Creemos no poder dar a conocer de ningún otro modo mejor los detalles de esta pompa, que mostrando paralelamente la diferencia que ha establecido la Iglesia en las ceremonias exteriores que acompañan el canto de la epístola y el del Evangelio.

El subdiácono se levanta para la epístola, y a excepción de algunos ministros que le preceden en las mayores solemnidades, apenas se advierte en la asamblea este

movimiento; mas cuando el diácono se levanta para cantar el Evangelio, todos los ministros se agitan y se preparan. El subdiácono sube al altar, toma el libro y después de leer las lecciones convenientes se dirige solo y sin insignias al lugar donde debe cantar la epístola; el diácono sube al altar, toma el libro sagrado, lo deja en medio como sobre un trono, dobla las rodillas y profundamente inclinado recita la oración: *Purificad mi corazón y mis labios...* Se levanta, toma el libro, que apoya sobre su corazón; va a postrarse a los pies del celebrante, como para pedir a Jesucristo en su persona la autoridad de la misión evangélica, y dice al sacerdote: *Dadme, Padre, vuestra bendición;* vos, que sois el representante de Dios, haced descender sobre mí la gracia de tan santo ministerio; y el sacerdote responde haciendo sobre el diácono el signo de la cruz: *Que el Señor sea en vuestro corazón y en vuestros labios...* El diácono al recibir la bendición del sacerdote le besa la mano en señal de respeto y reconocimiento. Al mismo tiempo se presenta a bendecir el incienso que debe arder en breve en honor del santo Evangelio. Aquí se despliega una marcha solemne, la procesión se abre con el estandarte de la cruz, el incienso bendito se eleva en honor del buen olor de Jesucristo; los candeleros brillan en mano de los ceroferarios para embellecer el cortejo de Dios, que es la luz del mundo y de la vida; todos los ministros inferiores dejan el altar y al celebrante, y preceden con el subdiácono al heraldo que va a proclamar la dichosa nueva; en fin, aparece el diácono llevando elevado y como en triunfo el libro de la gracia y de la salvación; a esta vista toda la asamblea se levanta penetrada de respeto

y de veneración. Llegado al sitio de la lectura, el subdiácono, al leer la epístola, se coloca a la derecha, como para indicar la imperfección de la alianza preparatoria y de la ley antigua; el diácono, al leer el Evangelio, se coloca a la izquierda, al lado de los pecadores, para mostrar la plenitud de la nueva alianza y la abundancia de la ley de gracia propuesta a todos sin excepción. Al anuncio de la epístola, la asamblea se sienta para escuchar en un piadoso recogimiento; al anuncio del Evangelio permanece levantada y se vuelve hacia el libro, sin atender ni aun al altar, pues a la voz del diácono todos, hasta el celebrante, están ocupados enteramente del respeto y de la atención debidos a la palabra de Dios. El título de la epístola es sencillo y sin respuesta; el título del Evangelio tiene más brillo; y va precedido de la advertencia solemne de recogimiento: a estas palabras, *santo Evangelio...,* se hacen tres cruces en la frente, en la boca y en el pecho; y mientras que se rinde en voz alta *gloria al Señor,* el diácono inciensa el libro sagrado, o es él mismo incensado a causa de la santidad de su ministerio. Durante la epístola, el subdiácono tiene las manos apoyadas en el libro; durante el Evangelio el diácono las tiene siempre puestas en señal de mayor respeto. La epístola es verdad que es la palabra de los hombres inspirados por Dios, reconocidos por tales por un juicio infalible de la Iglesia, pero el Evangelio es la palabra de Dios mismo, contiene la vida del Salvador, su doctrina, sus milagros, sus virtudes, sus padecimientos y su gloria. La epístola, en fin, va seguida solo de una simple acción de gracias, el Evangelio, de una aclamación de *alabanza.*

Vuélvese con el mismo orden al altar y con la misma solemnidad; el subdiácono se dirige hacia el sacerdote, llevando el libro santo que le presenta abierto para que lo bese. En señal de la dignidad del sacrificador, el diácono le ofrece incienso, para advertirle que él más que todos los cristianos debe esparcir el buen olor del conocimiento de Dios. *He aquí las palabras santas,* dice al celebrante mostrándole el texto del Evangelio; el sacerdote lo besa y responde con ardor: *Yo las creo y confieso.*

Tal debe ser la feliz conclusión de la lectura del Evangelio: he aquí las palabras santas, cubrámoslas de respeto, de amor y de docilidad; he aquí las palabras santas, a cualquier momento que resuenen en la iglesia, al cántico *Benedictus* de laudes, al cántico *Magnificat* de vísperas, al cántico *Nunc dimittis* de completas, testifiquemos siempre la misma veneración; he aquí las palabras santas; que el Evangelio llegue a ser un manual de los cristianos por una lectura asidua, por una meditación frecuente. Cada vez que tengamos la dicha de leerlo o de oírlo leer, digamos con todo nuestro corazón: Yo creo y confieso; yo creo firmemente que es Dios quien habla; y que él tiene las palabras de vida eterna, confieso estas verdades sin respeto humano, y quiero sobre todo profesarlas por mi conducta y vivir de una manera digna del Evangelio.

§ V. *De la plática*

Es un grande y saludable pensamiento, que solo pertenece al Cristianismo, reunir a los hombres cada semana

en un día fijo para recordarles sus deberes y enseñarles el verdadero medio de ser felices en esta vida y en la otra. En los templos paganos solo resonaban cánticos en medio de la pompa de los sacrificios; las sinagogas mosaicas tenían sus lecturas, seguidas de discusiones y conferencias entre los doctores; pero solo en la Iglesia de Jesucristo se oye hablar e instruir con la autoridad de Dios, con la sencillez del Salvador; la religión cristiana tiene una cátedra y esta cátedra es la de la verdad: tiene una elocuencia propia y es la elocuencia del corazón.

La plática que sigue naturalmente a la lectura del Evangelio y que es como su explanación forma en la Misa parroquial el tercer grado de la instrucción litúrgica. Se hace por el obispo, o por el vicario de las parroquias particulares: así el que la hace se reviste con la estola, insignia de autoridad pastoral, porque su voz es el acento, el corazón del pastor.

El santo Concilio de Trento manda a los pastores que hagan al pueblo esta instrucción familiar y paterna, sobre todo en los domingos y fiestas; pero esta obligación es relativa y supone en los fieles el deber de asistir a ella. Debe oírse la plática como debe oírse la Misa parroquial. Así lo advierten nuestros rituales: «Sabéis que, según el santo Concilio de Trento, todos los feligreses deben asistir asiduamente a la Misa parroquial, a las pláticas e instrucciones que se hacen en sus parroquias los santos días de domingo.» Sin querer discutir aquí el precepto, o controvertir sobre el tiempo en que obliga, sin pretender dispensas y distinciones que dañan siempre la edificación general y que nos privan de las gracias dadas a las palabras del pastor, honrémonos con

la sencillez de la fe y hagamos por procurar a nuestros hermanos un santo ejemplo que les debemos a proporción que es más elevado nuestro rango. Solamente causas reales y graves pueden alejarnos algunas veces de la asamblea común y pueden dispensarnos de no cumplir siempre con los deberes de feligreses celosos.

La plática se divide en tres partes. La primera comprende oraciones públicas precedidas de una exposición de la reunión cristiana y de la enumeración de todas las necesidades de los fieles. En ella se exhorta a la unión, a la concordia y a la paz, a orar por los superiores espirituales y temporales, a socorrer las necesidades de la viuda, del huérfano, del cautivo, del pobre, del oprimido, del enfermo, del justo y del pecador. La Iglesia ha conservado esta bella práctica de la recomendación de San Pablo, de la tradición de los Tertulianos, de los Arnobios y Atanasios. La segunda parte se compone de los anuncios de la iglesia, de las fiestas de obligación, ayunos, días de abstinencia en la semana, amonestaciones matrimoniales, para saber si hay algún impedimento canónico o civil que sea obstáculo para aquella unión; en ella se publican las órdenes del obispo y los avisos del pastor secundario, la hora y orden de los oficios, y las fiestas y ejercicios particulares de la semana. La tercera parte se compone de la lectura del Evangelio en lengua vulgar y de la explicación que sigue a esta lectura.

El uso de la instrucción en medio de los santos misterios data de los tiempos apostólicos. *El primer día de la semana,* hallándonos reunidos para *la fracción del pan,* San Pablo, arrebatado por su celo, prolonga el discurso hasta la noche. Tertuliano testifica que después de las oraciones generales y las lecturas se hacían en la asamblea cristiana exhortaciones. San Justino traza admirablemente el método de la plática. Cuando ha cesado el lector, nos dice, el que preside pronuncia un discurso, en el que instruye al pueblo y le exhorta a la imitación de las bellas lecciones que se acaban de leer. En los siglos siguientes pueden servirnos de modelo las homilías sobre el Evangelio de los Basilios, Crisóstomos, Ambrosios, Agustinos, Gregorios y otros Padres.

§ VI. *Del Credo*

El Evangelio y la instrucción terminan lo que se llamaba antiguamente la *Misa de los catecúmenos,* es decir, la serie de preparaciones, súplicas e instrucciones, después de las cuales se despedía a todos los que tenían prohibición de asistir a la *Misa de los fieles.* Después de la plática, el diácono elevaba la voz para despedir a los infieles, a los catecúmenos y a los penitentes públicos. *Las cosas santas son para los santos,* exclamaba, retiraos, porque va a principiar el tremendo sacrificio; vosotros, que no tenéis la fe en Jesucristo, que no pertenecéis a la sociedad de sus hijos; vosotros, que os preparáis a la gracia del bautismo, pero que aún no lo habéis recibido; los que habéis perdido esta gracia y que trabajáis para recobrarla por la penitencia, retiraos, las cosas santas son para los santos. Esta despedida era tan grave, tan solemne, tan instructiva y conmovedora que el pueblo ha dado al sacrificio por esta razón el nombre de *despedida* o *Misa.* Y si se añade a esta ceremonia

tan importante todas las antiguas reglas de penitencia canónica, nos sobrecogeremos de temor al pensar en la pureza y en las disposiciones que la Iglesia exigía de sus fieles para merecer la participación a la santa oblación. Si después se ha relajado el rigor de esta disciplina, si permite hoy al pie del altar al infiel y al pecador, temamos esta indulgencia si no produce en nosotros más que una temeridad sacrílega, y aprovechémonos de ella, llevando al altar la inocencia reparada o al menos el arrepentimiento sincero y eficaz.

Terminada así la Misa de los catecúmenos se pedía a los fieles el *símbolo*, el signo o señal de cristianos. Además, era conveniente terminar la instrucción litúrgica con la profesión general de todos los artículos de la creencia, y hacer preceder el sacrificio del corazón por la inmolación del espíritu a las verdades de la fe: es propio, en el momento de renovar en la Misa todos los misterios, la vida, la muerte, resurrección y ascensión del Salvador y la efusión de su Espíritu, que se profesara en el símbolo histórico el dogma y el cumplimiento de todo esto. Así, pues, se ha conservado la práctica de rezar esta profesión de fe todos los domingos y fiestas en que los cristianos tienen orden de asistir al sacrificio, y de omitirla en los demás días: mas se dice también el Credo según la correlación que tiene el símbolo con el misterio o solemnidad que se celebra, por ejemplo, en los días de los misterios de Jesucristo y fiestas de la Santa Virgen, en las de los apóstoles que han predicado la fe y de los santos doctores que la han defendido. Baste esto para explicación de la rúbrica sobre la omisión o profesión del Credo.

El símbolo no se rezó en la Misa durante los cinco primeros siglos, por la solidez de la fe de los cristianos. En el siglo VI mandó un obispo de Macedonia, a causa del error de los macedonios, que se recitase en todas las asambleas la fórmula de fe formada en el segundo Concilio general; en el undécimo, Benedicto VIII lo hizo cantar en Roma, y en el día es uso constante y universal rezar en la Misa el símbolo de Nicea con las adiciones hechas por el Concilio de Constantinopla. Ha habido alguna variedad sobre el lugar de la Misa en que debía decirse. El misal Ambrosiano lo coloca antes de la secreta; las Iglesias griegas lo cantaban antes del prefacio; en España se decía a la primera elevación que precede al *Pater,* y Santa María Egipciaca, en el siglo VI, recitó, *según costumbre,* el símbolo y la oración dominicana antes de recibir la comunión en el desierto. En Roma, en Francia, en España, en Alemania y en toda la Iglesia de Occidente se ha colocado después del Evangelio y la plática.

El sacerdote dice el símbolo en medio del altar y lo comienza con las mismas ceremonias que el *Gloria,* hace una genuflexión a estas palabras *et homo factus est,* se inclina al decir que el Espíritu Santo es adorado en unión con el Padre y el Hijo, y termina con el signo de la cruz, para mostrar que es el signo abreviado de nuestra creencia.

En la Misa cantada el celebrante entona y publica el principio, *Creo en un solo Dios;* el coro prosigue el resto, que es la explanación de este preludio; pero debiendo hacerse por todos la profesión de la fe, el orden romano y la mayor parte de los Concilios mandan que

se cante toda por todo el coro reunido, sin órganos y sin música. A estas palabras: *que se encarnó e hizo hombre,* todos se arrodillan.

En las Misas solemnes, después de estas últimas palabras el subdiácono va a dar a besar al clero el libro del Evangelio, que ya se ha presentado a la veneración del celebrante. Antiguamente se daba a besar a los ministros del santuario inmediatamente después del Evangelio y aun al pueblo diciendo: *He aquí las palabras santas;* mas para evitar la suspensión que había que hacer, se hace esta ceremonia durante el Credo, y se ha reducido a darlo a besar al clero, que recibe el incienso después de responder: *Yo las creo y las confieso.* Esta incensación debe recordar a los cristianos, y particularmente a los eclesiásticos, que su vida debe ser conforme al Evangelio, que deben derramar por todas partes el buen olor de Jesucristo y mantener por costumbres puras la profesión de fe que hacen en este momento. Poco después el diácono se levanta y va a extender en el altar el corporal, que es el cuarto paño del altar, destinado a recibir inmediatamente la materia del sacrificio. Es como una advertencia dada a los fieles de prepararse a la ofrenda y de que la oblación santa va a principiar.

Estos ritos, por respetables que sean, pueden variar según los usos de las diversas diócesis, pero lo esencial y que no varía es el profundo conocimiento del símbolo, cuyas verdades debemos profesar con una fe pura y una conducta sostenida.

El Credo es el compendio de la doctrina cristiana; se llama símbolo, es decir, signo, señal de la fe de los cristianos. El símbolo de los apóstoles se ha compuesto por

ellos según la común tradición, antes de separarse para predicar el Evangelio por toda la tierra, y era como la palabra de orden o consigna que debía hacer reconocer a los fieles en medio de la dispersión de los judíos y de los gentiles. Por espacio de los tres primeros siglos no se conoció otro símbolo; los cristianos lo aprendían de memoria y no lo escribían, y se comprendía en la ley del secreto; es el mismo que decimos en nuestras oraciones particulares y en el oficio divino. Al principio del cuarto siglo, cuando Arrio osó atacar la divinidad del Verbo, los padres del primer Concilio general, celebrado en Nicea en 325, ampliaron el artículo del símbolo concerniente al hijo de Dios, y esta profesión de fe se llamó símbolo de Nicea. Algún tiempo después Macedonio se atrevió a atacar la divinidad del Espíritu Santo, lo que obligó a los padres del segundo Concilio general, celebrado en Constantinopla en 381, a explicar el artículo del Espíritu Santo y dar sobre él nuevas explanaciones en la fórmula de Nicea: he aquí lo que forma la tercera redacción del símbolo que debería llamarse símbolo de Constantinopla, pero que se llama símbolo de Nicea, porque no es más que una corta explanación de este. Este símbolo es el que se reza en la Misa. Las adiciones del Concilio de Constantinopla se indican en esta obra con letra mayúscula. Finalmente, después de las herejías que atacaron la esencia y las propiedades de la Trinidad y de la Encarnación, un santo y sabio autor, cuyo nombre se ignora, redactó otro símbolo, el que pareció tan bello que se atribuyó a San Atanasio, el defensor más ilustre de la doctrina ortodoxa. Este símbolo es el que se canta en prima el

día de la Santísima Trinidad y todos los domingos simples.

El símbolo se compone de un preludio de tres partes distintas: la primera de las cuales concierne al Padre; la segunda, al Hijo, y la tercera, al Espíritu Santo, y de una conclusión que es una aclamación de fe y una ratificación, expresiva de todos los artículos que se acaban de profesar; es decir, que la recitación del símbolo considerada en su conjunto transporta nuestros pensamientos a las altas regiones de la fe, ofrece nuestros ojos al curso majestuoso de las cosas y nos muestra al principio las maravillas de la creación, en la plenitud de los tiempos las riquezas de la salvación, en la consumación de los siglos las riquezas de la eternidad. Vengamos a los pormenores.

Creo en un solo Dios, he aquí el preludio y el sumario. *Creo;* se habla en singular, porque siendo la fe un acto de convicción íntima no debe enunciarse en nombre de todos. *Creo,* estoy cierto a no poder dudar de las verdades que voy a profesar, porque Dios, la bondad y la verdad por excelencia, me ha revelado estos artículos de fe y porque esta revelación exterior se me propone por la Iglesia, es decir, por una autoridad visible que ha recibido de Jesucristo toda potestad para enseñar a los hombres. *Creo en Dios,* yo confieso su existencia y su infalible verdad; tengo en Dios una gran confianza, y quiero adherirme a Él como a mi primer principio y último fin, y a mi soberano bien. *Creo en un solo Dios,* porque la unidad es esencial al ser infinitamente perfecto y a la inteligencia soberana e independiente.

I. La fe católica nos enseña que hay en un solo Dios

tres personas distintas e iguales en todo: el Padre, a quien se atribuye el poder y las obras de la creación; el Hijo, a quien se atribuye la sabiduría y los misterios de la redención; el Espíritu Santo, a quien se atribuye la caridad divina y los medios de santificación y salvación. Creo, pues, en Dios *Padre,* primera persona en Dios, que engendra al Verbo, que es su Hijo, *todopoderoso,* porque es el principio de las otras dos personas y porque comunica su omnipotencia y sus perfecciones al Verbo al engendrarle, y con el Verbo al Espíritu Santo, que procede eternamente del Padre y del Hijo; *que hizo* de la nada EL CIELO Y LA TIERRA, que creó por un acto de su voluntad todo lo que compone el universo, *todas las cosas visibles e invisibles* (Col 1), sin ninguna excepción. Creo en este Dios y le temo, mas espero en su bondad y tengo todo mi ser en una continua dependencia de sus órdenes y de sus voluntades.

II. El hombre por el pecado ha interrumpido las relaciones sagradas que debía tener con su Creador: necesita en este estado un reparador en quien pueda poner su confianza. Creo, pues, en *un solo Señor Jesucristo,* Dios y hombre, nuestro Señor y dueño como Dios, pues que es la segunda persona de la Santísima Trinidad, y como hombre Dios, pues que nos ha redimido y le pertenecemos por este título. Llámase Jesús, es decir, Salvador; Cristo, esto es, ungido o sagrado por excelencia: porque es el único sacerdote, el único profeta, el único rey, supuesto que los sacerdotes, los profetas y los reyes reciben de Él su unción, su luz y su potestad; *Hijo único de Dios,* no por adopción como los hombres, sino por naturaleza, con los mismos atributos y la misma

perfección; *nacido del Padre,* nacido de la substancia divina y no sacado de la nada; ANTES DE TODOS LOS SIGLOS y no en el tiempo; *Dios de Dios,* y no criatura de Dios; *luz de luz* consubstancial a su Padre y a su principio que es la luz increada; *verdadero Dios de verdadero Dios,* no por apropiación, sino con los mismos caracteres esenciales de divinidad; *engendrado y no hecho,* producido por vía de generación espiritual, solo engendrado y, por consiguiente, de la misma naturaleza del que engendra; *consubstancial al Padre,* con quien es una misma cosa y un solo mismo Dios; *por quien se han hecho todas las cosas* y que no puede contarse en el número de las criaturas sin blasfemia. Él ha creado con el Padre y el Espíritu Santo, y todo lo que el Padre hace el Hijo lo hace del mismo modo. He aquí el que se ha humillado hasta tomar la forma de los esclavos; prosternémonos de respeto, de admiración, de reconocimiento y de amor: porque el Verbo eterno *descendió* DE LOS CIELOS *por nosotros los hombres y por nuestra salvación.* Pero no recibe del hombre el principio de su generación temporal, toma solamente de la Santa Virgen por obra del Espíritu Santo, que perfecciona todos los misterios, la substancia necesaria para la formación de un cuerpo humano; *y tomó carne de la* VIRGEN MARÍA POR OBRA DEL ESPÍRITU SANTO, *y se hizo hombre.* Hombre perfecto, tomó un cuerpo y un alma semejante a los nuestros y los unió substancialmente a su persona divina, de suerte que de la naturaleza humana y de la naturaleza divina distintas en Jesucristo no resulta por la Encarnación más que una sola persona, que es la persona del Hijo de Dios, por cuyo misterio el Hombre Dios puede padecer y morir como hombre y dar como Dios un precio infinito a sus padecimientos y a su muerte. Este Dios ha querido solamente revestirse con nuestra naturaleza, ha tomado sobre sí la apariencia del pecado y la responsabilidad de nuestros crímenes y ha satisfecho plenamente por nosotros a la justicia divina inmolándose en la cruz. Adoremos, pues, profundamente a este Dios hecho hombre, QUE FUE TAMBIÉN CRUCIFICADO POR NOSOTROS BAJO EL PODER DE PONCIO PILATO, gobernador de la Judea por los romanos, y que fue entregado por los judíos a los gentiles según las profecías; *que padeció* todos los tormentos y la muerte; QUE FUE SEPULTADO, y descendió al limbo para visitar a los justos y patriarcas que esperaban su advenimiento y redención; *que resucitó al tercer día;* que reunió en la mañana del domingo que llamamos el día de Pascua su alma y su cuerpo, bien que la divinidad jamás abandonó esta alma y este cuerpo separados por la muerte. Dio su vida para destruir el pecado; la recobró para darnos la vida de la gracia y la esperanza de la resurrección gloriosa; resucitó SEGÚN LAS ESCRITURAS, y este milagro, que es el fundamento de la fe y de la esperanza cristiana, es al mismo tiempo el acontecimiento central al que van a parar todos los libros sagrados; *que ascendió a los cielos* victorioso y triunfante del pecado, de la muerte y del infierno; QUE ESTÁ SENTADO A LA DIESTRA DE DIOS PADRE, en cuanto a su humanidad santa, porque siendo como Dios igual a su Padre, se halla además como hombre colocado por su gloria y su poder sobre todas las criaturas; desde este sitio de honor continúa ofreciendo su sangre, que ha salvado al mundo, y ejerce perpetua-

mente las funciones de Mediador supremo; *que desde allí ha de venir* CON GLORIA, no como la primera vez acostado en un establo, sino llevado con majestad en las nubes del cielo; *a juzgar a los vivos y a los muertos*, es decir, a todos los hombres sin excepción, pidiéndoles cuenta de tantos medios de salvación como dejó en la tierra; SU REINADO NO TENDRÁ FIN, como se ha predicho por los profetas y como lo anunció el ángel a María su madre.

III. Creo en fin *y en el Espíritu Santo*, tercera persona en Dios que procede del Padre y del Hijo por vía de amor y que es el lazo de las otras dos personas. Le llamó *Espíritu* por excelencia, es el nombre que conviene a Dios; le llamó *Santo* porque es la fuente de toda santidad, y la causa de nuestra santificación. El Espíritu Santo es Dios igual en todas cosas al Padre y al Hijo; esto es lo que el Concilio de Constantinopla proclama al decir que este Espíritu es SEÑOR y dueño, VIVIFICANTE y principio del ser y de la vida; que PROCEDE DEL PADRE Y DEL HIJO, QUE ES ADORADO Y GLORIFICADO JUNTAMENTE CON EL PADRE Y EL HIJO y QUE HA HABLADO POR LOS PROFETAS, como Dios, como Señor y dueño.

CREO EN LA IGLESIA, en la existencia de la sociedad de los fieles que bajo la conducción de los pastores legítimos forma un solo cuerpo cuya cabeza es Jesucristo. Creo que esta sociedad es UNA, porque profesa la misma fe, participa de los mismos sacramentos y de la misma comunidad de bienes espirituales y porque se reúne bajo una sola y misma cabeza que es el Papa, Vicario de Jesucristo en la tierra y sucesor de San Pedro en la silla de la Iglesia de Roma. Las iglesias particulares no pueden tener igualmente más que un obispo, y todas estas fracciones del rebaño con sus pastores respectivos se reúnen en la cátedra de Pedro, que es el centro de comunión y de unidad. Creo que la Iglesia es SANTA, porque ha sido lavada y santificada por Jesucristo; santa por la unión con su divino esposo y con el Espíritu Santo, que jamás la abandonaron; santa por su doctrina y sacramentos y por la participación en la divina Eucaristía; santa en muchos de sus miembros que conservan la caridad, dando de ella brillantes pruebas. Creo que la Iglesia es esencialmente CATÓLICA, título particular que la distingue de las sectas, y por ello entiendo que esta sociedad es universal, que no se halla limitada por los lugares ni por los tiempos. En efecto, ella tiene la universalidad de comunión con los fieles de todo el universo: la universalidad de tiempo, pues que ha comenzado con el mundo y que Jesucristo debe estar con ella todos los días hasta la consumación de los siglos; la Universalidad de doctrina de que es el intacto y puro depósito; la universalidad, en fin, de unión con los que han sido, son y serán miembros de Jesucristo, bien triunfen en el cielo o combatan aún en la tierra, o padezcan aún en el purgatorio: esta unión espiritual se llama la comunión de los santos. Creo que la Iglesia es APOSTÓLICA, porque ha sido fundada por los apóstoles, porque conserva la fe transmitida por los apóstoles; porque es gobernada por los sucesores legítimos de los apóstoles. Es cierto, que la Iglesia de Roma es la Iglesia de Pedro; a causa de la sucesión no interrumpida de sus pontífices desde el principio de los Apóstoles hasta nosotros; y por esto la verdadera sociedad de los hijos de Dios es llamada

la Iglesia católica, apostólica, romana. Las demás iglesias particulares, ya por sus obispos, que son los verdaderos sucesores de los apóstoles, como por su unión inalterable con la Iglesia de Roma, son las diferentes partes de la sociedad católica, apostólica, romana: ellas forman un todo admirable porque vienen a parar al centro de unidad en la persona del sucesor de San Pedro, encargado por Jesucristo de conducir los pastores y el rebaño.

CONFIESO UN BAUTISMO PARA LA REMISIÓN DE LOS PECADOS, confieso que el bautismo borra todas las culpas; que solo hay uno prescrito por Jesucristo; que una vez dado según la forma de la Iglesia no puede ser reiterado, y que la gracia no puede recobrarse después sino por la penitencia. Y ESPERO LA RESURRECCIÓN DE LOS MUERTOS: sí, yo sé que mi Redentor vive y que resucitaré en el último día; que veré a mi Salvador; que le contemplaré con mis propios ojos: esta esperanza reposa en mi seno. Y LA VIDA DEL SIGLO FUTURO: la resurrección que espero es una vida eterna; la vida de los malos será una muerte sin fin, llena de tormentos y de desesperación; más la vida que yo espero de la gracia de Dios será una verdadera vida de verdad, de felicidad y de consuelo; sin medida como sin término.

Amén, *así sea.* Esta exclamación es la conclusión del símbolo. Sí, todo esto es cierto, y así lo profeso: creo en el Padre, en el Hijo y el Espíritu Santo; creo en las verdades de un Dios creador, en los misterios de un Dios redentor, en las gracias inefables de un Dios santificador. *Así sea,* que esta fe se establezca sólidamente en mi corazón, que se profese altamente por mi boca, y que se practique con sinceridad por mis obras. *Así sea.*

CAPITULO III

TERCERA PARTE DEL SACRIFICIO.—DE LA OBLACIÓN O PRINCIPIO DEL SACRIFICIO

Esta tercera parte de la Misa, que es la primera del sacrificio propiamente dicho, comprende todas las oraciones y ceremonias desde el ofertorio hasta el prefacio, exclusive. Aquí hemos llegado ya a las partes esenciales del sacrificio, a la oblación de la materia, a la inmolación, al cambio de esta materia y a la participación del cuerpo y sangre de Dios. Vamos a contemplar en el secreto del santuario la noble e imponente sencillez de la acción y de las palabras de Jesucristo en la última cena. Las oraciones y las ceremonias de la Iglesia que acompañan esta acción y estas palabras divinas son como los acentos de los ángeles que rodean el altar de respeto, reconocimiento y amor.

§ I. *Del ofertorio*

Todos los actos de la grande acción del sacrificio, todas las pausas solemnes que hace la Iglesia en el desarrollo misterioso de su oblación son marcadas, y por decirlo así, consagradas por el deseo mutuo de la presencia del Señor y de su espíritu, por un recuerdo a la atención, a la devoción y al fervor; así pues, *el sacerdote* al comenzar esta parte de la Misa *besa el altar y comunica la paz de Dios volviéndose al pueblo* por estas palabras: *El Señor sea con vosotros,* a lo que el pueblo contesta: *y con tu espíritu;* después se vuelve al altar y dice: *oremos.* Durante muchos siglos el sacerdote permanecía en silencio desde esta invitación hasta la secreta, y el oremos era como una advertencia para mantenerse en espíritu de recogimiento durante la ofrenda; en el día entre el oremos y la secreta el sacerdote dice el *ofertorio* y otras oraciones.

El ofertorio es el versículo que el sacerdote dice inmediatamente antes de la oblación y que el coro canta en cuanto ha sido advertido por la palabra oremos. En las fiestas, el coro se limita a cantar el versículo: los sonidos melodiosos del órgano llenan el claro que queda hasta el prefacio. Llámase ofertorio este versículo porque se rezaba o cantaba mientras el pueblo hacía su ofrenda. Esta ofrenda se hacía en silencio hasta el siglo IV; pero en tiempo de San Agustín se introdujo en Cartago la costumbre de decir algún himno sacado de los salmos, durante el ofertorio y la comunión del pueblo; uso que no tardó en extenderse por toda la Iglesia latina. Repetíase también una antífona entre los versículos del salmo, mientras duraba la ofrenda y la comunión; en el día, en que esta primera ceremonia ha caído en desuso, solo se dice el principio, que sirve de antífona u ofertorio. Acaso parecerá que debía omitirse este, supuesto que no se hace la ofrenda; no obstante, el sacerdote lo dice, porque el ofertorio contiene bien una oración, o una palabra de alabanza, algunas veces una instrucción que recuerda el antiguo uso de los fieles que llevaban sus dones al altar, o bien una exhortación para ofrecer dignamente el santo sacrificio. El coro, que lo canta mientras el sacerdote ofrece el pan y el vino, imita, como lo observa San Isidoro, a los hijos de Aarón, que durante la ofrenda hacían resonar las trompetas en un coro de música, al que unía el pueblo su voz y sus oraciones. El ofertorio varía según el espíritu del misterio, de la fiesta o del tiempo que la Iglesia celebra. He aquí un ejemplo tomado del día de Natividad: «Tomad víctimas y adorad al Señor en su santo templo: que los cielos y la tierra se regocijen en presencia del Señor, porque Él va a venir.»

§ II. *De la ofrenda de los fieles, de las eulogias y del pan bendito*

Ha sido siempre un uso antiguo en la Iglesia que los fieles ofreciesen lo necesario para el servicio divino y sobre todo el pan y el vino, que son la materia rigurosa del sacrificio. Todos los cristianos, hombres y mujeres, iban a la ofrenda, llevando pan y vino para el sacrificio y ofreciendo además cera, aceite y dinero para los gastos

materiales del templo. Este orden de la ofrenda desapareció insensiblemente en el siglo XI. En el día ya no se ofrece el pan y el vino de la consagración: el cambio de la disciplina en esta parte de la ofrenda ha provenido de que el clero ha creído deber servirse en el altar de panes preparados aparte y con el mayor cuidado y de que los cristianos han hecho después donaciones considerables cargándose sobre los beneficiados el cuidado de lo necesario para el culto del Señor. Mas la materia del sacrificio puede ser considerada como ofrecida por el pueblo porque se toma de sus fundaciones y beneficios.

Desde este antiguo uso solo ha quedado el vestigio de ofrecer en algunas partes, en las Misas de difuntos, pan y vino, si bien no se usa este para la consagración. Pero se suple la ofrenda exteriormente de un modo general presentando el diácono en la Misa cantada en nombre del pueblo el pan que debe ser consagrado, y el auxiliar en la Misa rezada el vino y el agua como representante de los fieles.

En cuanto a la segunda parte de la ofrenda, que consistía en ofrecer más pan y vino que el necesario para la comunión, juntamente con cera y dinero y cuanto podía ser útil al servicio de los altares, se conserva en el día.

Respecto a la ofrenda en la Misa, el uso más subsistente ha sido el de ofrecer pan bendito, así llamado porque se bendice con una oración. Distribúyese en las Misas parroquiales, es decir, en la reunión legítima de los fieles presidida por el propio pastor. El pan bendito nos recuerda, desde luego, los antiguos *ágapes.* Eran estos unas cenas que se hacían en la iglesia en los primeros días del cristianismo para honrar la que celebró Jesucristo con sus discípulos antes de la institución de la santa Eucaristía. Estos ágapes precedían la comunión, como la cena mosaica había precedido la maravilla operada en el Cenáculo. Llamábanse ágapes o *caridades* a causa de la común caridad de todos los fieles que comían juntos, ricos y pobres. Pero ya en tiempo de San Pablo se habían deslizado en estas cenas algunos abusos que el apóstol censura y reprende con rigor. Esta santa y fraternal costumbre degeneró bien pronto y fue reemplazada por las *eulogias.* Dábase este nombre a ciertos panes benditos en signo de unión y de comunión: los obispos y los cristianos del siglo IV se enviaban mutuamente eulogias en lugar de la Eucaristía que se envió en algún tiempo de una iglesia a otra. Este uso, adoptado en un principio para conservar la unión entre los fieles ausentes, se hizo después una prueba de caridad entre los que se hallaban o debían hallarse en la Misa parroquial. Desde el siglo IV el Pontífice León IV recomendaba esta costumbre a los curas: *Distribuid,* les decía, *eulogias al pueblo después de la Misa.* De aquí debe comprenderse que el pan bendito de nuestros días es la memoria de la cena, el recuerdo de los antiguos ágapes, la forma nueva de las antiguas eulogias, el símbolo de la unión cristiana, la compensación del pan eucarístico y que bajo estos respectos esta costumbre debe ser venerable, preciosa y querida a los fieles.

El pan se bendice solemnemente. El uso casi general es hacer esta bendición antes de la oblación de la hostia y del cáliz; he aquí cómo se efectúa: El sacerdote, que se halla al pie del altar, donde ha dado a besar la patena

al clero y al pueblo que acude a la ofrenda, da esta paz a la persona que se adelanta con un cirio para ofrecer el pan en nombre de todos. Después, haciendo el signo de la cruz, poniendo su esperanza en el Señor que ha hecho el cielo y la tierra y pidiendo que el Señor sea el principio de unión del espíritu y del corazón de los fieles, reza la oración siguiente: *Señor Jesucristo, pan de los ángeles, pan vivo de la vida eterna,* vos a quien todos los cristianos deberían recibir en la Misa realmente, *dignaos bendecir este pan* (el sacerdote hace al mismo tiempo el signo de la cruz), *como bendijisteis los cinco panes en el desierto,* aquellos panes que no eran tampoco más que la figura del signo eucarístico; *para que todos los que coman de él* con dolor del pecado que les impide comulgar realmente, con piedad y deseo de comulgar espiritualmente con fe y respeto a lo que este pan representa, con caridad y como prenda de la unión de todos los hijos de un mismo padre, *reciban la salud del cuerpo y del alma,* en virtud de sus buenas disposiciones. En fin, el sacerdote vierte el agua bendita sobre este pan que acaba de ser separado del uso común y destinado a ser el recuerdo y el símbolo de la unión más dichosa.

§ III. *Del pan y del vino, materia del sacrificio*

La materia de la oblación eucarística marcada por Jesucristo es pan y vino: pan de trigo y vino extraído naturalmente del fruto de la viña. Respecto del vino la Iglesia solo exige que sea sin alteración y natural, templado por algunas gotas de agua que se vierten en el

cáliz, mas no hace mérito del color y de su cualidad; respecto del pan, la Iglesia ha querido que fuese ázimo, es decir, sin levadura, hecho de la harina más pura y que tuviese marcas que le distinguieran del pan común y ordinario.

El pan ázimo se ha usado desde tiempo inmemorial, fundándose en que Jesucristo debió consagrar con pan sin levadura, puesto que celebró la Eucaristía después de haber comido el cordero pascual de la ley mosaica, que desde que este cordero era inmolado no se permitía comer ni conservar pan con levadura, y que este pan representaba más vivamente la suma pureza del Dios que ofrece y la santidad que exige la recepción de este terrible misterio, según esta palabra de San Pablo: «Comamos, no el trigo antiguo, sino los ázimos de sinceridad y de verdad» (1 Cor 52). Más al mandar la Iglesia en el siglo XI que no se use en la Misa más que pan sin levadura, ha dejado a los griegos la libertad de continuar consagrando con pan con levadura, puesto que es accidental este punto, determinado tan solo por un precepto eclesiástico.

Mas, no obstante el uso vario de las Iglesias orientales y de las occidentales, el pan de la consagración debe hacerse siempre de la harina más pura y ser preparado con respeto y con todo el esmero y aseo. Los mismos sacerdotes han querido hacer estos panes o los han mandado hacer en su presencia por sus clérigos, y nada más edificante que los cuidados llenos de respeto y de religión, con que los primeros monjes de Cluny y demás religiosos preparaban el trigo, la harina y todo lo necesario para la materia del divino sacrificio.

La Iglesia, en fin, ha querido que sus panes del altar tuviesen una forma especial. El Papa San Ceferino en el siglo III los llama coronas a causa de su forma redonda: se hacían expresamente para la Eucaristía y se ve por muchas antiguas estampas que en ellos se imprimía como en la actualidad el signo de la cruz.

El pan se lleva al altar con el cáliz y la patena, que le sostiene; el vino y el agua se preparan fuera del altar, a la derecha, en dos vinajeras. Después que se ha leído el ofertorio, el sacerdote, si el diácono no lo ha hecho ya, extiende durante el *Credo* el corporal en el altar, quita el paño que cubre el cáliz y también la palia o pequeño corporal más estrecho destinado a cubrir la copa sagrada durante el tiempo de la Misa y procede, en fin, a la oblación de la materia del sacrificio. Esta ceremonia por la que se descubre el cáliz y las oblaciones puede recordar a los fieles el Pretorio en que fue Jesucristo despojado de sus vestiduras, la desnudez a que fue reducido antes de subir a la cruz y la necesidad en que están ellos mismos antes de ofrecerse de despojarse del hombre viejo y de sus actos corrompidos para merecer ser vestidos del hombre nuevo que repara en su corazón la imagen de Dios, desfigurada por el pecado. Hasta después del siglo XI no se añadió la *secreta,* que era hasta entonces la única oración de las especiales que vamos a meditar sobre las oblaciones; pero antes de esto haremos una observación general sobre los signos de cruz multiplicados que hace el sacerdote después de la ofrenda hasta la comunión. Tanto antes como después de la consagración se hacen muchos signos de cruz sobre lo que se ofrece y lo que se consagra; la intención de la Iglesia es o atraer la bendición omnipotente de Dios sobre la materia que debe convertirse en cuerpo y sangre de Jesucristo, quien hizo esta bendición antes de la multiplicación de los panes en el desierto y, sobre todo, antes de consagrar en la última cena, o testificar por un signo expresivo y natural que lo que se opera en el altar es verdaderamente la oblación renovada y continua de la muerte de un Dios en la cruz; y cuando, en medio de todo esto, el sacerdote hace sobre sí mismo el signo de salvación que los fieles deben repetir con él, la Iglesia quiere que entendamos que este Dios inmolado solo se ofrece para aplicarnos el precio de su sangre y que debemos desear y buscar la dichosa aplicación de sus méritos.

§ IV. *De la oblación del pan*

El sacerdote toma con la patena el pan que se llama *hostia* o víctima del sacrificio (cuando el pan ha sido consagrado se dice comúnmente la *santa hostia).* En las Misas solemnes se le presenta por el diácono para que parezca que el celebrante no ofrece más que lo que le es ofrecido en nombre del pueblo por el primer ministro del santuario. Tiene con la patena la hostia elevada, alza los ojos al cielo ofreciéndola al Padre celestial, para imitar la acción de Jesucristo antes de la bendición de los panes en el desierto, y para copiar esta acción de Jesucristo de la consagración de la Eucaristía, como nos lo testifica la tradición. Baja en seguida los ojos a la hostia, la que presenta al Señor, porque va a rogar tam-

bién por sus pecados y a reconocerse indigno de tan elevado ministerio; uniendo por este medio maravillosamente lo que exige de la dignidad sacerdotal la necesidad de ofrecer por el pueblo, con lo que exige de la debilidad del sacerdote la miseria del pecador que necesita ofrecerse por sus propias ofensas.

En tan augusto momento, cristianos, levantad los ojos al cielo, porque allí es donde reside en su gloria un Padre lleno de bondad a quien es debido el sacrificio, pero bajadlos a vosotros mismos, porque sois los hijos pródigos e ingratos de este Padre tan misericordioso; sacerdotes, colocad con la hostia en esa patena vuestro corazón, el de los fieles para quienes particularmente celebráis, el de los asistentes, el de todas las ovejas que os son confiadas, el de todos los miembros de la Iglesia. Fieles que queréis participar de la oblación, traed a ella cada uno vuestro corazón; pero un corazón contrito y humillado, depositadle sobre la hostia para que se cambie con ella y para que Dios os lo vuelva nuevo o al menos resuelto a renovarse en las aguas de la penitencia.

Recibid, dice el sacerdote ofreciendo el pan, recibid, *santo Padre,* porque así os ha llamado Jesucristo en la oración que os dirigió entre el sacrificio del Cenáculo y el del Calvario; recibid, *Dios omnipotente,* que tenéis el poder de perdonar los pecados; *Dios eterno,* a quien es debido el sacrificio, porque siendo por vos mismo poseéis el ser por esencia; recibid *esta hostia sin mancha.* Lo que os presento, oh Dios, no es aún más que pan, pero este pan solo se ofrece para ser el pan de vida bajado del cielo; ya entreveo por la fe esta víctima pura

y os ruego desde ahora que detengáis vuestras miradas sobre el cordero sin mancha cuya substancia va a reemplazar la substancia material que elevo ante vos. Recibid, pues, esta hostia, *que os ofrezco* en esta primera parte del sacrificio, *yo, vuestro indigno siervo,* débil representante del pontífice eterno, *a vos, que sois mi Dios vivo y verdadero;* a vos, que sois la fuente de la vida, el principio de toda verdad y a quien debemos rendir sacrificios. Yo os lo ofrezco *por mis innumerables pecados* que he cometido, unos por *ofensas* directas y otros por *omisiones* culpables, por el mal que he hecho, por el bien que he omitido. Mas yo no ofrezco solo por mí, porque a pesar de mi indignidad como hombre y como pecador estoy cargado con una responsabilidad terrible. Es preciso que después de haber ofrecido por la remisión de mis pecados interceda *por todos los que están presentes,* que fijan por su presencia la atención particular de la Iglesia, *y por todos los fieles cristianos,* que en virtud de la comunión de los santos tienen un derecho general al sacrificio; *vivos y muertos,* sin distinción; *para que* esta hostia pura y sin mancha que ofrezco con estos intereses particulares y generales *nos aproveche a mí y a ellos y sea salud para la vida eterna;* por la conservación de la justicia y el don de perseverancia final.

§ V. *Mezcla del agua y el vino en el cáliz*

El sacerdote, estando al lado del altar, toma el cáliz con la mano izquierda, recibe la vinajera del vino y lo vierte en el cáliz. En la Misa cantada lo hace el diácono,

porque corresponde al ministro de esta mesa divina preparar lo que es accesorio, y porque presenta más expresamente de esta suerte los dones del pueblo de quien es el delegado; el sacerdote bendice el agua con el signo de cruz, que hace sobre la vinajera, y con la oración que vamos a explicar y derrama algunas gotas en el cáliz para mezclarlas al vino; en la Misa mayor pone el agua en el cáliz el subdiácono, después de haber rogado al celebrante que la bendiga, diciendo: *Bendecid, reverente padre.* El sacerdote, después de haber hecho el signo de la cruz, dice la oración mientras el diácono pone el agua.

El uso de mezclar un poco de agua al vino de la consagración no está marcado en el Evangelio, pero está consagrado por la más alta tradición y prescrito por orden de los apóstoles, dice un Concilio celebrado en el siglo VII en Constantinopla (Conc. Trull. 698).

Fúndase esta tradición en que Jesucristo consagró en la última cena la copa pascual en la que, según el rito de los judíos, había vino y agua. Testigos fueron de este uso apostólico los primeros padres de la Iglesia, y en particular San Justino, que sólo se separó de San Juan por algunos años. Se ofrece, dice este apologista, al que preside a los hermanos pan y una copa de vino templado con agua [1].

Además de esta razón natural y esencial, los santos doctores han visto en esta mezcla razones graves y misteriosas que se indican en parte en la oración que reza el sacerdote; y son: 1.ª, dice San Cirilo, para expresar que el pueblo fiel, representado por el agua, se une con Jesucristo, representado por el vino, y es ofrecido con él en el cáliz; que unimos nuestra miseria y nuestra debilidad, figuradas por la escasa cantidad de agua, que no tiene fuerza ni sabor y que está absorbida en la abundante y en la omnipotente virtud del Salvador indicadas por el símbolo de un vino generoso, y que así como Él ha participado de la carne y de la sangre tomando nuestra naturaleza, nosotros participamos de su divinidad, de tal manera que transformados en ella no somos tanto nosotros los que vivimos, sino que es Jesucristo quien vive en nosotros; 2.ª, para representar la sangre y el agua que salieron del costado de Jesucristo en la cruz. Entremos en todos estos motivos explicando la oración *Deus qui humanae.*

[1] Vid. SAN JUSTINO, *Apol.*, 2; SAN IRENEO, *Adv. haeres.*, l. 4, c. 57; SAN CIPRIANO, *Epist.*, 63, y los Padres del III Concilio de Cartago, can. 4.

El sacerdote, pues, bendice por el signo de la cruz el agua que se le presenta, pero omite este signo en las Misas de difuntos, porque representando el agua al pueblo unido a Jesucristo, une entonces especialmente a la sangre del Salvador los fieles del purgatorio, que fijados en la gracia no necesitan bendición; en las demás Misas bendice el sacerdote este símbolo de la Iglesia militante para disponerla a unirse a Jesucristo, y para enseñarle que esta unión tan preciosa no se opera sino por el misterio de la cruz; vierte, en fin, un poco de agua diciendo: *Oh Dios, que por un milagro de vuestro poder creasteis al hombre en el más noble estado;* este es el primer misterio a que alude la Iglesia. Dios al crear al hombre tomó una poca tierra e hizo un cuerpo,

y unió esta substancia grosera a una inteligencia creada a su imagen y semejanza; he aquí este estado tan noble representado por la poca agua mezclada a este vino fuerte y abundante; *y que por una maravilla todavía más grande le habéis restablecido en su dignidad.* Este es el segundo misterio que es preciso meditar en la simple circunstancia de la oblación. El hombre estaba desfigurado por el pecado y no podía obtener por sí su restauración. Dios se encargó de ella por pura misericordia, y unió a toda la potestad de su divinidad toda la miseria de nuestra naturaleza; así pudo satisfacer como hombre y merecer como Dios nuestra rehabilitación al estado de la primitiva nobleza: ha puesto acordes los derechos de Dios y nuestros intereses; la justicia y la paz se han encontrado y se han abrazado estrechamente en esta dichosa encarnación; he aquí el modo más admirable de que se ha servido el Señor para levantarnos; la poca agua mezclada al vino representa la naturaleza humana unida personalmente a la riqueza infinita de la naturaleza divina. Hay más; en el misterio de la redención Jesucristo tomó sobre sí nuestras iniquidades y nos transfirió los derechos de su santidad y de su justicia; y Jesús solo exige para la aplicación de tantos méritos que mezclemos algunas lágrimas de arrepentimiento sincero a todo el precio de su sangre derramada por nosotros, y he aquí el nuevo misterio del agua mezclada al vino, de este medicamento, de esta mixtión sagrada que el Salvador ha hecho y compuesto de su sangre y de nuestras lágrimas. ¡Cuán profundo es el sentido de estas oraciones para quien sabe meditarlas, y cómo debemos desear en este momento ser benditos, transformados y absorbidos en Jesucristo! Digámosle, pues, con fervor, con dolor de nuestras culpas y con reconocimiento: *Concedednos por el misterio de esta agua y de este vino,* cuyas razones sublimes sabemos ya, *que tengamos parte en la divinidad de Aquel que se dignó hacerse participante de nuestra humana naturaleza:* Él tomó nuestra naturaleza humana; haced que nosotros participemos de su naturaleza divina, por los grandes dones que nos comunica y por la permanencia del Espíritu de Dios en nosotros que dirige todos nuestros movimientos y la participación en la sagrada Eucaristía, el más grande y precioso de los dones, que haciéndonos entrar en comunicación con la carne sagrada de Jesucristo, que es Dios, nos hace comunicar con Dios mismo; y esta gracia os la pedimos por *Jesucristo,* que es a un tiempo *Hijo vuestro y Señor nuestro, que vive y reina con vos en unidad del Espíritu Santo, por todos los siglos de los siglos. Así sea.*

§ VI. *Oblación del cáliz*

Aunque el sacrificio de Jesucristo sea único y este Dios Salvador resida entero bajo cada una de las dos especies sacramentales, no obstante, porque su sacrificio es instituido bajo la doble especie de pan y de vino, se ofrece separadamente una y otra, y puesto el vino con un poco de agua en el cáliz *el sacerdote se vuelve al medio del altar y eleva el cáliz para ofrecerlo, teniendo los ojos alzados al cielo,* porque esta elevación de la materia del sacrificio y de nuestros corazones es el signo natural

de la ofrenda hecha a Dios; porque ninguna palabra de la oración determina a bajarlos, y porque el símbolo de la unión del pueblo con Jesucristo y de la comunicación de los méritos de un Dios le han dado más confianza para elevarlos.

En la oblación del pan, el sacrificador ha hablado en su solo nombre, *yo os ofrezco, ego offero:* pero aquí habla en plural, porque el pueblo, que ha sido bendito y representado por la mezcla del agua, ofrece al presente con él y porque el diácono, que es su representante, da el cáliz, lo sostiene con una mano y reza la oración en nombre de los fieles.

Señor, os ofrecemos, a vos solo que sois nuestro Dios, y no a vos, Pedro, Pablo, como observa San Agustín, *el cáliz de la salud,* pues va a ser el cáliz de la sangre de Jesucristo, *impetrando vuestra clemencia para que sea presentado y suba en olor de suavidad ante el acatamiento de vuestra divina majestad.* La oblación de la sangre de vuestro Hijo no puede menos de seros agradable por sí misma, pero podría ser sin fruto a causa de la indignidad de los que os la ofrecen; y por esto imploramos vuestra bondad, para que nos hagáis dignos de presentaros esta ofrenda y de ser ofrecidos con esta sangre preciosa: *por nuestra salud* en particular *y por la de todo el mundo* en general; porque Jesucristo es la víctima de propiciación por nuestros pecados y no solo por los nuestros, sino también por los de todos los hombres. *Así sea* (1 Ioh 2, 2).

Al terminar esta ofrenda del vino como la del pan hace un signo de cruz con la hostia y el cáliz para mostrar por este rito que se coloca la víctima en la cruz y se cubre el vino con la palia o pequeño corporal, no por misterio, sino por precaución para impedir que caiga algo en él.

§ VII. *Oblación de los fieles*

Aunque el pueblo cristiano se halla ofrecido por el signo del agua en el cáliz, conviene expresar más sensiblemente esta oblación: y esto es lo que la Iglesia ha querido hacer en la oración siguiente.

El sacerdote hasta aquí ha obrado como sacrificador, y a pesar de su indignidad ha elevado hacia el Señor la materia que debe convertirse en el cuerpo y sangre de Jesucristo. Mas ahora, como hombre, se confunde con los hombres; inclina este cuerpo que tenía recto por ofrecer, une sus manos que tenía elevadas hacia el cielo como mediador, y en esta postura conveniente al personaje que representa hace ahora la oblación de su espíritu y de su corazón, del espíritu y del corazón de los fieles para unirlos a la gran víctima de salvación. Mas como la indignidad del hombre pudiera mezclar en la oblación algo que fuese desagradable a Dios, debemos presentarnos con las disposiciones expresadas en la oración siguiente.

Nosotros nos presentamos delante de vos, ¡oh Señor!, con un espíritu humillado y un corazón contrito. He aquí las dos disposiciones esenciales y naturales para el sacrificio que vamos a ofrecer: la humildad, el dolor. En este espíritu, pues, de humildad, con este corazón contrito podemos presentarnos al altar con alguna con-

fianza. El pecador se presenta con espíritu de humildad cuando reconoce que no es nada por sí mismo, que lo poco que hace en el orden natural lo ha recibido de Dios y que no puede nada sin su gracia, en el orden de salvación; cuando se avergüenza de sus culpas y se considera como la criatura más vil y más ingrata. Su corazón es contrito cuando está herido, traspasado de dolor por haber ofendido a Dios, que debe ser el único objeto de su amor. *Recibidnos, pues, Señor.* Estas palabras las toma la Iglesia del cántico de los tres jóvenes cautivos en Babilonia que a la vista del horno ardiente donde iban a ser arrojados por no querer ofrecer incienso a los ídolos se ofrecían con tanto valor en holocausto por la gloria de Dios, a quien adoraban, diciendo: «Recibidnos, Señor, con la ofrenda de un corazón contrito y humillado.» El sacrificio que nos pedís y que deseáis es el de un corazón penitente traspasado de dolor. ¿Cómo podríais no recibir la humildad de nuestro espíritu cuando lo unimos a la humillación de vuestro Hijo, y la contrición de nuestro corazón cuando la unimos a las abundantes satisfacciones de este Hijo bien amado? Recibidnos, pues, Señor, humillados y contritos; recibidnos como miembros de la augusta víctima, *y haced que nuestro sacrificio,* así dispuesto, se presente ante vos, a vuestros ojos que sondean los espíritus y los corazones, de modo *que os sea agradable.*

§ VIII. *Invocación del Espíritu Santo*

Todo está preparado ante Dios: el pan y el vino que deben convertirse en el cuerpo y sangre de Jesucristo, nuestros espíritus humillados y nuestros corazones que deben transformarse en la gloria y en la gracia del Redentor, la oblación está completa; pero este gran cambio y esta feliz transformación no pueden hacerse sino por obra del Espíritu Santificador; Él es quien debe producir a Jesucristo en el altar, como formó su divino cuerpo en el seno de María; Él quien debe consumir la substancia de pan y de vino por el fuego de su potestad, destruir lo culpable y terrestre que hay en nuestras almas con el fuego de su amor, y a Él debe también ofrecerse igualmente el sacrificio, como al Padre y al Hijo con quien tiene una misma divinidad. He aquí lo que hacemos en esta invocación solemne: y así como en el sacrificio de Elías bajó el fuego del cielo a consumir el holocausto y la leña que había preparada, y la piedra del altar y el agua que se había esparcido en torno suyo, así la Iglesia pide, después de haber dispuesto toda la materia de su oblación, que el fuego divino o más bien el espíritu de Dios, que es un fuego devorador, venga a destruir, a cambiar y a purificarlo todo, mostrando de esta suerte que acepta el holocausto preparado para la gloria de su santo nombre.

El sacerdote eleva las manos y las vuelve a unir, alza los ojos al cielo y los baja al punto diciendo: *Venid, santificador omnipotente,* y bendice la hostia y el cáliz por un signo de cruz a esta palabra: *y bendecid;* ceremonias todas que, como hemos observado, expresan por movimientos muy naturales el sentido íntimo de la oración que reza y los sentimientos de que debe estar afectada su alma. En esta oración se dirige al Espíritu Santo, porque si bien los términos de que se sirve convienen

igualmente a las tres adorables personas, el atributo de santificador se da más comúnmente al Espíritu Santo, y porque la expresión *venid* es la que la Iglesia emplea siempre al invocarlo. Se dirige a este divino espíritu porque aunque los efectos de la omnipotencia vienen de toda la Trinidad, para marcar bien la distinción de las tres personas en un solo Dios, se atribuye a cada una operaciones exteriores y particulares, y como el cumplimiento del misterio de la Encarnación y la efusión de los dones sobrenaturales sobre la Iglesia son atribuidos a la tercera persona de la augusta Trinidad, es justo invocar aquí al Espíritu Santo, suplicarle que venga sobre los dones ofrecidos para santificar el sacrificio que renueva los misterios de un Dios hecho hombre, y para santificar nuestros corazones haciéndolos dignos de unirse a la víctima. Pronunciemos, pues, con el deseo más ardiente la oración que la Iglesia nos propone y procuremos penetrar bien su sentido.

Venid, santificador omnipotente, Dios eterno, vos sois Espíritu creador, quien en el día primero del mundo erais llevado sobre el caos informe salido de la nada a la voz de Dios; vos os cerníais, por decirlo así, sobre esta materia y le comunicasteis vida, fecundidad y toda la hermosura de sus riquezas. Venid también a reposar en este pan, en este vino para que se convierta en el cuerpo y sangre de Jesucristo, y sobre nuestros corazones para que queden renovados y sean dignos de ofrecerse al Señor. Vos, Espíritu renovador del mundo, bajasteis sobre María y a la sombra de la virtud del Altísimo formasteis de la substancia de una virgen el cuerpo de Dios hecho hombre; vos descendisteis sobre

la cabeza del Redentor al salir de las aguas del Jordán para testificar con el Padre que era el Hijo amantísimo; por vuestro movimiento, es decir, por el movimiento de una caridad y de una misericordia eterna e infinita para con los hombres, se ofreció este Dios en sacrificio sobre la cruz, vos, fuego divino y sagrado, consumisteis la víctima; y vos, en fin, Espíritu Santificador, bajasteis sobre los apóstoles para iluminar y purificar sus almas, para cambiar sus corazones, revestirlos de fuerza y llenarlos con la plenitud de Dios; venid, pues, *y bendecid este sacrificio,* es decir, transformad la substancia de estos dones materiales en el cuerpo y sangre de Jesucristo; continuad este santo movimiento de una caridad infinita que ha consumado el holocausto, pues que continuamos ofreciendo aquí la muerte de un Dios, y este Dios ofrece sin cesar esta muerte que ha sufrido por nuestro amor; transformad nuestros corazones humillados y traspasados de dolor en la gracia de Jesucristo, que se hizo por nosotros justicia, paz y redención; bendecidlos e inspiradnos el amor y las demás disposiciones con que debemos hacer el sacrificio de nosotros mismos y unirlo al sacrificio de nuestro Dios.

Venid, Espíritu santificador, Espíritu renovador, Espíritu creador y fecundad la víctima entera; porque vos no sois solo un ministro o el fuego del altar; vos sois Dios como el Padre y el Hijo, coeterno al uno y al otro; a vos también ofrecemos, pues, este sacrificio: él es *preparado para la gloria de vuestro santísimo nombre,* porque es ofrecido a las tres divinas personas, como lo hemos testificado al principio de la Misa, y vos sois en él adorado y glorificado conjuntamente con Dios Pa-

dre y con Dios Hijo. Esta oración se halla en el misal mozárabe de las iglesias de España.

§ IX. *Incensación de las oblaciones, del sacerdote, de los asistentes y de las reliquias, en las Misas solemnes*

Después de la invocación *venid santificador,* marca la rúbrica que se haga la incensación de las oblaciones. En el § I, art. II del cap. I hemos explicado el origen, el objeto y el modo de hacerse la incensación; nos limitaremos aquí a decir lo especial y distinto en la circunstancia que nos ocupa y en las oraciones que acompañan a esta ceremonia muy antigua en la Iglesia griega y adoptada más recientemente en la latina.

El celebrante bendice aquí el incienso por una oración más larga y más solemne que a la entrada del sacrificio.

Por la intercesión del bienaventurado arcángel; la palabra ángel significa enviado; la de arcángel expresa un espíritu bienaventurado enviado para un mensaje solemne, como el que fue diputado a María para anunciarle que iba a ser madre de Dios. Aquí se hace referencia al arcángel *que está a la diestra del altar de los perfumes;* es cierto que el ángel Gabriel apareció a Zacarías a la diestra del altar de los perfumes, y en el Apocalipsis se hace mención de un ángel representado al lado del altar con un incensario en la mano, que se ha creído sea San Miguel; aquí se le invoca porque aseguró a Zacarías que su oración era oída; por él se invoca al Señor y por mediación *de todos sus elegidos,* porque el ángel del Apocalipsis presenta a Dios bajo el emblema de perfumes las oraciones de todos los espíritus celestiales y de todos los santos, y la Iglesia, que quiere unir a su sacrificio oraciones favorables, las une con su incienso al incienso y a las oraciones del cielo. *Que el Señor,* prosigue la Iglesia, *se digne bendecir este incienso,* ponerlo entre las cosas que le son consagradas y aceptarlo como destinado a su culto. Pero no todo incienso le es agradable, por las malas disposiciones de los que lo ofrecen; así se añade que se digne también *recibirlo como un dulce perfume* de agradable olor; y aun por los méritos de la cruz, cuyo signo se expresa, y por la mediación poderosa de *Jesucristo Nuestro Señor,* principio de todos los méritos de los ángeles y de los elegidos del cielo.

El sacerdote comienza incensando en varias veces las oblaciones, como para unir en ellas la súplica más ardiente, el espíritu de inmolación más entero, y para dar una señal más expresiva del deseo que tenemos de presentarlas al Señor y de hacerlas subir como el humo de perfección hasta el trono de la gracia y de la misericordia; y aun la Iglesia quiere que el símbolo de su oblación y de las disposiciones interiores que sus fieles unen a él no se pierda sino en el espacio; ella quiere mantener con el cielo un santo y precioso comercio. *Que este incienso,* dice, *que habéis bendecido,* que vos os habéis consagrado y que os dignáis recibir, *se eleve hacia vos, Señor,* se condense como un rico y fecundo vapor a los pies de vuestra majestad eterna y que *vuestra misericordia descienda sobre nosotros,* que esta nube formada de los votos de la tierra, robustecida con la intercesión de los ángeles y escogidos, fecundada por vuestra miseri-

cordia vuelva a descender sobre nosotros como un rocío de salud y bendición.

El sacerdote inciensa el altar en todos lados rezando estas palabras del salmo 140: *Que mi oración, Señor, se eleve en vuestra presencia como el humo del incienso;* nuestras oraciones serán agradables y benditas si nuestros deseos son puros, nuestro sacrificio generoso y nuestros sentimientos animados por el fuego de la caridad. *Que la elevación de mis manos,* que no es más que el signo de la oblación de mi espíritu y de mi corazón, *os sea agradable, como el sacrificio de la tarde* que habéis mandado hacer en el *templo judaico,* donde por tarde y mañana se quemaban perfumes, y sobre todo como el sacrificio de la tarde que os ofreció Jesucristo a la entrada de la noche en que fue entregado por nosotros y al declinar el día para siempre memorable, en que, elevado en la cruz y tendidas las manos al cielo, os presentó la oblación única que vamos a continuar en el altar. Nuestras oraciones deben salir del corazón; pero ellas pasan por los labios de los mortales y estos labios no deben ser profanados: *poned,* pues, *Señor una guarda a mi boca,* que como un centinela fiel y severo no deje salir ninguna palabra que no sea digna de vos; *y una puerta de circunspección a mis labios,* que los cierre rigurosamente a toda palabra que pueda manchar mi alma y profanar tan gran misterio; *que mi corazón no busque jamás palabras de malicia y rodeos ni artificios para excusar mis pecados,* para justificarme del mal por alguna apariencia engañosa; que el corazón que os ruega sea fiel o al menos sincero y humilde, y si siente la necesidad de excusarse, que su excusa sea gemir y pedir que se le purifique por el fuego de vuestro amor y por la llama activa de vuestra caridad: esto es lo que el sacerdote desea terminando las incensaciones y volviendo el incensario al diácono: *Que el Señor,* en cuyo honor hemos encendido este fuego y quemado estos perfumes, encienda *en nosotros el fuego de su amor;* que este fuego no aparezca apagado, y pronto a extinguirse, *y que nos encienda con una caridad eterna. Así sea.* En seguida se inciensa al sacerdote, como representando a Jesucristo, después, según la costumbre de los lugares, las reliquias de los santos que se han ofrecido a Dios en sacrificio y que han sido en su presencia un dulcísimo perfume. Ya hemos visto por qué se inciensa a los hombres y a ciertas personas del clero y del pueblo con distinción: cada uno al recibir el incienso debe decir en proporción de su ministerio y de su dignidad: ¿Corresponde mi conducta a la idea que la Iglesia da de mí? ¿Mi corazón se ha elevado hacia Dios en los momentos más graves y más preciosos del sacrificio? Porque sea que la incensación general se haya hecho en el Credo, como serie de nuestra profesión práctica del Evangelio, sea que se la difiera hasta la oblación o hasta el prefacio, es la consecuencia de la oblación de nosotros mismos que hemos debido hacer, y de la elevación de nuestra alma más aplicada a Dios por esta advertencia solemne: *elevemos los corazones, sursum corda,* y de esta conformidad los tenemos elevados, *habemus ad Dominum.* En general, dice Santo Tomás, se hace la incensación para representar el efecto de la gracia, que es el buen olor de Jesucristo y que debe pasar de él a los fieles.

§ X. *Del lavatorio de los dedos*

Aunque el sacerdote se lave las manos antes de llegar al santuario, la Iglesia le manda que reitere esta ablución después de la ofrenda y la incensación. Va, pues, al lado derecho del altar, teniendo las manos unidas, lo que observa por respeto siempre que no tiene que operar o que elevarlas, y allí se lava el extremo del dedo pulgar y del índice, recitando los siete últimos versículos del salmo 25, con el *Gloria Patri,* que omite en las Misas de difuntos y del tiempo de Pasión, porque esta doxología de alegría no conviene con las muestras de luto, ni en la memoria de las humillaciones y padecimientos del Señor.

El lavatorio de dedos se hace por una razón natural, pues que las manos del sacerdote han podido contraer alguna mancha exterior en la preparación de las ofrendas, y en el manejo o uso del incensario; en todo caso se lava el pulgar y el índice, que son los que han de tocar el cuerpo de Jesucristo, porque todo aseo y pulcritud es poca para llenar tan santo ministerio. La razón misteriosa de esta ablución es indicarnos que nuestra vida y nuestras obras designadas por las manos deben estar muy puras para acercarse al Señor, que este es un signo de la santidad que conviene a las almas consagradas a Dios; y si no se purifica exteriormente más que la extremidad de los dedos es para que aprendamos de aquí que debemos estar ya lavados por el sacramento de la penitencia y por el dolor de nuestro corazón, para no tener necesidad de purgarnos más que de las faltas leves. Este es el sentido en que antes de la institución de

la Eucaristía, cuando Jesucristo quiso lavar los pies a sus apóstoles, respondió a Pedro, que quería que se le lavasen no solo los pies, sino las manos y la cabeza: «El que está lavado no necesita lavarse más que los pies: vosotros estáis ya puros» (Ioh 22), y no es necesario proceder a una ablución general, pues esta ha debido preceder al banquete sagrado. La Iglesia, con el objeto de hacernos entrar en esta razón misteriosa, que advierte al sacerdote y a los fieles de la extrema pureza que se debe llevar al sacrificio, y que comprendamos mejor esta palabra de David: «Lavadme más y más de mi iniquidad» (Ps 50), manda que se recen en esta ceremonia los versículos siguientes del salmo 25:

Lavaré mis manos, es decir, purificaré mi vida y mis acciones, *con los que viven en la inocencia;* modelaré esta vida según los ejemplos del mismo Jesucristo, que es la inocencia misma, según la conducta de las gentes de bien que con sus ejemplos me hará amar y conservar la rectitud y pureza de corazón; y *rodearé, Señor, vuestro altar.* Los judíos rodeaban el altar con hostias y holocaustos y con la sangre de las víctimas; pero, Señor, vos no queréis en torno de vuestro altar más que nuestros espíritus y corazones unidos a los santos ángeles que os adoran en él. Yo vendré a unirme a vuestros siervos, *a fin de oír la voz que anunciará vuestras alabanzas,* para oírles cantar y aprender de vos mismo vuestra majestad y la manera de alabaros; *y cantar yo mismo todas vuestras maravillas,* porque soy el heraldo de vuestras grandezas, y mi boca publicará que en este misterio se encuentra la memoria de vuestros prodigios.

Señor, yo he amado la belleza de vuestra casa donde

os dignáis establecer vuestra gloria. La gloria de Dios reside, por decirlo así, en el santo templo y en las asambleas donde es glorificado. *No perdáis, oh Dios mío, mi alma con los impíos y mi vida con los hombres sanguinarios, que tienen llenas las manos de injusticias y maldades y su derecha llena de presentes,* que les corrompen y los impelen a toda clase de injusticias; retiradme del medio de los malos, con quienes perecería, y que viva ignorado en la casa de mi Dios, que es la morada de la paz, de la inocencia y de la vida, más bien que habitar en las tiendas de los prevaricadores. *Pero a mí, que he caminado por las sendas de la inocencia, libradme y usad conmigo de vuestra misericordia.* Por vuestra gracia, Señor, he llevado una vida diferente que los impíos y he entrado aquí con un corazón y manos purificadas; mas yo puedo caer en la culpa y más si no me preserváis del contagio de los malévolos. Por vuestra gracia *mi pie ha permanecido firme* en los caminos rectos, que conducen a Dios redentor, y por esto *yo os bendeciré, Señor, en la congregación de los fieles,* pues que por los efectos de vuestra bondad divina he marchado en la vía recta, yo os alabaré en el lugar santo y en las asambleas de la tierra para poder cantar vuestra gloria y vuestras misericordias en la eterna reunión de vuestros escogidos. *Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo,* como en el salmo *Judica.*

§ XI. *De la oración* Suspice, sancta Trinitas

La Iglesia ha ofrecido separadamente y de un modo distinto el pan, el vino y el corazón de los fieles; y ahora quiere ofrecerlo todo de un modo general. La Iglesia ha presentado al Señor su víctima para los fines ordinarios del sacrificio, en testimonio de adoración, de acción de gracias, solicitando el perdón de los pecados y los auxilios de salvación y vida; pero en esta nueva ofrenda ha tenido a la vista otros fines que quiere añadir a los ya expresados; y con la memoria de los misterios de Jesucristo, el honor y los sufragios de los santos. En fin, la Iglesia ha hecho su oblación en particular a Dios Padre, a Dios Espíritu Santo, pero porque ella ofrece a las tres adorables personas, quiere invocar aquí la Trinidad: he aquí las graves razones de esta ofrenda. Para proceder, pues, a esta oblación el sacerdote une las manos en el altar en señal de nuestra entera servidumbre y de nuestra unión con Jesucristo, se inclina en señal de homenaje y adoración más profunda y reza la oración siguiente:

Recibid, Trinidad Santa. Según el uso de los cuatro primeros siglos, las oraciones de la Iglesia debían dirigirse a Dios Padre; así se mandó por un Concilio de Cartago, pues tratándose de destruir el error de los gentiles que admitían la pluralidad de dioses, no se quería nombrar la Santa Trinidad, no fuera que se nos atribuyese aquella pluralidad por los que ignoraban el misterio de la Trinidad divina. Pero los fieles saben que no se adora al Padre sin adorar al Hijo y al Espíritu Santo, que no hay entre estas personas separación ni distancia, que el Hijo está en el Padre, que el Padre en el Hijo, que el Padre no recibe ningún culto que no pertenezca al Hijo y al Espíritu Santo, y que estas tres divinas personas son un solo Dios. Así pues, la Iglesia

dice: Recibid, Santa Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, a quienes honramos igualmente, pues que sois iguales en todas cosas en la unidad de la naturaleza divina, *esta oblación,* compuesta del pan y del vino que deben convertirse en el cuerpo y sangre del Redentor, del espíritu humillado y del corazón contrito de todos los fieles unidos en su cabeza y deseando ser transformados en él; ya os los hemos ofrecido para los fines generales de todo sacrificio, y ahora considerad *que os ofrecemos* esta gran víctima, primeramente *en memoria de la pasión del Redentor,* según el precepto de Jesucristo, porque este sacrificio es el mismo que el de la pasión, como dice San Cipriano; lo ofrecemos también en memoria *de la resurrección,* porque Jesucristo ha continuado su sacrificio en la resurrección ofreciendo la misma vida que tomó en ella; y *de la ascensión de Jesucristo,* por la cual el divino Salvador consumó su sacrificio entrando con su propia sangre en el Santo de los Santos, en el cielo que nos ha abierto. La Iglesia testifica de este modo que, además de los fines generales del sacrificio, tenemos en el altar el fruto de todos los trabajos y de toda la gloria de Dios.

En segundo lugar ofrecemos a la Trinidad adorable esta víctima *en honor de todos los santos;* esto es, presentamos el sacrificio de Jesucristo a la Santa Trinidad al mismo tiempo que celebramos la memoria de los santos, y adorando a Dios por el sacrificio honramos a los santos con quien ellos mismos se ofrecen en sacrificio a Dios. La Iglesia, después de haber dicho que ofrece en sacrificio de Jesucristo a la adorable Trinidad a Dios, que es a quien solamente se ofrece en sacrificio, explica simplemente lo que contiene el santo sacrificio y lo que debemos considerar en él; a saber, los misterios de Jesucristo y las victorias de los santos que hacen su honor. La Iglesia publica altamente por su dogma, por su liturgia, por su tradición esta palabra de David: ¿Quién será semejante a Dios entre los hijos de Dios? (Ps 88). Mas sabiendo que este mismo Dios es glorificado en la reunión de sus santos, no puede separar aquí el honor que le rendimos del honor que debemos a Jesucristo, porque el sacrificio de la Misa es el sacrificio del Redentor, de la cabeza y de los miembros, el sacrificio universal de la Iglesia y de todos los santos que se han inmolado a Dios; y así: «toda la ciudad rescatada, es decir, la reunión de los fieles y la sociedad de los santos, que es el sacrificio universal, es ofrecido a Dios por el gran sacerdote que se ha ofrecido por nosotros en su Pasión», dice San Agustín. ¡Qué cosa más honorífica para los santos que entrar así en lo que forma el sacrificio de un Dios y hacer parte de la gran víctima! Este es el honor que recordamos aquí porque todo el honor y gloria de Jesucristo en el sacrificio que él ofrece y que le es ofrecido refluye necesariamente sobre los santos, que son sus miembros vivos inseparablemente unidos a su jefe; este reflujo de gloria de que es Dios el origen y el principio es lo que honramos en la Misa; y excitándonos el honor del Señor a honrar a sus favoritos, sus amigos, sus hijos y herederos, no podemos hacerlo mejor que en este altar donde ellos han adquirido su mérito, su gloria, la gracia y los derechos a la herencia celestial. La Iglesia honra a Dios por los santos, pues que recordando sus méritos premiados eleva el

pensamiento hasta Dios, que en sus esfuerzos y sus victorias solo ha coronado los propios dones de su gracia y su misericordia: el honor, pues, que rinde la Iglesia a los santos resalta hacia su origen, que es Dios; marca la distancia infinita del Creador y de la criatura, y estos homenajes son como los rayos que parten del foco luminoso y que se concentran en él; los santos han adquirido en este altar el mérito, la santidad, la fuerza, la victoria, y haciendo conmemoración por el adorable sacrificio del honor que han tenido de triunfar del mundo y del demonio, no hacemos más que contar las maravillas de Dios, solicitar la intercesión de ellos cerca de este divino Mediador y excitarnos a glorificar por la virtud de la misma víctima al Dios de las virtudes y al rey de la gloria que es admirable en sus santos. Os ofrecemos esta oblación, continuamos diciendo, en honor *de la bienaventurada siempre Virgen María,* reina de los ángeles y de todos los santos que ha tenido el honor de dar al Verbo eterno el cuerpo de la víctima sacrificada, y que se ha ofrecido ella misma con tantas más acciones cuanto que se halla más elevada en el cielo; *de San Juan Bautista,* que señala con el dedo la víctima santa, el cordero que borra los pecados del mundo; *de los santos apóstoles San Pedro y San Pablo,* como los primeros jefes que han inmolado la víctima después de Jesucristo; *y de estos,* cuya fiesta o memoria se hace y cuyo honor de la victoria se celebra en particular, y aun de aquellos cuyas reliquias descansan en este altar y bajo este altar donde Dios recibe y ofrece el sacrificio; *y de todos los santos* que desde Abel hasta nosotros han sido por sus virtudes víctimas agradables al Señor, *a fin de que* esta oblación *les sirva a ellos de honor,* de ser víctimas por Jesucristo, de ser unidos al sacrificio de Jesucristo, de oír sus nombres gloriosos en este altar, de donde han reportado el fruto del mérito de la victoria, de aumentar el cortejo del triunfador supremo y de ser los mediadores de los hombres con el Padre Santo, y más elevado que los cielos. Que este sacrificio, que ha procurado tanto honor a los escogidos, nos sirva *a nosotros de salud;* que esta tumba del altar, donde millares de siervos de Dios han sepultado ya la debilidad humana, absorba también nuestra miseria y nuestros pecados; que encontremos la salud, donde ellos han encontrado la salud y la gloria. La Iglesia explica perfectamente la doctrina sobre el honor y la invocación de los amigos de Dios por estas últimas palabras: *y para que todos aquellos cuya memoria renovamos en la tierra,* todos aquellos de que hacemos mención general, particular o especial en la mesa sagrada, a quienes no adoramos ni sacrificamos aquí, porque el sacrificio solo se rinde a Dios; de quienes solo hacemos *memoria,* gloriosa para ellos, pero más gloriosa aún para el Señor a quien ofrecemos, *que se dignen rogar por nosotros en el cielo,* que nos obtengan la gracia de seguir sus huellas y alcanzar la vida eterna. Mas esta mediación es solo secundaria; ellos solo son realmente intercesores y esta gracia la pedimos *por el mismo Jesucristo Nuestro Señor,* mediador único, que es el solo de quien nos viene todo don perfecto y toda virtud. *Así sea.*

§ XII. *Del* orate fratres

La razón más antigua de esta nueva invitación a orar ha provenido de la ofrenda del pueblo que duraba largo rato, y que podía causar distracciones; pero el principal motivo, que aún subsiste en el día, no obstante la brevedad de la ofrenda, es despertar el fervor del recogimiento conforme se acerca el momento del sacrificio.

El sacerdote en este momento besa el altar como ha hecho al principio de esta tercera parte de la Misa, y por esta ceremonia expresa tácitamente el deseo de la doble caridad hacia Dios y al prójimo, *que el Señor sea con vosotros.* Tiende las manos y las vuelve a reunir para insistir con la acción y las palabras en la recomendación que va a hacer. *Orad, hermanos,* dice con voz inteligible, porque así se han llamado los cristianos unos a otros a ejemplo de San Pablo, *para que mi sacrificio,* por el cual soy depositario de todos vuestros intereses y *que es también el vuestro,* porque yo soy el representante de Jesucristo con respecto a vosotros y vuestro delegado con respecto a Dios, *sea agradable* y digno de ser presentado a *Dios Padre todopoderoso.*

El sacerdote se despide entonces, por decirlo así, del pueblo, al que no debe volverse hasta que haya consumado el sacrificio, ni aun para saludarle al decir *el Señor sea con vosotros;* el sacerdote va a entrar en el Santo de los Santos y llevando la sangre de la víctima adorable va a ocultarse en el secreto de la faz de Dios y a penetrar en lo más misterioso que hay en el santuario; el sacerdote, pues, parece decir al pueblo: os dejo, voy hasta Dios, entro en el mayor recogimiento para hacer

solo las oraciones secretas, me rodeo del silencio sagrado y me retiro a la cumbre de la virtud del Altísimo; orad también vosotros y pedid al Señor que admita propicio el sacrificio que le ofrecemos. Al concluir, se vuelve al altar para permanecer sin comunicación exterior con los asistentes hasta después de la consumación de la víctima.

El pueblo parece seguir al sacerdote en su retiro con el deseo y con el fervor de sus oraciones: *El Señor reciba de vuestras manos el sacrificio que le ofrecéis.* El sacrificio debe ser ofrecido por un sacerdote establecido por Dios y por la Iglesia, quien lo ofrece sin restricción, porque es el sacrificio de toda la Iglesia, el sacrificio único de que no hacemos más que repetir los actos de oblación, el mismo que ha sido y será ofrecido en todo el mundo; *para alabanza,* he aquí el culto de adoración suprema, *y gloria de su nombre,* he aquí el culto de reconocimiento y de acción de gracias, *para nuestra particular utilidad,* que sea propiciatorio para nuestros pecados e impetratorio para todas las gracias que necesitamos: y para la utilidad *de toda la santa Iglesia.* Sí, el sacrificio se ofrece por todos, pues aunque se ofrezca especialmente por tal o cual persona, aunque se recomiende particularmente a ciertos fieles por el *memento* y aunque los asistentes tengan en la oblación una parte más abundante, el sacrificio se ofrece por todos los fieles, vivos y muertos, la sangre de Jesucristo ha sido derramada por la salvación de todo el mundo y la Misa es la grande y universal oblación de toda la Iglesia. Vayamos, pues, con alegría a los manantiales del Salvador a recibir esta agua que surte hasta la vida eterna.

El sacerdote responde *así sea,* bendice esta relación admirable de oraciones y de fervor, y pide por su aclamación que esta dulce concordancia jamás se interrumpa durante la acción sagrada.

§ XIII. *De la secreta*

La palabra *secreta* significa o que esta oración se dice en voz baja y que es la súplica del secreto y del silencio misterioso que va a envolver la acción inefable del sacrificio, o bien, como observa Bossuet, esta palabra se deriva del latín *secernere, secreta,* separar, separación, porque esta oración se hacía después de separar de la ofrenda la materia propia del sacrificio del excedente que se distribuía al pueblo a manera de eulogias y que servía para sostener el culto. San Gregorio llama la secreta la *oración de las oblaciones.*

No se dice antes de recitar la invitación ordinaria *oremus,* porque esta advertencia se ha hecho ya al principio, y porque en los siglos en que toda la oblación se hacía en silencio, la palabra oremos precedía a esta parte de la Misa, aunque con cierto intervalo; mas después que este intervalo ha sido llenado con las oraciones que acompañan a cada ceremonia de la ofrenda, el *orate fratres* ha sido como la segunda e inmediata invitación, y después de esta exhortación tan bella y circunstanciada se ha creído inútil todo preámbulo a la oración sobre la oblaciones.

El sacerdote reza el cuerpo de la secreta, y lo esencial de esta oración es decir a Dios dos cosas: 1.ª, que convierta el pan y el vino en el cuerpo y sangre de Jesucristo; 2.ª, que cambie nuestros corazones por su gracia y los transforme en la semejanza de Dios hecho hombre. Porque siendo necesario para el sacrificio que haya cambio o destrucción de la materia ofrecida, pedimos esto para perfeccionar la ofrenda, que sería nula ante el Señor si no tendiese a este cambio y a esta inmolación. El sacerdote dice en voz baja la conclusión ordinaria: *Por nuestro Señor Jesucristo que siendo Dios vive y reina con vos en unidad del Espíritu Santo;* pero termina esta conclusión en tono elevado, y aun cantando, si la Misa va acompañada por el coro: en la oración que ha hecho en secreto, el fuego del amor divino ha debido encenderse en su corazón, y como si saliese de un éxtasis, rompe el silencio y concluye la súplica con esta aclamación: *por todos los siglos de los siglos,* con la que invita al pueblo a responderle *amén, así sea.* Esta respuesta se ha hecho siempre con ardor, y San Jerónimo nos dice que este amén resonaba en todas las iglesias como un trueno. Como estas últimas palabras se dicen en el mismo tono y el mismo canto que el prefacio, se ha introducido insensiblemente la costumbre de considerarlas como el principio del preludio de *canon,* aunque en realidad sean la conclusión de la oración de las oblaciones. La repetiremos no obstante en la parte de la Misa que va a seguir, y las uniremos al prefacio, por las reflexiones que suministran a la piedad: ellas serán el principio de la acción de gracias solemne que precede a la regla de la consagración.

CAPITULO IV

Cuarta parte de la Misa.—Del canon o de la regla de la consagración precedida del prefacio

Esta cuarta parte de la Misa contiene las oraciones y las ceremonias desde la secreta hasta el *pater* exclusive. Este es el momento más precioso y más sublime del sacrificio, el punto más interesante a que se refiere todo lo que ha precedido y de donde emana todo lo que de aquí seguirá: va a operarse la consagración, la inmolación de la víctima, y con la presencia de un Dios en medio de nosotros, la oblación verdadera de la inmolación real del Calvario; la acción misma de Jesucristo en la que el sacerdote ya no hablará por sí mismo, sino en nombre del Señor a quien representa, la efusión abundante de toda clase de gracias y bendiciones; es la sangre de Jesucristo misteriosamente derramada, refluyendo con impetuosidad del altar para inundar de alegría a los ángeles y a los santos en la ciudad de Dios; penetrando con fuerza hasta en las entrañas de la tierra para ir a

reanimar las almas que suspiran, como el ciervo sediento por el manantial de felicidad eterna; corriendo en inmensas olas en este valle de lágrimas para arrancarnos al mundo y al pecado, para impeler la barca de la Iglesia al puerto de salvación: en una palabra, toda la potestad del Redentor ejercida en el cielo y en la tierra, su amor pródigo de milagros para permanecer todos los días a toda hora con nosotros hasta la consumación de los siglos: he aquí el *canon* de la Misa que vamos a explicar; más para penetrar en esta tierra ardiente que tiembla a nuestros pasos, que amenaza abismar al temerario que quisiera escrutar por sí mismo las profundidades de la majestad santa, a riesgo de ser abrumado con el peso de tanta gloria, supliquemos al Señor que nos lleve de la mano, y nos dé gracia y fuerza para contar sus maravillas y para no ser enteramente indignos de considerar, aun de lejos, esta gran visión, este fuego sagrado del altar que arde sin consumirse; quitémonos, como Moisés, nuestras sandalias, esto es, despojémonos de todo sentimiento terrestre para elevarnos más fácilmente hasta Dios.

Del prefacio y del sanctus

Justo era que esta acción tan grande fuese precedida de un preludio o de una introducción solemne que se llama *prefacio.* La Iglesia no hace en esto más que imitar a Jesucristo, que comenzó dando gracias a su Padre y levantando los ojos al cielo, cuando resucitó a Lázaro, en la multiplicación de los panes en el desierto, símbolo

de la Eucaristía, y cuando convirtió por primera vez el pan y el vino en su cuerpo y sangre. Este rito sagrado fue tan expresivo en la institución divina del sacrificio de la Misa, que la mesa santa se ha llamado en todos los siglos la mesa *eucarística,* o de acción de gracias. El sumario del prefacio es elevar los corazones a Dios y darle gracias por Jesucristo: por lo común no se expresa el motivo de este eterno reconocimiento, pues el pensamiento está tan absorto en él que no puede distraerse, y porque el motivo es tan sublime que ni el lenguaje de los hombres ni el de los ángeles puede enunciarlo. La invitación de elevar los corazones a Dios se halla en todo tiempo, en todas las liturgias, lo que da motivo a deducir que la principal parte del prefacio es tan antigua como la Iglesia, pues lo que se observa tan antigua y tan generalmente debe ser de un origen común que es la tradición apostólica, según el principio de San Agustín. Desde el siglo VI, el cuerpo del prefacio sufrió variaciones; en la Iglesia latina se marcó en él en pocas palabras el carácter del misterio o de la fiesta para que se comprendiese en la acción de gracias común; pero a fines del año 1100 se redujeron estos prefacios a un número determinado que llamamos los prefacios *propios* en todos los libros de Misa; en ellos se ha seguido la tradición que nos dice que la acción de gracias de Jesucristo en la Cena comprendió la enumeración de los principales beneficios de Dios creador, conservador, redentor y sacrificador, como hace la liturgia actual en los prefacios de las diversas fiestas que celebran sucesivamente todas las maravillas del Señor y los beneficios que ha dado a los hombres.

En cuanto a la manera de rezar o de cantar la introducción de los santos misterios, la indicaremos al explicar cada palabra del prefacio común y ordinario.

Bien se consideren estas palabras: *en todos los siglos de los siglos, así sea,* como la conclusión de la secreta o como el principio del preludio del canon, siempre parece que el sacerdote sale de un éxtasis y de un coloquio con Dios: arrebatado en este recogimiento en espíritu a los cielos, desde tan inmensa distancia, necesita elevar la voz para comunicarse con la Iglesia de la tierra; pero en aquella región tan elevada, ¿qué puede decir sino las palabras de la eternidad, *en todos los siglos de los siglos?* Y obsérvese que el instante precioso del sacrificio y de la consumación comienza al fin de la secreta y se termina antes del *pater* por un mismo grito poderoso que anuncia la eternidad, que revela que la acción pasa en el cielo: es el doble grito que lanzó Jesucristo en la cruz y que anunció la muerte y la resurrección del Dios que no tiene principio ni fin, que es glorificado y bendito desde un punto de la eternidad al otro, *ab aeterno in aeternum* (1 Par 29). Es, pues, como si el sacerdote dijera a los fieles: He entrado en el secreto de Dios y he tratado un instante con el Señor rogándole por vosotros y por mí, voy a penetrar de nuevo en el Santo de los Santos. En tan sublime momento, el sacerdote recuerda a los fieles la eternidad de los siglos; he aquí lo que debe absorber y confundir todas vuestras agitaciones mundanas, he aquí lo que vais a merecer por la efusión de la sangre preciosa de un Dios y por la santificación de vuestras almas que tomaréis en este manantial divino. *Así sea,* responde el pueblo.

El Señor sea con vosotros, prosigue el sacerdote sin volverse al pueblo, porque antiguamente antes del prefacio se cerraban las puertas del santuario y se corrían sus cortinas, y porque el sacerdote se ha despedido del pueblo para entrar en comunicación íntima con Dios; esta advertencia tierna y caritativa que os he dado va a dejar en breves instantes de ser un deseo para ser un hecho; el Señor va a ser con vosotros, no le perdáis de vista, que venga a vuestros corazones antes de parecer en el altar, para que ellos sean dignos de ser su morada y su santuario; *que sea con vuestro espíritu,* responde el pueblo; que vuestro espíritu y vuestro corazón no se alejen de Dios.

Mas una recomendación común sería insuficiente en este instante decisivo; el sacerdote va a reiterarla, y a expresarla tan vivamente como le es permitido a una lengua mortal, y exclama: *elevad vuestros corazones,* es decir, si queréis seguirme en la acción sagrada y llegar con vuestra confianza al trono de las misericordias eternas, elevad vuestra alma para gozar las cosas del cielo y no tengáis gusto a las de la tierra. A esta interpelación responde el pueblo: *los tenemos elevados al Señor.* Esta declaración universal marca la necesidad de reunir toda nuestra atención, todos los deseos de nuestros corazones y cuanto puede elevarnos hacia Dios para ofrecer este gran sacrificio dignamente. Mas guardémonos de que Dios nos juzgue por nuestra propia boca y que desmienta lo que pronuncian nuestros labios un espíritu distraído y disipado, una imaginación que se alimenta de quimeras y vanidades y un corazón ocupado de los afectos terrestres. Que no se nos pueda decir lo que Anastasio el Sinaíta en el siglo VI: Tu alma solo se ocupa de cosas corporales y corruptibles, ¿y respondes: La tengo elevada al Señor? *Demos gracias al Señor nuestro Dios.* Sí, demos gracias al Señor por los beneficios inmensos que va a procurarnos en su mesa divina; por todos los dones que hemos recibido, pues que todo viene del Padre de las luces; por el inmenso beneficio de la Encarnación, porque nos ha dado su cuerpo, su sangre, su divinidad, su alma como precio de la redención, como sacrificio perpetuo, como manjar sagrado, como consuelo de todos los momentos; demos, pues, gracias, bendigamos para siempre a este Dios pródigo de sí mismo. A esta exposición de un motivo tan noble, el pueblo responde con el acento de la gratitud más viva: *Esto es digno y justo,* nosotros no podemos proceder mejor que dilatando nuestras almas y dándonos enteramente al que se da todo a nosotros. Este diálogo del prefacio está modelado sobre este del cielo: y una voz salió del trono que decía: Rendid gloria a nuestro Dios, y yo he oído la voz de una gran muchedumbre semejante al ruido de las olas que decía: Démosle y tributémosle gloria (Apc 19).

El sacerdote prosigue encareciendo la última aclamación de los fieles. Sí, *verdaderamente es digno y justo;* es *digno* de una alma racional alabar y bendecir a este Dios, que merece todas las bendiciones y alabanzas; es digno de un corazón formado a la semejanza divina; es *justo* que se esparza en acción de gracias, que conserve el recuerdo de los beneficios; es *equitativo* dar a cada uno lo que se le debe, y como tenemos deudas infinitas con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, es equitativo rendir en el sacrificio lo que debemos a cada una de

las tres adorables personas en razón de su propiedad personal, y en fin es *saludable* rendir gracias, porque es el medio de que Dios nos conceda nuevos dones y poderosos auxilios: es verdaderamente digno y justo, equitativo y saludable *que nosotros os demos gracias en todos tiempos y en todos lugares,* porque a cada instante y de un confín del mundo al otro abrís, Señor, vuestra mano para llenar de bendición todo lo que respira; *oh Señor santo,* que nos dais todos los bienes de salud; *Padre omnipotente,* vos que sois el principio y el origen de toda paternidad en el cielo y en la tierra; *eterno Dios,* vos que sois el verdadero Dios sin principio y sin fin, ante quien subsistimos en todos los momentos por vuestros beneficios; es justo daros gracias *por medio de Jesucristo nuestro Señor,* pues por Él nos vienen las gracias y por Él debe volver la acción de gracias hasta vos, y por Él retorna dignamente, pues que Él mismo os la hace rendir por nosotros; nuestras alabanzas reciben, pues, toda la dignidad y todo el mérito de un mediador tan santo y tan digno de ser oído *por quien los ángeles alaban vuestra majestad,* cada uno en el orden de jerarquía, *la adoran las dominaciones* profundamente, *la reverencian las potestades* temblando de respeto y de amor, *y los cielos y las virtudes de los cielos y los serafines bienaventurados;* los cielos, es decir, los ciudadanos del cielo, como decimos el mundo por los habitantes de la tierra; las virtudes de los cielos, las que ejecutan en ellos grandes maravillas, y los serafines, felices con el amor más excelente que los abrasa; todos por Jesucristo y en Jesucristo *celebran juntamente su gloria con transportes y cánticos de alegría.* La voz del sacerdote parece perderse en estos detalles de la inmensidad del cielo; ella no sigue el orden riguroso de la jerarquía angélica, no nombra los rangos de todos los coros; pero es bello y grande perderse así al través de las alabanzas, las adoraciones, las admiraciones, los deseos, la alegría y los conciertos melodiosos del cielo. Este es el lenguaje del éxtasis y del rapto; una lengua mortal no sabría contar con orden las glorias de la ciudad de Dios y este bello desorden es efecto de un arte divino. Si el espíritu es insuficiente para enumerar los cánticos de los ángeles, ¿el corazón permanecerá mucho en medio de tan santa y digna armonía? No, este corazón, lleno de reconocimiento, dice a Dios: *con los cuales unimos nuestras voces, rogándoos que os dignéis recibirla, diciendo humildemente con ellos...* Lenguas humanas, ¿habéis podido formular esta súplica? ¿Qué relación hay entre los espíritus purísimos y los miserables pecadores? ¿Qué proporción entre las alabanzas continuas de los ángeles y nuestras oraciones tan distraídas? ¿Entre sus transportes y nuestros gemidos? Mas nosotros no esperamos ser admitidos en tales coros por nosotros mismos, sino que pedimos a Dios la gracia de entrar en ellos durante el sacrificio, pues que la tierra debe unirse al cielo en este momento terrible, y si somos admitidos, nos obligamos solamente a cantar con una justa timidez y a recitar humildemente el cántico de los ángeles. Aprendamos, pues, de esta oración lo que es la Misa, el vínculo del cielo y de la tierra, el sacrificio al que asisten los ángeles, los santos y los hombres: aprendamos cómo debemos pre-

sentarnos en él, cuando lo más puro tiembla alrededor del santuario, de adoración, de respeto y de amor.

Al fin del prefacio se anuncia por el sonido de la campana que va a comenzar la regla de la consagración.

El sacerdote ha demandado para la Iglesia de la tierra el permiso de unirse a los ángeles y ha prometido que uniríamos nuestras voces humildemente como pecadores; y para dar una prueba de fidelidad a esta promesa, y abrumado al mismo tiempo por las palabras sublimes que pronuncia, *teniendo las manos juntas ante el pecho, se inclina y dice con voz medianamente elevada: sanctus.* Este himno, que se contiene en las más antiguas liturgias, se llama angélico y triunfal, porque la primera parte se compuso de las palabras que oyó cantar Isaías alternativamente por los serafines al pie del trono de Dios y de las que oyó repetir San Juan día y noche a los santos alrededor del altar del cielo, y porque la segunda parte se compone de los gritos de alegría y gloria que resonaron en la entrada triunfal de Jesucristo en Jerusalén.

La Iglesia de la tierra es, pues, el eco del cielo cuando repite con el más profundo respeto, con la alegría más viva y el deseo más ardiente: *Santo, santo, santo es el Señor Dios de los ejércitos.* Esta triple repetición es efecto de nuestra impotencia: al querer decir que el Señor es infinitamente santo, mil veces santo y eternamente santo, tenemos que reducir estas adoraciones, lo que hacemos al número de tres, confesando la santidad de la gloria de las tres personas distintas en Dios e iguales en todas las cosas, pero al mismo tiempo decimos el *Señor,* para publicar la unidad de Dios en la trinidad

del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; de suerte que estas primeras palabras son el himno más bello y más digno del Señor, y que debemos pronunciar con la enajenación de la fe y los transportes del amor, uniendo nuestras voces tímidas a los acentos eternos de los ángeles y santos, y entonando en la tierra lo que esperamos proseguir para siempre en el cielo. Es, pues, infinitamente santo el Dios de los ejércitos. El Dios de los ejércitos es el Señor y el príncipe de todos esos millones de ángeles que forman la milicia celeste. Es el Señor de todo lo fuerte y grande que hay en el cielo y en la tierra, y el soberano árbitro de todos los acontecimientos del universo, donde hace brillar su sabiduría, su potestad y su gloria. *Llenos están los cielos y la tierra de vuestra gloria. Hosanna, salud y gloria en lo más alto de los cielos:* salvadnos, pues, vos que estáis en lo más alto de los cielos, *hosanna*[1].

A este cántico en honor de la Trinidad adorable, la Iglesia une un himno a Jesucristo, su Redentor, tomando del Evangelio las alabanzas que se le dieron solem-

---

1 *Hosanna* era una aclamación de alegría usada entre el pueblo hebreo por la que se pedía a Dios con transportes de gozo y esperanza toda prosperidad y toda dicha. Esta palabra ha sido traducida en el salmo 117 por estas: Oh Señor, salvadnos... Oh Señor, toda prosperidad. Es un grito de aplauso que puede equivaler a nuestro viva. La Iglesia ha conservado este término en su fuerza original; y aquí *hosanna* quiere decir literalmente: honor y gloria a Dios en lo más alto de los cielos, toda salud y paz y toda gracia a nosotros desde lo más alto de los cielos. Esta exclamación de felicidad es como el acto de posesión de los bienes inefables que Dios va a darnos con su presencia en el altar, y que solo hemos saludado a lo lejos en el principio del *gloria in excelsis.*

nemente poco antes de la consumación de su sacrificio en la cruz. El *sanctus* es un acto de adoración que ha debido ir acompañado de una postura humilde; el *benedictus* es una aclamación de alegría, y el sacerdote se levanta y se persigna, porque la cruz es la que nos da parte en las bendiciones y en las gracias que viene a difundir sobre la tierra: *Bendito sea el que viene en nombre del Señor,* el que ha venido por sí mismo, pero en nombre del Padre. ¿Y cómo no daremos toda alabanza al que ha venido para nuestra salvación, que viene cada instante a nuestros altares y que vendrá a ponernos en posesión de cantar eternamente el santo cántico de los ángeles? Sí, bendito sea mil veces el que viene para salvarnos; *hosanna en lo más alto de los cielos,* salvadnos por el Mesías, vos que le habéis enviado de lo más alto de los cielos. ¿Qué cosa más digna que ocuparnos este himno en el momento más precioso del sacrificio? ¡Cuán admirable es la relación que hay entre el tiempo en que Jesucristo entró en Jerusalén para ofrecerse en holocausto y el instante en que va a inmolarse en el altar! Cuidemos, pues, de no imitar por nuestras acciones al pueblo judío que cantaba *hosanna, salvadnos, Dios bendito,* y que a los pocos días llamaba sobre sí la cólera de Dios que había venido a rescatarle con su sangre. Que este cántico nos recuerde el momento precioso a que hemos llegado, y que prosternados en espíritu ante el trono de Dios, penetrando por la fe en el cielo, verdadero Santo de los Santos, esperemos con amor y temblor el feliz instante en que va a parecer el Señor para bendecirnos.

Desde el *sanctus* hasta el fin del canon, el sacerdote reza en voz baja todas las oraciones, lo que indica el secreto del misterio y el silencio del respeto. La tradición se ha conservado rigurosa en que no se diga en alta voz la regla de la consagración, y este orden constante ofrece materia para piadosas reflexiones. Es bueno, decía Jeremías, esperar en silencio la salud de Dios: en medio de la noche y en la calma más profunda de la naturaleza, dice el libro de la Sabiduría, se precipitó del trono eterno el Verbo todopoderoso para venir a habitar entre los hombres, la tierra guardó en su presencia mayor silencio que ante el vencedor del Asia; en el secreto del desierto multiplicó Jesucristo los panes; en el retiro del Cenáculo instituyó la Eucaristía; en la pasión guardó silencio ante los jueces, y conducido a muerte como un cordero, siguió silencioso en la cruz en medio de los clamores de sus enemigos, y solo interrumpió tres horas de silencio por algunas brevísimas frases, así como la Iglesia en todo el canon solo eleva la voz para decir *nobis quoque peccatoribus.* El Señor se complace en manifestarse y en hablar al corazón en el silencio y en el retiro, y si la Iglesia manda que se pronuncien en la Misa ciertas oraciones en voz alta y otras en voz baja, es la intención de su piedad llevar con más eficacia nuestra debilidad a la meditación de las cosas celestiales. Guarde, pues, silencio la tierra al aproximarse el Señor; la imaginación, los sentidos y las pasiones imiten este silencio recogido del santuario y que solo se oiga la voz de Dios que hable a todos los espíritus y a todos los corazones.

El canon de la Misa

Canon es una palabra griega que significa *orden, regla;* las oraciones que preceden y que siguen inmediatamente a la consagración se llaman así porque su regla es fija y su orden invariable; así, el canon de la Misa es la regla que debe seguirse necesariamente celebrándola, la colección de oraciones sagradas que jamás cambian y a las que solamente se han hecho algunas adiciones, como tendremos ocasión de indicar. Se ha llamado por excelencia esta parte del sacrificio la oración porque pedimos en ella el don supremo a Jesucristo, y en ella renovamos las acciones de gracias que Él mismo rindió a su Padre. También se ha llamado el canon la *oración canónica,* esto es, la oración reglada y fija; *la acción, el misterio de la santísima acción,* es decir, la acción por excelencia, que no puede entrar en comparación con ninguna otra y que produce los divinos sacramentos y los augustos misterios.

El canon de la Misa contiene la historia sublime de la acción de Jesucristo al instituir la Eucaristía, y las palabras sacramentales de que se sirvió, y de que mandó servirse a los apóstoles y a sus sucesores, para consagrar el pan y el vino en su cuerpo y en su sangre. Esta historia y estas palabras sagradas son el centro principal alrededor del cual se agrupan, como los acentos de los ángeles y las adoraciones de los santos, las oraciones de la tradición apostólica que preceden y que siguen igualmente en número de cinco. Estas oraciones están sacadas, dice el Concilio de Trento, de palabras de Jesucristo, de tradiciones de los apóstoles y de instituciones de

los santos pontífices; todas ellas elevan el alma y respiran la más sublime religión y la más viva piedad. Estas oraciones tan respetables por su antigüedad, por su expresión y que van a parar a su centro divino, a la acción más grande que pasa en el cielo y en la tierra, exigen toda nuestra atención para ser bien entendidas.

§ I. *De la oración* Te igitur, *que es la primera antes de la consagración*

Desde este momento la oración sagrada se hace en voz baja, es la acción del misterio, la calma del alma que trata con Dios, el secreto del Señor y el silencio del aniquilamiento y del respeto. El sacerdote eleva los ojos y las manos, vuelve a unir estas, bajando los ojos en actitud de suplicante y como conviene a las palabras que va a expresar; besa el altar en señal de respeto y de amor al considerar que dentro de leves momentos va a ser la mesa que contenga el cuerpo y sangre de Jesucristo, y hace en la hostia y el cáliz tres signos de cruz al decir estas palabras: *benedicas haec dona,* porque solo obtenemos las bendiciones por los méritos de la cruz de Jesucristo, fijándose en el número tres, para bendecir las oblaciones como dones, como presentes y como sacrificios. Estos signos de cruz son los primeros que los órdenes romanos hasta el siglo XI han mandado hacer en la oblación del altar, y el Papa León IV en 871 recomienda a los sacerdotes que los hagan en línea recta de suerte que marquen distintamente una cruz.

El sacerdote principia la oración con estas palabras:

Así pues, igitur; este principio es la consecuencia admirable de todo lo que ha precedido, y el lazo que sirve de transición feliz a la escena de la consumación del sacrificio; el sacerdote, pues, concluye que es tiempo de pedir la bendición y la consagración del sacrificio: *Padre clementísimo;* dirígese al Padre como ha hecho Jesucristo y le llama *clementísimo,* porque por una bondad y por una misericordia infinita nos ha amado hasta darnos a su Hijo que debemos ofrecerle en sacrificio para que sea nuestra reconciliación y el manantial de todas las gracias; *os rogamos humildemente y os pedimos.* Cuando no hay derecho para exigir lo que se desea se suplica solamente; y cuando se tiene derecho, se pide. Los hombres no tienen por sí ningún derecho de obtener del Padre Eterno lo que desean y solo pueden esperarlo por gracia y por misericordia; así, solo les es propio expresar vivamente sus deseos por medio de súplicas humildes. Pero los sacerdotes, que son como tales diputados de Dios y de la Iglesia para ofrecer el sacrificio, y a quienes ha dicho Jesucristo *haced esto,* tienen algún derecho para pedir, porque obran en nombre de Jesucristo. *Por nuestro señor Jesucristo y vuestro Hijo,* porque nada debemos pedir que no sea por este divino mediador, por quien principalmente podemos obtener la gracia necesaria para ofrecerle en sacrificio; *que os sean agradables,* que aceptéis con gusto la ofrenda de nuestras manos presentada por Jesucristo, y bendigáis por el cambio admirable que efectúa vuestra potestad y por las palabras solemnes de la consagración *estos dones, estos presentes.* Los antiguos autores eclesiásticos han observado la diferencia que hay entre dones y presentes. Don se llama lo que un superior da a un inferior, el Creador a la criatura, presente lo que los inferiores presentan a los superiores. Así el pan y el vino del alma se llaman dones respecto a Dios, que nos los ha dado, y presentes respecto de los hombres, que los ofrecen al Señor. Nosotros no podemos ofrecerle en presente más que sus dones. Todas las cosas son vuestras, Señor, y os ofrecemos lo que hemos recibido de vuestras manos, decía David. *Y estos santos sacrificios sin mancha,* y esto por dos razones: primera, porque son elegidos y separados de todo uso para la consagración, como lo eran los antiguos sacrificios de la ley, y segunda, porque los miramos ya como el cuerpo futuro de Jesucristo; *los cuales os ofrecemos en primer lugar por nuestra santa Iglesia,* santa por Jesucristo, que la ha lavado en su sangre para hacerla santa y sin mancha; por esta Iglesia *católica,* cuyos miembros se han esparcido por toda la tierra según las profecías, permaneciendo unidos a su cabeza; *para que os dignéis darla la paz,* para que prevalezca contra las puertas del infierno en las persecuciones de los paganos, de los judíos y de los infieles; *guardarla* contra los esfuerzos de los heréticos y de los incrédulos que atacan los fundamentos de la fe; *mantenerla en la unión,* preservándola del cisma y haciendo entrar a los cismáticos en su unidad. La Iglesia ruega aquí indirectamente por los gentiles, los judíos y las sectas de nuestros hermanos errantes y separados, pues directamente solo ruega por ellos el Viernes Santo, en este gran día de la expiación en que reza con el acento de la madre más tierna las oraciones conocidas desde el siglo V. En fin, pedimos a Dios que se digne condu-

cir su Iglesia *y gobernarla en toda la tierra,* dirigiendo en todos lugares el corazón y el espíritu de los que la componen, es decir, que inspire a los pastores las mismas miras, los mismos sentimientos, las mismas reglas conforme a las verdades del Evangelio, el mismo amor de orden y de disciplina; y a los fieles una entera sumisión a sus pastores, que les conduzcan en el espíritu de unanimidad; *juntamente con vuestro siervo, nuestro Papa;* porque, Señor, nosotros nombramos en particular entre todos los pastores al obispo del primer siglo cristiano, *nuestro Papa N;* es decir, nuestro padre, el padre común de los fieles, el que es el centro de la comunión católica, el que preside a esta Iglesia romana, madre y señora de todas las Iglesias; sucesor de San Pedro, sobre el que se ha fundado y establecido la Iglesia, y vicario de Jesucristo para continuar la obra de salvación y conducir a los fieles y pastores a los pastos eternos. Le llamamos *vuestro siervo* y él mismo se llama el siervo de los siervos de Dios. *Y con nuestro prelado N,* o nuestro obispo, porque así como el sucesor de San Pedro es el centro de la unidad de todas las Iglesias del mundo, el obispo es el centro de unidad de todo su rebaño, y con él hace una Iglesia particular, como la unión de todos los fieles y obispos hace la Iglesia universal a que se reúnen todos los rebaños particulares para concentrarse en la unidad del redil general. La letra N colocada después de la designación del Papa y del obispo indica que deben ser nombrados expresamente los jefes en el orden espiritual, y esta práctica constante de la liturgia es un signo sagrado de comunión con la Santa Sede y con su obispo, y tanto, que el santo Papa Gelasio escribía que

faltar a este deber era separarse del pastor legítimo y de la Iglesia universal. *Nuestro rey N.* San Pablo exhorta a su discípulo Timoteo que haga rogar por los reyes y por todos los que se hallan elevados en dignidad, porque el ejercicio de su grande autoridad necesita grandes auxilios del cielo; porque de ellos depende en parte la paz de la Iglesia, a fin, continúa el apóstol, que llevemos una vida pacífica y tranquila en toda suerte de piedad y de pureza. Con esta mira decían los fieles por su apologista Tertuliano: «Rogamos por los emperado»res y pedimos a Dios que les dé una larga vida, que »sus ejércitos sean invencibles, que les asistan buenos »consejos, que sus pueblos subsistan en su deber; que »no se promueva ninguna turbulencia contra su autori»dad, y, en fin, no olvidemos nada de lo que puede de»sear un príncipe como hombre y como rey», *y todos los demás cuya creencia es ortodoxa,* es decir, recta y conforme a la regla del Evangelio propuesta por la Iglesia; porque es justo, Señor, después de haber rogado por la unidad de la Iglesia, rogar en general por los que se mantienen en la pureza de la fe; *y por todos aquellos que hacen profesión de la fe católica y apostólica,* de esta fe que los apóstoles han enseñado y difundido en todas las Iglesias, por aquellos en particular cuyo celo trabaja en su acrecimiento y propagación.

§ II. *Del* Memento o *memoria de los vivos, que es la segunda oración antes de la consagración*

La Iglesia, después de haber rogado por los depositarios de la autoridad y por los príncipes de la tierra, rue-

ga por todos sus bienhechores y por los que asisten con devoción a la Misa.

El sacerdote eleva las manos en señal de su ardiente deseo de ser oído, las vuelve a unir al pecho para recogerse en la memoria de los fieles, y permanece algunos instantes en silencio para pensar con más atención en las personas que quiere recomendar. Esta pausa no debe ser larga, y la rúbrica dice que si el sacerdote quiere rezar por muchas personas, puede pensar en cada una en particular antes de la Misa, y recomendarlas después en general en el altar, para no excitar el cansancio más bien que la devoción en los asistentes.

Acordaos, Señor, dice el sacerdote. Sabido es que todo está presente a Dios, mas en Dios acordarse es socorrer. Esta palabra ha resonado cerca de la cruz en el momento de la inmolación del Salvador; y ha salido, para darnos confianza, de la boca de un gran pecador inmolado con Jesucristo. Acordaos, Señor, de mí cuando hayáis llegado a vuestro reino (Lc 23). *Acordaos, Señor,* dice, pues, el sacerdote, *de vuestros siervos y de vuestras siervas N. N.* Estas letras indican el lugar donde se expresa los nombres de las personas a quienes se recomienda; a saber: 1.º, las que han mandado decir la Misa; 2.º, los bienhechores y bienhechoras que contribuyen con sus limosnas a la celebración de los divinos misterios; de estas personas cuyos nombres recitaba el diácono antiguamente en alta voz en el *memento,* pero por cuya modestia la Iglesia solo los nombra mentalmente, pues que el Padre celestial, que ve lo más oculto de los corazones, no olvidará lo que se ha escrito en el libro de la vida; 3.º, por todos aquellos a quienes deben desearse gracias

espirituales y temporales. Después de haber así designado las intenciones más especiales, el sacerdote tiende las manos, en señal de la inmensa caridad de Jesucristo que se extiende a todos los hombres, y continúa: *y de todos los circunstantes,* cuyo celo en asistir a los santos misterios indica el deseo que tienen de ser recomendados en el altar, *cuya fe y devoción conocéis.* La Iglesia ruega en particular por los que están presentes, pero en quienes Dios, que sondea lo interior del corazón, ve una fe verdadera y una sincera devoción. El *memento,* pues, no comprende a los que asisten con ligereza e inmodestia, sin atención y sin piedad, por temor o por bien parecer. Parece que por estas palabras, que los cristianos deben pensar y meditar, se dice a Dios: Tratadles, Señor, según su fe, que os es conocida; según la devoción que muestran al pie de vuestros altares y por vuestro servicio. Acordaos, pues, de estos asistentes, *por quienes os ofrecemos o que os ofrecen* este sacrificio de alabanza; antiguamente cuando el pueblo presentaba en el altar la materia de la Eucaristía se decía simplemente: acordaos de los que os ofrecen, pero desde el siglo X, habiendo cesado por negligencia esta ofrenda y reemplazándose por las fundaciones o por monedas que se llevaban al altar, el clero se encargó por sí de proveer el pan, el vino, las luces, los vasos, lienzos y ornamentos para el sacrificio y se ha dicho en el canon: *por quienes os ofrecemos,* conservando el antiguo texto, *o que os ofrecen;* pero aquí la partícula *o* no es alternativa, sino conjuntiva y la Iglesia quiere decir: por quienes os ofrecemos y que os ofrecen, pues aun en el día hay fieles que hacen celebrar la Misa y que contribuyen con

un honorario a los gastos materiales, y hay otros por quienes el sacerdote está obligado a ofrecer, o a causa del deber de su cargo, como los curas cada domingo y fiestas de precepto, o a causa de algunos legados y fundaciones; en el primer caso se dice con verdad *los que os ofrecen,* y en el último, *por quienes ofrecemos;* y como los asistentes deben unirse en general a las intenciones con que sacrifica el ministro de la Iglesia, este ministro debe responder a las intenciones de los que hacen ofrecer y aun a los deseos desconocidos de su fe y su piedad. Así, la Iglesia tiene la más edificante razón de caridad al querer comprenderlo todo diciendo *por quienes os ofrecemos o que os ofrecen este sacrificio de alabanza,* este cuerpo futuro, esta sangre bien pronto presente de Jesucristo, que son el verdadero sacrificio de alabanza, pues solo por esta divina hostia alabamos dignamente al Padre celestial; pues el objeto de la Iglesia al hacer ofrecer a sus fieles pan y vino o medios para procurárselo es recordarles que esta ligera porción que ofrecen de los bienes de que gozan en la tierra es un homenaje por el cual testifican que todo lo han recibido de Dios en el orden de la gracia y de la naturaleza y que ellos le sacrifican algo para alabar esta mano liberal que les colma con las bendiciones del cielo y de la tierra.

He aquí lo que los fieles piden por este ligero tributo de alabanza y adoración: ruegan *por sí mismos,* pues la caridad bien ordenada que recomienda que se ame al prójimo como a sí propio quiere que se comience rogando por sí mismo, pero después que haya interés y se pida *por todos los suyos,* por aquellos con quienes nos une algún lazo de sangre y de amistad, el deber o el reconocimiento; el mismo orden de rogar por nosotros antes de orar por los demás quiere también que se pidan los bienes del alma antes que los del cuerpo, y según esta regla decimos *por la redención de sus almas,* esclavas del demonio por el pecado, pero libradas y rescatadas por el precio del sacrificio de la cruz y del altar: *por la esperanza de su salvación;* por el restablecimiento de nuestros derechos al cielo y el don de la perseverancia que nos hará coherederos de este Dios por quien solo podemos ser salvados y por la esperanza *de su conservación,* de su salud. En estas palabras de conservación y de salud se comprenden los demás bienes temporales, porque este es el primero de los bienes sin el cual no se podrían gozar los otros, y el medio de trabajar en adquirir los demás. La salud del cuerpo es un bien muy considerable, porque puede contribuir a hacernos cumplir mejor con nuestros deberes, y las enfermedades ocasionan pruebas y tentaciones. La Iglesia nos hace pedir la salud del cuerpo en muchas oraciones y Jesucristo nos ha dicho que es un bien de que debemos dar gracias a Dios. *Y que dirigen sus votos a vos,* como al único autor de la salvación de la vida y de los bienes, *a vos, que sois Dios eterno y verdadero,* Dios vivo y que os conserváis por la acción de vuestra providencia; Dios verdadero que concedéis los verdaderos bienes. Los fieles ofrecen sus votos ofreciéndose a sí mismos. Nosotros le hemos sido dedicados haciéndonos sus hijos en el bautismo, y debemos ofrecérnosle continuamente por nuestras adoraciones y por nuestro amor.

§ III. *De la oración* Communicantes, *que es la tercera antes de la consagración*

A la cabeza de esta oración se encuentra esta frase: *infra actionem,* que significa en la acción, entre la acción, como se dice *infra octavam,* en la octava, y que sirve como de una nota preventiva para advertir que en ciertos días del año se deben insertar en la oración algunas adiciones a continuación de la palabra *communicantes,* como, por ejemplo, en el día de Natividad se añade: y celebrando el día santísimo en que Jesucristo nació. Estos días son las cinco fiestas principales del año: Natividad, Epifanía, Pascua, la Ascensión y Pentecostés.

El sacerdote, permaneciendo en la misma situación, dice: *participando en una misma comunión,* esto es, entrando en comunión con todos los fieles, pues que este es el sacramento de unidad que solo puede ser ofrecido en la unidad de la Iglesia católica. Estas primeras palabras son la admirable consecuencia de lo que se ha dicho en el canon de la Misa: toda la Iglesia se ha unido y estrechado en el altar por la unidad de la misma fe, por el fervor de la misma devoción, por la caridad de la comunidad de los mismos sufragios, por la misma sumisión a ser regidos por el Padre común de los fieles y de los pastores legítimos, y estos lazos se han formado en Jesucristo, por Jesucristo y con Jesucristo, jefe sagrado de todos los hijos de Dios, que son sus miembros. Pero esta frase, *participando de una misma comunión,* para ofrecer y celebrar tal o cual día santo, no está restringida a la sola unidad de los fieles de la tierra, significa también la comunión con los santos, pues que es de fe que tenemos la ventaja de estar unidos con ellos y de ser en Jesucristo los miembros de un mismo cuerpo y de una misma sociedad. Así, en las dos oraciones anteriores la Iglesia militante se ha agrupado en torno de la víctima; en esta es convocada la parte triunfante de la sociedad de los hijos de Dios a la mesa de la gran familia de los escogidos para rodear a los convidados del destierro con los méritos y las oraciones de los convidados de la patria. Parece que en esta unión general de todos los fieles en la mesa del sacrificio quiere la Iglesia ver absolutamente el número completo, y que dice a Dios como Samuel a Isaí: Llamad a todos vuestros hijos a la inmolación, enviad por los que están lejanos, porque no participaremos de la víctima sin que estén todos reunidos.

Sin embargo, entre la unión de los fieles vivos y la que tenemos con los santos del cielo hay estas diferencias: que la primera es una comunión total entre iguales y la otra es desigual y solamente comenzada; entre los fieles de este mundo hay el mismo camino, las mismas necesidades, el mismo peregrinaje y los mismos sacramentos; en nuestra comunión con los santos solo tenemos el mismo objeto y la misma patria, por la fe y la esperanza que nos hacen desear lo que ellos ya poseen; marchamos en la misma carrera por que han marchado, pero ellos han llegado ya al término; combatimos en la misma arena en que ellos han combatido, pero han conseguido ya el triunfo: ellos son habitantes y poseedores, nosotros viajeros y desterrados; ellos gozan de las dulzuras de la tierra prometida, nosotros atravesamos

en medio de los enemigos el desierto que conduce a ella; ellos contemplan al Señor cara a cara, nosotros estamos lejos de Él y solo tenemos la esperanza de llegar hasta su trono y de reunirnos a nuestros conciudadanos. Así pues, solo podemos mantener comunicación con los santos como se mantienen relaciones entre personas distantes, enviándoles recuerdos y expresándoles cuán querida y cuán preciosa nos es su memoria. Por eso, después de haber dicho *communicantes* en general, lo que debe entenderse de la unión de los fieles de la tierra entre sí, y de la unión de la Iglesia del mundo con los miembros de la sociedad que triunfa en el cielo, añadimos: *y venerando su memoria,* para que rueguen por nosotros y que Dios conceda a sus oraciones el socorro y protección que necesitamos. Porque la Iglesia sabe que Dios concede por la intercesión de los santos lo que no osaríamos esperar por nosotros. Los santos israelitas rogaban a Dios que les socorriese por la memoria de Abraham, de Isaac y de Jacob. He aquí por qué la Iglesia renueva la memoria de la Virgen y de los santos.

Y venerando la memoria en primer lugar de la gloriosa siempre Virgen María, Madre de Jesucristo, nuestro Dios y Señor, que debe ser puesta al frente de todos los santos a causa del culto de honor especial que la Iglesia le rinde, y cuya memoria en el altar debe ser tanto más solemne cuanto que la divina víctima es carne de su carne. Así, no debemos pasar sin reflexión los términos de la liturgia que revelan su grandeza sobre todas las criaturas; llámala *gloriosa* por la gran gloria que el Señor ha hecho brillar en ella, gloria que ella misma ha reconocido (Lc 1, 49); *siempre virgen,* a causa del privilegio único en todos los siglos de poseer el júbilo de ser madre con el honor de la virginidad, prodigio más elevado que los cielos, más profundo que el abismo; *madre de Jesucristo* según la naturaleza humana; y como esta naturaleza humana ha sido substancialmente unida a la persona del Hijo de Dios desde que fue concebida y formada en el seno de María, se sigue que es la madre de Jesucristo Hombre-Dios, *nuestro Dios y Señor* y, por consiguiente, madre de Dios; que bajo este título solo a Dios es inferior, que la sangre que corre en el altar ha sido formada de su propia sangre, y que adoramos en él al verdadero cuerpo de Jesucristo nacido de la Virgen María.

Y también de vuestros bienaventurados apóstoles y mártires Pedro y Pablo, Andrés, Santiago, Juan, Tomás, Santiago, Felipe, Bartolomé, Mateo, Simón y Tadeo, Lino, Cleto, Clemente, Sixto, Cornelio, Cipriano, Lorenzo, Crisógono, Juan y Pablo, Cosme y Damián. Después de venerar a la Madre de Dios, cuyas entrañas nos han dado la materia del sacrificio, se hace memoria de los doce apóstoles, que son las columnas de la Iglesia, los primeros que han tenido la dicha de participar de la Eucaristía y el honor de poder ofrecerla en la Misa. Se les une a San Pablo, a quien nunca separa Roma de San Pedro, si bien reconoce en este la primacía de honor y de jurisdicción: San Pablo, que no habiendo sido apóstol hasta después de la muerte de Jesucristo, supo por este divino Señor la institución del santo sacrificio. Se hace memoria de doce mártires que, derramando su sangre, han participado más abundantemente del cáliz de la pasión; todos antiguos mártires, célebres en la Iglesia ro-

mana, pues los más modernos padecieron martirio bajo Juliano el Apóstata en el siglo IV. Son estos *Lino, Cleto, Clemente,* coadjutores contemporáneos y sucesores de San Pedro en la Sede de Roma; *Sixto y Cornelio,* ambos Papas y mártires; *Cipriano,* obispo de Cartago, célebre en Roma, consultado por los soberanos pontífices, afamado en todo el mundo por su doctrina, su vigor sacerdotal y por su valor heroico; *Lorenzo,* archidiácono de Roma cuya caridad y tormentos harán para siempre la admiración de los fieles; *Crisógono,* célebre romano martirizado por la fe; *Juan y Pablo,* hermanos, naturales de Roma y sentenciados a muerte bajo Juliano el Apóstata; y, en fin, *Cosme y Damián,* que ejercían la medicina y la cirugía por caridad y que padecieron en Roma bajo los emperadores Carino y Numeriano. Antiguos misales añaden aquí otros santos y el Papa Gregorio III deseaba que se nombrasen los santos cuya festividad se celebraba, pero la Iglesia ha creído deber limitarse a este número y contentarse con la memoria solemne que hace en lo propio de la Misa de los santos que honra cada día; así concluye después de estas referencias: *y de todos los demás santos vuestros* en general, no queriendo omitir ninguno, honrando la memoria de todos los demás siervos y amigos vuestros, oh mi Dios, *por cuyos méritos y ruegos os plazca concedernos que en todas cosas,* espirituales y aun temporales, *tengamos el auxilio de vuestra protección,* que la riqueza y tesoro de sus méritos cubra nuestra pobreza, que sus ruegos formen, por decirlo así, como una nube alrededor de vuestro altar que, como la columna del desierto, se interponga entre nuestros enemigos y nosotros y nos ase-

gure vuestra asistencia en todas las cosas. Aquí el sacerdote vuelve a unir las manos en señal de mayor ardor en la oración y porque después de la mediación secundaria de los santos, concluye: *por Nuestro Señor Jesucristo,* que es el mediador supremo de quien esperamos no oraciones, sino socorro y protección. Así sea.

§ IV. *De la oración* Hanc igitur, *que es la cuarta antes de la consagración*

En los sacrificios de la ley antigua el que ofrecía la víctima al sacerdote imponía las manos en la cabeza del animal antes de entregarle, dando a entender con esta grave ceremonia que sustituía esta hostia en su lugar para que sufriese la muerte que él había merecido por sus culpas, y rogando al mismo tiempo a Dios que recibiese grato esta sustitución y se contentase con esta protesta de servidumbre y de reconocimiento de su derecho supremo. En el día de la expiación solemne en que el gran sacerdote entraba en el Santo de los Santos, se presentaba, entre otras víctimas, un macho cabrío vivo, el Pontífice ponía las dos manos en la cabeza de esta víctima y confesaba con los ancianos del pueblo todas las iniquidades de los hijos de Israel, descargando, por decirlo así, su enorme peso sobre la cabeza de la víctima: la Iglesia ha querido imitar estos antiguos ritos, mandando al sacerdote en este pasaje de la Misa que tuviese las dos manos tendidas sobre las oblaciones, que van muy pronto a convertirse en el cuerpo y sangre de Jesucristo inmolado. El ministro del altar reconoce

por esta ceremonia, tanto respecto de él como de los fieles, que por nuestros pecados merecemos la muerte, que por la misericordia divina sustituimos en nuestro lugar la muerte y la redención de un Dios, que confesamos y exponemos todas nuestras ofensas en la cabeza de la víctima sagrada que ha querido aceptar su peso y su responsabilidad, y que seguros de apaciguar al Señor con esta feliz sustitución, le pedimos confiadamente la remisión de los pecados, la paz y la vida eterna. Pero si cargamos con nuestras culpas la hostia sin mancha, no olvidemos que es para no volver a cargar nuevamente nuestras conciencias; que este rito es una protesta solemne de que al menos moriremos para el pecado y que queremos aprovecharnos del fruto de la muerte de un Dios sustituido en nuestro lugar, porque dice el apóstol: el que no conocía el pecado ha sido tratado por nosotros como si hubiera estado cargado con todo crimen, para que lleguemos a ser por sus méritos participantes de la justicia de Dios; y que así como el pan y el vino van a ser destruidos invisiblemente y cambiados realmente, deseemos nosotros ser destruidos e inmolados de un modo espiritual ante el Señor, destruyendo en nuestra alma lo que puede desagradarle y consagrándonos a su servicio, sin reserva, como Él se sacrifica por nuestros pecados y por nuestra salvación.

Esta es la explicación y el sentido misterioso de la imposición de manos que hace el sacerdote sobre la hostia y el cáliz; pero, no obstante, este rito solo data desde el año 1500; antes se rezaba la oración *Hanc igitur* en la misma postura que la oración precedente, o bien inclinando el cuerpo a causa del reconocimiento que ha-

cemos de nuestra servidumbre; esta ceremonia reciente ha parecido más viva, más expresiva, más conveniente por su relación con los antiguos sacrificios que eran la sombra del sacrificio de la cruz.

Esta oblación, pues, de nuestra servidumbre; estas palabras son una recapitulación de lo que precede como para concentrarlo más sobre la víctima santa; como si el sacerdote quisiera decir: Esta oblación que hemos compuesto del pan que debe convertirse en la hostia santa, del vino que debe ser el cáliz de salvación, de nuestros espíritus humillados y anonadados, de nuestros corazonos contritos y destrozados; esta oblación que os ofrecemos en la unidad de la Iglesia católica sobre la tierra, de sus fieles ortodoxos, de nuestros bienhechores y de los asistentes llenos de fe y devoción, en unión con la Iglesia del cielo, de la Santa Virgen, de los apóstoles, mártires y de todos los santos a los que uniremos bien pronto la comunión con la Iglesia del purgatorio; *esta oblación, pues,* que es la ofrenda *de nuestra servidumbre,* por la que protestamos altamente del dominio soberano y de nuestra absoluta dependencia, que es el homenaje que hacemos de nosotros, que somos vuestros siervos, que pertenecemos a Jesucristo vuestro hijo como rescatados por su sangre y especialmente de nosotros, sacerdotes, que estamos tan estrechamente dedicados a vuestro servicio y que somos los siervos de vuestros siervos; *que lo es también,* que es al mismo tiempo el tributo de adoración suprema *de toda vuestra familia,* de esta gran familia del cielo y la tierra de que sois Padre, con quien tenemos la ventaja de estar en comunión, que ofrece con nosotros y que se ofrece con Jesucristo, por-

que por esto no hablamos jamás en nuestro solo nombre, sino en el de todos como siendo hermanos, coherederos e hijos de un mismo padre. Antiguamente se intercalaban aquí como en el *communicantes* algunas palabras que expresaban el objeto particular de la oblación; por ejemplo, en la dedicatoria de una basílica, en el aniversario del bautismo y del orden, y por esta razón se lee aún a la cabeza de esta oración: *intra actionem* (es decir, en ciertos días se añaden aquí algunas palabras entre la acción); pero después la Iglesia solo ha hecho adiciones a la oración *Hanc igitur* en el día de Jueves Santo, porque nada es bastante para expresar el día bendito de la institución de este sacrificio, y en las vísperas y octavas de Pascua y de Pentecostés, para hacer mención de los fieles nuevamente bautizados en estas épocas y que acaba de incorporar a la gran familia de Dios y de Jesucristo. Esta oblación, pues, de nuestra servidumbre, que es también la de toda vuestra familia (*que os ofrecemos a causa del día en que Nuestro Señor Jesucristo dejó a sus discípulos los misterios de su cuerpo y de su sangre para celebrarlos,* se dice en el día de Jueves Santo, ... *que os ofrecemos también por los que os habéis dignado regenerar con el agua y el Espíritu Santo, concediéndoles la remisión de sus pecados,* se dice la víspera de Pascua y de Pentecostés y en sus octavas), *os rogamos, Señor, que la recibáis favorablemente,* justamente apaciguado por esta víctima y por el cielo que nos comunica sus méritos y oraciones; y en consideración al Cordero inmolado por nosotros y a esta santa sociedad, *que hagáis que gocemos de vuestra paz durante nuestros días,* de esa paz que resulta de la remisión

de nuestros pecados y de la satisfacción de vuestra justicia desarmada por nuestro arrepentimiento; de esa paz de Dios que excede a todo sentimiento de alegría y de felicidad. «Yo os doy mi paz, dice Jesucristo; yo no os la doy como el mundo la da» (Ioh 14, 7). En efecto, el mundo da por paz los bienes terrenos que atormentan el corazón sin poder colmar sus deseos. Jesucristo da la gracia, el solo bien verdadero; pues que es el único que podemos adquirir si queremos y el único que nadie puede arrebatarnos si no queremos; el único que pone al corazón en gracia y en paz con Dios, que nos llena de una alegría sólida que se conserva aun en medio de las mayores aflicciones, ayudándonos en esta vida perecedera a obtener los demás bienes. *Y que siendo preservados de la condenación eterna,* no obstante nuestra debilidad e inconstancia, *seamos contados* después de esta vida *en el número de vuestros escogidos,* que serán colocados a vuestra derecha, y de los que ya hemos enumerado una parte en el catálogo del canon de la Misa; y os pedimos estas gracias tan preciosas *por Nuestro Señor Jesucristo,* que va a estar presente en el altar para santificación de los fieles.

§ V. *De la oración* Quam oblationem, *que es la quinta y última antes de la consagración*

Las oraciones que acompañan a la consagración solo tienen por objeto expresar la intención de la Iglesia, su deseo y su voluntad de consagrar al pronunciar las palabras de la consagración, su objeto de convertir el pan

y el vino en el cuerpo y sangre de Jesucristo por las divinas palabras que encierran esta virtud y que sin esta determinación podrían considerarse como una lectura histórica, semejante a la que se hace de esta grande acción en el Evangelio el Domingo de Ramos. En efecto, el sacerdote debe hablar en la persona de Jesucristo, y como diputado de la Iglesia comienza en nombre de esta a invocar la Omnipotencia sobre el pan y el vino, para que sean cambiados; y después, como ministro de Jesucristo, no habla en su propio nombre, sino que la palabra misma de Dios es la que consagra. La oración preparatoria no hace más que determinar por las circunstancias y por la intención exterior el momento divino en que el sacerdote se reviste del personaje de Dios, que le ha dejado la celebración de sus misterios y que habla por su boca para operarlos.

Esta operación es, pues, aquí la súplica determinante que nos conduce a mirar lo histórico de la consagración, y las palabras sacramentales como pronunciadas con eficacia, como productivas de lo que enuncian, y en este sentido debemos meditarla con el respeto que merece.

El sacerdote hace tres veces el signo de la cruz, por que, como se ha dicho, la Iglesia solo pide gracias por los méritos de la cruz de Jesucristo, y los sacramentos solo se operan por este signo sagrado, como dice San Agustín. En cuanto al número de cruces no es esencial. El sacerdote podría hacer cinco a causa de estas cinco palabras: bendita, admitida, ratificada, razonable y agradable; mas la Iglesia las reduce a tres a causa de las tres divinas personas. El sacerdote hace un signo de cruz en la hostia cuando dice *ut nobis corpus,* y otro en el cáliz

al decir *sanguis,* para expresar que pedimos el cambio del pan y vino por los méritos de la cruz.

Os suplicamos, oh Dios, os dignéis hacer que esta ofrenda, ya tan abundantemente preparada y tan maravillosamente dispuesta, *os sea en todas cosas,* es decir, toda entera ya respecto del pan y el vino que van a convertirse en el cuerpo y sangre de Jesucristo, y ya respecto de nuestros espíritus y de nuestros corazones, que, unidos a toda la Iglesia de la tierra y del cielo, esperan la comunicación de gracias de la víctima; que esta oblación sea en todas sus partes *bendita* y elegida para pasar del uso profano al servicio sagrado; para que la oblación que está sobre el altar se convierta en la divina víctima colmada de las bendiciones celestes; y que ella nos las comunique para que la oblación de nosotros mismos sea también bendita por la bondad suma de Dios; *admitida,* que la oblación que está en el altar sea admitida por Dios, y que la oblación que hacemos de nosotros mismos no sea desechada, sino que el Señor la admita con la de Jesucristo y de los santos; *ratificada,* que la oblación del altar sea ratificada para ser permanente e irrevocable; es decir, que se convierta en esta víctima que no cambiará, como los sacrificios antiguos de animales que han sido revocados, ni como los otros cuerpos que se destruyen y solo duran cierto tiempo; que nuestra oblación sea también estable e irrevocable sirviendo nosotros a Dios de tal manera que no tengamos jamás la desgracia de separarnos de él; *razonable o espiritual,* jamás se había hecho esta petición antes de Jesucristo, porque solo se ofrecía la sangre de los animales destituidos de razón. Ahora pedimos, pues, que la hostia que está en el altar

se convierta en una víctima humana, la sola y única dotada de razón, la sola digna de reconciliarnos con Dios y de adorarle como merece. Pedimos también que nuestra oblación sea acompañada de razón y de inteligencia, y que nuestro espíritu, nuestro corazón y nuestra voluntad se sometan y sujeten perfectamente a Dios para rendirle el culto racional y espiritual que exigen de los fieles San Pedro y San Pablo. *Y agradable,* que la oblación del altar sea infinitamente agradable a Dios por sí misma; convirtiéndose en el cuerpo amantísimo de su Hijo Jesucristo, en quien pone toda su complacencia. Que nuestra oblación sea de cada día más agradable a los ojos de Dios, por la aplicación exacta en el cumplimiento de nuestros deberes y la observancia de sus santas voluntades. *Para que se convierta en el cuerpo y sangre de vuestro Hijo y Señor Nuestro Jesucristo.* La Iglesia pide el gran milagro de la conversión del pan y del vino en el cuerpo y sangre de Jesucristo con tanta sencillez como la Escritura expresa la creación, *fiat lux,* que la luz sea hecha, y la encarnación del Salvador en María, *hágase según tu palabra.* Mas no pedimos solamente que el pan y el vino se conviertan en el cuerpo y sangre de Jesucristo, sino que se efectúe esta conversión *para nosotros,* para nuestro bien y salud eterna, para comunicarnos los dones que Jesucristo ha merecido por el sacrificio de su cuerpo y de su sangre, la gracia del perdón de nuestros pecados, y todos los auxilios que necesitamos para adelantar en la obra de nuestra salvación. Que la inmolación se haga para nosotros de suerte que haya un dichoso cambio y una transmutación de toda la víctima, transformación del hombre pecador en la justicia de Dios,

del hombre débil en la fuerza de Dios, del hombre mortal en la gloria de salud de Dios. Mas si el cambio del pan y del vino se efectúa por la sola fuerza y en virtud de las palabras sacramentales, para el cambio de nuestros corazones debemos tener buenas disposiciones y ardientes súplicas; y por esto el sacerdote, al terminar esta bella y conmovedora oración, eleva las manos para atraer al Salvador del cielo a la tierra, y luego las une sobre su corazón como para apropiarnos la víctima y comunicarnos los méritos del que viene para nosotros. Digamos, pues, con toda la efusión de nuestro corazón: Señor, acoged, bendecid, ratificad, haced espiritual y agradable la materia del sacrificio, para que esta hostia se convierta para nosotros en el cuerpo y sangre de vuestro amantísimo Hijo, que nos ha amado hasta el exceso y que se ha entregado por nuestra redención.

Consagración, elevación y adoración de la hostia y del cáliz

Después de todas estas oraciones de una religión tan grande y tan perfecta hemos llegado al momento formidable de la oblación real en que Jesucristo va a sacrificarse de un modo incruento como se sacrificó en la cruz de una manera sangrienta. Vamos a asistir a la renovación de la escena del Cenáculo y del Calvario; el cuerpo del Salvador va a ser entregado, su sangre va a ser derramada de una manera mística por la consagración separada y distinta de las especies sacramentales; porque el Salvador va a estar presente en el altar ofreciendo el mismo sacrificio que ofrece sin cesar en el cielo; por-

que el cordero va a ser representado como degollado y bajo símbolos de muerte; porque, en fin, el ser que recibe de su potestad en el sacramento tiende a ser destruido, y lo será por la consumación de las especies sagradas.

El sacerdote enjuga en el corporal el pulgar y el segundo dedo de cada mano que han recibido la unción sacerdotal para que estén más limpios y en señal de la profunda reverencia al cuerpo de Jesucristo que van a tocar. A cada palabra que pronuncia expresa una acción que corresponde perfectamente a su sentido, excepto en la fracción de la hostia en que se retarda la acción hasta el momento en que va a comulgar. El sacerdote no habla ya en su nombre; habla y consagra en nombre de Jesucristo, o por mejor decir, aquí solo es el órgano del Salvador que habla y consagra por su boca. ¡Quién contará la potestad del Señor! ¡Quién podrá publicar la extensión de su obra! Confesemos que la imaginación se turba, que el espíritu se confunde, que la voz falta al borde de este abismo de la sabiduría impenetrable y de eterna caridad, y que solo nos resta anonadar nuestro corazón a los pies de Dios porque desfallece ante tan alta contemplación.

He aquí las sacrosantas palabras de la consagración. *El cual en el día antes de su Pasión.* (Solamente el Jueves Santo se dice *el cual en el día antes de padecer por nuestra salvación y por la de todos,* es decir, *hoy.* Parece que la Iglesia al invocar este día feliz hasta tres veces en el canon no puede cansarse de marcar bien la época solemne en que recibió el don infalible de su Dios y el poder de reproducirlo y perpetuarlo.) Próximo ya

el momento en que iba a padecer y a morir por los hombres, queriendo dejarles una prenda final de su ternura, un legado digno del testamento de un Dios y cerrar el término de su peregrinación con la reunión y concentración de todas sus maravillas y bondades, *tomando el pan,* símbolo natural de alimento y de unión, *en sus santas y venerables manos,* que habían producido tantas maravillas. Estas últimas palabras no están en el Evangelio, pero se hallan en las más venerables liturgias: el sacerdote toma aquí en sus manos el pan del altar; *y habiendo elevado los ojos al cielo, a vos Dios, Padre omnipotente.* Tampoco se hallan estas palabras en el Evangelio, sino en la liturgia de Jerusalén y en las Constituciones apostólicas. El Señor levantó los ojos como en la multiplicación de los panes y en la resurrección de Lázaro. El sacerdote, que representa la persona de Jesucristo, hace lo mismo. Jesucristo levantó los ojos hacia su Padre omnipotente sabiendo que su Padre le ha puesto todas las cosas en las manos, que Él había salido de Dios, que se volvía a Dios y que toda potestad le era dada en el cielo y en la tierra, como dice el evangelista San Juan; sabiendo que había llegado la hora de pasar de este mundo al cielo, con su Padre, que iba a dejar a los suyos, a quienes había amado tan tiernamente, quiso dejarles su propio cuerpo como la prenda más preciosa de su amor, que debía hacerles pasar de este mundo al cielo, llegando a ser así nuestro viático según la antigua expresión de la Iglesia; *dándoos gracias,* Dios omnipotente; aquí el sacerdote se inclina como abrumado por el peso de un beneficio inmenso; dándoos gracias de la potestad que ejerce y que confía a su Iglesia, dejándola

un manjar, un sacrificio y un consuelo hasta el fin de los siglos; *bendijo el pan,* separándolo de todo uso común, disponiéndolo por esta bendición fecunda a lo que de él iba a hacer, el sacerdote lo bendice también con el signo de la cruz; *lo partió;* el pan era tan delgado entre los orientales que se partía con los dedos para distribuirlo. Además esta acción es un símbolo de separación y de muerte (Is 53), y Jesucristo ha sido realmente destrozado por nuestros crímenes; pero la Iglesia reserva la fracción de la hostia para el momento de la comunión. *Y lo dio a sus discípulos diciéndoles: tomad y comed todos de él.* Estas tres últimas palabras, *todos de él,* han sido conservadas por la tradición. *Porque;* esta partícula no se halla en el Evangelio y sirve para marcar más expresamente el enlace de las palabras que siguen: *porque este es mi cuerpo.* El sacerdote pronuncia estas palabras con reverencia profunda, y distinta y secretamente, teniendo la hostia con el pulgar y el segundo dedo de ambas manos, e inclinada la cabeza. ¡Qué cosa más formal y más terminante que estas palabras! Dios es quien habla y quien hace el testamento de su amor. Al pronunciarlas se obra el milagro en virtud de la potestad de Jesucristo comunicada a los ministros de la Iglesia: la substancia del pan se convierte en el cuerpo de Jesucristo, y este cuerpo vivo y glorioso se une a su sangre, a su alma y a su divinidad. El sacerdote se prosterna, eleva, como se hizo en el Calvario, esta hostia, que contiene a un Dios bajo las apariencias de un pan que no existe y el pueblo se prosterna para humillarse, anonadarse y adorarle. El sacerdote pone la hostia en el altar y tomando el cáliz dice: *del mismo modo después de*

haber cenado; esta observación histórica es importante, porque esta acción tuvo lugar después de la cena, es decir, después de comer el cordero pascual, *post agnum typicum espletis epulis*[2]; y San Lucas nos ha marcado distintamente dos copas (Lc 22): una al principio de la comida legal, que no fue consagrada y de la que dijo Jesucristo a sus discípulos que no bebería más de aquel fruto de la viña porque iba a venir el reino de Dios, y la verdad iba a ser sustituida a las figuras antiguas; la otra copa, que se usaba al fin de la comida y se llamaba la copa de acción de gracias, según el rito de los judíos, y esta es la que ha llegado a ser el cáliz verdadero y nuevo, el cáliz eucarístico o de acción de gracias, que contiene la sangre adorable de Jesucristo, que ofrecida con su cuerpo en sacrificio es el don más excelente que podemos presentar a Dios en reconocimiento de todos los beneficios de que nos colma de continuo, y para obtener de su bondad todos los bienes de que necesitamos hasta la consumación de los siglos.

Tomando, pues, *este cáliz tan precioso,* esta copa tan excelente anunciada por el profeta con el acento de la admiración, que no contiene ya las sombras y las figuras de la ley mosaica, sino la preciosa sangre de Jesucristo, significada por estas sombras y figuras; por esto la palabra del salmo 22, que la Iglesia ha aplicado aquí perfectamente, significa a la letra cáliz brillante, resplandeciente de luz y de verdad. Tomando, pues, Jesucristo este cáliz como el pan *en sus santas y venerables manos,* depositarias de toda potestad, *dándoos igualmente gra-*

---

2 Himno de Santo Tomás de Aquino.

cias, como hizo al tomar el pan, *lo bendijo,* preparándolo a la virtud necesaria para la transmutación sagrada, *y lo dio a sus discípulos diciéndoles: Tomad y bebed todos de él.* Era preciso que aquellos con quienes Jesucristo contraía la nueva alianza para toda la Iglesia bebiesen de este cáliz, como entre los antiguos se bebía en la misma copa en señal de unión y de pacto solemne. En efecto, todos bebieron de él, y los sacerdotes que renuevan esta alianza y este sacrificio beben también de él en nombre de toda la Iglesia que ha visto en las palabras del Salvador un precepto que obliga a sus ministros a comulgar en el altar bajo las dos especies, al paso que reconoce que no hay esta obligación respecto de los fieles, ni de los sacerdotes que comulgan sin ofrecer personalmente. La Iglesia ha podido, pues, reducir la comunión del pueblo a la sola especie de pan; pero en cuanto al sacrificador ha mirado como esencial la participación en la hostia y el cáliz, fundándose en la tradición misma de San Pablo, que nos hace observar esta diferencia, porque cuando habla del sacrificio de la Eucaristía, donde se representa y donde se continúa publicando y ofreciendo la pasión y muerte del Señor hasta que venga a juzgar a los vivos y a los muertos, el apóstol une el cáliz al pan sagrado y nos dice (1 Cor 2): Cuantas veces comiereis este pan *y* bebiereis este caliz anunciaréis la muerte del Señor, la inmolación de su cuerpo *y* la efusión de su sangre. En lugar que hablando de la sola comunión en la Eucaristía pone la alternativa de comer *o* beber. Cualquiera que come este pan *o* bebe este cáliz indignamente, será culpable en el uno *o* el otro caso de haber profanado el cuerpo y la sangre de

Jesucristo (1 Cor 2, 27); porque se comulga igualmente comiendo *o* bebiendo, y hay profanación del cuerpo *y* de la sangre recibiendo indignamente el uno *o* la otra. Por esto en la Iglesia romana, en que no se consagra el Viernes Santo, el sacerdote que oficia no comulga sino bajo las especies de pan consagradas en la víspera; tal es la persuasión que tiene la Iglesia de que la comunión bajo las dos especies no es necesaria a los que no ofrecen el sacrificio, y lo es absolutamente a los que inmolan la víctima santa, y que continúan publicando y ofreciendo su muerte, como sucesores de los discípulos, de los doce primeros sacerdotes a quienes ha dicho Jesucristo: *Tomad y bebed todos de él.*

Porque este es el cáliz de mi sangre, que contiene realmente y en verdad no el vino, cuya substancia destruyo por estas palabras claras y formales, sino a Mí mismo, que soy el Señor Dios omnipotente, que llama a la vida a lo que está en la nada y destruye lo que solo existe por Mí; mi verdadera sangre unida a mi cuerpo, a mi alma y a mi divinidad, porque aunque en virtud de mi palabra mi cuerpo esté primeramente bajo las apariencias del pan y mi sangre bajo las del vino, yo estoy y permanezco no obstante todo entero en cada una de estas dos especies. Este es, pues, el cáliz de mi sangre, la sangre *del nuevo y eterno testamento.* Esta es la sangre de la nueva y eterna alianza. La antigua alianza de Dios con los hombres por ministerio de Moisés no era más que preparatoria, figurativa y pasajera; la nueva alianza por la mediación de Jesucristo es plena, verdadera, permanente y eterna. En la alianza antigua Dios prometía para la fidelidad de un pueblo particular y es-

cogido bienes temporales, la leche y la substancia de la tierra, y después de haberle librado de la servidumbre de los hombres la tierra prometida; en la alianza nueva que hace Dios con todos los hombres y con todas las naciones, promete a los que guarden su ley bienes espirituales, la fe, la esperanza y la caridad, el perdón de los pecados, la gracia y la gloria eterna en la verdadera patria. La sangre de los animales en la primera alianza no podía producir más que una pureza exterior y simbólica: la sangre de Jesucristo en la segunda es la fuente inagotable de santidad interior y real. Así, la sangre de la antigua alianza no fue derramada sino exteriormente sobre los judíos, con quienes Dios hizo el pacto; mientras que la sangre de la nueva dada en el Cenáculo y derramada en el Calvario debe ser bebida para ser recibida y apropiada interiormente. Jesucristo hizo esta alianza después de haber observado plenamente los ritos de la ley figurativa para mostrar que establecía en seguida el pacto nuevo, la hizo en un festín, con la copa en la mano, como se hacen y sancionan por lo común las alianzas y tratados; la hizo como su testamento de muerte, porque sus hijos y sus hermanos solo deben recibir por los méritos y efectos de su muerte la herencia eterna que está prometida por esta nueva alianza; y he aquí el pacto sublime y consolador que renovamos todos los días en el altar en la sangre del eterno testamento. La sangre de Jesucristo entregada a nuestras manos y derramada sobre nuestro corazón es el acto auténtico de nuestra alianza con Dios, el testamento que da derecho al cielo, si cumplimos las condiciones que el Señor ha puesto para entrar en su goce. Este testamento está escrito y sellado con la sangre de un Dios contenida en este cáliz, y participando dignamente del sacrificio que ha instituido, comemos y bebemos el derecho y la prenda de una vida eternamente feliz; mas si lo hacemos con malas disposiciones, comemos y bebemos la condenación que nos deshereda para siempre si morimos sin una sincera penitencia. Las palabras que siguen, *misterio de fe,* no están escritas en el Evangelio, pero se hallan como la de eterna y las que hemos indicado en la consagración de la hostia en muchos antiguos sacramentales de Roma, y deben ser del número de estas verdades que Jesucristo explicó a sus apóstoles después de su resurrección hablándoles del reino de Dios y de su Iglesia, y de la dispensación de sus misterios. *Misterio de la fe,* es decir, secreto de la fe: el mayor de todos los misterios, el secreto de la fe y todo el secreto de la religión es que la sangre de un Dios debe ser derramada por la salvación de todo el mundo. Este secreto admirable de la consulta del Señor encierra todas estas verdades y el orden de los consejos divinos: 1.º, que todos los hombres, siendo pecadores desde el principio del mundo, debían ser inmolados a la justicia del Señor; 2.º, que los pecados no son remitidos sin efusión de sangre; 3.º, que la de los culpables era indigna de ser ofrecida y no podía ser aceptada; 4.º, que desde Abel se ha sustituido en su lugar la sangre de los animales; 5.º, que era, no obstante, imposible que la sangre de los toros y de los machos cabríos quitase los pecados, y que no podía ser más que una figura y un signo de expectación; 6.º, en fin, que era necesario una víctima santa para santificar a los hombres, y la sangre de un Dios hecho hombre para

reconciliarles y unirles al Señor. He aquí la serie esencial de la religión; el gran misterio oculto hasta la resurrección de Jesucristo manifestado por su entrada en su gloria en precio de sus padecimientos y publicado por el príncipe de los apóstoles, que nos dice: «Vosotros habéis sido rescatados, no por el oro y la plata corruptibles, sino comprados a gran precio por la preciosa sangre de Jesucristo, cordero sin mancha, que ha sido manifestado en los últimos tiempos», y San Pablo concluye que debemos por el precio de este rescate glorificar a Dios y llevar a Dios en nuestro cuerpo; incorporando a nosotros su carne y su sangre para ser miembros suyos. La sangre de Jesucristo contenida en el cáliz es, pues, por excelencia el misterio y el gran secreto de la fe: *que será derramada* mañana en la cruz, y en el curso de los siglos en el altar, en el bautismo y en la penitencia para purificar a su Iglesia y hacerla pura y digna de este manjar sagrado que da parte en el reino celestial; que aún, según el texto griego, es actualmente derramada por vosotros como mi cuerpo es entregado en la actualidad y destrozado por vosotros, y que marca la oblación actual de Jesucristo inmolado, no siendo esencial que la inmolación esté físicamente unida a la oblación que puede preceder, acompañar o seguir sin destruir la unidad del sacrificio [3]. Efusión de mi sangre que es y

[3] El texto griego dice siempre: mi cuerpo que *es dado,* mi sangre que *es derramada,* hablando en presente, para marcar que la acción quedó operada y completa en el momento en que habló Jesucristo. El texto latino, que habla en futuro: mi cuerpo que *será entregado,* mi sangre que *será derramada,* marca la identidad y la relación del sacrificio del Cenáculo con el de la Cruz. Véase el capítulo VIII de las instrucciones sobre el sacrificio.

que será hecha *por vosotros y por muchos en remisión de los pecados;* para vosotros, queridos apóstoles, y vuestros sucesores los jefes de mi rebaño, y para muchos que deben creer y convertirse por sus predicaciones y obtener por esta efusión la remisión de sus pecados. Jesucristo ofrece aquí en particular, como rogó expresamente al salir del Cenáculo, no solamente por sus apóstoles y los pastores, sino también por todos aquellos que deben creer en Él por sus palabras.

Cuando la Escritura nos dice claramente que Jesucristo ha muerto realmente *por todos* los hombres sin excepción, que es la víctima de propiciación por los pecados de todo el mundo, quiere publicar el valor infinito de su sacrificio por todos los hombres y la voluntad general y sincera del Salvador de que no perezca uno solo y que todos se conviertan y lleguen a la verdad y a la salvación. Pero cuando los libros santos hablan en diversos pasajes de la oblación de Jesucristo, *por muchos y por un gran número,* no pretenden marcar más que el fruto y la aplicación de la preciosa sangre a los fieles, que se santifican, y solo expresan el número de los que saben aprovecharse de ella; en este sentido debe tomarse la expresión de estas palabras sagradas, *que será derramada por muchos;* sentido verdadero que Jesucristo ha determinado claramente en su oración después de la institución de la Eucaristía: «Yo no ruego por ellos solamente, sino también por todos aquellos que deben creer en Mí por sus palabras» (Ioh 17, 20).

He aquí el poder que da Jesucristo para perpetuar esta oblación del sacrificio único de la cruz. *Cuantas veces hiciereis esto,* cuantas veces sea conveniente ejercer

el poder inmenso que os he confiado de hacer lo que he hecho, de bendecir como he bendecido, de dar gracias como las he dado, *lo haréis,* hacedlo, haced esto; no hagáis la memoria, el recuerdo de esta Cena, sino como yo, tomad el pan y el cáliz en mi potestad y en mi nombre, consagrad la substancia de estos elementos materiales en la de mi cuerpo y sangre; dadla como yo os la he dado, distribuidla como yo os la he distribuido: *lo haréis,* cuantas veces lo hiciereis, *en memoria mía* para renovar el recuerdo del amor inmenso que me ha hecho dar mi vida por los hombres y para solemnizar todos los misterios que la divina Eucaristía encierra.

En este momento, como en la cruz, *todo se ha cumplido,* las alturas de los cielos se han bajado, las nubes esparcen el justo, la tierra contiene a su Salvador, Él se encarna en las manos del sacerdote como en el seno de María; todos somos colmados de gracias y el Señor es con nosotros: toma nuevo nacimiento en el altar más pobre, como en Belén en un pesebre; es adorado por los pastores y por los reyes, por el rico y por el pobre hasta en un establo, hasta en la más miserable choza donde se deja transportar para consuelo final del más pequeño de sus hijos; entra en su templo para ofrecerse; está en las manos del sacerdote y en el corazón de los fieles como en los brazos de Simeón, obedeciendo como en su vida oculta; haciendo bien, curando todo género de males, obrando toda clase de maravillas, como en su vida pública; hablando al corazón del sordo, depositándose en la lengua del mudo, iluminando a los ciegos, multiplicando el pan, apaciguando las olas de las pasiones y de las penas, resucitando los muertos a la vida

de la gracia, dándose todo entero como en el Cenáculo, entregándose como en el Huerto de los Olivos, callando como en Jerusalén, elevándose como en el Calvario, derramando su sangre como en la cruz, rodeado como lo fue entonces de la piedad más viva, del pesar más sincero, del endurecimiento más deplorable, de la fe y del arrepentimiento, de la indiferencia y del insulto; glorioso y vivo como en el día de su victoria, elevándose y elevándonos al cielo como en el día de su triunfo, derramando sobre toda carne su bendición, su espíritu y su gracia; incorporándonos a él por su caridad, que llena los corazones bien dispuestos; juzgándonos en su mesa como en su tribunal supremo, presentando la copa de la vida y de la muerte, de la ruina y de la resurrección, y dándonos la prenda, las primicias y la prueba de la gloria futura y de la felicidad eterna. *¡Todo está cumplido!* El sacerdote, después que ha dejado el cáliz y dicho cuantas veces hiciereis esto, haciendo la genuflexión para adorar la sangre, se levanta, toma el cáliz, lo eleva cuanto puede cómodamente, lo pone con reverencia sobre el corporal, lo cubre con la palia y lo adora haciendo la genuflexión. ¡Oh profundidad incomprensible de las riquezas de la ciencia de Dios! ¡Oh misterio de la sabiduría incalculable!, ¡quién no se sentirá anonadado al solo pensamiento de este sacrificio en el que Dios no cesa de obrar maravillosamente lo que ha consumado una vez en el Calvario, haciéndose Él mismo templo, altar, sacerdote y víctima! He aquí el momento propicio de pedir a Dios todas las gracias, todas las bendiciones para nosotros y nuestros hermanos. Pero sobre todo pidamos que cambie nuestros corazones, que los transfor-

me en Él, que sean humillados y contritos por su gracia para hacerse puros y santos por la efusión de su sangre.

§ VI. *De la oración* Unde et memores, *que es la primera después de la consagración*

En las oraciones del canon que preceden a la consagración se pide sin cesar que Dios se digne bendecir y acoger la ofrenda que le hacemos del cuerpo y sangre de su Hijo amantísimo: miramos ya el pan por anticipación como la hostia sin mancha que va a aparecer, el vino como la copa de salvación que va a ser derramada en esta mesa divina. En las oraciones del canon que siguen al cumplimiento de estas súplicas, obtenida ya la presencia de la víctima inmolada, la Iglesia ruega al Señor que aplique sus frutos y sus méritos a sus hijos, y en la felicidad del goce y en la realidad de su posesión, presenta el cuerpo y la sangre de su Dios y solicita en nombre de esta hostia ser lleno de gracia y de toda bendición celestial. Parece que antes de la elevación subimos al Calvario con Jesucristo, cargado con la cruz, y que en la consagración asistimos a la inmolación del Salvador fijo en el altar del sacrificio. En la Misa, como en la montaña santa, se halla Dios elevado entre el cielo y la tierra para ser pontífice y mediador entre Dios y los hombres, para atraer todas las cosas a Él, y en este momento feliz y mil veces bendito esparcimos nuestros corazones en su presencia, como lo hubiéramos hecho al pie de su cruz. Con los sentimientos de la fe más viva, del arrepentimiento más amargo, y de la adoración más

profunda, recibimos la sangre preciosa que de ella corre, oímos las palabras de perdón, las promesas de felicidad eterna que hace resonar en nuestro corazón, le exhortamos a que acepte nuestros homenajes y nuestro reconocimiento, que escuche el grito de nuestro corazón arrepentido que unimos al grito poderoso que lanzó hacia el cielo, que oiga las súplicas de nuestras infinitas miserias y, sobre todo, que atraiga nuestros corazones a Él, que los cambie para que se ofrezcan también en holocausto y que los transforme en su gracia, en su vida y en su amor. Pero necesitamos detallar estos frutos abundantes que queremos recoger; necesitamos permanecer como María su Madre, como Magdalena penitente, como el discípulo amantísimo al pie de la cruz para tomar más y más en este manantial sagrado la sangre de una alianza firme e irrevocable y el agua viva que surte de ella hasta la vida eterna. He aquí lo que hace la Iglesia en las cinco oraciones que siguen a la consagración. Permanezcamos, pues, llenos de fe, de devoción y de fervor al pie de este árbol de vida para recoger todos sus frutos; permanezcamos al pie de este altar uniendo el sacrificio de nosotros mismos a la grande inmolación de nuestro Dios y no perdamos una gota de la sangre adorable que corre para salvarnos.

Haced esto en memoria mía, había dicho Jesucristo a sus apóstoles y a sus sucesores en el ministerio; cuantas veces transforméis, como yo he hecho, el pan y el vino en mi cuerpo y en mi sangre, lo haréis en memoria mía, publicaréis el recuerdo de todos mis misterios que encierra la divina Eucaristía. El sacerdote, para asegurarse de la gran maravilla que acaba de efectuarse en

sus manos, y que Jesucristo ha producido por su boca, que ha servido de órgano a la potestad de un Dios, reza después de la consagración la fórmula auténtica de sus poderes: *cuantas veces hiciereis esto, lo haréis en memoria mía,* y continuando su oración que dirige a Dios Padre, como antes de la consagración, le representa que él ofrece en esta memoria a su divina majestad esta víctima digna de agradarle.

Y por lo mismo, Señor; para obedecer la orden de vuestro Hijo, que nos ha mandado acordarnos de Él haciendo estas cosas admirables, *nosotros vuestros siervos,* vuestros sacerdotes dedicados al servicio de vuestros altares, *y con nosotros vuestro pueblo santo.* Los sacerdotes al paso que hablan con humildad de sí mismos lo hacen con mucho respeto de los asistentes; así pues, llaman al pueblo santo porque Jesucristo le da este nombre, porque es la nación santa (1 Pet 2, 9) y se supone que vive según su estado, y, además, porque se supone aquí que se ocupa de los misterios de Jesucristo. Pero todos juntos, sacerdotes y fieles, celebramos ahora la gran memoria de un Dios Salvador, *en memoria de la bienaventurada Pasión del mismo Jesucristo vuestro Hijo Nuestro Señor, y de su resurrección de entre los muertos, y también de su gloriosa ascensión a los cielos, ofrecemos...* Aunque el sacrificio de la Misa renueva y recuerda todos los misterios eficazmente, la Iglesia se contenta con citar en general el recuerdo de su Pasión, de su resurrección y de su ascensión, como hemos visto en la fórmula de oblación general *Suscipe Sancta Trinitas.*

Ofrecemos aquí en memoria de la *Pasión* representándonos los dolores, las humillaciones y todo lo que

ha sufrido nuestro Salvador, y porque, como dice San Cipriano, el sacrificio de la Misa es la pasión del Salvador, y San Ambrosio, que los fieles son alimentados realmente con el sacramento de la pasión. Se llama bienaventurada porque estando sin pecado ha borrado los pecados del mundo, dice Floro, porque es la fuente de todos los verdaderos bienes, y librándonos del pecado nos alcanza la vida eterna.

Ofrecemos también en memoria de su *resurrección.* La pasión de Jesucristo se expresa de una manera mística en el altar por la separación de su cuerpo y de su sangre, consagradas separadamente; lo que hace que este divino Salvador esté en la mesa del sacrificio bajo símbolos de efusión de sangre. Pero esta separación no es más que mística: Jesucristo está en el altar verdaderamente vivo; su cuerpo y su sangre están realmente presentes bajo cada uno de los símbolos de pan y vino. Así, no podemos celebrar este santo misterio de la pasión sin ser advertidos de su resurrección. Jesucristo resucitado no muere más, dice San Pablo; es, pues, imposible que en el santo sacrificio esté privado de vida. Hállase entero bajo cada especie el mismo que resucitó lleno de gloria e inmortal. *Y de su resurrección de entre los muertos; ab inferis,* dice el texto latino, pues la palabra infierno significa literalmente lugares inferiores, bajos o profundos, y la Escritura emplea esta palabra para designar indiferentemente el lugar de los suplicios eternos, la tumba y el limbo, donde estaban las almas de los justos esperando la venida del Redentor: aquí se entiende por resurrección *ab inferis* la salida victoriosa de la tumba donde el cuerpo de Jesucristo

fue depositado y la vuelta del limbo adonde descendió su cuerpo después de su muerte. *Como también de la gloriosa Ascensión.* El misterio de la Ascensión va unido al de la resurrección, como una serie de lo que era debido a Jesucristo resucitado, y como la consumación del sacrificio que ha ofrecido a su Padre. Hacemos memoria de la ascensión, porque presentamos al Señor la misma víctima que ha subido al cielo, que está sentada a la derecha del Padre y que continúa allí ofreciéndose y mostrando las heridas que ha sufrido por nosotros, siempre vivo para interceder en favor nuestro. Por la consagración poseemos, en consecuencia, no solo la víctima del Calvario, la hostia gloriosa y resucitada, sino también la víctima del altar sublime del cielo; y es imposible que pareciendo este Dios en medio de nosotros, el mismo Dios que está ahora rogando en el cielo por nosotros ante el Señor, no tengamos el recuerdo de su ascensión. Se llama gloriosa porque ha colocado la humanidad santa unida a la persona del Verbo en el lugar de gloria que convenía al Hijo de Dios hecho hombre, muerto y resucitado. En el sacrificio de la Misa nos acordamos *de la pasión* que ha obrado la inmolación de la víctima, *de la resurrección* que ha conservado llena de vida la víctima inmolada; *de la ascensión* que ha terminado y consumado el sacrificio, poniendo a la víctima en estado de ofrecerse perpetuamente a Dios.

Digamos, pues, continuando dirigiéndonos a Dios Padre, con la pureza y el recuerdo, Dios mío, de estos grandes misterios, repetidos en este altar, *ofrecemos* ahora realmente *a vuestra suprema majestad,* para reconocer vuestro soberano dominio y nuestra dependencia, para

daros gracias por vuestros beneficios y solicitar nuestro perdón y vuestras gracias *de los dones que nos habéis dado:* este pan y este vino convertidos en el cuerpo y sangre de Jesucristo son el bien inmenso de vuestra bondad, nosotros no tenemos nada que no venga de vos, y no podemos ofreceros más que lo que nos habéis dado; así pues, de estos dones y de estos beneficios os ofrecemos *esta hostia pura,* formada en el seno de una Virgen sin mancha por obra del Espíritu Santo; *esta hostia santa,* unida substancialmente a la divinidad; *esta hostia sin mancha,* pues que por esta unión es incapaz de conocer ni aun la sombra del pecado; *el pan santo de la vida eterna,* del que se ha escrito: el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo, el que coma de este pan vivirá eternamente, *y el cáliz de la salud perpetua,* que es la sangre de Jesucristo bajo los símbolos de vino, como el pan es su carne bajo símbolos de pan, y ambos forman el mismo sacrificio para ser ofrecido a Dios, para fortificarnos en los combates y en las penas y para saciar la sed de justicia y embriagarnos en el cielo con torrentes de felicidad.

Al pronunciar estos títulos dados a los dones y beneficios de Dios convertidos en el cuerpo y sangre de Jesucristo hace el sacerdote en estos dones cinco signos de cruz inmediatamente después de la consagración, como ha hecho inmediatamente antes. Los signos de cruz sobre las oblaciones, esto es, que preceden a la consagración se hacen para atraer la bendición del Señor sobre la ofrenda por los méritos de la cruz cuyo sacrificio se va a renovar, y los signos de cruz sobre los dones del altar, que son ya el cuerpo y la sangre de Je-

sucristo después de la consagración tienen por objeto expresar que son verdaderamente el mismo cuerpo que se inmoló en el Calvario, la misma sangre que se derramó en él, el mismo sacrificio que allí se ofreció. La Iglesia quiere que los sacerdotes se representen sobre todo después de la consagración a Jesucristo inmolado en la cruz, como San Pablo dice a los gálatas, que después de sus predicaciones viesen a Jesucristo como sacrificado a sus ojos. Para producir este efecto quiere que todas las palabras que designan el cuerpo o la sangre de Jesucristo vayan acompañadas de un signo de cruz que indique que la hostia y lo que se contiene en el cáliz son el mismo cuerpo que ha sido crucificado y la misma sangre que ha sido derramada en la cruz. Así en esta oración el primer signo de cruz marca que esta *hostia pura* ha sido puesta en la cruz; el segundo, que esta *hostia santa* se ha ofrecido en ella; el tercero, que esta *hostia sin mancha* se ha inmolado allí; el cuarto, que este *pan sagrado,* vivo, bajado del cielo, ha dejado en la cruz la vida; el quinto, que en ella se ha derramado la sangre por la salud de los hombres.

§ VII. *De la oración* Supra quae, *que es la segunda después de la consagración*

Cuyos dones que son la hostia pura, santa, sin mancha, el pan de la vida y el cáliz de salvación, *dignaos si os agrada recibir y mirar con semblante dulce y propicio.* El don que está en el altar es el objeto de la complacencia del Padre eterno, y no puede mirarlo sino

con ojos de complacencia y de amor; pero vos consideráis a los que ofrecen a la par que a sus presentes (Gen 4), y este don os es presentado por manos de hombres pecadores que podrían desagradaros; por esto rogamos a vuestra bondad que no separe nuestra ofrenda del don de la víctima que ofrecemos; vos tenéis para ella miradas propicias, tenedlas también en consideración a ella para nosotros. Vuestro semblante es vuestra presencia, decía San Agustín; vos la hacéis brillar sobre nosotros cuando nos mostráis que os halláis presente, y vos estáis presente ante nosotros cuando ejercéis vuestra misericordia para con nosotros. *Y aceptarlos tan agradable y benignamente como recibisteis los presentes del justo Abel vuestro siervo, el sacrificio de Abraham nuestro patriarca y el santo sacrificio y la hostia sin mancha que os ofreció vuestro gran sacerdote Melquisedec.* Sin duda que no puede establecerse comparación alguna entre las ofrendas de los patriarcas antiguos y el sacrificio en que se ofrece Jesucristo Nuestro Señor, y sería interpretar mal la liturgia creer que se pedía aquí para el Dios víctima la misma gracia y las mismas miradas propicias que para la leche de los ganados de Abel, que para Isaac, que para el pan y el vino del altar de Melquisedec. La Iglesia quiere decir al Señor que si ha aceptado agradablemente de manos de nuestros padres en la fe ofrendas que no eran más que la sombra de los bienes futuros que poseemos, debe aceptar mejor y más seguramente la oblación de los hijos de los santos, que ofrecen la verdad y la realidad, y que si estos antiguos sacrificios, que no eran más que figuras del sacrificio de Jesucristo, le han sido agrada-

bles a causa de las santas y felices disposiciones del sacrificador, se digne darnos parte de sus piadosos sentimientos que nos hagan su majestad tanto más favorable cuanto van a ser acompañados de la ofrenda de una víctima que puede obtenerlo todo.

El justo Abel, ofreciendo las primicias de su rebaño, expresa la oblación del Salvador que se ofrece como el primogénito por excelencia. La sangre misma de Abel, justa e inocente, derramada por su hermano, representa a Jesucristo inmolado por los judíos: así Abel es llamado por excelencia el siervo de Dios, como Jesucristo recibe este mismo título de su Padre.

El sacrificio de nuestro patriarca Abraham, que condujo a su hijo único cargado con la leña del sacrificio a la montaña misma del Calvario, le ató en el altar, levantó el cuchillo en obediencia a la orden divina, es también la figura de Jesucristo, Hijo único del Padre, llevando su cruz, obedeciendo hasta la muerte, muriendo por recobrar una vida nueva, como Isaac fue inmolado sin perder la vida; y nuestro Santo Patriarca, padre de los creyentes, comprendió esta figura misteriosa, pues que el Evangelio dice que vio el día del Redentor y se regocijó en él (Ioh 8, 56).

En fin, el sacrificio que ha ofrecido el gran sacerdote Melquisedec es una figura más viva de la víctima del altar. Este sacerdote del Altísimo, que no tiene genealogía y que es a un tiempo rey de justicia y de paz, es la imagen del Hijo de Dios, dice el apóstol: su sacerdocio representa el de Jesucristo, como ha cantado David: «Vos sois sacerdote por la eternidad, no solo según Aarón, sino según el orden de Melquisedec.» Su ofrenda, que consiste en pan y vino, es algo más que una figura de la víctima eucarística, pues que es la misma materia que el pontífice eterno ha elegido para convertirla en su cuerpo y sangre; así este pan y este vino del altar de Melquisedec se llaman *un sacrificio santo, una hostia sin mancha;* tan admirable es la semejanza, tan viva la figura, pues, como observa León X, lo que el rey de Salem ofreció es la misma materia, los mismos símbolos que nuestro Redentor ha consagrado, y esta materia del pan y del vino ha sido continuada en el ejercicio del sacerdocio del soberano sacerdote según el orden de Melquisedec. ¡Si, pues, Dios ha recibido favorablemente las primicias del ganado de Abel y de la sangre del primer pastor, la obediencia de Abraham y de Isaac su hijo único, los débiles elementos de alimento con que un sacerdote cargó los altares del Dios de los combates y de la victoria, porque estos símbolos expresaban la oblación pura que debía hacer brillar su gloria desde el ocaso a la aurora, con qué confianza al ofrecer el cumplimiento de todas las figuras y la verdad de los sacrificios antiguos, debemos pedir a Dios y esperar en su bondad que no tanto mire la ofrenda de los pecadores, cuanto al don que le ofrecen en la persona de Jesucristo, primer nacido de toda criatura, cuya sangre habla mejor que la de Abel, que es el Hijo único amantísimo del Padre, obedeciendo hasta la muerte de la cruz, y que acaba de convertir el pan y el vino en su cuerpo y en su sangre, que ofrecemos en el altar del Dios de los ejércitos, celebrando su victoria en la cruz, su triunfo sobre la muerte y su reinado en el cielo! Así pues, pedimos al Señor que mire favorablemente nues-

tra oración como miró las de Abel, Abraham y Melquisedec, no solo porque eran figuras de la inmolación de Jesucristo, sino también porque las disposiciones de estos santos patriarcas, los grandes sentimientos de fe, de obediencia, de gratitud y de amor con que han acompañado sus sacrificios, son un ejemplo y un modelo de la perfección que pide la excelencia de la víctima que ofrecemos y cuyos sentimientos aún más perfectos pedimos a la santa majestad.

§ VIII. *De la oración* Supplices, *que es la tercera después de la consagración*

Hasta aquí el sacerdote ha hablado y obrado como representante de Jesucristo y como ministro de la Iglesia. Mas ahora representa la persona del hombre y del pecador; va a ofrecer súplicas mezcladas a las lágrimas derramadas en el Calvario y para tomar la actitud conveniente a su miseria y a sus demandas se inclina profundamente y une las manos en el altar.

Os rogamos humildemente. La Iglesia hace especialmente esta oración en nombre de todos los que deben comulgar, como indica la serie de las palabras. *Dios Omnipotente,* cuyo poder supremo invocamos porque tenemos que pediros algo grande y sublime; *mandéis;* nuestro ardor es tan vivo y tan fuerte el deseo de obtener pronto lo que pedimos, que solicitamos vuestras órdenes soberanas que no pueden dejar de ser cumplidas: *que estas cosas sean llevadas;* estas cosas, lo que hay en el altar, el cuerpo y la sangre de vuestro Hijo,

la víctima adorable, cuya posesión tenemos; *estas cosas,* es decir, lo que hemos unido en la ofrenda de la materia, nuestros espíritus humillados, nuestros corazones contritos; lo que unimos continuamente en la acción santa que nos ocupa, nuestras adoraciones, nuestros votos, nuestro reconocimiento; mandad que todo esto sea presentado *por las manos de vuestro Santo Angel,* porque nuestras manos son impotentes e indignas para ofrecer a vuestra excelsa majestad: *hasta el sublime altar, ante la presencia de vuestra divina majestad.* Este altar sublime es el cielo, que consideramos como el trono de la majestad santa. *Para que todos los que participáremos en este altar y recibiéremos el sagrado cuerpo y sangre de vuestro Hijo, seamos llenos de toda bendición y gracia celestial.* He aquí el fruto que debemos sacar de la Misa y sobre todo de la comunión; nosotros nos prosternamos ante el altar de la tierra y la Iglesia desea que reportemos las gracias y las bendiciones del altar del cielo, donde ha subido nuestra víctima; lo que conseguimos a proporción de nuestro fervor y de la santidad de nuestras disposiciones. Así pues, pedimos en primer lugar las bendiciones celestiales, que son los dones para cumplir nuestros deberes y nuestro ministerio, y todas las señales de la protección suprema; después, en particular, la gracia, que es el primero y mayor de todos los bienes, el único esencial y verdadero.

El sacerdote al decir *para que todos los que participáremos del altar* bendice el altar en señal de respeto y de los deseos que le animan, pone las manos en el corporal para inclinarse al ósculo y que sus dedos no toquen más que lo destinado a tocar los dones sagrados. Al

decir *el sagrado cuerpo y sangre de vuestro Hijo* hace con la mano derecha un signo de cruz sobre la hostia y otro sobre el cáliz, para expresar que en el altar está el mismo cuerpo que en la cruz y la misma sangre que derramó en su pasión. Hace también sobre sí el signo de la cruz a las útimas palabras, porque solo podemos obtener la gracia por los méritos de Jesucristo. He aquí como estos ritos expresan de una manera viva y conmovedora la profundidad y el secreto de esta oración, que necesita ser explicada y en la que, según antiguos escritores, hay algo de incomprensible, de inefable y maravilloso.

Finalmente, solicitamos la bendición y gracia celestial por el solo poderoso mediador que es a un tiempo Dios y víctima, manjar y convidado, abogado y autor de todas las gracias; *por el mismo Jesucristo Nuestro Señor, amén.*

§ IX. *Del* Memento *o conmemoración de los difuntos, que es la cuarta oración después de la consagración*

Antes de la consagración se ha implorado el auxilio divino por las personas vivas, porque pueden prepararse a la comunión, pero respecto de los muertos se implora el auxilio de Dios después de la consagración, porque no pudiendo ofrecerse y comulgar solo les resta participar de los frutos del sacrificio, y esta participación la pedimos para ellos cuando Jesucristo está presente en el altar.

En esta oración sigue el sacerdote las mismas rúbricas que en la recomendación de los vivos: eleva y une las

manos en señal de fervor y baja los ojos para tenerlos fijos en el santísimo sacramento, pues que ya se halla Jesucristo presente en el altar.

Acordaos también, Señor, acordaos de nuestros padres, de nuestros hermanos, de nuestros bienhechores y amigos; que el cáliz inagotable de salvación se derrame en sus almas para darles la prenda de su pronta libertad. *Acordaos de vuestros siervos y de vuestras siervas;* esto es, como dice San Agustín, de las personas que han vivido de manera que puedan serles útiles los méritos del Salvador después de su muerte. Porque hay cristianos que al salir del mundo van a gozar de la gloria de Dios; y por estos no ruega la Iglesia, porque se hallan en el colmo de sus deseos; tampoco ruega por los que no han recibido la gracia de los sacramentos, o que la han recibido en vano, porque en lugar de recibir un tesoro de misericordia lo han recibido de ira, como dicen San Agustín y Floro. Pero hay un estado medio que es el de los que muriendo en la fe, en la gracia y en la comunión de los santos, no gozan aún de la gloria celestial y tienen necesidad de las oraciones de la Iglesia, o porque no han satisfecho todas las penas temporales debidas a los pecados mortales cuyas penas eternas les han sido perdonadas en el sacramento de la penitencia, o porque son culpables de faltas leves que deben expiarse antes de entrar en la mansión eterna; estos son los fieles que llamamos las almas del purgatorio, es decir, las almas detenidas en el lugar de expiación temporal y por las que rogamos en este lugar de la Misa.

Los siglos más remotos nos muestran el cuidado que se ha tenido siempre de orar por los muertos y de ofre-

cer por ellos el sacrificio. En el ejército de Judas Macabeo, muchos judíos que detestaban los ídolos, tentados de avaricia, quitaron de los templos paganos algunos objetos consagrados a las dioses falsos y los ocultaron bajo sus vestidos. Todos estos soldados perecieron en el combate y su culpa que se miró como la causa de su muerte fue descubierta al sepultarlos. Judas estaba persuadido de que personas que habían perdido la vida en defensa de la verdadera religión habían merecido mucho a los ojos de Dios y consideraba que una gran misericordia estaba reservada a los que habían muerto en la piedad; había motivo para creer también que aquellos soldados no tenían la suficiente instrucción para conocer la gravedad de esta transgresión, o que habiéndose arrepentido antes de expirar no habían caído en los suplicios eternos. No obstante, Judas y todo el pueblo judío reconocieron que necesitaban oraciones y hostias propicias para la completa expiación de sus culpas, por lo que habiendo recogido de una cuestación que hizo, dice el texto sagrado, doce mil dracmas de plata, las envió a Jerusalén para que se ofreciese un sacrificio por los pecados de estos hombres que habían muerto por la defensa de la religión (2 Mach 12, 42-43).

La Iglesia ha sido siempre muy solícita en rogar por los difuntos, queriendo que se orase por ellos siempre que se ofreciese el santo sacrificio. No hay liturgia alguna donde no se vea esta oración, y San Cirilo de Jerusalén en el siglo IV instruye a los nuevos bautizados de la necesidad de orar por los muertos en la liturgia que les explica. San Crisóstomo y San Agustín nos aseguran que este uso viene de los apóstoles.

Es, pues, un saludable pensamiento rogar por los muertos, y sin tratar de poner límites a la misericordia infinita, y sin querer entrar en el conocimiento que Dios se ha reservado sobre la suerte de los difuntos, para excitar a los vivos a operar su salvación con temor y con temblor la Iglesia se limita a ofrecer el sacrificio por los fieles del purgatorio y aun por los siervos y siervas de *Dios, que nos han precedido con la señal de la fe,* es decir, con la marca y el sacramento de la fe recibido en el bautismo; que han practicado durante su vida los actos de religión, o al menos que han dado en sus últimos momentos señales de una fe cristiana, *y que duermen el sueño de la paz.* Se llama un sueño la muerte de estas personas, porque los que mueren en este estado deben resucitar a la vida eterna. Se llama su muerte un sueño de paz porque mueren en la comunión de la Iglesia, que ha sido llamada siempre la paz. Según el lenguaje antiguo, morir en la paz es morir en la sociedad y unidad de Jesucristo y con su Iglesia, sin haber sido separados de ella por el cisma, la herejía o el pecado mortal no perdonado.

Aquí el sacerdote toma una actitud de recogimiento, y hace mención de todos aquellos por quienes debe rogar y que le recuerdan las letras N. N. que siguen a las palabras siervos y siervas. Antiguamente se leía el catálogo de los fieles difuntos que se escribía en unas tablas dobladas que se llamaban dípticos. Los asistentes deben unirse a sus intenciones y hacer sus recomendaciones particulares. Después continúa el sacerdote:

Os pedimos, Señor, que a estos, que ya hemos expresado, *y a todos los que descansan en Cristo.* Esperando

por ciertas personas en particular, la Iglesia hace también una recomendación en general por todos los fieles, a fin, dice San Agustín, de que los deberes a que los hijos, padres, parientes, aliados y amigos pudieran faltar, por su olvido o poco fervor, sean suplidos por nuestra madre común llena de ternura para sus hijos. He aquí lo que la solicitud de nuestra madre común hace pedir al Señor para sus hijos que padecen en el purgatorio. Os rogamos, dice, que *les concedáis el lugar del refrigerio de la luz y de la paz;* porque estas almas están devoradas por el hambre y por la sed de la justicia eterna. Por esto pedimos su refrigerio, que el Señor las sacie con su gloria y apacigue el ardor que las devora por la abundancia de bienes de su casa. *El lugar de luz;* estas almas, privadas por algún tiempo de la sala y del banquete celestial, se hallan en las tinieblas exteriores, y aunque conservan una dulce esperanza, abandonadas del mundo y lanzándose en vano hacia el Señor como hacia su principio y su vida, se hallan en una turbación indefinible y en una horrible agitación. La Iglesia pide, pues, por ellas que la luz eterna brille a sus ojos; que Jesucristo, que ha abierto el cielo para venir a nuestros altares, deje penetrar en esta horrible prisión un rayo de esperanza, que reposen en paz, que los deseos insaciables de su corazón sean colmados con el bien que aprecian. Y este reposo eterno que refrigera, que ilumina y consuela es demandado por la potestad mediadora del que es la fuente de la vida, la luz verdadera y el Dios de la paz. Por *el mismo Cristo Nuestro Señor,* que bajó a sacar las almas justas y a conducirlas al cielo. *Así sea.*

§ X. *De la oración* Nobis quoque peccatoribus, *que es la quinta después de la consagración*

La Iglesia, con alguna confianza en el efecto saludable de este pensamiento, después de haber demandado para las almas del purgatorio la bienaventurada mansión de la luz eterna, eleva un poco la voz para pedir la misma gracia en favor de los fieles que combaten en la tierra.

El sacerdote eleva la voz para advertir al pueblo que se una con más intimidad a una oración que le concierne especialmente; mas en breve entra en el misterioso silencio del canon que aún no está terminado, y se da un golpe en el pecho indicando como el publicano que confiesa nuestras miserias y nuestra indignidad.

Y a nosotros, también pecadores, indignos de toda gracia, pero, no obstante, *vuestros siervos, que esperamos en la abundancia de vuestra misericordia,* que no dirigimos nuestra oración por confianza en nuestra propia justicia, sino confiando en vuestras infinitas bondades, como decía Daniel (8, 18); *dignaos concedernos que tengamos alguna parte y sociedad con vuestros santos apóstoles y mártires:* esta parte en el altar de la tierra que será la prenda de una parte más abundante en el altar sublime del cielo; esta parte que os pedimos con la fe, con la humildad y la perseverancia de la Cananea, mas no pedimos una sociedad de igualdad con los apóstoles y mártires, no su mismo rango que es tan superior a nuestros méritos, sino la participación en la misma felicidad en el grado fijado por vuestra justicia; concedednos alguna parte y sociedad con los que se han unido

tan perfectamente a vuestra inmolación por la fusión de su sangre, como debemos unirnos al menos por la destrucción del hombre moral y del pecado en nuestros corazones. He aquí los nombres de algunos de estos santos mártires que tomamos de los antiguos dípticos de la Iglesia romana, que recitaba una parte de su catálogo después de la consagración. Pedimos, pues, alguna parte y sociedad con *San Juan Bautista,* del orden de los profetas; *Esteban,* del orden de los primeros diáconos; *Matías,* del orden de los apóstoles; *Bernabé,* del orden de los discípulos; *Ignacio,* del orden de los obispos; *Alejandro,* del orden de los papas; *Marcelino,* del orden de los sacerdotes; *Pedro,* del orden de los clérigos menores; *Perpetua* y *Felicita,* del orden de las personas casadas; *Agueda, Lucía, Inés, Cecilia* y *Anastasia,* del orden de las vírgenes; todos mártires que han merecido la distinción de ser publicados y preconizados en la Misa a causa de la efusión de su sangre unida a la sangre del Cordero derramada en el Calvario y en el altar; *y con todos vuestros santos,* que se han sacrificado cada uno a su manera. La Iglesia cita esta falange de fieles de todos estados y condiciones, de todas naciones y tribus que en toda clase de posiciones y de pruebas nos han dado el testimonio de su santidad y sacrificios, para inflamar nuestro valor y animarnos a merecer una parte de su gloria, y para hacernos exclamar: Dadnos, pues, Señor, alguna parte con todos vuestros santos, *en cuya sociedad y unión os pedimos que os dignéis admitirnos, no por nuestros méritos,* de que tan desnudos nos hallamos, *sino por un efecto de vuestra gracia y misericordia,* y siempre *por Nuestro Señor Jesucristo.* Porque no solamente es el Señor, como manjar divino, la parte de nuestra herencia y de nuestro cáliz, sino que también como convidado del sagrado banquete es el que hace esta parte, quien la da en el cielo y en la tierra y quien puede hacernos dignos de alguna sociedad en la suerte de los santos en la luz eterna.

De la conclusión del canon y de la pequeña elevación de la hostia y del cáliz

La acción tan sublime del canon de la Misa ha sido precedida de un prefacio que era como su exordio; es, pues, justo que vaya seguida de una conclusión que sea su epílogo admirable: explicaremos primero las palabras que lo componen y después las ceremonias que lo acompañan.

El sacerdote ha terminado la oración anterior, como la mayor parte de las oraciones, por estas palabras: *Por Nuestro Señor Jesucristo,* que sirven de enlace y transición mutua a las siguientes. *Por quien, Señor, vos creáis siempre estos bienes;* estas palabras expresan al mismo tiempo la razón porque hemos hecho todas nuestras súplicas por Jesucristo; porque Dios nos concede por Él todas las gracias; *vos creáis todos estos bienes,* el pan y el vino convertidos en el cuerpo y sangre de Jesucristo, vos los creáis siempre por vuestra acción poderosa desde el principio del mundo y por vuestra providencia conservadora que hace producir cada año a la tierra los mismos elementos. Por Jesucristo, pues, en quien y por quien se han hecho todas las cosas, nos dais continua-

mente esta materia del sacrificio, que nuestras manos han preparado en la oblación; por Él *los santificáis,* aceptándolos en vuestro altar y separándolos así del uso común y ordinario; por Él *los vivificáis,* convirtiéndolos en el cuerpo y sangre preciosos que son el verdadero alimento de la vida; por Él *los bendecís y nos los dais* en la comunión, derramando sobre estos dones las bendiciones del cielo, y comunicándonoslos por la participación en el celestial banquete, para ser en nosotros la fuente de la gracia y de la vida.

Por Él mismo, Dios y hombre, mediador entre Dios y los hombres, *y con Él mismo,* Dios igual a Dios, *y en Él mismo,* que tiene la misma naturaleza y que os es consubstancial, dice Floro, *todo honor y toda gloria,* en cuanto vuestra infinita majestad puede exigirlo, pues que es un Dios quien honra, quien da gracias, quien aplaca y quien implora a un Dios, *son rendidos a vos Dios Padre omnipotente* por vuestro Hijo, con vuestro Hijo y en vuestro Hijo; *en unión con el Espíritu Santo,* que procede del Padre y del Hijo, igualmente adorado y conjuntamente glorificado con el Padre y el Hijo; *en todos los siglos de los siglos,* dice el sacerdote en alta voz, y el pueblo responde: *Amén.*

El sacerdote hace tres signos de cruz sobre la hostia y sobre el cáliz al decir *los santificáis, los vivificáis y bendecís,* para mostrar que los frutos de la ofrenda de la consagración y de la comunión del sacrificio nos vienen de la cruz, donde ha sido ofrecido por primera vez. No bendice con la mano al decir *los creáis,* porque todas las cosas han sido creadas por Jesucristo como Verbo eterno, y no como Verbo encarnado y como Dios hecho

hombre e inmolado en el Calvario; ni al decir *los dais,* porque está suficientemente indicado el fruto de la comunión en la palabra *bendecís* que precede.

Aquí se descubre el cáliz y el sacerdote hace la genuflexión para adorar. Se levanta y toma la hostia y hace con ella tres signos de cruz sobre el cáliz al decir *por el mismo, en el mismo y con el mismo,* para indicar que cuantas veces decimos Él entendemos que la hostia y el cáliz contienen indivisiblemente al mismo Jesucristo que se ha sacrificado en la cruz. El sacerdote hace también con la hostia dos signos de cruz fuera del cáliz al decir *a ti, Dios Padre Omnipotente, en unión con el Espíritu Santo.* Y la razón de hacerse fuera del cáliz y no dentro es porque el Padre y el Espíritu Santo no están unidos personalmente al cuerpo y sangre preciosos, pues solo han reportado de la cruz el más digno homenaje. Después, teniendo la hostia con la mano derecha sobre el cáliz que tiene con la izquierda, eleva un poco la hostia y el cáliz a estas palabras *todo honor y gloria,* a fin de que la exaltación de los dones sagrados acompañe las palabras que expresan el honor y la gloria que debemos rendir a Dios.

El sacerdote deja el cáliz y la hostia en el altar, cubre el cáliz con la palia, hace la genuflexión para adorar, se levanta y dice elevando la voz y saliendo del secreto y de su silencio: *por todos los siglos de los siglos.* Es costumbre de la Iglesia terminar así con voz elevada y aun cantando las oraciones que han debido recitarse en voz baja, para que los fieles se unan a ellas y las ratifiquen con la respuesta ordinaria *amén.*

Las palabras por todos los siglos de los siglos son la

conclusión del canon y no el principio del Padre nuestro, pues si parece que se han unido a esta oración es porque se recita en alta voz o se canta como la oración domínica.

En todos los siglos de los siglos. Estas palabras resuenan en la Iglesia antes del silencio misterioso y después que este ha cesado. Al principio del canon quieren decir el cielo va a abrirse, va a devolvérsenos la eternidad; al final del canon, el cielo se ha abierto, hemos adquirido la eternidad; el Dios eterno está con nosotros.

Respondamos con transporte *amén, esto es cierto,* poseemos al Dios del cielo, el Cordero que está ante el trono de Dios, la víctima de salvación que abre las puertas de la eternidad, sin que nadie ose cerrarlas en pos de ella. *Así sea,* que se nos abre el cielo, nosotros ratificamos cuanto se ha dicho en el silencio sagrado, ofrenda, consagración, acción de gracias y bendiciones celestiales, tributo de honor y de gloria, homenajes en los siglos de los siglos. *Así sea.*

CAPITULO V

Parte quinta de la Misa.—La comunión

Esta quinta parte se extiende desde el *Pater* hasta la antífona de la comunión, inclusive.

Presente ya el Señor en el altar, solo nos resta unirnos a Él, aspirar a esta unión de donde resulta la paz y los mayores bienes al alma que se halla bien preparada; he aquí el espíritu y el objeto de todas las oraciones que van a ocuparnos en esta quinta parte del sacrificio donde la Iglesia rodea con los votos más exquisitos y los ritos más conmovedores la sencillez sublime de la acción de Dios en la última cena.

§ I. *De la oración domínica*

Después de las oraciones de la consagración no se encuentra en los siglos antiguos otra preparación para la comunión que la oración domínica; y esta oración basta

para disponer a los cristianos a unirse a su Dios, pues que encierra todo lo que podemos pedirle, todos los motivos de nuestro amor a Él, a nosotros mismos y al prójimo. ¿Y qué otra oración hay más propia para abrir nuestras almas a la participación de los santos misterios, para producir en nosotros una vida divina que debe ser el fruto de la comunión, de suerte que no seamos nosotros los que vivamos, sino que Jesucristo viva en nosotros? ¿Qué otra oración hay mejor para esto que la oración del Señor, bien meditada, rezada con fervor y, sobre todo, puesta en práctica? Así, la Iglesia la ha expresado siempre en alta voz, y aun la ha cantado en medio de su asamblea para que no se perdiese una sola palabra, y en la Iglesia griega todo el pueblo la canta en coro.

La Iglesia la hace preceder de un prefacio para inspirar a sus hijos más respeto a la oración del Señor, y más confianza para llamar a Dios Padre nuestro, recordándoles que Jesucristo nos ha enseñado a llamarle así.

He aquí el contexto de este prefacio. *Instruidos por los preceptos saludables;* los llamamos preceptos porque el Señor nos ha mandado rogar así, y decimos que son saludables porque contienen las reglas para orar bien. *Y según la forma de institución divina.* Jesucristo no solamente nos ha dado reglas para orar bien, sino que ha querido darnos la fórmula misma de la oración; *nos atrevemos a decir:* porque no osaríamos hablar como vamos a hacerlo, ni elevarnos a tan alto honor si Nuestro Señor y Dios no nos hubiese dictado los términos.

Padre nuestro. Esta oración es corta, pero es la oración del Señor y el compendio de todo el Evangelio, dice Tertuliano. Comprende un exordio de algunas palabras y siete peticiones; y no obstante, dice San Agustín, encierra todo lo que se puede y debe pedir. ¡Qué consuelo, qué felicidad decir aquí estas palabras en presencia del Señor su autor y que puede concedernos todas las peticiones que contienen! *Padre nuestro,* de quien somos hijos todos por Jesucristo, que nos ha adoptado por hermanos suyos y unido a Él como sus miembros; ¡cuán glorioso y cuán tierno es este nombre!; él excita en nosotros sentimientos de amor y reconocimiento; nos recuerda que los hijos de Dios son los que no viven según la carne, sino que son conducidos por su espíritu, y nos excita a unirnos para orar mutuamente por nuestras necesidades y nuestras miserias. Padre nuestro, *que estás en los cielos,* que llenáis el cielo y la tierra con vuestra inmensidad, pero a quien nos complacemos en considerar en la mansión de vuestra potestad, de vuestra gloria y de vuestras recompensas, a quien, por consiguiente, nos dirigimos llenos de confianza, porque recordamos que este Padre lo puede todo, que quiere colmarnos de bienes, y que colma ya con ellos a una porción de sus hijos. Que nuestras peticiones sean, pues, dignas de tal Padre y del cielo en que habita. Padre nuestro que estáis en los cielos, que acabáis de hacer descender en medio de nosotros a vuestro Hijo, que os es consustancial, y al que vamos a unirnos tan íntimamente en la tierra; que tenemos la prenda de poseerlo eternamente en el cielo.

Santificado sea tu nombre. Nuestras primeras oraciones son para vuestra gloria, que debe ir antes que nuestras débiles necesidades: que vuestro santo nombre sea

celebrado, alabado y glorificado, que todas las criaturas publiquen vuestro poder, vuestra gloria, vuestra santidad y vuestras infinitas perfecciones, uniéndose así a los espíritus celestiales, que repiten sin cesar santo, santo, santo. Que este nombre sea santificado en nosotros por nuestras obras, por una vida digna de hijos vuestros que van a unirse a Jesucristo.

Venga a nos tu reino. El reino de vuestra gracia en todos los espíritus y en todos los corazones, y un día el reino de vuestra gloria, ya comenzado en los ángeles y en los santos, y completo por la reunión de todos los escogidos en el cielo; que este reino se extienda sobre la tierra, que nuestros hermanos errantes se conviertan, que los pecadores no dejen reinar el pecado en ellos, y sobre todo que la comunión establezca este reino de vuestro amor en nuestros corazones, que toméis posesión de él, como rey soberano y como señor legítimo, con la dulce y tierna autoridad de la que no tengamos jamás la desgracia de sustraernos.

Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo: que los hombres no quieran hacer más que lo que vos queréis que hagan, que amen y respeten las leyes de Dios, que se sometan a vuestra providencia con una perfecta resignación, y que esta voluntad se cumpla tan fielmente, tan prontamente como se ha cumplido en el cielo por los ángeles, que están siempre prontos a recibir y a ejecutar las órdenes divinas y sobre todo, Dios mío, que vuestro nombre sea santificado por nuestros deseos, nuestras palabras y nuestras acciones, por el temor del pecado, por el celo para haceros honrar y para reparar vuestros ultrajes; que desde este momento to-

méis posesión de nuestras almas, que desviándolas del mundo busquemos más y más vuestro reino y la justicia que conduce a él; en fin, que amemos vuestra santa ley, que recibiendo como de vuestra mano los sucesos de la vida nos aprovechemos de Dios para hacer vuestra voluntad y vuestra santificación: haced esto, Señor, por los buenos efectos de una santa comunión que haga reinar en nuestras almas vuestra gracia y vuestra voluntad.

Después de haber rendido a Dios en la oración nuestros homenajes y nuestros deberes, nos permite exponerle nuestras necesidades: *el pan nuestro de cada día dánosle hoy;* nosotros pedimos por todos y nuestra oración es siempre colectiva; dadnos el pan que nos es puramente necesario a la vida, lo demás nos será dado en acrecentamiento; nosotros, ricos, lo pedimos porque nuestra abundancia viene de vos, y si vos volvéis un instante los ojos, ¡cuántos medios no tendréis de reducir nuestras riquezas a polvo!; nosotros, pobres, lo pedimos porque sin vos no sabremos tal vez dónde encontrarle hoy, lo pedimos por aquellos que no lo piden y por los que están colmados de abundancia. Nosotros no pedimos más que pan, pero un Padre añadirá algo más según los designios de su providencia; solo lo pedimos *para hoy,* para alejar de nuestros corazones todo apego sórdido, toda solicitud indigna de vuestros hijos. Concedednos, pues, las necesidades de esta vida temporal, pero dadnos el manjar y el sustento digno de nuestras almas, vuestra fe, vuestro conocimiento y vuestro amor, vuestra palabra divina, el gusto de vuestra ley santa, la gracia para guardar vuestros mandamientos; pero sobre todo dadnos este pan por excelencia; este pan

supersubstancial, este pan de la Eucaristía que era el pan de cada día para vuestros hijos en el bello siglo de la Iglesia naciente. Dádnosle hoy, que tenemos la dicha de recibirle, y haced que vivamos de tal suerte que merezcamos participar de él con frecuencia; sin él nuestra alma desfallecería en el trabajoso sendero de la vida.

Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores. Vos nos habéis mandado que dejemos hasta nuestros presentes en el altar, que abandonemos vuestro sacrificio para ir a reconciliarnos con nuestros hermanos, si sabemos que están ofendidos por nosotros. Nos habéis declarado que si perdonamos las ofensas a los hombres que cometan contra nosotros, nuestro Padre que está en los cielos nos perdonará también las que cometamos contra él, pero que si no perdonamos a los hombres, tampoco nos perdonará nuestro Padre. Oh Padre misericordioso, pues que concedéis vuestro perdón con una condición tan ligera como es compensar las deudas inmensas que hemos contraído hacia vuestra justicia con las ligeras deudas de nuestros hermanos; que la paz y el amor de fraternidad reinen en medio de vuestros hijos, que toda deuda sea remitida al pie de vuestro altar; pero sobre todo para participar de vuestra santa mesa, perdonadnos nuestras culpas, dadnos la pureza de corazón y la reconciliación con nuestros semejantes, que este sacramento sea el lazo de la paz, una a los hombres entre sí y con Dios y que haya en esta doble relación comunión mutua y perfecta.

Y no nos dejes caer en la tentación, Dios mío, libradnos de las tentaciones a que pudiera sucumbir nuestra debilidad, o prestad vuestro socorro poderoso a nuestra

fragilidad. No permitáis que seamos tentados por el demonio, por el mundo o por nuestra corrupción en más de lo que puedan resistir nuestras fuerzas, no permitáis la tentación sino para salir de ella con gloria. Esta gracia del triunfo, este fruto de la victoria de las tentaciones, lo encontramos sobre todo en la comunión; sea, pues, este maná divino para nosotros el reposo que sigue a la victoria y la fuerza en medio de los combates: guardadnos, Señor, como a las niñas de los ojos, protegedme a la sombra de vuestras alas bajo las que voy a refugiarme por la comunión.

Aquí los asistentes dicen la última petición para unirse a toda la oración, *mas líbranos de mal,* es decir, libradnos de todo lo que nos desvía del verdadero bien, de todos los males que pondrían obstáculos a nuestra salvación y oposiciones a la santa voluntad de Dios. He aquí el final de la oración domínica, la recapitulación de todas las peticiones que deben asegurar el efecto y el fruto de las demás; así, el pueblo reza implícitamente todo el *Padre nuestro* con solo responder en alta voz esta sola petición tan general y tan extensa, pues es como si dijese: Libradnos del mal que nos impediría santificar vuestro nombre por una conducta pura, que retardaría el establecimiento de vuestro reino en nuestras almas, que sería oposición en nosotros para el cumplimiento de vuestra adorable voluntad, que nos privaría de los bienes de vuestra gracia y sobre todo del pan de vuestra mesa, que alejaría el perdón de nuestras culpas, que extinguiría la caridad fraternal y nos abandonaría a todo viento de tentaciones.

El sacerdote responde *amén,* contra el uso común de

que conteste con estas palabras el pueblo; contesta amén a la oración que ha hecho y que ha ratificado el pueblo plenamente: él confirma la petición de los asistentes y dice al Señor por esta palabra enérgica: sí, Señor, así sea; libradles de los males para que glorifiquen vuestro nombre, se sometan al imperio de vuestro amor y de vuestra gracia, observen vuestra ley y todas vuestras voluntades para que merezcan el pan de esta vida y los auxilios temporales, el pan de vuestra palabra divina y el pan del cielo que excede a toda substancia, que perdonen y que sean perdonados y que no nos ataque ninguna tentación que exceda a las fuerzas de nuestra débil naturaleza, para que salgamos de ella con nuevos méritos del triunfo.

§ II. *De la oración* Libera nos *y de las rúbricas relativas a la* patena

Esta oración que sigue a la oración dominica no es más que una explicación más detallada del *amén* que el sacerdote acaba de pronunciar; y como la última petición del *Pater* es la más interesante, insiste en ella con fervor, se apoya como mediador sobre lo que tanto importa a las necesidades del pueblo y no se cansa de pedir la liberación de todos los males y la paz abundante que es su consecuencia.

En la Misa mayor después de la oración *offerimus,* que está en la tercera parte de la Misa, el subdiácono recibe del diácono la patena, que cubre con los extremos del paño que lleva, se coloca detrás del celebrante y la

tiene elevada. La razón de quitarse del altar la patena de que se ha servido el sacerdote para partir el pan ha sido el juzgarse más a propósito, desde hace más de mil años, depositar sobre un lienzo los dones ofrecidos, y así, desde que se ha hecho uso del corporal, no ha sido necesaria la patena más que para dividir la hostia o distribuirla en la comunión. Hubiera podido dejarse la patena en el altar sobre el corporal como se deja en la Misa rezada, si siempre hubiera sido tan pequeña como en la actualidad; pero cuando había pocas iglesias y las asambleas eran muy numerosas y comulgaban un gran número de fieles, la patena que debía contener todo lo que el sacerdote consagraba era un plato muy grande, del que convenía desembarazar el altar, después de la oblación. La patena se eleva un poco para advertir al pueblo que se acerca el tiempo de la comunión.

En las Misas de difuntos y en el Viernes Santo, el subdiácono no toma la patena porque en estas Misas se omiten casi todas las ceremonias solemnes y se comulga muy raras veces.

Al concluir el *Pater,* en las Misas solemnes, el diácono va al lado derecho del sacerdote y el subdiácono al del diácono, quien recibe la patena, la enjuga con el purificatorio y la presenta al sacerdote. En las Misas rezadas enjuga el mismo sacerdote la patena y la tiene apoyada recta sobre el altar. Y en esta noble actitud de fuerza y de confianza dice:

Os rogamos, Señor, como ya hemos pedido en general, *nos libréis de todos los males pasados,* que son nuestros pecados pasados, las penas que ellos han merecido, la responsabilidad que han dejado en pos de sí, el es-

cándalo que han producido, las malas impresiones que han penetrado en la imaginación y los sentidos. Libradnos de los males *presentes,* que continuamente nos afligen, como las tentaciones, las enfermedades, las desgracias, las penas exteriores e interiores; libradnos de los males *futuros,* es decir, de todos los que podrían afligirnos más allá de nuestras fuerzas y desviarnos de Dios, pero sobre todo de las consecuencias naturales de nuestros pecados y de todo lo que pudiera contribuir a nuestra eterna perdición.

Y por la intercesión de la bienaventurada y gloriosa siempre Virgen María, Madre de Dios, refugio de pecadores, socorro de los cristianos y el gran recurso de la Iglesia; *y por los ruegos de nuestros apóstoles San Pedro, San Pablo y San Andrés,* fundamentos de la sociedad cristiana, *y de todos vuestros santos,* de cuyos sufragios y protección tenemos tanta necesidad para con vos. A estas palabras hace un signo de cruz sobre sí con la patena y la besa para indicar que la paz que va a descender viene de los méritos de un Dios crucificado; que se adhiere a ella su corazón y su alma y que desea que no nos separemos jamás de esta paz. *Dadnos,* dice al mismo tiempo, *por un efecto de vuestra bondad, la paz en nuestros días,* la paz exterior y el fin de todas las turbaciones que son consecuencia del pecado y un motivo de caída para las almas débiles, la paz interior que no pueden arrebatar al cristiano fiel ni las turbaciones del mundo ni las penas de la vida; dádnosla en nuestros días para que corran tranquilos y serenos en toda piedad y pureza: *para que, asistidos y protegidos de los auxilios de vuestra misericordia,* sin la que recaeríamos al momento en la agitación y en el polvo de nuestro origen, *vivamos siempre libres de todo pecado,* que es el mayor obstáculo para la paz de Dios y para la santa libertad de sus hijos, *y seguros de toda turbación.* Aquí el sacerdote coloca la santa hostia sobre la patena de que se ha servido como del símbolo y del instrumento de paz, y que es su trono, pues que sostiene al Dios de paz, que nos la ha obtenido en la cruz, y cuyo cuerpo es distribuido a los cristianos en signo de paz y de unión. En fin, termina esta súplica por la mediación ordinaria de Jesucristo, libertador de los hombres, pacificador del cielo y de la tierra, *por el mismo Jesucristo Nuestro Señor, vuestro Hijo que siendo Dios vive y reina con vos en la unidad del Espíritu Santo;* después, elevando la voz según costumbre dice: *por todos los siglos de los siglos,* y se responde *así sea* para unirse a lo que se pide. Pero al pronunciar esta conclusión admirable, el sacerdote parte la hostia y esta fracción del pan sagrado merece algunas observaciones que vamos a hacer en el párrafo siguiente.

§ III. *De la fracción de la hostia y de la mezcla de una parte de la hostia en el cáliz*

Al fin de la oración *Libera nos,* a estas palabras *por Nuestro Señor Jesucristo...,* el sacerdote parte la hostia, no ya sobre la patena, como se ha hecho por muy largo tiempo, sino sobre el mismo cáliz, para que caigan en él las partículas sagradas que pueden desprenderse. Esta fracción tiene por objeto imitar a Jesucristo, que partió

el pan sagrado antes de distribuirlo a sus discípulos en su última Cena: tomó el pan y dando gracias *lo partió* y lo dio diciendo: Tomad y comed. Este rito solemne ha sido observado por los apóstoles; ¿no es el pan que partimos, dice San Pablo (1 Cor 10), la participación del cuerpo del Señor?, y una tradición constante lo ha conservado hasta nuestros días. Es cierto que la Iglesia no lo practica en el momento mismo en que pronuncia esta palabra *y lo partió,* en la acción de la consagración; pero como el Señor hizo la fracción inmediatamente antes de darse en alimento, entra perfectamente en el espíritu del Señor, retardando esta fracción hasta la comunión; y por otra parte, en la Misa continuamos no solamente la maravilla del Cenáculo, sino también la del Calvario, y como este rito de la fracción del pan representa también la muerte de Jesucristo, la separación de su cuerpo y alma, y la herida del costado abierta por la lanza del soldado antes de ser descendido de la cruz y puesto en el sepulcro, remitimos con razón la división de estas santas especies al momento en que va a descender nuestro Dios del altar para ser depositado en los corazones de sus hijos y ser sepultado en nuestras almas. Partimos la hostia precisamente al concluir la petición para que se nos libre del pecado y la oración de la paz de Dios, con el fin de hacer comprender que Jesucristo ha muerto en la cruz por librarnos de la esclavitud del pecado; que ha derramado su sangre para firmar nuestra paz con el cielo, y que si nos da en el altar su cuerpo inmolado y su sangre derramada en comunión y en participación íntima es para aplicarnos los frutos y los méritos de esta libertad y de esta paz adquirida, es

para que no muramos en el pecado y que viviendo para la justicia tengamos la paz plena y perfecta que es la serie y recompensa de esta justificación.

Aquí, en fin, es partido el sacramento, diremos con Santo Tomás de Aquino: pero no olvidéis que en el fragmento de la hostia hay lo mismo que en la hostia entera, solo han sido partidas las especies, el cuerpo de Jesucristo no ha sido dividido, está todo entero, no solamente bajo la especie de pan, como bajo la especie de vino, sino también en cada parte sensible de las mismas especies. *Nulla rei fit scissura, signi tantum fit fractura, qua nec status nec statura signati minuitur,* dice este ángel de la escuela.

El uso de la Iglesia latina es dividir la santa hostia en dos partes iguales; la mitad se deposita en la patena; de la otra mitad se separa una pequeña porción que se destina a ser mezclada a la preciosa sangre en el cáliz, como luego diremos. La Iglesia romana partía antiguamente también en tres la hostia consagrada: una parte para mezclarla en el cáliz, otra para la comunión del sacerdote y la tercera, mayor que las otras dos, se dividía en muchas partículas, con las que comulgaba el pueblo, y que se guardaban para los ausentes y enfermos; porque los panes del altar que se usaban entonces eran mayores y más gruesos que los nuestros; en el día la Iglesia usa de panes muy delgados para la comunión de los fieles, habiendo juzgado que las fracciones multiplicadas que antes se hacían de la hostia podían tener el grave inconveniente de dejar perder algunas partículas de la Eucaristía. Sin embargo, se hallan aún algunos vestigios de este antiguo uso: cuando el Papa dice la Misa

con solemnidad divide la hostia en tres: por lo común, una parte se pone en el cáliz, otra sirve para su comunión y la tercera se parte en dos para el diácono y el subdiácono que le asisten. En la consagración de los obispos, el consagrante mezcla una partícula en la preciosa sangre, toma la otra y da la tercera para comulgar el obispo consagrado que celebra con él.

Según el rito mozárabe de las antiguas iglesias de España, el sacerdote, después de haber dividido la hostia en dos partes iguales, divide la primera en cuatro y la otra en cinco para hacer nueve partes, que expresan los nueve misterios; a saber, la encarnación, la natividad, la circuncisión, la transfiguración, la pasión, la muerte, la resurrección. Estas siete partes de la Eucaristía, que representan los misterios obrados durante la vida de Jesucristo en la tierra, se colocan en cruz, y los otros dos, que son su reino y su gloria, son representados por otras dos partes de la Eucaristía puestas al lado de las que forman la cruz. Con este uso se quiere marcar que se celebran todos los misterios al celebrar el de la Eucaristía.

Luego que el sacerdote ha terminado la fracción, tiene sobre el cáliz la parte de la hostia que debe mezclar con la sangre de Jesucristo, y haciendo tres signos de cruz sobre la copa con esta partícula, dice: *La paz del Señor sea siempre con vosotros,* y los asistentes responden: *y con tu espíritu;* ya en la oración precedente se ha pedido la paz con ardor, y en la fracción de la hostia se acaba de recordar el momento de la Cena en que Jesucristo se dio en signo de paz, y su muerte, que nos mereció la paz más completa con Dios; es, pues, natural

que el sacerdote y el pueblo se la deseen aquí mutuamente. La paz que el sacerdote y el pueblo se desean mutuamente no es la paz del mundo, que es falsa y frágil, sino la paz del Señor, sólida y duradera, que consiste en la unión con Dios, con nosotros mismos y con nuestros hermanos, paz que nos lleva a la de la eternidad. El sacerdote forma este deseo teniendo en la manc el cuerpo de Jesucristo, que es nuestra paz, lo hace formando el signo de la cruz sobre la sangre preciosa por la que ha sido todo pacificado; y forma el signo de la redención hasta tres veces en honor de las tres divinas personas que nos dan esta paz por los méritos de la cruz.

El sacerdote mezcla en el cáliz una parte de la hostia consagrada. Este uso es de perpetua tradición en la Iglesia y se halla en todas las liturgias; para entender bien este rito debe saberse: 1.º, que siempre se ha tenido una razón misteriosa en mezclar así el cuerpo y la sangre de Jesucristo consagrados bajo las especies de pan y vino, para marcar la reunión de este cuerpo y de esta sangre y la resurrección gloriosa; en efecto, hasta este pasaje de la Misa, la Iglesia no ha expresado más que la pasión y la muerte de Jesucristo por la consagración de su cuerpo y de su sangre hecha separadamente. Es cierto, como dice el Concilio de Trento, que por la virtud de las palabras sacramentales pronunciadas sobre el pan el cuerpo es consagrado solo, que por la virtud de las palabras sacramentales pronunciadas sobre el cáliz la sangre es también consagrada sola. Por tanto, es de fe que esta separación es misteriosa y que realmente no está el cuerpo sin la sangre, ni la sangre sin el cuerpo, pues que el

cuerpo de Jesucristo es verdaderamente un cuerpo vivo y glorioso. Así pues, es importante que se represente en el sacrificio la muerte de Jesucristo y su vida gloriosa, porque la Misa es la renovación y la continuación del que ofreció muriendo en la cruz y que ofrece siempre viviendo en el cielo. El cuerpo consagrado separadamente y la sangre consagrada separadamente son el signo de su muerte; el cuerpo y la sangre reunidos son el signo de la vida que ha recobrado resucitando; porque la especie de vino penetrando la especie de pan nos representa vivamente que el cuerpo y la sangre residen juntos, y están reunidos como en un cuerpo vivo; y aunque la liturgia no nos recuerda la resurrección hasta la súplica de la postcomunión, y nos representa el corazón del sacerdote y de los fieles que comulgan como el sepulcro en donde Jesucristo es depositado, era justo y conveniente que este signo de un Dios vivo y resucitado precediese a la comunión, pues que los cristianos reciben en la Misa el cuerpo inmolado y glorioso de Jesucristo, que les comunica la gracia de morir para siempre al pecado y los frutos de una nueva vida por la que deben vivir en la justicia. Debemos saber: 2.º, que antiguamente se hacía mezclar en el cáliz dos porciones de la hostia consagrada. Siempre que el Papa oficiaba solemnemente, se llevaba delante de él en una caja destinada a este uso una partícula de la hostia que había ya consagrado precedentemente; el soberano pontífice la mezclaba con la sangre de Jesucristo, antes de la comunión, para indicar por este rito que el sacrificio que ofrecía actualmente no era otro que el que había ya ofrecido, y para marcar así la unidad y la continuidad del mismo

sacrificio; si acaso reemplazaba otro obispo al Papa en esta circunstancia, practicaba lo mismo y hacía comprender que todos los obispos celebraban el mismo sacrificio que había sido celebrado otro día por el jefe de la Iglesia. El obispo enviaba todos los domingos a los sacerdotes de su villa una porción de la hostia consagrada en la Misa, para que la unieran en la copa sagrada al cuerpo y la sangre que habían consagrado ellos mismos, en señal de unidad de oblación, de unión de fe y de obediencia, y podía haber una razón natural para mezclar esta partícula enviada en señal de comunión con la sangre de Jesucristo, porque las hostias eran más gruesas entonces, y algunas veces conservadas largo tiempo o enviadas por las iglesias muy lejanas, podían tener necesidad de ser humedecidas para ser tomadas más fácilmente. Tal vez tenemos un resto de este antiguo uso en el Viernes Santo, día en que no se consagra en la Iglesia latina; el sacerdote comulga solo con una hostia consagrada en la víspera y guardada hasta el día siguiente en una capilla llamada vulgarmente *tumba* o *sepulcro;* no hay, pues, Misa porque no hay consagración actual. Se llama este oficio de la mañana la Misa de los *presantificados* o de los dones santificados o consagrados anteriormente; en esta Misa, pues, mezcla el sacerdote en el cáliz, en que no hay más que vino y nada más que vino, una partícula de la hostia consagrada en la víspera; siguiendo en esto la costumbre antigua que cita el arzobispo de Corinto en el siglo X, cuando prescribe a un solitario que tome la santa hostia que conserva mezclada con vino en un pequeño vaso destinado únicamente a este ministerio.

Ahora, pues, esta mezcla de la especie del pan y del vino consagrados representa la resurrección gloriosa del Salvador, y al hacer esta mezcla el sacerdote reza esta oración: *que esta mezcla y consagración del cuerpo y sangre de Nuestro Señor Jesucristo;* aquí la palabra *consagración* no quiere decir de ningún modo que los dones del altar sean nuevamente consagrados por esta mezcla, sino que simplemente quiere decir *mezcla del cuerpo y sangre consagrados;* que esta mezcla, pues, decimos sea *hecha para la vida eterna,* es decir, sea un signo y una prenda de nuestra unión con Jesucristo por la vida eterna, como es el símbolo de la unión mutua del cuerpo y de la sangre divina y la muestra de la resurrección y de la vida gloriosa de nuestro Dios. *De nosotros que la recibimos.* Se ve, pues, que esta oración concierne especialmente a los que participan de la mesa santa, pues son los fieles que obtienen principalmente la prenda de unión para la vida eterna, pues que se unen más íntimamente al sacramento de unidad y a toda la plenitud del sacrificio.

§ IV. *Del* Agnus Dei

A fines del siglo VII el Papa Sergio I estableció que el coro cantase el versículo *Agnus Dei* durante la fracción de la hostia como la expresión conveniente de nuestros sentimientos en el momento en que la muerte de Jesucristo representada por este rito nos aplica el fruto de la misericordia y el mérito de la paz. En los sucesivos se ha repetido tres veces esta invocación para llenar el intervalo hasta la antífona de la comunión. No

es de admirar que los sacerdotes hayan deseado decir en particular esta oración tan excelente y que hayan querido por devoción añadirla en la misa rezada, como disposición para la recepción del cuerpo de Jesucristo. Hasta el siglo XI, los tres *Agnus Dei* concluían por *miserere nobis, tened piedad de nosotros;* mas hacia el año 1100 la mayor parte de las iglesias han dicho al final del tercero *dadnos la paz, dona nobis pacem.*

En las misas de difuntos se dice: *dadles el descanso,* y en la tercera vez, *dadles el descanso eterno.* Desde el siglo XII se halla esta práctica generalmente establecida. El sacerdote se da un golpe en el pecho a estas palabras *tened piedad de nosotros* para expresar la compunción de su corazón, y hace lo mismo diciendo *dadnos la paz,* tal vez siguiendo la antigua práctica en que se hacía la misma invocación, pero no se da golpe en el pecho en las Misas de difuntos porque el reposo que se pide para los fieles no determina esta acción.

Cordero de Dios, cordero que por vuestra dulzura, vuestra inocencia y vuestro destino al sacrificio desde el origen del mundo merecéis tan justamente este título que la Escritura os da en mil pasajes; cordero que habéis rescatado las ovejas y cuyo nombre lleno de ternura inspira tanta confianza y amor; cordero cuya inmolación ha hecho suceder la realidad de la paz de Dios al signo y a la figura de tantos corderos inmolados, cuya sangre no era más que la sombra de la sangre preciosa que ha corrido por la cruz; cordero pascual cuya sangre no es ya aplicada exteriormente sobre las puertas de los hebreos como señal de la antigua libertad, sino que corre en nuestras venas y en nuestros corazones para

sacarnos de la esclavitud del pecado y merecernos la libertad de hijos de Dios, verdadero cordero de Dios, único digno de aplacarle y de agradarle, víctima del Señor por excelencia, *que quitas los pecados del mundo,* que los quitáis y que los lleváis (porque el término griego y el latino tiene estas dos significaciones: *qui tollis*). Isaías nos representa a Jesucristo como un cordero cargado con nuestras iniquidades, destinado a ser inmolado, y San Pedro nos dice que ha llevado nuestros pecados en su cuerpo en la cruz para que siendo muertos al pecado viviésemos para la justicia. Vos los lleváis, pues permitid que depositemos realmente sobre vuestra cabeza adorable el peso abrumador de nuestras miserias, como se imponía la mano en las víctimas de la antigua ley para sustituirlas en lugar del pueblo y cargarlas con los pecados. Mas no solamente lleváis nuestros crímenes, sino que los expiáis, los borráis, los destruís, porque vos habéis venido para dar fin al pecado, para borrar la iniquidad, según dijo Dios al anunciar a David la venida del Salvador: «la iniquidad será borrada y el pecado destruido» (Dan 9, 54), y para llevar la justicia eterna. Vos habéis absorbido la muerte de nuestras almas en una entera victoria y nos laváis con vuestra sangre en el bautismo y en la penitencia. Vos quitáis, pues, los pecados del mundo, estos pecados que el amor del mundo y de nosotros mismos nos hace cometer, y que por grandes que sean son absolutamente expiados por vuestro sacrificio sin que queden en manera alguna; *tened piedad de nosotros;* ahora que vuestro amor os ha puesto en el altar, en nuestras manos, y que vais a entrar en nuestros corazones, repetimos esta invocación con los más vivos

sentimientos de dolor y de confianza; la repetimos hasta tres veces, en señal de la necesidad infinita que tenemos de vuestra gracia y de vuestra misericordia, y la expresamos en el momento más feliz, entre la *consagración,* que nos ha puesto en posesión de vuestra gracia, y la comunión, que va a poneros en posesión de nuestros corazones. *Dadnos la paz,* no el fin de las turbaciones pasajeras, sino la paz del Señor, necesaria en todo tiempo y que es el efecto y la consecuencia del perdón de los pecados.

En las Misas de difuntos se dice dos veces *dadles el descanso* y otra tercera *el descanso eterno;* porque la Iglesia solo se ocupa en esta oración de procurar el reposo y eterna felicidad a las almas que padecen aún en el purgatorio. La Iglesia pide dos veces para ellas el reposo, es decir, la cesación de la pena, y en la tercera pide el colmo de la felicidad, este reposo eterno de que gozan los santos en el cielo.

§ V. *De la oración* Domine Jesu Christe *para pedir la paz y el ósculo de paz*

Esta oración no se dice en las Misas de difuntos porque no se da tampoco el ósculo de paz y se omite este deseo mutuo, así como la oración que pide la gracia que de él se deriva, porque no es ya propio pedir para la Iglesia del purgatorio la paz que solicitamos para la de la tierra.

Nada más antiguo en la liturgia que el uso de darse mutuamente el ósculo de paz en medio de los santos misterios y antes de participar de ellos. San Justino en

su *Apología* escrita en el siglo II y San Cirilo de Jerusalén en su quinta *Cathequesis* hablan de este uso como de un rito general y constantemente observado, y la Iglesia ha querido que esta piadosa ceremonia fuese precedida de una oración que explicase su objeto y expusiese sus preciosos frutos.

Señor Jesucristo, dice el sacerdote en voz baja, teniendo las manos unidas en el altar y los ojos fijos en el santísimo sacramento. Jesús quiere decir Salvador, y el sobrenombre de Cristo quiere decir ungido o consagrado. Vos que sois a un tiempo mismo Jesús y Cristo, es decir, Salvador consagrado por la misión divina para ponernos en libertad y salvarnos la vida; vos sois nuestro Señor y dueño, pues que vos nos habéis rescatado con vuestra sangre y el cielo ha proclamado estos tres títulos a vuestro nacimiento diciendo: Os ha nacido un Salvador que es el Cristo y el Señor (Lc 2, 2). *Señor Jesucristo que dijisteis a vuestros apóstoles: yo os dejo la paz, yo os doy la paz.* El sacerdote, que acaba de pedirla al terminar el *Agnus Dei* y que va a comunicarla al fin de esta oración, se siente movido a exponer al Salvador que la paz debe ser mirada como el mayor bien de los cristianos, pues que dando a sus apóstoles las pruebas más vivas de su amor, les dijo en la víspera de su muerte: *Yo os dejo la paz, yo os doy la paz* (Ioh 14); sobre lo que observa San Agustín la diferencia que debe hacerse entre la paz que Jesucristo deja y *su* paz que da. La paz que deja es la que podemos tener en esta vida por su gracia y por su amor; y proviene de la buena conciencia y de la fidelidad a la ley de Dios y a nuestros deberes; produce la calma y la alegría en la parte superior del alma, mas no obstante no impide las turbaciones y las penas sensibles, ella subsiste en medio de los combates, mientras que la paz que da Jesucristo es la seguridad de la paz para la eternidad; excluye toda pena, todo trabajo, toda lágrima, todo combate, es la paz de que goza Él mismo y que destina a los fieles para gozar de ella en el cielo. Cuando no se pide esta paz se juzga que no se ha pedido nada, y cuando se pide sin cesar se obtiene la plena alegría que el mundo no podrá arrebatar ni alterar. Hasta ahora no me habéis pedido nada, dice Jesucristo, pedid para que obtengáis que vuestra alegría sea plena y perfecta.

Oh Salvador, que tan dulces promesas nos habéis hecho, *no miréis a mis pecados,* a mi indignidad, que podría ser obstáculo para una gracia tan preciosa; *sino a la fe de vuestra Iglesia,* esta sociedad tan santa en su jefe, tan llena de confianza en vuestra palabra y de la que yo soy el ministro; no consideréis en mi súplica más que al ministro de vuestra Iglesia y no al hombre débil y pecador, indigno del ministerio de que me hallo revestido. Ordinariamente las oraciones de la Misa son comunes al sacerdote y a los fieles; pero esta es personal al sacerdote, como lo indica la expresión *mis pecados.* El sacerdote siempre que habla en su nombre, como en esta oración, lo hace con modestia, en términos humildes, expresando sus indignidades, sus ofensas y su servidumbre; y al contrario, cuando habla de los fieles lo hace en términos llenos de honor, llamándoles el pueblo de Dios, su familia, su pueblo santo; caridad conveniente, pues no conociendo el corazón de los demás debemos suponerlos buenos y agradables a Dios; solo en la oración *Nobis quoque*

peccatoribus pone a los fieles en el número de los pecadores, mas entonces se da un golpe en el pecho como si fuese él solo el culpable. Oídme, pues, en consideración a la santidad de vuestra Iglesia, poniendo nuestra indignidad personal al abrigo de los méritos del cuerpo entero. *Y dignaos conservarla en paz y en una santa unión,* es decir, dignaos darle la paz con vos y la unión entre todos sus miembros; la paz que Jesucristo ha merecido en la cruz que ha dejado en los manantiales de la gracia por la fuente de los sacramentos, y la que da en el cielo como precisa recompensa de la que hemos guardado con él en la tierra; la unión de los cristianos entre sí, la caridad mutua que hace en el mundo de todos los fieles un corazón y una alma, y que nos da la justa confianza de ser un día reunidos en la casa de Dios como hijos de una misma familia. He aquí lo que pedimos a Dios con tanta frecuencia en la liturgia sagrada, he aquí lo que deseamos mutuamente por el ósculo de paz y la prenda que vamos a recibir en la comunión del sacrificio. *Según vuestra voluntad,* no solo la paz de vuestra gracia y la unión del perdón mutuo, sino la paz de vuestra gloria y vuestra felicidad que debe reunir todos los miembros de vuestra Iglesia como queréis que seamos unidos entre nosotros y con Dios (Ioh 17, 22). *Vos que siendo Dios* podéis concederlo todo, pues que *vivís y reináis en los siglos de los siglos. Así sea.*

Del ósculo de paz

En la Misa rezada, cuando se dice por los difuntos, solo se reza esta oración de paz sin darse el ósculo;

pero en la Misa solemne es seguida esta súplica del ósculo de paz, por el cual los fieles se desean unos a otros todo lo que se ha expresado en la oración precedente. Ya hemos visto la antigüedad respetable de este rito solemne que remonta al tiempo en que la multitud de fieles solo formaba un corazón y una alma; examinaremos, pues, solo en pocas palabras cómo se daba antiguamente el ósculo de paz, cómo se da en el día, por qué lo ha establecido la Iglesia antes de la comunión y qué sentimiento debe producir en nosotros esta preciosa ceremonia.

Los apóstoles habían recomendado este santo ósculo y se ve en San Agustín la manera cómo se daba. «Después de la oración domínica se dice: la paz sea con vosotros, y los cristianos se abrazan mutuamente dándose el santo ósculo: esto no es más que un signo de paz, mas lo que los labios representan debe tener su efecto en la conciencia, es decir, que así como vuestros labios se acercan a los de vuestro hermano, debe vuestro corazón estar unido a su corazón.» Todas las personas del mismo sexo se daban el santo ósculo unas a otras, los hombres en su lado y las mujeres en el suyo; y esta era la principal razón por que estaban separados los dos sexos en la Iglesia, según las *Constituciones apostólicas,* para que no hubiese en esta ceremonia más que una caridad pura y digna de Dios. Esta costumbre no varió hasta mediados del siglo XIII, aunque se ha ido restringiendo poco a poco a los hombres cuando ya no se distinguía exactamente el lugar de los dos sexos; después, a esta época se vio introducirse en Inglaterra el uso de dar la paz a los legos con un instrumento que

se llamó el *osculatorio, la paz, el símbolo de la paz y el portapaz,* lo que se siguió después en España, en Francia, en Alemania y en Italia. Como quiera que sea, el clero según el rito romano ha conservado parte del antiguo uso abrazándose y se ha contentado con presentar al público el *osculatorio* llamado *las paces* en ciertas solemnidades, y aun el clero recibe en el día la paz con el osculatorio. He aquí cómo se practica la ceremonia del ósculo comúnmente. Si el sacerdote debe dar la paz, después de concluir la oración que hemos explicado, besa el altar para recibir la paz más inmediatamente de Jesucristo, que es su autor, príncipe y Dios. Durante algún tiempo se ha besado la hostia, el cáliz, el corporal o la palia o la patena, pero lo más comúnmente observado y que se ha seguido siempre en Roma es besar el altar o la piedra sagrada, que es el lugar del cuerpo de Jesucristo. Después besa el sacerdote el instrumento de paz que le presenta el ministro de rodillas al lado de la epístola para comunicar a estos símbolos la paz de Dios y la unión fraternal que acaba de recibir en el trono de la gracia y la misericordia. Estos instrumentos son por lo común dos láminas de metal con una abrazadera y representan en una parte al Salvador en la cruz y en otra al Señor resucitado, indicando así que la paz que deseamos nos ha sido adquirida por la muerte de Jesucristo, y que ha sido consumada y ratificada por su resurrección. En la Misa mayor el diácono besa el altar al mismo tiempo que el sacerdote, el cual se vuelve hacia él, acerca su mejilla a la del diácono y lo abraza diciendo: *La paz sea contigo, hermano.* Yo la he recibido, por decirlo así, de la boca del mismo Dios; yo te la transmito,

llévala, hermano nuestro, a la santa sociedad de los hijos con quienes formamos un cuerpo y una misma paz, pues que participamos del mismo pan y del mismo cáliz. El diácono le responde y *con tu espíritu* y da la paz al subdiácono, que va a darla igualmente a los del coro según el rango y dignidad de cada uno; diciendo cada vez que se da el instrumento: *La paz sea contigo,* a que se responde y *con tu espíritu.* ¡Cuán propia y conveniente es esta práctica del ósculo de paz en esta parte del sacrificio! ¡Cuán útil renovar por un signo exterior la unidad de los espíritus en el lazo de paz en el momento de participar del sacramento de unión y de amor! Sin esta unión no solamente no se puede comulgar, no se puede unirse a la oblación, pues que Jesucristo nos ha dicho: Si tu hermano tiene alguna cosa contra ti, deja tu don ante el altar y cuanto antes reconcíliate con él. Así, esta recomendación ha parecido tan esencial que la Iglesia griega ha establecido el ósculo de paz antes de la oblación; lo mismo se practicaba antiguamente en las Galias; pero en Roma y en muchas Iglesias latinas se juzgó más propio colocar este deseo mutuo después de la oración dominica, como dice San Agustín, y a fin, dice el Papa Inocencio I, que se confirme inmediatamente antes de la comunión todo lo que se ha dicho, hecho y demandado durante los santos misterios. He aquí, pues, el orden de la Iglesia en esta parte de la liturgia; pide tres veces al Señor la paz con él y con el próximo, nos la hace desear mutuamente y en el fondo de nuestro corazón, y después nos da, no una muestra

de ella, sino la prenda real en la participación de la Eucaristía.

Hagamos, pues, en espíritu lo que ella hace exteriormente mientras se da la paz; y cuando el sacerdote dice la oración que sigue al *Agnus Dei* renovemos el amor a nuestros hermanos y atraigámonos por esta dilección la de Jesucristo, en cuya gracia solo podemos vivir por el amor que tanto nos ha recomendado al decirnos: Se conocerá que sois mis discípulos por la caridad que os tengáis unos a otros.

§ VI. *De las oraciones para la comunión*

La antigua Iglesia no había colocado aquí ninguna oración, porque todas las oraciones que han precedido a la comunión pueden ser una preparación suficiente para comulgar, pero muchos santos no han podido ver acercarse el momento de recibir el precioso cuerpo de Jesucristo sin hallarse sobrecogidos de respeto y de un santo temblor y sin experimentar la necesidad de pedir de nuevo la remisión de sus pecados y la gracia que la santa comunión debe producir en un alma bien preparada.

Entre todas las oraciones que este sentimiento de religión introdujo, la Iglesia ha elegido dos que hace 600 ó 700 años han sido miradas como viniendo de una remota antigüedad. En la primera pide a Jesucristo la gracia de ser librada de los males del alma, de seguir inviolablemente sus preceptos y de no ser separada de Él.

¡Oh Señor Jesucristo!, dice dirigiéndose al Salvador

consagrado para darnos esta vida preciosa; al Señor, que ha adquirido sobre nosotros todo derecho procurándonosla en el Calvario; *Hijo de Dios vivo,* de este Dios que es el principio de la vida espiritual, que os la comunica por naturaleza y por esencia, con el poder de comunicarla a los hombres por la gracia y por la adopción: Hijo eterno y todopoderoso, *que según la voluntad del Padre* cuya caridad os ha enviado y entregado por nosotros, *y la cooperación del Espíritu Santo,* cuyo amor a los hombres ha formado el cuerpo de la víctima en el casto seno de María, y cooperado sin cesar a convertir el pan del altar en este cuerpo adorable, para que sea ofrecido para dar la vida a nuestras almas; *habéis dado por vuestra muerte la vida al mundo,* expiando en vuestro cuerpo sobre la cruz todas las penas debidas al pecado que nos había dado la muerte.

El sacerdote interesa aquí a la Trinidad entera que ha contribuido a darnos la vida en Jesucristo y por Jesucristo en la cruz, y que contribuye a aplicárnosla en el altar; pero esta vida debe ya habitar en el alma del fiel que se acerca a los santos misterios y la Iglesia no va a pedir más que la confirmación y la abundancia.

Libradme por vuestro Santísimo cuerpo y sangre, que el Espíritu Santo ha formado y que acaba de producir por la transubstanciación, que el Padre ha dado por nosotros y que nos da aún todos los días; que vos habéis entregado en la cruz y que inmoláis sin cesar en los santos altares, por estos dones de vida inefable que poseemos, que contemplamos en el altar y a que vamos a incorporarnos para aplicarnos los méritos de vuestra muerte; *de todas mis iniquidades,* no solamente de los

pecados que he llorado y expiado en la penitencia, sino también de lo que se opone a la vida de mi alma y de todo lo que puede desviarme de Dios; *y de toda clase de males* que pueden inducirme al pecado, de todos los peligros que me rodean, de tantos pecados como cometo sin casi apercibirlo, y de todas las culpas en que incurro por error, por ignorancia, por precipitación, contra vuestra ley; *y haced del modo que cumpla siempre vuestros preceptos,* que jamás me desvíe de vuestros mandamientos y de mis deberes, pues que no se puede tener la verdadera vida sin guardar vuestros divinos preceptos, *y no permitáis que me separe nunca de vos,* sino que me una a vuestra santa voluntad como el débil arbusto al árbol vigoroso; que seáis el principio de mis pensamientos, de mis acciones y de mis deseos; que nuestro amor sea tan vivo y poderoso para hacernos decir con el apóstol: ¿quién nos separará de la caridad de Jesucristo?, no será ni lo presente ni lo futuro, ni la vida ni la muerte; y para hacernos repetir con el profeta: ¿qué tengo yo que desear en la tierra sino a vos, que sois el Dios de mi corazón y mi patrimonio en la eternidad? *Vos, que vivís y reináis con el Padre y el Espíritu Santo, por los siglos de los siglos.*

A pesar de estas elevadas y animosas protestas de fidelidad de no separarnos jamás de Dios, promesas que creemos inalterables en el acceso del fervor y en la expansión del alma, antes de la comunión, la Iglesia, que conoce nuestra debilidad, se inquieta como una madre tierna y experimentada por el porvenir de sus hijos. Ella no puede olvidar lo que pasó en el Cenáculo, y oye siempre con terror esta voz de Pedro que decía antes de la comunión: «Aunque todo el mundo os abandone y sea preciso sufrir la prisión y la muerte, yo no os negaré jamás», y esta misma voz del príncipe de los apóstoles, que algunas horas después de la recepción de la Eucaristía decía con juramento y con imprecación a la vista de una simple criada: «No conozco a tal hombre: no sé lo que decís de Jesús Nazareno, yo no soy discípulo suyo». La Iglesia nos recuerda, pues, lo que una triste experiencia no debería hacernos olvidar tan pronto, y en esta segunda oración pide a Jesucristo que su cuerpo nos preserve en lo sucesivo de todo lo que podría hacernos perder la vida de la gracia o debilitarla.

Haced, Señor mío Jesucristo, que la recepción de vuestro sagrado cuerpo que intento tomar, no obstante mi indignidad, porque aunque yo me he examinado antes de comer este pan de los ángeles, aunque mi conciencia no me acusa de nada grave y mortal, no por esto voy justificado y digno de recibiros; aunque me creyera colmado de toda clase de gracias y rico de virtudes, como aquel ángel de la iglesia de Laodicea, puedo hacerme ilusión, como él se la hacía y oír de vuestra boca esta palabra de verdad que a él le escribió San Juan de parte de Dios; a saber, que era verdaderamente pobre, desnudo y ciego, no viendo sus faltas y debilidades (Apc 9, 17). Yo conozco, pues, más y más iniquidad presente y sobre todo mi fragilidad para el porvenir, y os ruego que esta comunión *no sea motivo de mi juicio y mi condenación,* que no firme con vuestra sangre que da la vida mi sentencia de muerte. Mas ¿cómo este manjar de gracia y de vida puede llegar a ser un principio de muerte y de condenación? Como el alimento más sano y más exquisito

llega a ser un germen de enfermedad y de muerte si es recibido en un estómago viciado y en una sangre corrompida; lo que la Iglesia expresa perfectamente en la prosa del Santo Sacramento: lo reciben los malos y los buenos, con la diferencia que los unos hallan en él la muerte y los otros la vida. *Mors est malis, vita bonis.* Pero, Señor, no es bastante no beber ahora el veneno en las fuentes sagradas de la vida, y beber la vida en las fuentes del Salvador, sino que debemos prever el porvenir y beber el agua que surte hasta la vida eterna; que la recepción de vuestro cuerpo diré aún no me sea motivo de juicio y de condenación, *sino que por vuestra bondad y misericordia me sirva de defensa para mi alma y para mi cuerpo,* de defensa para mi alma contra todos los pecados mortales, de defensa para mi cuerpo contra todos los ataques de una carne de pecado que entrega a mi espíritu a rudos combates; que imprima a mi alma el valor y la fuerza, que imprima a mi cuerpo este mismo valor contra la molicie y la concupiscencia; que el aguijón del pecado se rompa contra vuestro cuerpo unido al mío y que lo fortifique contra el demonio y contra nosotros mismos. Que me sirva también esta carne sagrada de *remedio saludable,* aplicada a las heridas para cicatrizarlas, comunicada a la languidez espiritual para hacerla desaparecer y reparar las fuerzas que perdemos por las infidelidades de cada día; que nos preserve como un régimen saludable del peligro de la convalecencia y de la recaída; que la fuerza de este alimento nos haga marchar con seguridad por el camino de la vida y llegar felizmente hasta la montaña de Dios, es decir, hasta el cielo. He aquí las gracias que os pedimos, oh Señor

Jesucristo, *que siendo Dios,* igual a vuestro Padre digno de ser invocado, no solo como Mediador, sino como principio de todo bien, *vivís y reináis con Dios Padre en unidad del Espíritu Santo.*

§ VII. *De la comunión del sacerdote*

He aquí, en fin, el momento en que va a hacerse la consumación del sacrificio; y he aquí, por consiguiente, el tiempo de redoblar los deseos de participar de él. Si Jesucristo ha deseado con ardor, por su amor a nosotros, comer la última Pascua, ¡con cuánto más motivo debemos desear comer esta pascua preciosa que es la vida de nuestra alma! ¿No podemos decir aquí con verdad: Mi corazón y mi carne han deseado con vehemencia que este Dios vivo viniese a mí? (Ps 83, 27). El sacerdote, en quien la Iglesia supone estas disposiciones, dice tomando la hostia después de haberla adorado: *Yo recibiré el pan del cielo;* tomaré el pan celestial, el mismo que es el alimento de los ángeles y santos a excepción del velo que le oculta a nuestros débiles ojos, tomaré el pan que así el pobre como el rico, el pequeño como el grande, el esclavo como el señor, tienen derecho a gustar; esta palabra expresa toda la grandeza de la acción del sacerdote, toda la excelencia del don de que va a participar y al mismo tiempo toda la vivacidad de sus deseos, todo el ardor de su alma, más violento que la sed del ciervo que corre a las fuentes de agua viva, porque añade: *e invocaré el nombre del Señor;* invocar es llamar a sí, *in se vocare,* dice San Agustín. El nombre del Señor es la majestad de Dios, Dios mismo. Le in-

vocaré, dice el sacerdote, le llamaré en mí, atraeré con toda la energía de mi necesidad, con todo el ardor del hambre y de la sed espiritual a mi Dios, único que puede aplacarla, y llenar de bienes la extensión de mis deseos; porque es mi fuerza, mi apoyo y mi vida.

Diciendo estas palabras el sacerdote toma en sus manos el cuerpo de Jesucristo, pero cuanto más próximo ve el momento de unirse a él conoce más la distancia infinita que hay entre el Creador y la criatura y pasando del deseo a la humildad se inclina y dándose golpes de pecho dice tres veces:

Señor, yo no soy digno de que vos entréis en mi pobre morada; pero decid una sola palabra y mi alma será sana.

Tres clases de indignidad mueven a decir tres veces estas palabras: indignidad de parte del hombre animal y terrestre por todos los pecados de los sentidos; indignidad de parte del hombre racional que en la vida civil ha faltado tantas veces a la justicia y a la caridad que nos debemos unos a otros; indignidad de parte del hombre espiritual e interior que ha ocultado en el espíritu y en el corazón tantos pensamientos de orgullo, de vanidad, de presunción y otros vicios. El alma expresa, pues, el sentimiento de humildad en que debe estar. ¿Qué proporción, oh Salvador mío, hay entre el rey de la gloria y tan vil criatura? Si los cielos de los cielos no pueden conteneros, ¿cómo habitaréis en este cuerpo, en esta casa de lodo que ha merecido tantas veces ser reducida a polvo? El sacerdote, uniendo su humildad con la fe de la omnipotencia de Jesucristo, le representa que, aun sin venir a él una sola palabra suya, puede curar

su alma y llenarla de sus gracias. Mas acordándose de que Jesucristo nos ha mandado que comamos su carne y bebamos su sangre, bajo pena de no tener vida en nosotros, después de haber proclamado solemnemente su indignidad, tomando la hostia y teniéndola sobre la patena por si se desprende alguna partícula, dice lleno de temor, aunque con cierta confianza:

El cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo (y hace el signo de la cruz en la hostia como queriendo decir que el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, que ha sido inmolado en la cruz, es el mismo que tiene en sus manos) *guarde mi alma para la vida eterna. Así sea.* No obstante las promesas que he hecho y que renuevo; a pesar de toda mi vigilancia, yo suplico a Dios que vele sobre mí, porque si el Señor no guarda la ciudad, en vano es velar en su defensa. Sed, pues, oh Dios mío, mi fuerza y mi salud y el sello de mis resoluciones; guardad, Señor, esta alma donde vos debéis reinar y de que tomáis posesión, libradla de la tibieza del pecado y de la inconstancia hasta que llegue a la vida eterna.

Aquí el sacerdote, en el colmo de sus deseos, se une corazón a corazón con Dios, y durante el poco tiempo necesario para recibir las especies sagradas se abisma en la meditación del don inefable que acaba de recibir. Sin embargo, estos momentos dichosos deben ser cortos, porque la Misa no es más que una acción que debe llenarse siempre con lo que debe hacerse o recitarse.

Sale, pues, como a pesar suyo del éxtasis de admiración y de amor, y su corazón exhala la plenitud del reconocimiento que le inunda.

¿Con qué corresponderé yo al Señor?, dice con el acen-

to abrasado del profeta, y al mismo tiempo descubre el cáliz y le adora; ¿con qué corresponderé yo al Señor? Su gratitud es tan viva que parece no apercibir los medios de dar gracias a Dios, parece dirigirse a todas las criaturas, al cielo y a la tierra, a todas las fuerzas de su corazón y no hallar nada que esté en armonía y en proporción con el don tan excelente que ha recibido: *por los beneficios que de su liberalidad he recibido.* Porque además de sus innumerables beneficios acaba de permitirme subir al altar, ofrecer, consagrar, recibir su cuerpo adorable y con este don todos los bienes del alma y del cuerpo, de la tierra y del cielo han entrado en mi alma: *¿con qué retribuiré, pues, al Señor?*

El sacerdote recoge con la patena las partículas que pueden haberse desprendido de la hostia sobre los corporales, las mezcla en el cáliz, y tomando este continúa: *Tomaré el cáliz de salud:* ya sé un medio de corresponder al Señor, tomaré el cáliz de bendición que ha sido ofrecido por este divino Salvador en acción de gracias, el cáliz de salud porque contiene al autor de nuestra salud, Jesucristo, Nuestro Señor, con quien tenemos todo lo necesario para alabar a Dios y darle gracias: *e invocaré al Señor.* Con este santo cáliz invocaré el nombre de mi Dios, que ha prometido saciar a su pueblo de bienes y colmar con sus mayores gracias el alma de los sacerdotes; *cantando sus alabanzas,* bendiciéndole en todas las obras de sus manos, invitando mi alma y todo lo que hay dentro de mí a bendecirle, admirándome más que Santa Isabel por el honor que recibo de que Dios se digne venir a mí: *y estaré a cubierto de mis enemigos,* al abrigo de la astucia del demonio, de las seducciones del mundo, de los combates de la carne, de las ilusiones del corazón; esperaré a la sombra de sus alas hasta que haya pasado el torrente de la iniquidad que detendrá su curso emponzoñado ante esta sangre preciosa, hasta que yo pase a la tierra de los vivos prometida a mi fidelidad.

En estos sentimientos de piedad el sacerdote hace la señal de la cruz con el cáliz, diciendo: *La sangre de Nuestro Señor Jesucristo guarde mi alma para la vida eterna. Así sea.* Que la sangre de Jesucristo me fortalezca en todos los bienes que mi alma recibe, y que me sirva de viático hasta la vida eterna. A estas palabras el ministro del Señor toma la sangre preciosa con la partícula que hay en ella, teniendo con la mano izquierda la patena bajo el cáliz para que no se derrame ninguna gota. El sacerdote recibe la sangre, porque debe consumar el sacrificio bajo las dos especies, pues Jesucristo dijo a los sacerdotes en la persona de los apóstoles: bebed todos de este cáliz.

§ VIII. *De la comunión del pueblo*

Este es el lugar propio de dar la comunión a los asistentes que quieren participar de la mesa santa, y se recomienda con cuidado que no se difiera hasta después de la Misa. Porque, en efecto, es conveniente participar con el sacerdote del sacrificio que se acaba de ofrecer, y que las oraciones que se dicen en la Misa a nombre de todos sirvan de acción de gracias inmediata a los que han comulgado con el sacerdote.

El ritual romano añade: a menos que obligue a diferirla hasta después de la Misa alguna causa justa. El gran número de comulgantes es una de ellas, sobre todo si tuviese que esperarse gran concurso de pueblo que no comulgaba, hasta el fin de la Misa.

En los primeros siglos los fieles comulgaban muchas veces sin asistir al sacrificio, llevando a sus casas la santa Eucaristía cuando la violencia de las persecuciones no permitía las reuniones; mas en el día no conviene imitar lo que la necesidad obligó a hacer, cuando era imposible o muy difícil asistir a la Misa.

He aquí cómo se da la comunión a los fieles. Cuando después del aviso dado por la campanilla al *Domine non sum dignus* se presenta alguno para comulgar, el que sirve la Misa reza en nombre de los comulgantes el *Confiteor;* el celebrante, después de haber tomado la preciosa sangre, saca del tabernáculo el copón de las hostias consagradas para los fieles, a no ser que haya consagrado de estas hostias en la Misa o que siendo pocos los comulgantes se sirva de la patena para dar la comunión. Después el sacerdote, volviéndose hacia los comulgantes, dice el *Misereatur,* después la *indulgentiam,* bendiciendo con la mano a los comulgantes, que están de rodillas dispuestos a recibir la santa Eucaristía. Toma en la mano izquierda el copón o la patena y con la derecha una de las hostias, que eleva un poco a vista de los asistentes, diciendo: *He aquí el cordero de Dios,* cuya paz y misericordia acabáis de invocar; *he aquí el que borra los pecados del mundo,* que acabáis de confesar y de deplorar, y cuya indulgencia, absolución y remisión se os ha deseado. El sacerdote dice tres veces:

Señor, yo no soy digno, etc., y da la comunión a cada uno, poniendo en su lengua una hostia; los sacerdotes revestidos con una estola, el diácono y el subdiácono que sirven al altar la reciben en la grada más alta, los demás clérigos en la más baja, los fieles en la balaustrada de comunión, sobre la que hay un paño o mantel que deben tener en las manos para evitar cualquier accidente y para obviar la desgracia de dejar caer a tierra la divina Eucaristía; el diácono en la Misa mayor lleva la patena cerca de la boca de cada comulgante. Al dar la comunión, el sacerdote hace un signo de cruz con la hostia, como lo ha practicado para sí mismo, con el objeto de recordar que esta hostia es el mismo cuerpo del Señor que ha sido inmolado en el calvario, y dice a cada uno: *Que el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo guarde tu alma para la vida eterna.*

En el día, la Iglesia no permite a los fieles la comunión más que bajo la especie de pan, reservando solo para los sacerdotes, cuando dicen Misa, la comunión bajo las dos especies. La Iglesia ha podido cambiar este rito antiguo porque aprendió del apóstol, como hemos dicho, que para anunciar la muerte del Señor por el sacrificio era preciso comer el pan sagrado y beber el cáliz de salud, pero que para la participación en la Eucaristía bastaba comer este pan *o* beber este cáliz, pues que así se participa del cuerpo y sangre de Jesucristo que está realmente todo entero en cada una de las especies sacramentales. La Iglesia ha podido suprimir el cáliz para los fieles, pues que el antiguo uso no lo concedía en todas las circunstancias y que, por consiguiente, jamás se juzgó necesario para ellos. Así se daba la comunión a los

niños bajo la especie de vino en algunas iglesias y bajo la especie de pan cuando llegaban a edad adulta. Además, al paso que vemos que en los primeros siglos llevaban los fieles consigo el cuerpo de Jesucristo y lo conservaban en los viajes para comulgar en caso de que estallase la persecución repentinamente, no leemos nada de esto respecto de la especie de vino. La Eucaristía para los enfermos solo se guardaba bajo la especie de pan; algunas veces se comulgaba en la iglesia en que se celebraba la Misa, y entonces solo se comulgaba bajo la especie de pan conservado en la víspera, como hace aún el sacerdote entre nosotros el Viernes Santo. Además, la Iglesia ha debido quitar el uso de dar la comunión con cáliz a sus hijos por razones muy graves; y cuando ha dado este decreto ya esta práctica había caído en desuso: la razón principal ha sido el peligro continuo y casi inevitable de derramar la preciosa sangre, dando así el cáliz y transportándolo de un sitio a otro.

El uso de rezar antes de la comunión el *Confiteor* y las otras oraciones que acabamos de referir ha provenido de muchas causas: 1.ª, de la condescendencia que se ha tenido de dar la comunión fuera del tiempo del sacrificio, y en este caso se ha creído deber rezar estas oraciones como para la comunión de los enfermos, en que se rezan todas estas fórmulas, y hacer a falta de sacrificio una especie de misa abreviada, donde se halla la preparación en el *Confiteor* y las oraciones para la remisión de los pecados, la ofrenda y elevación de la hostia, la preparación a la comunión en el *Domine non sum dignus,* y la comunión en realidad que sigue a la bendición del sacerdote cuando es recibida fuera de la

Misa; 2.ª, de la introducción de este uso en la Misa mayor, porque cantando el pueblo el introito durante la confesión de los pecados, el *Sanctus* durante la consagración, el *Agnus Dei* durante las oraciones antes de la comunión, se ha creído deber suplir con el *Confiteor* esta falta; 3.ª, de la conveniencia de repetir estas oraciones por los que comulgan a fin de que sepan que aquí las pronuncia el sacerdote en su nombre especialmente y que es justo darles esta distinción, pues que se distinguen de los demás fieles comulgando realmente en el sacrificio. Este uso de la Misa cantada ha pasado a la Misa rezada, y los cristianos que comulgan no deben olvidar cómo deben entrar en todas las oraciones desde el *Agnus Dei,* pues aunque pueden seguirlas y unirse a ellas, la Iglesia se las hace rezar de nuevo para asegurarse del fervor de sus disposiciones.

Los fieles que no comulgan, y que deben experimentar el dolor de verse privados de este manjar divino, pueden dispensarse de decir las oraciones que siguen al *Agnus Dei,* puesto que no convienen con su privación, pero deben, no obstante, comulgar siempre espiritualmente y aplicar estas oraciones en el sentido de la comunión del deseo. Para esta comunión espiritual debemos renovar una fe viva, un dolor profundo del pecado que nos aleja de ella y de la tibieza que nos detiene, una resolución de vivir de modo que merezcamos comulgar; llamar a Jesucristo a nuestros corazones con los deseos más ardientes y las lágrimas más sinceras, envidiar la suerte de los fieles que reciben a Dios y repetir con la Cananea: No es justo tomar el pan de los hijos y echarlo a los perros; pero los perros comen las

migas que caen de la mesa del Señor, yo os pido, si no vuestro cuerpo, al menos las bendiciones que derrama sobre los que se acercan a él con amor. Yo no soy digno de que vos entréis en mi alma, pero decid una palabra que destruya el pecado y mi alma será curada, y buscando la perfecta salud en el sacramento de la penitencia, podrá acercarse a vos y ser llenada con los bienes de vuestra casa.

§ IX. *De las abluciones*

Después de haber recibido el sacerdote la preciosa sangre, y después de haber dado la comunión, recibe vino en el cáliz para purificarlo, lo que se llama la primera ablución. Purificar un vaso, la boca y los dedos es quitar lo que no debe quedar en ellos, y en este sentido se llama purificación la ablución del cáliz, de la boca y de los dedos del sacerdote con agua y con vino, que se hace para que no quede nada en ellos del cuerpo y sangre de Jesucristo. En los doce primeros siglos no se hacían comúnmente estas abluciones, contentándose con lavarse las manos y el cáliz con agua que se echaba en un lugar destinado a este uso llamado piscina o lavatorio; pero después los sacerdotes han juzgado a propósito por mayor respeto tomar estas abluciones en las que puede haber alguna partícula del cuerpo y de la sangre de Jesucristo, y la Iglesia ha confirmado este uso haciendo de él una regla y un deber.

El sacerdote recibe, pues, vino en el cáliz diciendo: *Haced, Señor, que recibamos con un alma pura lo que hemos recibido por la boca;* estas palabras son una especie de comunión espiritual que debe tener al alma en unión con Dios por un vivo reconocimiento de su gracia y por una grande atención a lo que puede conservarla; *y que este don temporal sea para nosotros un remedio eterno;* que permanezca Dios en nosotros con su presencia real, que su vida, su espíritu y su gracia circulen, por decirlo así, en todas las partes de nuestro ser y que un remedio tan poderoso obre sus efectos hasta la eternidad, según esta palabra del Salvador que nunca meditaremos demasiado después de la comunión: el que me come debe vivir para Mí, mi vida debe ser su vida, él debe ser consumido en Mí y permanecer siempre unido a Mí, como yo estoy unido esencialmente a mi Padre: *ut sit unum sicut et nos unum sumus* (Ioh 17).

El sacerdote toma este vino con que ha purificado el cáliz; después recibe otra vez vino y agua sobre los dedos que han tocado el cuerpo de Jesucristo y bebe esta segunda ablución diciendo: *Vuestro cuerpo, Señor, que he recibido y vuestra sangre que he bebido se adhieran a mis entrañas* para ser mi remedio eterno, mi preservativo y mi defensa inseparables. Los alimentos naturales de nada servirían si pasaran sin resolverse en jugos nutritivos que se derraman en nuestra substancia; así pues, pedimos que el alimento de nuestras almas se una a lo que hay más íntimo en nosotros, a nuestras afecciones que son nuestras entrañas espirituales, y que por nuestra fidelidad este jugo divino se esparza y comunique a todas las facultades del alma para hacerlas vivir con la vida de la gracia, *para que no quede en mí mancha alguna de pecado;* que las fuerzas espirituales sean enteramente reparadas por este remedio y esta bebida com-

puesta de la carne y de la sangre de un Dios; *después de haber sido alimentado por sacramentos tan puros y tan santos,* ¿cómo habitaría, en efecto, el crimen con la santidad misma, la luz con las tinieblas, la debilidad con la fuerza del Señor? Cread en mí, pues, un corazón puro y renovad hasta el fondo de mis entrañas el espíritu de rectitud y de inocencia; *oh vos, que vivís y reináis en los siglos de los siglos* y a quien suplicamos que viváis con nosotros en la tierra y reinéis sobre nosotros en el cielo. *Así sea.*

La rúbrica marca que se puede ofrecer, según los usos de los lugares, vino y agua a los fieles que han comulgado; este rito tan antiguo solo se practica en el día en la ceremonia para conferir órdenes. La razón de ofrecerse vino y agua era para pasar más fácilmente la hostia santa que podría pegarse al paladar, y para prevenir el desfallecimiento ocasionado por el ayuno eucarístico, que es de precepto riguroso y que se prolongaba mucho en las grandes solemnidades.

Después de las abluciones el sacerdote o los ministros del altar enjugan el cáliz con el purificatorio, que es el lienzo empleado para este uso, y se pone todo según el orden que se ha observado para la preparación. Durante este corto espacio la piedad dictará a los fieles que han comulgado realmente y a los que se han excitado a la comunión espiritual algún pensamiento piadoso, alguna inspiración ferviente para pedir a Dios los frutos abundantes del sacrificio, y el cáliz cubierto que puede representarles el sepulcro de Jesucristo les recordará las precauciones que deben tomar para conservar a Dios en su corazón y cerrar en él la entrada al pecado.

§ X. *De la antífona de la comunión*

Mientras se enjuga y se cubre el cáliz, el que ayuda la Misa lleva el misal al lado de la epístola y lo coloca como en el introito: ya hemos dicho que este era el lado del altar que mejor convenía al libro, porque está próximo al celebrante. No sería movido en él durante la Misa si una razón muy poderosa no hubiese determinado a leer el Evangelio hacia el Norte, y si desde el ofertorio no fuese preciso desembarazar la parte del altar donde se llevan las oblaciones y las vinajeras. El sacerdote va al lado donde se ha llevado el libro y lee la antífona llamada *comunión,* porque la canta el coro en la Misa mayor mientras comulgan los fieles. Antiguamente el celebrante no leía esta antífona en las Misas solemnes, porque no recitaba en particular lo que se cantaba por el coro únicamente para llenar los intervalos.

La antífona llamada *comunión* es un versículo sacado comúnmente de los salmos, y algunas veces de otros libros de la Santa Escritura; se la llama antífona porque se repetía alternativamente después de cada versículo del salmo de que se ha tomado, el cual se continuaba durante la distribución de la Eucaristía hasta que el celebrante o el diácono hiciesen señal a los chantres para decir el *Gloria Patri* al fin de la comunión del pueblo. Recitábase, pues, y era cantado como antífona el quinto salmo de entrada y el del ofertorio; uso que vemos en las catequesis de San Cirilo de Jerusalén que nos dicen que al distribuir la comunión se oía cantar: *Gustad y ved cuán dulce es el Señor;* en las *Constituciones apostólicas,* que marcan que debe cantarse el salmo 33, de don-

de está sacado este versículo, y en San Agustín, que declara que en su tiempo introdujo la Iglesia de Cartago la costumbre de hacer recitar himnos sacados de los salmos durante la oblación y la distribución de los dones sagrados. En lo sucesivo solo se ha conservado del salmo su antífona, que ha sido mirada como un himno de acción de gracias, como un medio de continuar la comunión espiritual y de alimentar los sentimientos que la presencia de Jesucristo debe excitar en nuestras almas, y el sacerdote ha debido decir esta antífona con el pueblo después de haber comulgado.

He aquí algunas de las palabras que la Iglesia nos pone en los labios después de haber participado de la santa mesa: El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros. ¡Ah, yo me regocijaré en el Señor y palpitaré en Jesús, que es mi Dios! El Señor está en medio de vosotros, Él combatirá a vuestros enemigos y os librará de ellos; el Dios de las virtudes es con vosotros. Buscad y hallaréis, el Señor es bueno para el alma que le busca. He encontrado al que amaba y no me separaré de él jamás. Señor, vos conocéis todas las cosas y sabéis que yo os amo.

¡Cuán vivas y penetrantes son estas palabras! ¡Cuántos encantos lleva su meditación al corazón que acaba de ser lleno de Dios y qué ardientes deseos pueden excitar en el alma misma que no ha tenido la dicha de unirse a este divino manjar!

CAPITULO VI

De la acción de gracias después del sacrificio, que constituye la sexta parte de la Misa

Esta parte comprende la postcomunión, que contiene los motivos de admirar las gracias de Dios y de mantener en el alma un vivo reconocimiento y un gran deseo de aprovecharnos de ellas. Después se despide a los fieles, se les da la bendición y se lee el principio del Evangelio de San Juan.

El modelo y el uso de esta acción de gracias lo hallamos en el Cenáculo, de donde no salieron Jesucristo y sus discípulos hasta después de *haber rezado el himno* de reconocimiento (Mt 26); en el Calvario, de donde se descendió a Jesús después de su muerte golpeándose el pecho y proclamando que era el *Hijo de Dios* (Mt 27); en el sepulcro, donde permaneció Magdalena retenida por la violencia de su amor (ibíd.); en el cielo, donde la acción de gracias resuena eternamente al pie del trono de Dios y alrededor del altar del cordero (Apc 7).

Artículo primero

DE LA ORACIÓN LLAMADA POSTCOMUNIÓN

El sacerdote besa el altar o la piedra sagrada, se vuelve al pueblo y dice: *El Señor sea con vosotros.* Al principio de cada parte de la Misa, el sacerdote saluda al pueblo después de haber besado el altar, de donde toma la vida que va a anunciar y desear a la asamblea. Con estas palabras: el Señor sea con vosotros, venera aquí una realidad respecto de los fieles que han comulgado como si dijera: yo os saludo a vosotros, que estáis llenos de gracia, el Señor es con vosotros; y expresa un deseo para los fieles que no han comulgado sino con el deseo y el afecto; el pueblo responde *y con vuestro espíritu,* porque vos tenéis la misma dicha que nosotros; el afecto que nos mostráis es apreciado y recíproco, vuestro Padre es nuestro Padre, nuestro Dios es vuestro Dios.

El sacerdote se vuelve al altar y dice la postcomunión, que se llama así porque se dice después de la comunión, que se ha llamado en otro tiempo la oración para concluir, porque es la última de la Misa, y concluida, el sacerdote cierra el misal.

Esta oración se reza de la misma manera y con las mismas ceremonias que la colecta, y contiene una acción de gracias solemne por la dicha inefable de haber participado de los divinos misterios y para pedir la gracia de conservar en nosotros su fruto y todo lo que puede obrar nuestra santificación.

El sacerdote vuelve, en fin, al medio del altar y lo besa, porque tiene que tomar de él una nueva gracia, y es la gracia del misterio de la Ascensión que debe consumar el holocausto cuyo perfume se eleva con Jesucristo hasta el cielo, y los frutos del sacrificio que deben atraer nuestros corazones, allí donde esté Dios entra como nuestro jefe, prepara lugar a sus miembros y nos invita a habitarlos anticipadamente con el espíritu y el corazón. *El Señor sea con vosotros,* dice el sacerdote, y el pueblo responde *y con vuestro espíritu;* sí, gocemos de las cosas celestiales, transportémonos de este altar de la tierra al altar sublime del cielo, donde Jesucristo está sentado a la derecha de Dios, absorbiendo y destruyendo la muerte para que seamos herederos de la vida eterna.

Consumado el sacrificio, el sacerdote o el diácono, vuelto hacia los fieles, hace en voz alta y aun cantando la despedida de la asamblea, a menos que deba seguir otro oficio o ceremonia a la celebración de la Misa.

Artículo II

DEL ITE, MISSA EST O DESPEDIDA DEL PUEBLO

Después de la instrucción que sigue al Evangelio se hacía la *Misa* o despedida de los infieles, de los pecadores, de los catecúmenos y de los penitentes por estas palabras: Las cosas santas son para los santos, y al fin del sacrificio se hacía la Misa o despedida de los fieles que habían tenido la dicha de asistir a ella.

Tertuliano y San Cipriano hablan de la despedida del pueblo después de las *solemnes;* en los tiempos de persecuciones se hacía con precaución para evitar el ruido y la multitud, pero en el siglo IV, cuando ya se reunían los cristianos con toda paz, se dio la despedida solemnemente: las *Constituciones apostólicas,* las liturgias de Santiago, de San Basilio, de San Crisóstomo y el arzobispo de Viena Avito hacia fines del año 500 marcan esta despedida al fin del sacrificio. Desde que la Iglesia permitió a todos sus hijos sin distinción asistir a sus misterios, esta es la única despedida que ha conservado con el nombre de *Misa* que ha quedado después como término propio de la oblación.

En la Misa rezada el sacerdote mismo da esta despedida volviéndose al pueblo después de haber dicho *el Señor sea con vosotros,* que es como el último adiós que da al dejar a sus hermanos. En la Misa cantada, el diácono, que es el heraldo del sacrificador y que da todas las advertencias necesarias a los fieles, está encargado de cantar la despedida; pero el sacerdote le da esta comisión, si bien no dice nada, y solo permanece vuelto hacia el pueblo, como para decir al diácono que se vuelva también y publique la despedida.

Para expresar esta despedida, el sacerdote o el diácono dicen: *Ite, missa est,* marchad, he aquí la despedida, es decir, podéis marcharos, podéis iros; y en las antiguas liturgias griegas se decía: Id en paz, salgamos en paz. El pueblo y el coro responden: *Demos gracias a Dios.* En el día no siempre concluye esta despedida el sacrificio; se omite en el Adviento, desde Septuagésima hasta Pascua, y en los días en que no se dice el *Gloria in excelsis,* y esto por dos razones: 1.ª Porque este es un signo de concurso, de solemnidad y de alegría que no conviene a los días de penitencia, de tristeza espiritual y a los días que no atraen gran concurrencia de fieles al templo. 2.ª Porque en estos días era seguida la Misa de algunas oraciones u oficios a los cuales se quería que asistiese el pueblo, de lo que vemos algún vestigio en el uso de rezar vísperas inmediatamente después de la Misa en las ferias de Cuaresma; en estas circunstancias no se quiere despedir al pueblo, y en lugar de la despedida ordinaria se dice sin volverse hacia él: *Bendigamos al Señor,* pues esta bendición debe hacerse en todo tiempo según el Salmista. Los fieles responden también: *Demos gracias a Dios.* En las Misas de difuntos no se da la despedida y ni aun se invita a bendecir al Señor y a darle gracias, sino que se dice simplemente: *Que descansen en paz,* volviéndose hacia el altar, y se responde: *Así sea;* porque la Iglesia se halla ocupada en procurar el descanso eterno a las almas del purgatorio; porque la alegría y la solemnidad serían poco oportunas al luto de sus hijos, y porque estas Misas son comúnmente seguidas de la inhumación o de algunas oraciones que deben determinar a los fieles a no retirarse.

Ite, missa est, dice el sacerdote; marchad, hermanos, el sacrificio ha terminado, la Misa se ha concluido: todo lo que Dios podía haceros oír, lo habéis oído; todo lo que podía daros, os lo ha dado; todo lo que podíais pedir, se os ha concedido; todo está consumado, todo cumplido; los misterios de su religión desde su nacimiento hasta su ascensión gloriosa han sido renovados,

se os ha aplicado su fruto; marchad, el sacrificio está completo, la gracia obtenida; la legación ha sido hecha por vosotros a Dios, y vuestros votos y oraciones han sido oídas; marchad en paz y seguid la senda de una vida nueva y el camino que conduce a la bienaventuranza; sed fieles a su santa ley.

El pueblo responde: *Demos gracias a Dios,* como los discípulos, que después de haber sido bendecidos por Jesucristo cuando ascendió a los cielos se volvieron colmados de alegría alabando y bendiciendo a Dios. *Bendigamos al Señor* y alabémosle con la efusión del corazón, con toda la expresión del reconocimiento, por el favor de habernos permitido asistir y participar de los santos misterios, y con la resolución más firme de conservar sus frutos y marchar de una manera digna de Dios.

ARTÍCULO III

ADICIONES A LA MISA INTRODUCIDAS POR LA DEVOCIÓN DE LOS SACERDOTES Y DEL PUEBLO Y AUTORIZADAS POR LA IGLESIA

§ I. *De la oración* Placeat

En otro tiempo todo se terminaba por la despedida dada al pueblo cristiano; porque la oración *Placeat* es bastante reciente, y aun en el siglo XV debía decirse por el sacerdote para sí después de haber acabado, pero

no formaba parte del ordinario de la Misa. Aun en los lugares donde se daba la bendición al salir del altar se hacía esta bendición antes del *Placeat,* a fin de que se mirase siempre aquella como una conclusión. Finalmente, el misal romano mandó decir el *Placeat* antes de bendecir a los fieles; mas para conservar algún vestigio del origen de su institución, la dice el sacerdote secretamente e inclinado ante el altar, como conviene a su indignidad de que hace profesión en presencia de la adorable Trinidad.

El sacrificio ha comenzado por la invocación de la Santísima Trinidad: esta invocación ha sido como la dedicatoria, y se ha juzgado propio terminarlo tan felizmente como se había comenzado dirigiéndose a las tres divinas personas después de la oblación: al Padre, a quien se le ha ofrecido; al Hijo, que ha sido inmolado; al Espíritu Santo, por quien es consumada la víctima, y sus méritos esparcidos sobre nuestros corazones, a fin, como dice en otra parte la Iglesia, que toda acción, y sobre todo la acción por excelencia, comience siempre, se prosiga y se acabe en nombre y por la virtud de Dios tres veces santo. Esta piedad, que retiene al sacerdote en el altar y a los fieles en el templo después de la despedida, puede recordar la conducta de los discípulos, que después de haber ascendido al cielo Jesucristo no se contentaron con volverse a la ciudad con alegría, alabando y dando gracias al Señor, sino que perseveraron todos juntos, dice San Lucas, en el Cenáculo, ocupados en la oración y llamando a sí la fuerza y la venida del Espíritu Santo, cuya efusión sobre los fieles va a figurársenos por la bendición del sacerdote

Es tanto lo que interesan todas las oraciones al sacerdote y a los fieles que se ha creído no deber dejar el altar sin hacer de ellas una especie de recapitulación. Primeramente dice el sacerdote que ha querido rendir el homenaje de su dependencia a la Santísima Trinidad. En segundo lugar pide que este homenaje sea un sacrificio agradable a los ojos de Dios y que no le desplazca a causa de la indignidad del ministro. Y en tercer lugar, que por la divina misericordia sea este sacrificio propiciatorio para él y para todas las personas por quienes ha sido ofrecido. La oración *Placeat* es una especie de recapitulación de todo lo que acaba de pasar y un acento de perseverancia para pedir la conservación de los frutos de tan eminente misterio.

Seaos agradable, oh Santísima Trinidad, el homenaje de mi servidumbre y que este sacrificio que yo, aunque indigno, he ofrecido a los ojos de vuestra majestad sea por vuestra misericordia acepto ante vos y un sufragio de propiciación para mí y para todos aquellos por quienes lo he ofrecido. Por Cristo Nuestro Señor. Así sea.

Todos los términos de esta oración se han explicado en el discurso de esta obra.

§ II. *De la última bendición*

Casi todas las oraciones que el sacerdote dice durante el sacrificio son otras tantas bendiciones para los asistentes, porque en él le pide de continuo que Dios derrame sobre ellos sus bendiciones y sus gracias; la Misa es por sí mismo el principal medio de conferir los dones celestiales y el principio eficaz de los socorros sobrenaturales que nos disponen a recibir la gracia santificadora en los sacramentos; para esto ha sido instituida; Jesucristo se ofrece en ella para la santificación de los fieles; el sacerdote pide que les aproveche para la salud y la vida eterna, que nos haga gozar de la paz del Señor y vivir eternamente entre sus escogidos; esta paz, pues, es el verdadero origen de las bendiciones. El sacerdote la pide de nuevo al fin del *Pater* y haciendo un signo de cruz con una parte de la hostia que tiene en sus dedos, dice a todos los fieles: *La paz del Señor sea siempre con vosotros.* He aquí la bendición del Santísimo Sacramento a que se debe tener más devoción, como que forma parte del sacrificio de donde emanan la bendición celestial y la gracia, que es eficaz por sí misma para el justo y el pecador. Pero aunque la bendición que se da al fin de la Misa no haga parte del sacrificio, se debe mirar con mucho respeto, pues que es dada por un sacerdote que acaba de consumar los santos misterios y de unirse tan particularmente a Jesucristo por la comunión. Así es que los pueblos han tenido siempre mucha devoción a esta bendición final del celebrante, bien la dé en medio o al fin de la Misa.

Antiguamente solo los obispos bendecían la asamblea, pues que representaban más vivamente a Jesucristo, pontífice eterno y obispo de nuestras almas; lo hacían según testimonio de San Agustín entre la oración domínica y la comunión (así lo marcó el cuarto Concilio de Toledo en 633), tendiendo la mano sobre el pueblo. Así se practicaba en España, las Galias y Africa. Pero además de la bendición general inseparable del sacrificio se

daba otra al terminar la Misa: una muy larga subsiste en las *Constituciones apostólicas* inmediatamente antes de la despedida y otra inmediatamente después en las liturgias de San Crisóstomo y de San Basilio. En la Iglesia de Occidente no se ve más bendición final en tiempo de los Papas San Gelasio y San Gregorio que oraciones intituladas: *Bendiciones sobre el pueblo después de la comunión,* y se ha dado este nombre a la postcomunión misma y a la oración sobre el pueblo, que le seguía antes de la despedida de los fieles; así en el sacramental gregoriano se lee el domingo después de la Epifanía: *Conservad, Señor, vuestra familia y purificadla por la abundancia de vuestras bendiciones.* En el día se ha conservado este resto del antiguo uso en las ferias de Cuaresma. Además de estas oraciones o bendiciones sobre el pueblo se ve en los tres primeros órdenes romanos que al fin de la Misa el Papa o el obispo iban del altar a la sacristía, que los obispos o los sacerdotes y los órdenes inferiones pedían su bendición y que el Pontífice respondía: El Señor nos bendiga u os bendiga; según el quinto orden, el chantre era el que decía *jube domine benedicere,* y después que el Pontífice había respondido *benedicat nos Deus,* todo el coro cantaba *amén,* lo que se hacía aun a la entrada de la sacristía. Hasta el siglo XI no creyeron los simples sacerdotes que debían bendecir al pueblo al fin del sacrificio en ausencia del obispo; mas bien pronto se introdujo esta costumbre y los fieles unieron a ella una gran devoción; sin embargo, se estableció una distinción entre la fórmula de bendición del obispo y la que el sacerdote podía dar al fin de la Misa.

Sin entrar en todas las variaciones que ha experimentado el ceremonial de la última bendición diremos solo lo que se practica en el día. Si el obispo celebra los santos misterios dice en alta voz o canta los versículos: *Sit nomen, que el nombre del Señor sea bendito; nuestro socorro está en el nombre del Señor.* Después hace tres signos de cruz sobre la asamblea y dice: que os bendiga el Dios todopoderoso, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo: el coro responde a los dos versículos precedentes *ahora y en los siglos de los siglos..., que ha hecho el cielo y la tierra...,* y al fin, *así sea.* El sacerdote, al terminar el sacrificio, dice con voz inteligible pero sin cantar, aun en la Misa mayor y solemne: *Benedica vos...,* y solo hace un signo de cruz sobre los fieles con la mano.

El sacerdote, después de decir la oración *Placeat,* besa el altar como por último adiós, y como para tomar en el trono de la misericordia el deseo de gracia que va a hacer; eleva las manos y los ojos al cielo para atraer las bendiciones del altar sublime donde ha subido el cordero víctima; une las manos como poseedor de los favores de salud que acaba de tomar y atraer, saluda la cruz, manantial de tantos méritos como va a derramar, y dice con voz inteligible: *Bendígaos Dios todopoderoso,* y volviéndose en seguida a los fieles y haciendo sobre ellos el signo de la redención que acaba de ser consumada en los frutos del sacrificio concluye: *el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.* No se vuelve el sacerdote a los fieles al principiar este deseo porque implora la omnipotencia de Dios, y lo acaba vuelto al pueblo, por quien ruega y sobre el que hace el signo de la cruz. El pueblo responde: *Así sea.* En las Misas de difuntos

se limita el sacerdote a besar el altar por último saludo de gracia y de adiós, y omite la bendición, porque en estas Misas se suprime la alegría y la solemnidad, porque el deseo solo es para los asistentes, y la Iglesia en estas Misas solo se ocupa del alivio de las almas del purgatorio, y porque los difuntos no pueden ser bendecidos no perteneciendo a la jurisdicción de la Iglesia de la tierra. Los fieles, que durante la oración *Placeat* perseveraban en la oración a ejemplo de los apóstoles para ser revestidos de la fuerza del cielo, esperan ahora esta bendición como la gracia de la bajada del Espíritu Santo. Pidamos, pues, con fervor en la última bendición que sean cumplidos en nosotros los días de Pentecostés; que el Padre y el Hijo nos envíen su promesa, que el Espíritu Santo, que procede del Padre y del Hijo, venga a nosotros, ponga nuestras resoluciones y nuestra debilidad a la sombra de la virtud del Altísimo; que sea como el rocío saludable que fecundice la tierra de nuestro corazón, para que la semilla divina que ha sido depositada en él por el sacrificio y la comunión pueda germinar, producir el Salvador en una vida santa y cristiana, y llevar los frutos que permanezcan hasta la vida eterna: afirmando en nosotros lo que se ha operado en el santo templo, fortificando al hombre interior y arraigándonos en el amor divino y llenándonos con la plenitud de Dios.

§ III. *Del último Evangelio*

En fin, no basta haber participado del espíritu del Señor, es necesario vivir de este espíritu y según este

espíritu en el amor, en la gracia de Dios, en el cumplimiento de su santa ley y de su voluntad. Si alguno no tiene el espíritu de Jesucristo, no le pertenece, dice el Apóstol; es un miembro privado de vida y merece ser cortado; y aquellos que son animados, añade, y regidos por su espíritu son verdaderamente los hijos de Dios, y de consiguiente los herederos de Dios y de su gloria. Si, pues, vivimos en el altar de este espíritu, marchemos por la impulsión de este espíritu, que nuestra vida sea la vida de los hijos de Dios, pues que comemos en la mesa de sus hijos. He aquí el sumario y la perfección de la vida espiritual, y he aquí la elevada y última instrucción que la Iglesia ha querido darnos en la Misa, y que hallamos con una recapitulación admirable de toda la religión y de todas las gracias del sacrificio en el principio del Evangelio según San Juan.

La lectura de esta parte del Evangelio es la última adición que se ha hecho en la liturgia sagrada: más de 500 años hace que lo han recitado muchos sacerdotes en voz baja al comenzar la acción de gracias, como se practica aún en algunas diócesis en la Misa mayor, donde el sacerdote dice el Evangelio de San Juan en particular retirándose del altar a la sacristía: la devoción del pueblo ha hecho que se recitase en voz alta en el altar. Al fin de las ceremonias del bautismo se dice este Evangelio a causa de estas palabras: *Les dio el poder de ser hechos hijos de Dios a los que creían en su nombre y que han nacido de Dios;* pero estas expresiones y las que preceden y las que siguen, *el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros,* no convienen menos después del augusto sacrificio; son el fruto de la vida de Dios. San

Agustín escribe que un platónico decía del principio de este Evangelio que debía ser escrito con letras de oro en todos los lugares de la asamblea, y los cristianos mucho más que los antiguos filósofos han unido a la admiración que excita la veneración de una tierna devoción. Lo llevaban escrito en su corazón, querían que se depositase con sus cuerpos en el sepulcro, lo rezaban en los peligros, deseaban que se les dijese en las enfermedades, y de aquí el uso de los rituales de hacer decir el Evangelio de San Juan sobre la cabeza de los enfermos después que han recibido los últimos sacramentos. Esta devoción los indujo a oírlo todos los días en la Misa; a recomendarla expresamente en sus fundaciones; tan noble costumbre fue muy pronto mirada como una ley y la autoridad del Santo Papa Pío V en el siglo XVII regló que se dijera al fin de la Misa y antes de salir del altar. Solo es excepción de esta regla el caso en que deba decirse el Evangelio del día o el del domingo cuando se ha interpuesto una fiesta que no ha permitido celebrar la Misa propia del domingo o del día privilegiado, y los fieles son advertidos de esta rúbrica por la mutación del Misal al lado izquierdo del altar después de las últimas oraciones.

Este último Evangelio se reza en el mismo lado que el primero, con el mismo preámbulo del saludo: *Que el Señor sea con vosotros,* y del anuncio: *Principio del Evangelio según San Juan.* El sacerdote hace el signo de la cruz sobre el altar o sobre el principio del Evangelio, alternativa que proviene de que casi siempre se ha dicho el Evangelio de San Juan de memoria, sin libro. A estas palabras: *y el Verbo se hizo carne,* se hace una

genuflexión. Al fin se responde *Demos gracias a Dios,* como nueva y última conclusión de todo el sacrificio.

Meditemos las palabras divinas en el sentido de una recapitulación de todos los misterios renovados en la Misa, en el sentido del fruto de la vida de Dios y de la vida de sus hijos que debemos recoger en el altar, y en el sentido de la conclusión más admirable y de la acción de gracias más sublime después del santo sacrificio.

En el principio era el Verbo, pues era antes de todo principio y de toda eternidad, pues existía ya al principio de todas las cosas; era, pues, el Ser necesario, poseyendo todas las perfecciones en un grado infinito, pues que es eterno. El Verbo no empezó cuando el hombre, dice el P. Scio, en su exposición de este pasaje del Evangelio, sino que era ya antes que naciese María y antes de todos los siglos, como Dios e Hijo de Dios de toda eternidad, y no como los demás hombres, que solo comienzan a ser cuando nacen a este mundo. *Y el Verbo,* esta palabra, este pensamiento eterno de Dios *estaba en Dios,* no como el pensamiento en nuestra alma, que no es otra cosa que nuestra alma pensadora, sino subsistiendo en sí mismo independientemente de su principio que es el Padre, engendrado del Padre, pero teniendo su distinción personal y formando un Dios, en la unidad de la esencia y de la naturaleza divina, la segunda persona de la adorable Trinidad, el Hijo eterno y consustancial al Padre, y distinto del Padre por la propiedad de su persona. *Y el Verbo era Dios,* como el Padre y el Espíritu Santo, igual a Dios en todas las cosas: lo que la Iglesia profesa claramente por estas tres palabras: unidad en la naturaleza, propiedad en las personas,

igualdad en la majestad y en todas las perfecciones. ¡Qué sublimidad en esta introducción! ¿Quién puede seguir el vuelo rápido del águila para fijar así la luz en el centro de la luz misma?

Después que San Juan ha expresado así en rasgos de fuego la eternidad del Verbo, su distinción personal y su divinidad, añade: *Él estaba al principio en Dios.* No es esto una repetición de lo que se ha dicho, es una verdad nueva y profunda que el evangelista trae del cielo a la tierra: quiere expresar la sociedad del Verbo y sus relaciones con las divinas personas. Los padres han observado que San Juan entiende por el *principio* en que subsiste el Verbo a Dios padre que se llama simplemente principio, porque es el principio sin principio. Así pues, cuando nos dice San Juan que el Verbo estaba en el principio, es decir, en el Padre, con Dios, se puede entender por esta palabra con el Espíritu Santo; de otro modo habría abundancia inútil de palabras. Está, pues, en el Espíritu Santo, como está en el Padre, como el Padre está en Él; el Padre es el principio, el Hijo es engendrado del Padre, el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, cada persona es distinta en una misma naturaleza, pero cada persona es llamada Dios, posee los caracteres esenciales de la divinidad, ellas son entre sí y en sí mismas su centro y su moral. Repitamos, pues, con la admiración del cielo: Santo, santo, santo es el Señor; después de habernos revelado el misterio sublime del Verbo en sí mismo y en Dios, el evangelista nos enseña su omnipotencia en las obras de la creación y todas las maravillas de esta sabiduría eterna en favor de los hombres: *Todas las cosas han sido hechas por Él:* Él lo ha creado todo, lo que importaba establecer contra los heréticos que negaban la omnipotencia y la divinidad del Verbo; pero el escritor sagrado no excluye hablando así el concurso omnipotente del Padre y del Espíritu Santo que han creado de concierto con el Hijo, pues que añade: *y nada de lo que ha sido hecho se hizo sin Él.* Así pues, no obraba solo, sino en sociedad con las otras dos divinas personas. *En Él estaba la vida;* en este pensamiento y en esta sabiduría de Dios viven y permanecen todas las cosas de una manera inalterable; en Él es donde todo lo que ha sido hecho es vida y razón, orden y sabiduría, así como, aunque de una manera menos inefable y menos perfecta, un edificio está en el pensamiento del arquitecto que lo edifica con sus dimensiones, la regularidad de las proporciones, el conjunto de sus partes y la riqueza de sus detalles. En esta sabiduría y en este orden eterno de los pensamientos de Dios se halla también el principio de la vida espiritual e interior del hombre por la que vivimos para Dios de la vida de Jesucristo por la caridad habitual que el Espíritu Santo derrama en nuestros corazones; *y la vida era la luz de los hombres;* esta sabiduría era su luz, así como su vida, ella les descubre todas las verdades, y la verdad es la verdadera vida del alma. En Mí, dice la Sabiduría, está toda la esperanza de la vida y de la virtud. Por esta luz de vida y esta vida de luz creemos, esperamos, dirigimos nuestros pasos en la vía de la salud, distinguimos los objetos, vemos las cosas tales como son, en su verdadera relación con Dios, la brevedad del tiempo, la importancia de la eternidad, la belleza de la virtud, la enormidad del vicio; nuestros pensamientos,

nuestros deseos, nuestros motivos y nuestras acciones reguladas por esta luz forman una vida pura y santa digna de Dios y de los hijos de la luz; porque el fruto de la luz está en la bondad, en la justicia y la verdad que nos inducen a hacer lo que agrada a Dios.

Y esta luz resplandece en medio de las tinieblas, porque antes de la venida del Verbo encarnado éramos tinieblas por el estado del pecado, y, no obstante, del seno del Padre iluminaba la sabiduría, y la reflejaba sobre los hombres que no querían cerrar los ojos a su brillo. *Y las tinieblas jamás la comprendieron,* tan carnales eran los hombres ocupados de las cosas sensibles, encadenados hacia tierra y no comprendiendo nada de lo que la sabiduría les prescribía para reglar su vida. No bastando esta luz interior, y hallándose oscurecida por la ignorancia y las pasiones esta razón emanada de la razón divina, Dios hizo suceder de edad en edad un ministerio exterior y sensible que despertase a los hombres al ruido de las amenazas y de las promesas del Señor; en fin, *hubo un hombre enviado de Dios,* como los otros profetas, pero con una misión más brillante, *que se llamaba Juan* (Bautista): su misión está marcada como una época muy notable, en el año 15 de Tiberio César; se hizo escuchar con respeto y señaló con el dedo al que era la luz y la vida. *Este vino como testigo de vista para dar testimonio de la luz a fin de que todos creyesen por Él,* y que abriendo los ojos a la verdad tuviesen la sabiduría de los hijos de Dios y la herencia de su felicidad. *El no era la luz,* este enviado, *pero había venido para dar testimonio de la luz;* esto es, de aquel que era la luz; su autoridad era tan grande que tuvo que declarar alta-

mente que no era Cristo, y que hasta el Evangelio nos afirma que no era la luz.

Esta luz, el Verbo que anunciaba Juan Bautista como la aurora anuncia al Sol, *era la luz verdadera que ilumina a todos los hombres que vienen a este mundo;* que nos ilumina en el orden natural, y en el orden de salud, porque toda ciencia e inteligencia vienen de la ciencia e inteligencia divinas, y Dios es el padre de las luces y el Verbo la marca de su gloria, el esplendor de su subsistencia, Dios de Dios, luz de luz que ilumina todo espíritu, como el Sol ilumina todos los ojos. *Él estaba en el mundo,* este Verbo eterno; estaba en él por la razón grabada en el corazón de todo hombre y que no es más que un reflejo de la soberana inteligencia, *y el mundo ha sido hecho por Él* y Él había impreso en las obras de la creación un sello tan visible de potestad, de sabiduría y de bondad que los hombres hubieran sido inexcusables en no reconocer a Dios en tan vivas señales de su divinidad y de no bendecirle de concierto con los cielos y el firmamento que publican su gloria; pero con todo, *el mundo no le conoció,* los hombres, sus criaturas, abrieron los ojos, y la obra no les reveló al supremo artífice, y no comprendieron nada de este lenguaje sublime del mundo material, y fueron semejantes a los animales insensibles a las maravillas y a los beneficios de la creación. Abandonando por algún tiempo el mundo a su corrupción siempre creciente, Él *vino a su propia casa,* al mundo hecho por Él, a la Judea, pueblo especialmente escogido; a su heredad escogida y rodeada de tantos cuidados por el ministerio de Moisés y de los profetas, *y los suyos no le recibieron;* el pueblo judío, privilegia-

do de Dios, desconoció al Verbo encarnado, le despreció, le persiguió y pidió a grandes gritos que se lo quitasen de ante los ojos y que le dieran muerte, no queriendo que reinase en él. *Pero Él ha dado el poder de ser hechos hijos de Dios,* y herederos de su felicidad, *a todos aquellos que creen en su nombre,* judíos o gentiles, sin excepción; a todos los que han querido someterse a su santa ley, a su verdad y a su gracia, *que no han nacido de la sangre ni de la voluntad de la carne ni de la voluntad del hombre,* sino de la voluntad de Dios mismo. Este segundo nacimiento, esta regeneración espiritual por la que somos hechos hijos de Dios gozando de nuestros títulos y de nuestros derechos al cielo, nada tiene de común y semejante con este nacimiento temporal que nos da tal o cual título, tal o cual herencia; aquí la adopción de Dios no se refiere ni a la ilustración de la sangre, ni a la nobleza de la carne, ni a los deseos de los padres para establecernos ventajosamente, ni a la voluntad del hombre, a sus medios, a sus talentos, a los recursos de su ingenio; esta regeneración solo viene de Dios mismo, y para ser sus hijos y herederos debemos descender de Dios mismo; de Dios, es decir, de sus mismos pensamientos por la fe, de su voluntad por la obediencia a los preceptos, de su gracia por la fidelidad y los medios sensibles en que fija esta gracia en los sacramentos. Y para dar este poder admirable y este derecho divino *el Verbo se hizo carne;* se hizo Hijo de los hombres para que nosotros llegásemos a ser por la más inefable sustitución hijos de Dios; se hizo semejante a nosotros por la participación de nuestra naturaleza, para que nos hiciésemos semejantes a Él

por la participación de la naturaleza divina; tomó un cuerpo y una alma como las nuestras, que unió a su divinidad en una sola y misma persona, para que nos uniésemos a Él por adopción y por gracia en la unidad de persona, como las primicias de nuestra pobre naturaleza le son substancialmente unidas en la encarnación. Se hizo carne, dice el texto sagrado, para expresar mejor por esta palabra *carne* el abatimiento y el anonadamiento del Verbo, que tomó no solamente el alma del hombre, sino su cuerpo, esta carne tan débil y tan sujeta a la corrupción. *Y habitó entre nosotros,* viviendo en medio de los hombres, en esta tierra de destierro, de penas y de contradicciones, iluminando al mundo, santificándole, pasando por él curando y haciendo bien, terminando su peregrinación por la institución de un beneficio que le hace permanecer para siempre con nosotros y en nosotros, con todos los frutos de su vida y de su muerte. Comprendamos el medio tan admirable de que el Señor se valió para hacernos hijos suyos el espacio que salvó para habitar en medio de los hombres. Midamos la distancia de los dos términos. El Verbo, Dios, eterno, segunda persona distinta en Dios, igual a su majestad, Creador de todas las cosas, vida y luz increadas se hizo carne, y este Dios que habita una luz inaccesible, ha habitado entre nosotros. *Y nosotros hemos visto su gloria, que es la gloria del Hijo Unigénito del Padre,* la hemos visto por la sublimidad de su doctrina y de sus virtudes, por el brillo de los milagros que han probado su misión, por la manifestación que dio de ella en el Tabor y hasta en el Calvario; *estando* este Verbo hecho carne, *lleno de gracia y de verdad;* lleno

de gracia en sus obras admirables, y de verdad en la sabiduría de sus palabras; lleno de verdad para instruirnos y enseñarnos el camino del cielo, lleno de gracia para atraernos y elevarnos hasta Él; de suerte que participando de nuestra naturaleza nos da su plenitud, y participando nosotros mismos de su divinidad, recibimos la plenitud de Dios, colmados de su gracia e inundados como seremos en el cielo por su gloria.

Imposible es terminar el sacrificio de la Misa de un modo más digno que por la lectura de este principio del Evangelio; él es la más viva expresión de lo que acaba de efectuarse, la recapitulación más perfecta de los misterios que encierra, y de los bienes que confiere; es la meditación más propia a la acción de gracias después de la Misa y de la comunión. Porque en él encontramos tres motivos de reflexiones: 1.º ¿Quién es el que viene a nosotros por el sacrificio y la comunión? El Dios eterno, Creador de todas las cosas, vida y luz nuestra, nuestra víctima y nuestro alimento en el altar y en nuestros corazones. 2.º ¿En quién viene a habitar este Dios tan grande por el sacrificio y la consumación? En hombres sentados en las tinieblas a la sombra de la muerte, que prefieren por lo común las tinieblas a la luz, la muerte a la vida; que teniendo la mayor necesidad de la gloria de Dios rehúsan reconocerle, que resisten a todos los beneficios del Señor, más ocupados de las ventajas del nacimiento, de los proyectos de la ambición y de los recursos de sus trabajos que de la adopción divina y de la herencia de los cielos. 3.º En fin, ¿para qué viene este Dios a habitar así entre los hombres? Para ser su Dios, su Redentor, su hostia de propiciación, su vida, su luz;

para darles como fruto de su oblación y de su sacramento el poder de renacer de Dios y de su espíritu, y el derecho de participar de su gloria. ¡Qué rico fondo de meditación y de reconocimiento después de la Misa! ¡Qué manantial inagotable de adoración y de fe, de humildad y de reconocimiento, de amor y de resolución de una vida cristiana y santa!

Al fin del último Evangelio, cualquiera que sea, se responde: *Demos gracias a Dios.* ¡Qué motivos no tenemos para deshacernos en acción de gracias después de tantos beneficios! Gracias a Dios, que acaba de inmolarse por nosotros y de darse a nosotros; he aquí el sentimiento que debe ocupar nuestros corazones antes de dejar el altar y salir del templo. Nosotros hemos entrado en él con la acción de gracias. Nosotros salimos de él con la acción de gracias. Sí, gracias al Padre, que nos ha dado a su Hijo; gracias al Hijo, que se ha revestido con nuestra naturaleza; gracias al Espíritu Santo que nos santifica en Jesucristo; gracias al Verbo hecho carne, a este divino cordero que acaba de ofrecerse y de inmolarse por nosotros, y de dársenos en alimento; gracias a Dios por todos sus dones y por sus infinitas misericordias. Una y mil veces gracias a Dios por el don inexplicable que acaba de hacernos y que comprende todos los bienes; gracias a Dios que nos hace pasar de esta mesa de viaje al banquete eterno de la patria. Digamos, pues, con la Iglesia al terminar toda acción de gracias: Nosotros os alabamos, Dios y Señor, Padre y origen eterno de todo ser; los cielos y la tierra están llenos del brillo de vuestra gloria y del esplendor de vuestra majestad. Os alabamos con los ángeles y las potestades del cielo,

con la multitud de los profetas y el coro de los apóstoles, con el ejército de los mártires y la universidad de vuestra Iglesia santa. Os adoramos, Hijo único del Padre, Rey de gloria, Señor Jesucristo que habéis tomado nuestra naturaleza, roto el aguijón de la muerte y abierto a los fieles el reino de los cielos; que estáis sentado en la gloria, y vendréis un día a juzgarnos y pedirnos cuenta de tantos beneficios. ¡Ah!, nosotros os suplicamos socorráis a vuestros siervos que habéis rescatado con vuestra sangre. Nosotros os bendecimos, Espíritu consolador; principio de toda santificación: ponednos en el número de vuestros santos; salvad vuestro pueblo; bendecid vuestra herencia, conducidnos, elevadnos hasta la eternidad venturosa. Dios tres veces santo, tened piedad de nosotros y derramad sobre nosotros vuestras misericordias según la esperanza que hemos puesto en vos y de que acabáis de dar a nuestras almas una prenda tan preciosa. ¡Dios mío! Yo he esperado en vos que no sea confundido para siempre; yo canto vuestras bondades en el lugar de mi destierro, este es mi consuelo; yo cantaré vuestras misericordias en la eternidad, y esto será mi recompensa al pasar del altar de la tierra al altar sublime del cielo.

Nota.—Aunque en esta obra se ha seguido respecto de las oraciones y ceremonias lo que manda el ritual romano, se ha hecho mención en ella de algunas otras preces y solemnidades de otros rituales, como el de París, etc., para mayor ilustración, conforme indica el título que lleva la obra; lo que se advierte para evitar toda equivocación.

INDICE

EXPLICACION DE LAS ORACIONES Y CEREMONIAS DE LA MISA

NIHIL OBSTAT: D. JOSÉ LUIS LARRABE ORBEGOZO. MADRID, 27 DE OCTUBRE DE 1975. IMPRÍMASE: DR. D. JOSÉ M.ª MARTÍN PATINO, PRO-VICARIO GENERAL

ESTE LIBRO, PUBLICADO POR EDICIONES RIALP, S. A., PRECIADOS, 34, MADRID, SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN AGESA, MIGUEL SOLAS, 2, MADRID, EL DÍA 30 DE OCTUBRE DE 1975